
El Secreto
PELIGROSO
DEL PAKHAN
LOS PECADOS DE LA BRATVA
ARIANA COOPER

EL SECRETO PELIGROSO DEL PAKHAN

ARIANA COOPER

Copyright © 2026 by Ariana Cooper

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción de este libro en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Mariya
2. Andrey
3. Mariya
4. Andrey
5. Mariya
6. Andrey
7. Mariya
8. Andrey
9. Mariya
10. Andrey
11. Mariya
12. Andrey
13. Mariya
14. Andrey
15. Mariya
16. Andrey
17. Mariya
18. Andrey
19. Mariya
20. Andrey
21. Mariya
22. Andrey
23. Mariya
24. Andrey
25. Mariya
26. Andrey
27. Mariya
28. Andrey
29. Mariya
30. Andrey

31. Mariya
32. Andrey
33. Mariya
34. Andrey
35. Mariya
36. Andrey
37. Mariya
38. Andrey
39. Mariya
40. Andrey
41. Mariya
42. Andrey
43. Mariya
44. Andrey
45. Mariya
46. Andrey
47. Mariya
48. Andrey
49. Mariya
50. Andrey
51. Mariya
52. Andrey

Epílogo

También por Ariana Cooper

SINOPSIS

Pasé nueve años escondiéndome de la Bratva—

un fantasma que se suponía que nadie encontraría.

Hasta que entró en mi biblioteca…

y me miró como si ya le perteneciera.

Andrey Sokolov. Pakhan de la Bratva.

Mayor. Despiadado. Coge lo que quiere.

Lleva años persiguiendo a mi padre—

por una masacre, por secretos enterrados,

por *algo* lo bastante poderoso como para empezar una guerra.

Ahora cree que ese *algo*… soy yo.

Yo lo niego.

A él le da igual.

Así que me secuestra.

Me encierra en su fortaleza,

me observa como si ya fuera suya,

y decide que no me voy a ir.

Quiere la verdad que esconde mi padre.

Cuanto más se acerca…

más me doy cuenta de que no solo estaba huyendo—

Formaba parte de algo peligroso.

Debería luchar contra él.

Debería mantenerme alejada.

En lugar de eso… dejo que me toque.

Grave error.

Porque semanas después—

estoy esperando un hijo del Pakhan.

Ahora estoy atrapada entre enemigos que me quieren muerta

y un hombre que se niega a dejarme marchar.

En su mundo, los secretos no permanecen enterrados—

se convierten en algo que le pertenece.

Los secretos de mi padre me convirtieron en un objetivo…

su obsesión me convierte en un premio.

Y no sé qué hará primero—

reclamarme como suya…

o hundirme por la verdad que corre por mis venas.

Nota de la autora: Un romance oscuro y emocionalmente intenso de la Bratva con secuestro, convivencia forzada, héroe posesivo, diferencia de edad, secretos ocultos y embarazo. Sin final abierto. Final feliz garantizado.

1

MARIYA

La luz del amanecer se filtra a través de las cortinas de encaje de nuestra pequeña cocina, proyectando delicadas sombras sobre la mesa de madera desgastada donde estoy sentada. Mis manos rodean una taza de té que ya se ha enfriado, pero no puedo obligarme a beberla. Mi estómago está hecho un nudo y lo ha estado desde que me desperté hace dos horas.

Hoy es el día en que todo cambia.

Veo a mi padre moverse por la cocina con una eficiencia practicada, preparando un desayuno que ninguno de los dos comerá. Yegor Pushkin siempre ha sido un hombre de rutina, incluso en los días en que el mundo parece desmoronarse a nuestro alrededor. Lleva puesto su mejor traje, el oscuro que reserva para ocasiones importantes, y sus movimientos son cuidadosos, deliberados. Pero puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que aprieta la mandíbula cuando cree que no lo estoy mirando.

—Papá —digo en voz baja, dejando la taza sobre la mesa—. Déjame ir contigo.

Él no se da la vuelta. —Mariya, ya lo hemos hablado.

—Lo sé, pero—

—No —su voz es firme, definitiva. Coloca un plato de comida intacta sobre la mesa y finalmente me mira a los ojos. A los cincuenta y uno, mi padre sigue siendo una figura imponente, pero hoy veo algo en sus ojos azules que rara vez he visto antes. Miedo. —Es demasiado peligroso.

—¿Entonces por qué vas tú? —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendía, cargadas de la frustración y el terror que han estado creciendo dentro de mí durante semanas.

Él saca la silla frente a mí y se sienta pesadamente. Durante un largo momento, simplemente me mira, y me pregunto qué ve. Ahora tengo dieciocho años, ya no soy la niña pequeña que se subía a su regazo y le pedía que me contara historias. Mi cabello rubio está recogido en una trenza sencilla, y llevo puesto unos vaqueros y un jersey, ropa práctica para un día que desearía que nunca llegara.

—Porque es lo correcto —dice finalmente—. Y porque si no lo hago, más gente morirá.

La masacre. Está hablando de la masacre que ocurrió hace tres años, cuando yo tenía quince. Recuerdo los rumores, los funerales, la forma en que familias enteras desaparecían de la noche a la mañana. La Bratva siempre había sido violenta, pero aquello fue diferente. Fue sistemático. Brutal.

—Cuéntamelo otra vez —digo—. Cuéntame por qué tienes que hacer esto.

Papá alcanza la mesa y toma mi mano. Su palma es áspera, callosa por años de trabajo, pero su tacto es suave. —Hace tres años, varias familias de la Bratva fueron exterminadas. Lo recuerdas.

Asiento con la cabeza. ¿Cómo podría olvidarlo? El miedo que había invadido nuestra comunidad, la forma en que la gente miraba por encima del hombro, los funerales que parecían durar semanas.

—Todo el mundo pensó que era una represalia —continúa—. Una guerra entre familias que se salió de control. Pero yo no creo que fuera eso —su agarre en mi mano se aprieta—. Creo que pudo haber sido un movimiento de poder.

Mi respiración se corta. —¿Sabes quién lo hizo?

—A algunos de ellos. No a todos —su expresión se oscurece—. Hay demasiados implicados, y no sé quiénes tuvieron parte en ello. Pero sé lo suficiente. Suficiente para testificar, suficiente para mandar a algunos de ellos a prisión.

—Pero no a todos —susurro.

—No. No a todos —suelta mi mano y se levanta, caminando hacia la ventana. Afuera, la mañana en Moscú es gris y fría, típica para esta época del año. —Por eso no puedes venir hoy. Por eso hoy comenzará algo que no se podrá deshacer.

Me levanto también, mi silla raspando contra el suelo. —¿Qué quieres decir?

Él se vuelve para mirarme, y veo el peso de lo que está a punto de decir en cada línea de su rostro. —Cuando testifique hoy, me convertiré en un traidor a sus ojos. No solo para las familias contra las que testifico, sino para todas ellas. La Bratva no perdona la traición, Mariya. Vendrán por mí. Y vendrán por ti.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, pesadas y terribles. Sabía que esto iba a pasar, lo sabía desde que me contó por primera vez sobre su decisión de testificar, pero escucharlo dicho tan claramente lo hace real de una manera que no lo había sido antes.

—¿Y ahora qué pasa? —Mi voz suena débil, infantil, y lo odio.

Papá cruza la habitación y me abraza. Soy alta para una mujer, metro sesenta y ocho, pero él aún me supera. Aprieto la cara contra

su pecho, inhalando el familiar aroma de su colonia, intentando memorizar este momento.

—Ahora te vas —dice en voz baja—. Hoy mismo. Vas a ir a América.

Me aparto y lo miro fijamente. —¿América?

—Lo he organizado todo. Nueva identidad, nuevos papeles, dinero. Estarás más segura allí, lejos de Rusia, lejos del alcance inmediato de la Bratva. —Sus manos sujetan mis hombros—. Tienen presencia en América, sí, pero la mayoría no sabrá quién eres. Podrás desaparecer de una manera que nunca podrías hacer aquí.

Me sonríe con tristeza. —Has estado allí muchas veces, Mariya. No te estoy enviando al fin del mundo.

—¿Y tú? —Las lágrimas arden en mis ojos, pero me niego a dejarlas caer—. ¿Y el programa de protección de testigos? Te lo ofrecieron, ¿no?

—Sí. Para los dos. —Aprieta la mandíbula—. Pero hay demasiados funcionarios corruptos, Mariya. Demasiada gente en la nómina de la Bratva. No confío en que estaríamos realmente seguros, ni siquiera en su programa.

—Entonces ven conmigo a América —suplico—. Desapareceremos juntos.

—No puedo. —La tristeza en sus ojos me parte el corazón—. Tengo que quedarme, al menos por ahora. Tengo que asegurarme de que el testimonio cuaje, de que las familias que estoy enviando a prisión realmente terminen allí. Y tengo que mantenerlos enfocados en mí, no en ti.

—Papá…

—Escúchame. —Su voz es ahora urgente, imperiosa—. Eres mi hija, y te quiero más que a nada en este mundo. Tu madre, que Dios la tenga en su gloria, nunca me perdonaría si permitiera que te pasara algo. Así que harás exactamente lo que digo.

Quiero discutir, quiero negarme, pero veo la determinación en su rostro y sé que es inútil. Cuando Yegor Pushkin toma una decisión, nada puede cambiarla. Es lo que lo hizo valioso para la Bratva, y ahora es lo que lo convertirá en su enemigo.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto—. ¿Cuánto tiempo hasta que pueda verte de nuevo?

—No lo sé. —La honestidad en su respuesta duele más que una mentira—. Podrían ser meses. Podrían ser años. Pero te prometo, Mariya, que cuando sea seguro, te encontraré. Siempre te encontraré.

Me suelta y camina hacia la encimera, cogiendo una vieja caja de joyas que reconozco de mi infancia. Era de mi madre, llena de sus joyas y pequeños tesoros. Me la entrega y la tomo con dedos temblorosos.

—Dentro encontrarás algunas joyas de tu madre, algunas reliquias familiares y dinero —dice—. Suficiente para que empieces en América, para que construyas una nueva vida.

Aprieto la caja contra mi pecho. —No quiero una nueva vida. Quiero esta. Te quiero a ti.

—Lo sé, mi niña. Lo sé. —Me toma la cara entre sus manos, sus pulgares secan las lágrimas que finalmente han escapado—. Pero esta es la única manera en que puedo mantenerte a salvo. Y mantenerte a salvo es lo único que me importa.

Nos quedamos allí así durante un largo momento, padre e hija, sabiendo que todo está a punto de cambiar. El reloj de la pared avanza imperturbable, contando los minutos hasta que tenga que irse al juzgado.

—Sé inteligente —dice—. Ten cuidado. No confíes en nadie, no del todo. La Bratva tiene un largo alcance y una memoria aún más larga. Cambia todo sobre ti si es necesario. Y hagas lo que hagas, no regreses a Rusia. No hasta que te diga que es seguro.

—Lo prometo —susurro.

Me besa en la frente y luego da un paso atrás. —El coche estará aquí en una hora para llevarte al aeropuerto.

Papá coge su maletín y se dirige hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo, mirándome una última vez.

—Te quiero, Mariya. Nunca lo olvides.

—Yo también te quiero, Papá.

Y entonces se ha ido, la puerta se cierra tras él con un suave clic que suena como el fin de todo lo que he conocido.

Me dejo caer en la silla, la caja de joyas pesada en mi regazo, y miro el té frío de la mesa. Dentro de una hora, abandonaré este apartamento donde nos hemos escondido estos últimos meses, esta ciudad, este país. Dejaré atrás toda mi vida.

Dejaré atrás a mi padre y me dirigiré a América, sola y asustada, llevando solo una vieja caja de joyas y el peso de secretos que ni siquiera entiendo del todo.

La luz de la mañana sigue filtrándose por las cortinas, indiferente a cómo se desmorona mi mundo. En algún lugar de la ciudad, mi padre está entrando en un juzgado para testificar contra los hombres más peligrosos de Rusia.

Y yo estoy a punto de convertirme en un fantasma.

2

ANDREY

Estoy sentado en la biblioteca de mi finca, observando cómo las motas de polvo bailan en la luz del sol matutina que se filtra a través de las altas ventanas. El sillón de cuero bajo mí es cómodo, la habitación está cálida y la compañía… bueno, la compañía está poniendo a prueba cada onza de mi paciencia.

—El tiempo ha sido bastante agradable últimamente, ¿no crees? —dice Sophia Belyaev desde el sillón frente a mí, con las manos colocadas con recato sobre su regazo. Va impecablemente vestida, como siempre, su largo cabello negro peinado a la perfección, sus ojos verdes brillantes con lo que solo puedo asumir que es entusiasmo forzado por esta conversación.

—Sí —respondo, tomando un sorbo de mi café—. Muy agradable.

Ella sonríe, y noto cómo sus curvas resaltan el modesto vestido que lleva. Es una mujer atractiva, eso no se puede negar. Pero la atracción no es suficiente. Nunca lo ha sido.

—Estaba pensando que podríamos asistir a la gala benéfica del próximo mes —continúa—. Sería bueno que nuestras familias fueran vistas juntas. Padre cree que enviaría el mensaje correcto a las demás familias.

Claro que lo cree. Bogdan Belyaev lleva años presionando por esta unión, desde que cometí el error de decirle que «lo pensaría» cuando me propuso el emparejamiento por primera vez. Eso fue hace tres años, y todavía lo estoy pensando. O al menos, eso es lo que le digo.

La verdad es que ya he tomado una decisión. Sophia es bastante amable. Es inteligente, aunque lo oculta bien, entrenada desde su nacimiento para ser la esposa perfecta de la Bratva. Cree en la familia y la tradición, todas las cosas que un Pakhan debería querer en una esposa. En el papel, es perfecta.

En la realidad, me aburre hasta las lágrimas.

—Quizás —digo evasivamente, dejando mi taza de café—. Veremos cómo está mi agenda.

Ella asiente, aceptando mi no respuesta con la gracia que le han enseñado. —Por supuesto. Entiendo que estás muy ocupado.

Nos sentamos en silencio por un momento, y resisto la tentación de mirar mi reloj. Solo han pasado veinte minutos desde que llegó, pero se siente como horas. Busco algo, cualquier cosa, de lo que hablar que pueda hacer esto menos doloroso.

—¿Cómo está tu padre? —pregunto, lamentándolo inmediatamente cuando su rostro se ilumina.

—Oh, está bien. Muy bien. El otro día estaba diciendo lo mucho que espera… —Se interrumpe, un leve rubor tiñendo sus mejillas—. Bueno, los futuros desarrollos.

Futuros desarrollos. Claro. Como una boda que nunca va a ocurrir.

Me salvo de tener que responder cuando la puerta de la biblioteca se abre y Matvey entra. Mi *sovietnik* es una figura imponente, mide seis pies y tres pulgadas, su largo cabello negro recogido en su habitual coleta, la cicatriz en su mejilla derecha un recordatorio de batallas pasadas. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos, y veo algo allí

que acelera mi pulso. Noticias. Noticias importantes. Una oportunidad para salir de esta aburrida reunión con Sophia.

—Pakhan —dice, su voz grave y ronca—. Negocios.

Estoy de pie antes de que termine la palabra. —Disculpa, Sophia. Me temo que el deber llama.

Ella también se pone de pie, alisándose el vestido. —Por supuesto. Lo entiendo. Quizás podamos continuar nuestra conversación en otro momento.

—Quizás —digo, ya dirigiéndome hacia la puerta. Siento una punzada de culpa por mi ansia de escapar, pero no lo suficiente como para detenerme.

Matvey y yo caminamos por el pasillo hacia mi oficina, nuestros pasos resonando en los suelos de mármol. No le pregunto de qué se trata. No aquí, donde cualquiera podría escucharnos. La finca está segura, pero no me convertí en Pakhan siendo descuidado.

Una vez dentro de mi oficina con la puerta cerrada, me giro para enfrentarlo. —¿Qué pasa?

—Un informante —dice Matvey, yendo directo al grano como siempre. Nunca ha sido de palabras innecesarias—. En el almacén. Podría saber algo sobre Pushkin.

Mi corazón golpea contra mis costillas. —¿Yegor Pushkin?

Matvey asiente una vez.

Me acerco a la ventana, contemplando los terrenos de mi finca. Nueve años. Han pasado nueve años desde que ese bastardo testificara contra varias familias de la Bratva y luego desapareciera como el humo. Mi familia no fue una de las que testificó contra él, pero eso no importa. Lo que importa es lo que hizo antes de eso. Lo que importa es la masacre.

Cierro los ojos y vuelvo a tener diecisiete años, de pie en el dormitorio de mi madre, mirando su cuerpo. El cuerpo de mi hermana. Ambos masacrados en lo que todos dijeron que fue una represalia, una guerra entre familias que se salió de control. Pero nunca he creído eso. La masacre de hace doce años fue demasiado organizada, demasiado meticulosa, familias enteras exterminadas en una sola noche. Ese nivel de coordinación requiere planificación. Requiere a alguien con conexiones, con conocimiento de sistemas de seguridad y rotaciones de guardias.

Alguien como Yegor Pushkin.

Y luego están las reliquias de mi familia. Iconos y joyas que habían sido transmitidos de generación en generación, valiosos tanto financiera como sentimentalmente. Desaparecieron casi al mismo tiempo que la masacre. ¿Coincidencia? No creo en las coincidencias.

—¿Qué tan fiable es este informante? —pregunto, volviéndome hacia Matvey.

Se encoge de hombros, un ligero movimiento de sus enormes espaldas. —No se sabe, pero creo que vale la pena comprobarlo.

Tiene razón. Incluso la pista más pequeña vale la pena seguir cuando se trata de Pushkin. He tenido hombres buscándolo durante años, persiguiendo sombras y rumores en dos continentes. Cada pista se ha enfriado. Cada rastro ha terminado en nada.

Pero quizás esta vez sea diferente.

—Vamos —digo, cogiendo mi chaqueta del respaldo de la silla.

El trayecto al almacén dura veinte minutos. Es una de las varias propiedades que poseo en la ciudad, esta ubicada en una zona industrial cerca de los muelles. Perfecto para el tipo de negocios que requieren privacidad.

Matvey estaciona el coche y entramos. Dos de mis hombres están esperando, vigilando a un hombre atado a una silla en el centro del

espacio vacío. Es de mediana edad, con entradas y el cuerpo blando de alguien que ha pasado más tiempo tras un escritorio que en el campo. Su cara ya está magullada, con un ojo hinchado y cerrado. Mis hombres han estado ocupados.

—¿Quién es? —pregunto, rodeando la silla lentamente.

—Un asociado de bajo nivel —responde uno de mis hombres con un encogimiento de hombros. —Trabaja en la gestión de registros para un par de familias.

Gestión de registros. Eso podría ser útil. Si alguien sabe dónde está Yegor, sería alguien con acceso a las finanzas.

Me detengo frente al hombre, estudiándolo. Intenta parecer valiente, pero puedo ver el miedo en sus ojos. Bien. El miedo hace hablar a la gente.

—¿Sabes quién soy yo?

Asiente, tragando con dificultad.

—Entonces sabes que no tengo tiempo para juegos. Mis hombres me dicen que podrías tener información sobre Yegor Pushkin.

—No sé nada —dice rápidamente. Demasiado rápido. —Lo juro, no sé dónde está.

Suspiró. —Eso es decepcionante. Esperaba que pudiéramos hacer esto de la manera fácil.

Asiento a Matvey, quien avanza y abofetea al hombre en la cara. El sonido resuena en el almacén. La sangre brota de la comisura de su boca.

—Intentémoslo de nuevo —digo. —Yegor Pushkin. ¿Dónde está?

—¡Te dije que no lo sé! —Su voz sube de tono en pánico. —Desapareció después del juicio. Nadie sabe dónde fue.

—Pero sabes algo —insisto. —De lo contrario, no estarías aquí.

Niega frenéticamente. —No. Lo juro sobre la tumba de mi madre, no sé dónde está Pushkin.

Lo estudio durante un largo momento. Está diciendo la verdad sobre eso, puedo decirlo. Pero hay algo más, algo que está reteniendo.

—Matvey —digo en voz baja.

Mi sovietnik actúa con eficiencia practicada. Saca un par de alicates del bolsillo de su chaqueta, y los ojos del hombre se abren de terror.

—¡Espera! —grita. —¡Espera, por favor!

Levanto una mano, y Matvey se detiene. —Estoy escuchando.

—No sé dónde está Pushkin —dice, las palabras saliendo a toda prisa. —Pero… pero podría saber algo más. Algo que podría ayudarte.

—Continúa.

Vacila, y puedo ver que está sopesando sus opciones. Lealtad al código de la Bratva frente a la autopreservación. No es una gran competencia.

—La hija —dice finalmente. —La hija de Pushkin. Mariya.

Mi pulso se acelera. Casi me había olvidado de ella. Tenía dieciocho años cuando Pushkin testificó, sólo una niña. La había visto algunas veces en reuniones de la Bratva en Rusia, siempre callada, siempre cerca de su padre. Cabello rubio, ojos verdes, bonita de una manera discreta.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto, manteniendo mi voz serena.

—Está aquí —dice Volkov. —En Estados Unidos. En esta ciudad.

3

MARIYA

La biblioteca huele a papel viejo y a cera de limón, una combinación que he llegado a encontrar reconfortante durante los últimos cinco años. Paso los dedos por los lomos de los libros mientras avanzo por el pasillo, comprobando si alguno está fuera de su sitio. Es sábado por la tarde, lo que significa que la biblioteca está más tranquila de lo habitual. La mayoría de la gente está fuera disfrutando de su fin de semana, viviendo vidas normales, haciendo cosas normales.

Ya no recuerdo cómo se siente lo normal.

Nueve años. Ese es el tiempo que ha pasado desde que dejé Rusia. Desde que mi padre fue a testificar y me encontré en un avión con nada más que una maleta pequeña, la joyera de mi madre y una advertencia que cambió mi vida para siempre. *No confíes en nadie. No hagas amigos. No bajes la guardia, ni por un momento. La Bratva no olvida y no perdona*.

He seguido sus reglas al pie de la letra, cada día durante nueve años.

—¿Me puedes ayudar con esto? —me llama Daisy desde el mostrador.

Me acerco al mostrador de circulación donde Daisy está luchando con el sistema informático. Tiene poco más de veinte años, recién salida de la universidad, con un pelo rojo brillante y un entusiasmo por la vida que a veces envidio. Habla de su novio, de sus amigos y de sus planes para el futuro. Todas las cosas que yo no puedo tener.

—¿Qué pasa? —pregunto, inclinándome para mirar la pantalla.

—Se congela cada vez que intento registrar estos libros —dice, señalando la pila que tiene delante, con la frustración clara en su rostro lleno de pecas.

Navego por unas cuantas pantallas y encuentro el problema rápidamente. Es una solución sencilla, que he hecho docenas de veces antes. El sistema es viejo y temperamental, pero conozco sus peculiaridades mejor que nadie.

—Ahí está. Debería funcionar ahora.

—Eres mi salvadora —me sonríe—. No sé qué haría sin ti.

Le devuelvo una pequeña sonrisa, del tipo que es educada pero no invita a más conversación. Daisy es simpática. Ha intentado ser mi amiga, invitándome a tomar algo después del trabajo y pidiéndome que me una a ella y a sus amigos para ver películas. Siempre me niego. No puedo permitirme tener amigos. No puedo permitirme conexiones. La Bratva tiene un largo alcance y no puedo correr riesgos.

Ni siquiera con una chica dulce de pelo rojo y pecas que solo quiere alguien con quien compartir el happy hour.

Vuelvo a mi trabajo, moviéndome entre las estanterías con eficiencia practicada. Este trabajo es perfecto para mí. Las bibliotecas son lugares tranquilos donde la gente viene para perderse en historias. No vienen aquí para socializar o hacer conexiones. ¿Y la Bratva? Nunca he conocido a muchos —o a ninguno— de ellos que frecuenten bibliotecas. Es el último lugar donde pensarían buscar a alguien como yo.

La mañana pasa lentamente, cada minuto transcurre con el ritmo constante de un metrónomo. Catalogo las nuevas adquisiciones, pasando los dedos por las cubiertas nuevas y las páginas frescas. Ayudo a algunos usuarios a encontrar libros, dirigiéndolos a las secciones correctas con la eficiencia de alguien que conoce cada rincón de este edificio. Y reparo una página rota en un viejo ejemplar de Tolstói, aplicando cinta adhesiva con cuidado al delicado papel.

La ironía no se me escapa. Dejé Rusia para escapar de mi pasado, pero no puedo escapar de la literatura rusa. Quizás sea porque estos libros son la única conexión que me queda con el país que una vez llamé hogar, el único pedazo de mi antigua vida que no parece peligroso conservar.

A veces me pregunto cómo habría sido mi vida si mi padre no hubiera sido quien era. Si no hubiera trabajado para la Bratva. ¿Seguiría en Moscú? ¿Habría terminado la universidad? ¿Me habría enamorado, casado y tenido hijos?

¿Habría sido feliz?

Aparto esos pensamientos. No tiene sentido preguntarse por una vida que nunca tendré. Esa chica murió hace nueve años. Ahora solo queda esta vida, tranquila, cuidadosa, completamente anodina.

Cuando llega la hora del almuerzo, le digo a Daisy que me voy.

Voy al restaurante al otro lado de la calle al menos dos veces por semana. Pero soy cuidadosa, variando mi horario para que no haya un patrón que alguien pueda rastrear. Un lunes una semana, un jueves la siguiente. A veces voy al mediodía, a veces a la una. Nunca la misma rutina dos veces seguidas. Hoy simplemente es uno de esos días en los que necesito fingir, aunque solo sea por una hora, que soy alguien más.

El restaurante es pequeño y gastado, con banquetas de vinilo agrietado y una barra que ha visto días mejores. Las baldosas del

suelo están astilladas en algunos lugares y las luces fluorescentes parpadean de vez en cuando, pero está limpio, la comida es decente y, lo más importante, es tranquilo. Me deslizo en mi banqueta habitual en la esquina trasera, la que me da una vista clara tanto de la entrada como de la calle afuera.

Las viejas costumbres son difíciles de erradicar. Mi padre me enseñó a conocer siempre mis salidas, a colocarme siempre donde pudiera ver quién llegaba. Incluso aquí, en este destartalado restaurante de un pequeño pueblo estadounidense, a miles de kilómetros de Moscú, no puedo romper esos hábitos.

Una camarera que reconozco pero cuyo nombre desconozco se acerca con un menú. La he visto docenas de veces, pero nunca le he preguntado su nombre, nunca he entablado pequeñas conversaciones más allá de por favor y gracias. Es de mediana edad, con aspecto cansado, con arrugas alrededor de los ojos que hablan de una vida dura. Pero es amable de una manera distante, nunca insiste en conversar.

Pido lo mismo de siempre —un sándwich de pavo y café—. Ella no comenta mi predecibilidad, simplemente lo anota y se aleja. Me pregunto si nota que siempre pido lo mismo. Me pregunto si piensa en mí alguna vez o si soy solo otro cliente anónimo en un interminable flujo de personas.

Me siento mirando a la gente pasar por la ventana. Una madre con dos niños pequeños, los niños ríen y tiran de sus manos. Una pareja mayor que se toma de la mano, moviéndose lentamente pero juntos. Un hombre de negocios hablando animadamente por teléfono, gesticulando con la mano libre. Gente normal viviendo vidas normales. Me pregunto cómo debe ser eso, caminar por la calle sin mirar constantemente por encima del hombro, hacer planes para el futuro sin preguntarme si viviré para cumplirlos.

Mi padre me advirtió que esta sería mi vida. La Bratva estaría vigilando, esperando cualquier señal de hacia dónde me había ido.

Prometió que se pondría en contacto cuando fuera seguro, pero han pasado nueve años y no he recibido noticias.

Ni una carta. Ni una llamada telefónica. Ni siquiera un mensaje pasado a través de un tercero.

A veces, me pregunto si todavía está vivo. A veces, me quedo despierta por la noche, mirando al techo de mi pequeño apartamento, e imagino todas las cosas terribles que podrían haberle sucedido.

Aparto el pensamiento, obligándome a centrarme en el presente. No puedo permitirme pensar así. Tengo que creer que está vivo, que su testimonio y ambos escondiéndonos todos estos años no han sido en vano.

La camarera trae mi comida, y como despacio, saboreando cada bocado. El sándwich no tiene nada especial, solo pavo, lechuga y tomate en pan integral, pero hago que dure. Durante esta hora, me permito fingir. No soy Mariya Pushkin, hija de un traidor de la Bratva.

Cuando termino de comer, pago la cuenta y vuelvo a cruzar la calle. El sol de la tarde es cálido en mi rostro, y por un momento, cierro los ojos y levanto la cabeza, permitiéndome sentirlo. Estos pequeños momentos de paz son todo lo que tengo. Estas pequeñas porciones de tiempo en las que puedo fingir que el mundo no es tan peligroso como sé que es.

La biblioteca está más concurrida cuando regreso. Algunos estudiantes universitarios han ocupado mesas en la zona de estudio, con sus libros y portátiles esparcidos alrededor. Un hombre mayor hojea la sección de misterio, pasando el dedo por los lomos mientras busca algo. Una mujer con un niño pequeño lee libros ilustrados en la zona infantil, su voz suave y tranquilizadora mientras señala las coloridas ilustraciones.

—¿Cómo ha estado el almuerzo? —pregunta Daisy al pasar por el mostrador.

—Bien —respondo, lo cual no es ni verdadero ni falso. Era lo que siempre es— un breve escape de la realidad.

Cogo mi carrito de libros que necesitan ser recolocados y me dirijo a las estanterías. Esta es mi parte favorita del trabajo, la soledad tranquila de recorrer los pasillos, colocando los libros en su lugar adecuado. Hay algo meditativo en ello, el movimiento repetitivo, los familiares números de la clasificación Decimal Dewey, el peso de los libros en mis manos. Es un trabajo mecánico que permite que mis pensamientos divaguen sin llegar a ningún lugar demasiado peligroso.

Estoy en la sección de literatura, colocando un ejemplar de Dostoevsky en la estantería, cuando el vello de mi nuca se eriza.

Es una sensación que he aprendido a no ignorar, un instinto primitivo que me ha mantenido viva durante nueve años. Alguien me está mirando. Mi respiración se atasca en mi garganta. Me quedo inmóvil, con la mano todavía sobre el libro, y lentamente levanto la vista.

A través del espacio entre las estanterías, entre las filas de libros, veo un rostro. Un hombre con pelo oscuro, casi negro, peinado de una manera demasiado deliberada para ser casual. Ojos azules que parecen atravesarme, agudos, inteligentes y completamente enfocados en mi rostro.

Mi corazón golpea contra mis costillas con tal fuerza que estoy segura de que puede oírlo desde donde está. Por un momento, nos miramos a través de ese estrecho espacio entre los libros. Su mirada es intensa, conocedora, como si pudiera ver más allá de la fachada cuidadosamente construida que he levantado.

Sabe quién soy.

Y entonces sonríe.

La certeza de ello me golpea como un impacto físico. Esto no es solo paranoia. Esto no es mi imaginación desbocada después de años de

mirar por encima del hombro. Esto es real.

No es una sonrisa amistosa. No es la sonrisa educada de un desconocido sorprendido mirando. Es la sonrisa de un depredador que finalmente ha encontrado a su presa. La sonrisa de alguien que ha estado buscando durante mucho tiempo y que acaba de ganar el premio gordo. Hay satisfacción en ella, y algo más. Algo que hace que se me erice la piel.

El libro se escapa de mis dedos y cae al suelo con un golpe que parece increíblemente fuerte en la silenciosa biblioteca.

Es de la mafia.

Y me ha encontrado.

4

ANDREY

Estoy a punto de perder los nervios.

Estoy de pie cerca de la sección de referencia de la biblioteca, fingiendo ojear un libro sobre historia rusa mientras mis ojos escanean el edificio por enésima vez. El informante juró que ella trabajaba aquí. Juró que la había visto la semana pasada. Pero llevo aquí veinte minutos y no hay rastro de ella.

Si ese cabrón me ha mentido, si me ha hecho perder el tiempo con información falsa solo para salvarse el pellejo, me aseguraré de que lo lamente. Lentamente.

Matvey está apostado en la entrada trasera, vigilando cualquier señal de ella. Hemos cubierto ambas salidas. Si está aquí, no puede escapar. Pero cuanto más espero, más me pregunto si esto no será otro callejón sin salida en una búsqueda que lleva durando casi una década.

Estoy considerando irme cuando la puerta principal se abre y entra una mujer. Mi corazón golpea contra mis costillas.

Es ella.

La reconocería en cualquier parte, aunque hace años que no la veía desde aquella reunión de la Bratva en Moscú. Entonces tenía dieciocho años, callada y discreta, siempre al lado de su padre. Solo otra hija de un miembro de la Bratva, nada especial.

¿Pero ahora? Ahora tiene veintisiete años, y la transformación es asombrosa.

Su pelo rubio es más largo de lo que recordaba, cayendo en suaves ondas más allá de sus hombros. Lleva vaqueros y un jersey sencillo, nada lujoso, pero la forma en que se mueve capta mi atención. Hay una gracia en su paso, una confianza que no estaba ahí antes. Es más alta de lo que esperaba, quizá uno setenta, con un cuerpo delgado y atlético que sugiere que se cuida.

Y cuando se gira ligeramente, ajustando la correa de su bolso en el hombro, capto un vistazo de su perfil. Pómulos altos, una nariz delicada y labios carnosos. Es hermosa de una manera que me toma completamente por sorpresa.

La observo mientras camina hacia el mostrador de circulación e intercambia unas palabras con una joven pelirroja. Mariya sonríe, pero es una sonrisa cuidadosa, una que no llega a sus ojos. Guarda su bolso en un cajón del escritorio, luego toma un carrito cargado de libros y se dirige hacia las estanterías.

Le doy unos segundos de ventaja y luego la sigo.

La biblioteca está tranquila esta tarde, solo unos pocos usuarios dispersos por el edificio. Perfecto. Cuantos menos testigos, mejor. Me muevo por los pasillos con un silencio practicado, manteniendo la distancia pero sin perderla de vista.

Se detiene en la sección de literatura, sacando libros de su carrito y deslizándolos en las estanterías con movimientos eficientes. Está completamente concentrada en su tarea, inconsciente de que está siendo observada.

Rodeo hacia el lado opuesto del pasillo, situándome directamente frente a donde está trabajando. Las estanterías son altas, llenas de libros, pero hay huecos, espacios donde puedo ver al otro lado.

Espero hasta que ella alcanza otro libro, y entonces aparto unos volúmenes, creando una línea de visión clara.

Está justo allí, a menos de un metro de distancia, separados solo por el ancho de la estantería. Ahora puedo ver su rostro claramente, esos ojos verdes que recuerdo de hace años. Está concentrada en el lomo de un libro, comprobando el número de llamada con la estantería.

La observo, deseando que levante la mirada. Que me vea.

Y entonces lo hace.

Sus ojos se alzan, escaneando la estantería, y de repente, estamos mirándonos directamente el uno al otro a través de ese estrecho hueco entre los libros. Por un momento, el tiempo parece detenerse. Sus ojos se abren, sus labios se separan en un suspiro silencioso, y veo el instante exacto en que la comprensión la golpea.

Sabe quién soy. O al menos, sabe lo que soy.

Sonrío. No es una sonrisa amistosa, sino una que le deja saber exactamente lo que significa este momento.

Te he encontrado.

El color desaparece de su rostro.

—Ven conmigo —digo en voz baja, apenas un susurro—. No armes un escándalo.

Por un segundo, solo me mira, congelada en su lugar como un ciervo atrapado en los faros. Luego asiente, un leve movimiento de cabeza que casi me pasa desapercibido.

Bien. Es lo suficientemente inteligente como para saber que no puede luchar contra esto. Lo suficientemente inteligente como para

entender que causar un escándalo en una biblioteca pública solo empeorará las cosas para ella.

Me alejo, dirigiéndome hacia el final del pasillo, esperando que ella me encuentre allí. La sacaré por la puerta principal, tranquila y fácilmente, y tendremos una conversación en la privacidad de mi coche. Sin drama, sin violencia. Solo una simple charla sobre su padre y las reliquias que robó.

Pero cuando llego al final del pasillo y doblo la esquina, ella no está allí.

Fruncio el ceño, mirando hacia atrás por donde vine. El pasillo está vacío. ¿Dónde diablos se ha metido?

Me muevo rápido pero con calma hacia el frente de la biblioteca, escaneando el espacio. La mujer pelirroja sigue en el mostrador de circulación, ayudando a un usuario a sacar libros. Unas cuantas personas hojean los estantes. Pero no hay rastro de Mariya.

Saco mi teléfono, comprobando si hay un mensaje de Matvey. Nada. Si hubiera intentado salir por la puerta trasera, él ya la habría agarrado. Entonces, ¿dónde está?

Camino hacia la entrada principal, mi mente repasando las posibilidades. La biblioteca no es tan grande. Solo hay unos pocos lugares donde podría esconderse. Tal vez se metió al baño, esperando que me rindiera y me fuera. O quizás está agachada detrás de uno de los estantes, esperando una oportunidad para correr.

Estoy casi llegando a la puerta cuando miro por la ventana y la veo.

Está corriendo hacia la calle, su pelo rubio ondeando detrás de ella, dirigiéndose hacia la fila de tiendas al otro lado.

¿Cómo diablos salió sin ser vista?

No pierdo tiempo intentando averiguarlo. Envío un mensaje rápido a Matvey, avisándole que intentó escapar, luego empujo la puerta y

salgo tras ella.

Es rápida, se lo reconozco. Se mueve con la velocidad y agilidad de alguien que ha estado corriendo toda su vida. Pero yo soy más rápido. Mis piernas son más largas, mi zancada más poderosa, y cierro la distancia entre nosotros rápidamente.

Se mete en un callejón entre dos edificios, probablemente esperando perderme en el laberinto de calles traseras. Pero cometió un error. El callejón es estrecho, cerrado, sin salida más que seguir adelante. Y yo estoy justo detrás de ella.

La alcanzo a mitad del callejón, agarrando su brazo y girándola para que me mire. Ella inmediatamente comienza a luchar, sus puños volando hacia mi pecho, mi cara, a cualquier lugar que pueda alcanzar.

No puedo evitar sentirme divertido. ¿Cuánto mide ella? ¿Un metro sesenta y cinco? ¿Quizás sesenta kilos empapada? ¿Y cree que puede repelerme? Yo mido un metro noventa, peso cien kilos de músculo, y he estado en más peleas de las que puedo contar.

—Para —digo, atrapando sus muñecas y sujetándolas contra la pared de ladrillo detrás de ella—. Solo vas a lastimarte a ti misma.

—¡Suéltame! —Se esfuerza contra mi agarre, sus ojos llenos de miedo y furia—. ¡No sé qué quieres, pero no he hecho nada malo!

—¿No has hecho nada malo? —Me inclino más cerca, lo suficiente para oler su champú, algo floral y limpio—. Tu padre es un traidor. Robó a mi familia. Y vas a decirme dónde está y dónde ha escondido lo que se llevó.

—¡No sé de qué estás hablando! —Intenta levantarme la rodilla, pero cambio de peso, bloqueando el ataque—. ¡No sé dónde está mi padre. ¡No lo he visto en años!

—Mentirosa —Aprieto mi agarre en sus muñecas, no lo suficiente para lastimar pero sí para dejar claro mi punto—. ¿Esperas que crea

que no has tenido contacto con él? ¿Que simplemente te envió a América y se olvidó de ti?

—Cree lo que quieras —Su voz tiembla ahora, pero hay desafío en sus ojos—. Eso no cambia la verdad. No sé dónde está.

Estudio su rostro, buscando señales de engaño. Pero todo lo que veo son miedo, ira y algo más. Desesperación. El tipo de desesperación que viene de años de huida, de mirar por encima del hombro y de nunca sentirse segura.

Tal vez está diciendo la verdad. Tal vez Pushkin realmente la abandonó, dejándola valerse por sí misma mientras él desaparecía en el agujero en el que se ha estado escondiendo.

O tal vez es simplemente una muy buena mentirosa.

—Vamos a tener una larga conversación —le digo—. Vas a contarme todo lo que sabes sobre tu padre, las reliquias que robó y dónde podría estar escondido. Y si cooperas, si me das lo que necesito, quizás te deje irte de esto.

—¿Y si no cooperoo o *no puedo* cooperar? —Levanta la barbilla, mirándome con un coraje que no esperaba.

—Entonces las cosas se pondrán desagradables.

Me mira durante un largo momento, y puedo ver su mente trabajando, calculando sus opciones. Luego, sin previo aviso, pierde toda resistencia en mis brazos, su peso cayendo de repente.

Es una jugada inteligente, una que no esperaba. Mi agarre se afloja instintivamente, y ella aprovecha, liberándose y retrocediendo tambaleante.

Pero no corre. En cambio, su mano se dirige al bolsillo, y cuando vuelve a salir, hay algo pequeño y plateado agarrado en sus dedos.

Un cuchillo.

Apenas tengo tiempo de registrar lo que veo antes de que ella se lance hacia adelante, la hoja brillando en la tenue luz del callejón.

Siento un agudo pinchazo en mi costado.

Cuando miro hacia abajo, me sorprende ver un pequeño cuchillo clavado en mi costado.

5

MARIYA

Me siento mal del estómago.

El cuchillo sobresale de su costado, la pequeña hoja plateada clavada en su carne, y no puedo apartar la mirada. La sangre rezuma alrededor de la herida, tiñendo su cara camisa, y lo único en lo que puedo pensar es: *Yo hice eso. Yo lo apuñalé.*

Me tiemblan las manos. Tiemblo *entera*. Nunca antes había herido a nadie. No así. No con un arma. No con la intención de causar un daño real.

Mi padre me enseñó a pelear. Se aseguró de que supiera defenderme, usar mi cuerpo como arma y manejar un cuchillo si era necesario. Pero el entrenamiento y la realidad son dos cosas completamente distintas. En el entrenamiento, moderas los golpes. Te detienes antes de lastimar a alguien de verdad. Sabes que no es real.

Esto es real.

El hombre al que apuñalé también mira el cuchillo, sus ojos azules muy abiertos con lo que parece asombro. Como si no pudiera creer lo que acaba de pasar. Como si no pensara que yo era capaz.

Yo tampoco pensé que lo fuera.

Durante un largo momento, los dos nos quedamos allí, congelados en este terrible cuadro. Él con un cuchillo sobresaliendo de su costado. Yo con la mano aún alzada, los dedos curvados como si aún sostuviera el arma. El callejón está en silencio excepto por el sonido lejano del tráfico y el áspero jadeo de mi respiración.

Entonces, los instintos de supervivencia se activan. Me doy la vuelta y echo a correr.

O al menos, lo intento.

Doy unos tres pasos antes de verlo. Al otro hombre. El que debía estar esperándome. Está al final del callejón, bloqueando mi única ruta de escape, y es enorme. Fácilmente mide uno noventa, quizá más, con unos hombros tan anchos que parecen llenar todo el espacio del estrecho pasaje. Lleva el pelo negro largo recogido en una coleta, y una cicatriz le atraviesa la mejilla derecha, lo que lo hace parecer aún más peligroso.

Es una bestia.

Mira el cuchillo en el costado del otro hombre, su expresión completamente inexpresiva. No puedo adivinar qué está pensando. No sé si está enfadado, impresionado o planeando matarme ahí mismo.

Entonces sus oscuros ojos se posan en mí, entrecerrándose ligeramente. Mi corazón golpea contra mis costillas. ¿Y ahora qué se supone que debo hacer?

Estoy atrapada, completamente atrapada. Un hombre detrás de mí, otro delante, y sin salida. Los muros de ladrillo del callejón se cierran a ambos lados, demasiado altos para escalar y demasiado sólidos para atravesarlos.

Me vuelvo hacia el hombre al que apuñalé, esperando que quizá esté lo suficientemente incapacitado como para poder pasar. Pero lo que

veo me detiene en seco antes de poder dar un paso.

Se ha sacado el cuchillo.

Está ahí de pie, sosteniendo mi pequeña hoja plateada en la mano, limpiándose la sangre en los pantalones como si nada. Como si que lo apuñalen fuera solo una pequeña molestia. *Como si no le hubiera clavado un cuchillo en el costado.*

Y entonces sonríe. Un escalofrío me recorre la espalda, erizando los finos pelos de mi nuca. Intento tragar el nudo que de repente se ha formado en mi garganta, pero mi boca está demasiado seca.

¡Esa sonrisa! No es una mueca de dolor. No es una expresión forzada para ocultar lo mucho que le duele. Es una sonrisa genuina, que le llega a los ojos y le hace arrugar las comisuras. Parece casi… divertido.

¿Qué demonios?

—Eso ha sido inesperado —dice con solo un atisbo de acento ruso. Lanza el cuchillo a un lado, y este cae con un ruido metálico en el pavimento—. Te daré crédito. Tienes más pelea de la que pensaba.

No respondo. *No puedo* responder. Tengo la garganta demasiado cerrada, mi mente sopesa opciones y no encuentra ninguna que acabe bien para mí.

No hay a dónde ir en este callejón. Un hombre está en cada extremo, bloqueando la única salida. Los dos son más grandes que yo, más fuertes que yo y, claramente, más experimentados en este tipo de situaciones. Además, he herido a uno de ellos, y aunque parezca divertido, por lo que sé, esa podría ser su expresión de asesino. Podría estar a punto de matarme ahora mismo.

Pero no voy a rendirme sin luchar.

Adopto una postura de combate, con los pies separados al ancho de los hombros, las rodillas ligeramente flexionadas y las manos levantadas en puños. Mi padre me entrenó en esta posición hasta

que se convirtió en algo instintivo. Equilibrio. Centro de gravedad. Siempre preparado para moverme, atacar y defender. La mejor defensa es un buen ataque. Golpea primero. Tómalos por sorpresa.

El hombre al que apuñalé comienza a reír. Es una risa profunda y resonante que rebota en las paredes de ladrillo. —¿En serio? ¿De verdad crees que puedes luchar para salir de esta?

—Aléjense —advierto, con una voz más firme de lo que me siento—. Los dos. No quiero lastimar a nadie más, pero lo haré si es necesario.

La bestia al final del callejón da un paso hacia adelante. Solo uno, pero es suficiente para que mi pulso se acelere aún más.

—¡He dicho que se alejen! —grito.

No me escuchan. Ninguno de los dos lo hace.

El hombre al que apuñalé se acerca, y lanzo una patada dirigida a su rodilla. Es una buena patada, rápida y poderosa, del tipo que debería doblarle la pierna y darme una oportunidad para escapar.

Pero la bloquea con su brazo, absorbiendo el impacto como si nada. Antes de que pueda retroceder, su mano rodea mi tobillo, y de repente pierdo el equilibrio, saltando sobre un solo pie, completamente vulnerable.

Intento liberarme retorciéndome, pero su agarre es de hierro. Tira de mi pierna, y caigo con fuerza, mi espalda golpeando el pavimento. El impacto me deja sin aire, y por un momento no puedo respirar. No puedo ni pensar mientras veo estrellas danzando sobre mi cabeza. No puedo hacer nada más que quedarme allí, jadeando.

Entonces la bestia también está allí, erguida sobre mí como una montaña. Intento retroceder a gatas, pero no hay adónde ir. Mi espalda choca contra el muro de ladrillo, y estoy acorralada.

—¡Aléjate de mí! —le lanzo un puñetazo que conecta con su pecho. Es como golpear concreto. Ni siquiera se inmuta. Mis nudillos, sin

embargo, me duelen como el demonio. Brevemente, me pregunto si me he torcido o incluso roto un dedo contra su pecho de ladrillo.

Sigo luchando de todas formas. Pateo, doy puñetazos, araño todo lo que puedo alcanzar. El entrenamiento de mi padre vuelve a mí en fragmentos. Apunta a los ojos. La garganta. La entrepierna. Cualquier lugar que pueda darme una ventaja.

Pero es inútil. Estos hombres son profesionales. Saben cada movimiento que voy a hacer antes de que lo haga. El hombre al que apuñalé agarra mis muñecas, sujetándolas juntas con una sola mano, mientras la bestia agarrar mis piernas.

—Para —dice el hombre de ojos azules, su voz calmada a pesar de la sangre que aún mana de su costado—. Solo te vas a hacer daño.

—¡Suéltame! —me retuerzo bajo su agarre, pero es como luchar contra cadenas de acero. Son demasiado fuertes, demasiado coordinados—. ¡No sé nada! ¡No puedo ayudarles!

—Ya veremos —dice.

La bestia saca algo de su bolsillo. Al principio, pienso que es un arma, y el terror me invade. Pero no es una pistola ni un cuchillo.

Es una bolsa. Una bolsa de tela negra.

—No —jadeo, entendiendo lo que está a punto de ocurrir—. No, por favor, no—

Pero mis súplicas caen en oídos sordos. La bolsa desciende sobre mi cabeza, sumergiéndome en la oscuridad. Todavía puedo respirar, la tela es lo suficientemente delgada para eso, pero no puedo ver nada. No puedo orientarme. El pánico me atenaza el pecho, haciendo que mi corazón lata tan rápido que creo que podría explotar.

Siento manos sobre mí, levantándome, cargándome. Intento luchar, pero sin poder ver, mis movimientos son descoordinados e inútiles. Escucho el sonido de una puerta de coche abriéndose, y luego me

empujan al asiento trasero. Mis manos y tobillos están atados antes de que me dé cuenta de lo que está pasando.

El cuero está frío contra mi piel, pero el espacio es reducido. Intento sentarme, alcanzar la manija de la puerta aunque no puedo ver dónde está, pero la mano de alguien presiona mi hombro, manteniéndome en su lugar.

—No lo hagas —dice una voz. La bestia. Su tono es plano, sin emoción—. Hazlo fácil.

¿Fácil? No hay nada fácil en esto. Me están secuestrando mafiosos rusos que creen que sé dónde está mi padre. Que creen que tengo información sobre herencias robadas y fortunas ocultas. Me van a llevar a algún lugar privado, donde nadie escuchará mis gritos, y me van a hacer daño hasta que les diga lo que quieren saber.

Y no puedo decirles nada porque no sé nada.

La puerta del coche se cierra de golpe, y escucho el motor arrancar. ¿Adónde me llevan? ¿Volveré a ver la luz del día? ¿Volveré a ver a mi padre?

Lo único que sé es que la vida que cuidadosamente he construido durante los últimos nueve años, esa existencia callada e invisible que me mantuvo a salvo, se ha terminado.

La Bratva me ha encontrado.

Y ahora estoy a su merced.

6

ANDREY

Apoyo mi mano contra mi costado, sintiendo la calidez pegajosa de la sangre que empapa mi camisa. La herida late con cada latido de mi corazón, un recordatorio constante de que subestimé a Mariya Pushkin.

Matvey me lanza una mirada desde el asiento del conductor, sus ojos oscuros se fijan en mi costado antes de volver a la carretera. Su expresión es tan impasible como siempre, pero lo conozco lo suficiente para notar lo que otros pasarían por alto. Hay una leve arruga en la esquina de sus ojos, el más mínimo atisbo de diversión brillando en sus profundidades.

El cabrón se está riendo de mí.

—Ni una palabra —lo advierto.

No dice nada, pero sus labios tiemblan. Solo un poco, pero suficiente para que yo lo note.

—Lo digo en serio, Matvey.

Él se encoge de hombros con gesto indiferente, aún en silencio, pero puedo sentir su diversión irradiando de él en ondas. ¿Y por qué no

habría de estar divertido? Soy un Pakhan, un hombre que ha sobrevivido a innumerables peleas, que ha construido un imperio a través de la violencia y la estrategia, y acabo de ser apuñalado por una bibliotecaria.

Nunca viviré esto.

En el asiento trasero, Mariya se retuerce contra sus ataduras, sus maldiciones ahogadas apenas audibles a través de la mordaza que Matvey tuvo que ponerle en la boca después de que no dejara de gritar. La bolsa negra sigue cubriendo su cabeza, sus muñecas y tobillos atados con bridas de plástico. Nos luchó todo el camino al coche, pateando y arañando como una gata salvaje. Tuvimos que ser los dos para asegurarla.

Tengo que admitirlo, estoy impresionado. La mayoría de la gente habría cedido ya, habría aceptado su destino, pero no ella. Sigue luchando, sigue negándose a rendirse aunque debe saber que es inútil.

El viaje a mi finca dura treinta minutos, y Mariya no deja de forcejear en todo ese tiempo. Para cuando cruzamos la verja, puedo escuchar su respiración agitada a través de la bolsa, agotada pero aún desafiante.

Matvey aparca frente a la casa principal y viene a abrir mi puerta. Salgo lentamente, mi costado gritando en protesta. La herida no es profunda, eso lo sé. No alcanzó ningún órgano importante, no rozó nada vital. Pero aún duele como si la hubiera hecho el diablo y sangra como loco.

—Llévala a la sala de interrogatorios —le digo a Matvey mientras saca a Mariya del asiento trasero—. Necesito que me cosan esto.

Él asiente una vez, levantándola sobre su hombro como si no pesara nada. Ella inmediatamente comienza a forcejear de nuevo, sus piernas atadas pateando inútilmente contra su pecho.

Los observo desaparecer dentro de la casa, luego me dirijo a la enfermería. Mi finca tiene todo lo que necesito, incluyendo una sala médica completamente equipada y un doctor disponible las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Cuando estás en mi línea de trabajo, aprendes rápidamente que los hospitales hacen demasiadas preguntas.

El doctor está esperando cuando llego, ya preparando los suministros sobre la mesa de metal estéril. Tiene cincuenta y tantos años, de cabello gris y eficiente, y me ha curado más veces de las que puedo contar.

—Déjame ver —dice sin preámbulos.

Me quito la camisa arruinada, haciendo una mueca cuando la tela tira de la herida. La sangre la ha empapado por completo, manchando el material caro más allá de toda reparación.

Examina la lesión con manos expertas, su expresión neutral. —Corte limpio. Superficial. Tienes suerte.

—Suerte —repito, la palabra sabe amarga—. Claro.

Limpia la herida con un antiséptico que arde peor que la puñalada inicial, luego comienza a coser. Observo sus manos trabajar, la aguja tirando del hilo a través de mi piel con precisión metódica.

—Doce puntos.

—Manténlo limpio —dice el doctor cuando termina, aplicando un vendaje—. Cambia el apósito dos veces al día, y nada de actividad extenuante durante al menos una semana.

Asiento con la cabeza, sabiendo ya que no seguiré esa última instrucción. Tengo trabajo que hacer.

Para cuando llego a la sala de interrogatorios, mi costado late de nuevo a pesar de los analgésicos. La habitación está en el sótano, insonorizada y segura, con paredes de hormigón y una sola silla de metal atornillada al suelo y fijada a la pared. Es donde llevo a las

personas que necesitan responder preguntas que no quieren contestar.

Matvey está de guardia fuera de la puerta, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho. Cuando me ve, se endereza ligeramente.

—Es ruidosa —dice, lo que para Matvey es prácticamente un discurso.

Puedo oírla incluso antes de abrir la puerta. Le han quitado la bolsa de la cabeza, pero ahora lleva una venda en los ojos y la mordaza sigue firmemente colocada. Si no puede ver dónde está, no puede planear una escapada.

Entro y cierro la puerta detrás de mí. El sonido se corta de inmediato. Se queda quieta, inclinando la cabeza mientras intenta averiguar quién acaba de entrar.

—Hola, Mariya —digo en voz baja.

Ella se tensa al escuchar mi voz, y sus manos atadas se convierten en puños.

Me muevo para colocarme frente a ella, estudiándola bajo la dura luz fluorescente. Su pelo rubio está despeinado, cayendo en ondas enredadas alrededor de sus hombros. La venda le cubre los ojos, pero puedo ver la tensión en su mandíbula, la forma en que su pecho sube y baja con respiraciones rápidas. Está asustada, pero trata de no mostrarlo.

Valiente. Tonta, pero valiente.

—Voy a quitarte la mordaza —le digo—. Si gritas, volverá a su sitio. ¿Entendido?

No responde, pero tras un momento, asiente levemente.

Me inclino y desato la tela, quitándosela de la boca. Ella jadea inmediatamente, con los labios entreabiertos, y por un segundo, me

doy cuenta de lo llenos que están. De cómo la luz fluorescente resalta la curva de su pómulo.

Aparto el pensamiento. No está aquí para que la admire. Está aquí para darme respuestas.

—¿Dónde está tu padre? —pregunto.

—No lo sé —su voz es ronca por los gritos, pero firme.

—¿Dónde están las reliquias que robó?

—No lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Hace nueve años.

Me apoyo en la pared, cruzando los brazos con cuidado para evitar presionar mis puntos de sutura. —¿Esperas que me crea eso? ¿Que te envió a América y nunca más te contactó?

—No me importa lo que creas —levanta la barbilla, desafiante aunque no pueda verme—. Es la verdad.

—Tu padre es un traidor. Testificó contra la Bratva, robó reliquias valiosas de mi familia y luego desapareció. Eres su hija. ¿Me estás diciendo que no sabes nada de todo eso?

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

Estudio su rostro, buscando signos de engaño. Pero solo veo agotamiento y miedo, y algo más. Resignación. Como si hubiera estado esperando este momento durante años y finalmente hubiera aceptado que ha llegado.

—Intentémoslo de nuevo —digo, apartándome de la pared—. ¿Dónde está Yegor Pushkin?

—No lo sé.

—¿Dónde están las reliquias?

—No lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace nueve años, el día que testificó.

Continuamos así durante horas. Hago las mismas preguntas una y otra vez, variando el orden, cambiando mi tono, intentando atraparla en una mentira. Pero sus respuestas nunca cambian. No sabe dónde está su padre. No sabe nada sobre reliquias robadas. No lo ha visto ni ha tenido noticias de él en nueve años.

O bien está diciendo la verdad o es la mejor mentirosa que he conocido jamás.

En un momento, Matvey trae un cubo de agua, y lo derramo sobre su cabeza, esperando que el shock rompa sus defensas. Ella jadea, tosiendo, sus ropas empapadas. Pero cuando vuelvo a preguntar, me da las mismas respuestas.

—No sé dónde está. No sé nada sobre reliquias. No lo he visto en nueve años.

Cuando llega la medianoche, estoy agotado y me duele terriblemente el costado. Mariya tiembla con su ropa mojada, el pelo pegado a la cara, pero no se ha quebrado, no me ha dado nada útil.

No creo en hacer daño a las mujeres. Es una línea que nunca he cruzado, ni siquiera en defensa propia más allá de lo necesario para protegerme. Pero me estoy quedando sin opciones. ¿De qué otra manera voy a conseguir respuestas de ella?

—Está bien —digo finalmente, con voz ronca de frustración—. Probemos algo diferente.

Me inclino y le quito la venda, apartándola de su cara.

Ella parpadea contra la luz repentina, sus ojos verdes llorosos mientras se ajustan. Cuando su visión se aclara, me mira

directamente, y veo el momento en que la reconoce. Me recuerda de la biblioteca, del callejón. Sabe exactamente quién soy.

—Vas a ser mi invitada —le digo, manteniendo la voz calmada—. Te quedarás aquí, en mi propiedad, hasta que decidas darme las respuestas que necesito.

7

MARIYA

La venda me es retirada, y parpadeo contra la cruda luz fluorescente. Mis ojos se humedecen mientras se ajustan, y cuando mi visión finalmente se aclara, él está justo frente a mí.

El hombre al que apuñalé.

Se ve diferente ahora a como estaba en el callejón. Más compuesto. Más peligroso. Su cabello oscuro sigue perfectamente peinado a pesar de todo lo que ha pasado, y esos ojos azules me estudian con una intensidad que hace que mi piel se erice. La sangre en su camisa se ha secado formando una mancha oscura, un recordatorio de lo que le hice, de lo que soy capaz cuando estoy desesperada.

No es que me haya servido de mucho.

Él se acerca, y yo instintivamente me encogo. Pero no me golpea. En cambio, sus manos se mueven hacia las bridas de plástico que sujetan mis muñecas a la silla. El plástico corta mi piel mientras las libera, y cuando finalmente se sueltan, tengo que morderme para no gemir de alivio. Mis brazos duelen por haber estado en la misma posición, y mis dedos están entumecidos.

Luego se agacha hacia mis tobillos, cortando esas ataduras con la misma eficiencia. Cuando finalmente estoy libre, quiero derrumbarme, quiero enrollarme en una bola y dejar que la fatiga se apodere de mí. Pero me obligo a mantenerme erguida, a mirarlo a los ojos sin retroceder.

No le daré la satisfacción de verme quebrarme.

—Vas a ser mi invitada —dice, con una voz calmada y medida. Como si me invitara a cenar en lugar de mantenerme prisionera—. Te quedarás aquí, en mi finca, hasta que decidas darme las respuestas que necesito.

Invitada. Claro. Porque los invitados suelen estar atados a una silla e interrogados durante horas.

Él agarra mis brazos, su firmeza no es dolorosa pero es firme, y me levanta. Mis piernas casi ceden bajo mí. He estado sentada tanto tiempo que se han entumecido, y los músculos protestan al intentar sostener mi peso. Él me estabiliza, esperando a que encuentre mi equilibrio antes de guiarme hacia la puerta.

Intento soltarme de su agarre. Es instintivo, automático, aunque sé lo inútil que es. Sus dedos se aprietan alrededor de mis brazos, no lo suficiente para lastimar pero suficiente para dejar claro que no voy a ningún lugar donde él no quiera que vaya.

Y aunque lograra soltarme, la bestia está justo ahí. Ha estado vigilando la puerta todo este tiempo, silenciosa y atenta, y sé sin ninguna duda que me atraparía antes de dar dos pasos. En el coche, escuché que el hombre al que apuñalé llamaba a la bestia Matvey. Al menos tengo un nombre.

Me dejo llevar fuera de la sala de interrogatorios, con mi ropa mojada pegada a la piel y haciéndome tiritar. El pasillo más allá está tenuemente iluminado, con paredes y pisos de hormigón que hacen eco con cada paso. Estamos en un sótano, me doy cuenta. Bajo tierra, donde nadie podría escucharme gritar.

Llegamos a una escalera, y la subo con las piernas temblorosas. Mi captor mantiene su mano en mi brazo todo el tiempo, guiándome hacia arriba. La bestia nos sigue detrás, sus pasos pesados y deliberados. Estoy atrapada entre ellos, apretada entre dos hombres que podrían dominarme sin esfuerzo.

En la cima de las escaleras, todo cambia. El hormigón da paso a pisos de mármol y alfombras caras. Las paredes están pintadas en tonos cálidos, decoradas con obras de arte que probablemente cuesten más de lo que he ganado en toda mi vida. Los candelabros de cristal cuelgan de techos altos, proyectando una luz suave sobre todo.

Esto no es solo una casa. Es una finca, el tipo de lugar que grita riqueza y poder.

Caminamos por un pasillo, luego otro. Intento memorizar la ruta, contando puertas y notando giros, pero mi cerebro agotado lucha por mantener el ritmo. Izquierda, luego derecha, luego otra izquierda. ¿O fueron dos derechas? Todo comienza a difuminarse.

Finalmente, nos detenemos frente a una puerta. Mi captor suelta uno de mis brazos para sacar un juego de llaves de su bolsillo. El metal tintinea mientras las selecciona, encontrando la correcta. Desbloquea la puerta con un suave clic, luego la abre.

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, me empuja adentro. No con rudeza, pero con suficiente firmeza como para que tropiece unos pasos hacia adelante. Me doy la vuelta, lista para luchar, para suplicar, para hacer lo que sea necesario para salir de esto.

Pero él ya está cerrando la puerta.

El pestillo se activa con una finalidad que me hace caer el estómago. Estoy sola.

Me quedo allí durante un largo momento, mirando la puerta cerrada y escuchando el sonido de los pasos que se alejan por el pasillo.

Cuando el silencio se vuelve absoluto, finalmente me giro para mirar mi prisión.

Y me sorprende lo que veo.

No es una celda. No es una habitación oscura y sucia con una cama y un cubo. Es un dormitorio. Un hermoso dormitorio.

La cama es enorme, fácilmente de tamaño king, con un edredón mullido de un burdeos profundo y más almohadas de las que una persona podría necesitar. Hay un armario contra una pared, un sillón junto a la ventana y una puerta que supongo lleva al baño. Las paredes están pintadas en un suave color crema, y hay cuadros colgados en marcos elegantes. Una gruesa alfombra cubre la mayor parte del suelo de madera, y todo se ve caro. Lujoso.

Pero entonces me fijo en las rejas de las ventanas. Barras de metal gruesas que sería imposible romper o doblar. Y cuando miro más de cerca la puerta, veo el sistema de seguridad. Un teclado está montado en la pared junto a ella, con una pequeña luz roja parpadeando de manera constante. El tipo de sistema que encontrarías en un museo protegiendo artefactos invaluables.

O en una prisión protegiendo a prisioneros valiosos.

Camino hacia la ventana, con mis zapatos mojados chapoteando en cada paso, y miro a través de las rejas. Afuera está oscuro, pero puedo distinguir las formas de los árboles y los jardines cuidados. La finca se extiende en todas direcciones, rodeada por altos muros coronados con lo que parece alambre de púas. Incluso si pudiera atravesar las rejas de alguna manera, nunca lograría saltar esos muros.

Estoy atrapada. Completamente y totalmente atrapada.

Me desplomo al borde de la cama, mi cuerpo finalmente cediendo al agotamiento. Mi ropa todavía está empapada del agua que me echaron durante el interrogatorio, y estoy temblando a pesar del

calor de la habitación. Me duelen las muñecas donde las bridas me cortaron, y mi garganta está irritada por los gritos.

¿Cómo permití que esto pasara? ¿Cómo pude ser tan descuidada?

El hombre que me encontró, al que apuñalé, es de la Bratva. Estoy segura de ello. Todo en él grita crimen organizado. La forma en que se comporta, la ropa cara, la violencia casual. Y esta finca, con sus sistemas de seguridad y salas de interrogatorio subterráneas, es el hogar de alguien poderoso.

Un jefe, tal vez. O quizá él me interrogó primero, y el Pakhan vendrá a visitarme pronto. Quizá la verdadera tortura ni siquiera ha comenzado todavía.

Mi estómago se retuerce al pensarlo. He escuchado historias sobre lo que la Bratva les hace a los traidores y a sus familias. Las formas creativas en que extraen información. Las cosas que hacen para dar ejemplos de aquellos que se cruzan en su camino.

¿Eso es lo que me va a pasar a mí? ¿Me harán daño hasta que les diga lo que quieren saber? ¿Y cuando no pueda decirles nada porque realmente no sé dónde está mi padre o qué pasó con sus preciadas reliquias, me matarán?

Me envuelvo los brazos alrededor del cuerpo, intentando detener los temblores. Necesito pensar. Necesito idear un plan. Pero mi mente se siente lenta, agobiada por el agotamiento y el miedo.

Luchar contra ellos no funcionó. Lo intenté en el callejón, y todo lo que conseguí fue ser dominada y atada. Lo intenté de nuevo en el coche, y simplemente me sujetaron con más fuerza. La resistencia física es inútil contra hombres como estos. Son demasiado fuertes, demasiado experimentados y demasiado preparados para ese tipo de reacción.

Entonces, ¿qué más puedo hacer?

Podría intentar escapar, esperar a que alguien me traiga comida o venga a revisarme, y luego correr. Pero incluso si lograra pasar por quien abriera esa puerta, aún tendría que navegar por una finca desconocida, sortear las medidas de seguridad que haya y de alguna manera saltar esos muros. Las probabilidades de éxito son prácticamente nulas.

Podría negarme a cooperar, seguir repitiéndoles que no sé nada hasta que me crean o me maten. Pero eso no es realmente un plan. Eso es simplemente rendirse.

Tiene que haber otra manera. Algo en lo que no he pensado todavía.

Me levanto y camino hacia el baño, necesitando ver qué recursos tengo. La habitación es tan lujosa como el dormitorio, con encimeras de mármol y una ducha que parece sacada de un spa. Hay toallas limpias dobladas ordenadamente en un estante, y cuando abro el armario bajo el lavabo, encuentro artículos de aseo sin abrir. Champú, acondicionador, jabón e incluso un cepillo de dientes todavía en su envoltorio.

Es como si alguien hubiera preparado esta habitación específicamente para un invitado. Una prisionera, pero bien tratada.

Me veo en el espejo y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada. Mi pelo rubio es un desastre enredado, aún húmedo por el agua que vertieron sobre mí. Mi rostro está pálido, con ojeras oscuras bajo los ojos. Mi ropa está arrugada y manchada, pegada a mi cuerpo de la peor manera.

Parezco exactamente lo que soy. Una víctima. Alguien que ha sido capturada y destrozada.

Pero no estoy destrozada. Todavía no.

Me quito la ropa mojada, dejándola en un montón en el suelo del baño, y entro en la ducha. El agua caliente se siente como el cielo contra mi piel fría, y me quedo bajo el chorro durante mucho tiempo, dejando que me caliente desde fuera hacia dentro. Me lavo

el pelo y froto mi cuerpo, intentando eliminar la sensación de sus manos sobre mí y el recuerdo de estar atada, indefensa y completamente a su merced.

Al menos yo hice correr la primera sangre.

Cuando finalmente salgo, me siento casi humana de nuevo. Hay una bata colgada en la parte trasera de la puerta, suave y mullida, y me envuelvo en ella. Es demasiado grande, obviamente diseñada para alguien mucho más grande que yo, pero es cálida y limpia, y eso es lo único que importa ahora.

Vuelvo al dormitorio y me siento al borde de la cama de nuevo, mi mente trabajando en posibilidades. Necesito un nuevo enfoque. Algo que no esperen. Algo que pueda funcionar de verdad.

Y entonces me doy cuenta.

El hombre que me capturó, el de ojos azules y ropa cara, está atraído por mí. Lo vi en el callejón, la forma en que su mirada se detuvo en mi rostro. Lo volví a ver en la sala de interrogatorios, cuando me quitó la venda de los ojos y me estudió como si fuera algo valioso. Algo que merecía la pena conservar.

Quiere información de mí, sí. Pero quizás también quiere algo más.

Me revuelve el estómago pensarlo, pero me obligo a considerarlo. No soy ingenua. Sé de lo que son capaces los hombres como él. Sé lo que toman cuando lo desean. Pero ¿y si yo lo ofrezco voluntariamente? ¿Y si uso su atracción contra él?

Podría seducirlo. Hacerle creer que estoy interesada y que estoy dispuesta a cooperar a cambio de un mejor trato. Acercarme lo suficiente como para que baje la guardia. Y cuando lo haga, cuando esté distraído y vulnerable, podría escaparme.

Es arriesgado. Peligroso. El tipo de plan que podría salir terriblemente mal. Pero también es el único plan que tengo que podría funcionar de verdad.

Luchar no ha servido de nada. Correr no ha servido de nada. Así que quizás sea el momento de un enfoque diferente.

Me recuesto en la cama, mirando al techo, y dejo que el plan tome forma en mi mente. Tendré que ser cuidadosa. Convincente. Tendré que hacerle creer que estoy atraída por él, que estoy dispuesta a intercambiar mi cuerpo por mi libertad. Y tendré que esperar el momento adecuado, cuando esté lo suficientemente vulnerable como para que pueda escapar de verdad.

No es un plan perfecto, pero es todo lo que tengo.

8

ANDREY

Estoy de pie fuera de la puerta de Mariya, con la mano suspendida sobre el teclado, y me obligo a esperar. Solo unos segundos más. Ya he resistido la tentación de comprobar cómo está durante veinticuatro horas completas, y estoy orgulloso de mí mismo por la contención. La mayoría de los hombres en mi posición habrían vuelto dentro de la primera hora, ansiosos por continuar el interrogatorio o al menos verificar que su prisionera no había escapado de alguna manera.

Pero no soy la mayoría de los hombres.

Quería darle tiempo para pensar. Tiempo para que se diera cuenta de la futilidad de su situación. Tiempo para entender que la cooperación es su única opción.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo. La verdad es más complicada. No he podido dejar de pensar en ella, y no solo por la información que puede proporcionar. Hay algo en ella que se me ha metido bajo la piel: la forma en que luchó en ese callejón, la rebeldía en sus ojos durante el interrogatorio y el hecho de que realmente me apuñaló.

La herida en mi costado hormiguea, como si me recordara de lo que es capaz. Aprieto la mano contra el vendaje, sintiendo el dolor sordo debajo.

Debería estar enfadado. Debería estar planeando formas de romper su espíritu, de hacerla lamentar haberme levantado la mano. En cambio, me encuentro sonriendo como un idiota, deseando descubrir de qué más es capaz. Incluso estoy deseando volver a pelear con ella, aunque la próxima vez estaré más preparado.

Marco el código en el teclado y escucho cómo el cerrojo se desengancha con un suave clic. La llave gira suavemente en mi mano, y empujo la puerta hacia adentro, colocándome ligeramente a un lado por si intenta atacarme. Después de lo de ayer, no me voy a arriesgar.

Lo que encuentro en su lugar me sorprende y hace que mi cuerpo reaccione al instante.

Está tumbada en la cama solo en ropa interior, un par de bragas negras de encaje y un sujetador a juego que dejan muy poco a la imaginación. ¿Quién iba a decir que estaría vestida de manera tan provocativa bajo esa ropa de bibliotecaria? Los suéteres conservadores y los vaqueros que llevaba en la biblioteca ocultaban unas curvas que ahora están totalmente a la vista. Sus piernas son largas y tonificadas, su vientre plano, y la curva de sus pechos sobre el encaje hace que se me seque la boca.

Ha cogido un libro de la estantería que hay contra la pared y está recostada sobre las almohadas, leyendo. Su pelo rubio cae en suaves ondas sobre sus hombros, y parece completamente relajada. Cómoda. Como si estuviera descansando en su propio dormitorio en lugar de estar retenida en el mío.

Levanta la vista cuando entro, sus ojos verdes se encuentran con los míos sin rastro de miedo. Su expresión permanece neutral, casi aburrida, como si que un hombre entre en su habitación mientras está semidesnuda fuera lo más normal del mundo. Tampoco intenta

cubrirse, ni busca una manta ni cruza los brazos sobre el pecho. Simplemente me observa, esperando a ver qué haré.

Mi cerebro lucha por procesar lo que estoy viendo. Esta es una mujer totalmente diferente de la que me apuñaló ayer.

—¿Estás disfrutando del libro? —pregunto, manteniendo mi voz casual aunque el corazón me late con fuerza.

Ella mira la portada y luego vuelve a mirarme. —Es interesante. Tienes buen gusto en literatura.

—Me alegra que lo apruebes. —Me apoyo en el marco de la puerta, cruzando los brazos con cuidado para no presionar los puntos de sutura. —Veo que te has puesto cómoda.

—La habitación es muy agradable. —Deja el libro a un lado, estirándose como un gato. El movimiento hace que arquee la espalda, llamando mi atención hacia la curva de su cintura, la forma en que el encaje del sujetador se estira sobre su piel. —Mucho mejor de lo que esperaba, teniendo en cuenta las circunstancias.

¿Está coqueteando conmigo? El tono de su voz, la forma en que me mira a través de sus pestañas, es sutil pero inconfundible. Nada atrevido ni obvio, pero está ahí, un atisbo de invitación en la curva de sus labios y la forma en que se mueve en la cama para darme una mejor vista.

Y entonces lo comprendo.

Está intentando seducirme. Cree que puede seducirme para que la deje ir libre.

Casi me río en voz alta. ¿De verdad cree que soy tan estúpido? ¿Que voy a caer en una táctica tan obvia? Llevo veinticinco años en este negocio. He visto todos los trucos, todas las manipulaciones, todos los intentos de ganar ventaja. ¿Y esto? Esto es de principiantes.

Pero en lugar de señalarla, decido jugar su juego. Esto podría ser entretenido. ¿Y quién sabe? Tal vez si dejo que crea que está

funcionando, dejará escapar algo, me dará una pieza de información que ha estado reteniendo.

—¿No tienes frío? —pregunto, separándome del marco de la puerta y dando un paso hacia la habitación. —Puedo pedirle a alguien que te traiga más ropa si la necesitas.

—Estoy bien. —Inclina la cabeza, estudiándome con esos ojos verdes. —¿A menos que prefieras que me ponga algo?

—No he dicho eso. —Me acerco más a la cama, observándola con atención. No se estremece, no se aleja. Más bien parece relajarse aún más, su lenguaje corporal abierto y acogedor. —Solo estoy sorprendido. Ayer, me combatías en cada oportunidad que tenías. Hoy, estás aquí tumbada como si fuéramos viejos amigos.

—Quizás he tenido tiempo para pensar. —Se sienta, balanceando las piernas sobre el borde de la cama. El movimiento la acerca más a mí, lo suficiente como para que pueda oler su champú. —Quizás me he dado cuenta de que luchar contra ti no va a llevarme a ninguna parte.

—¿Y qué crees que te llevará a algún lado? —pregunta.

Ella se levanta y, de repente, estamos cara a cara. Bueno, cara a pecho. Es alta para ser una mujer, pero aún así le saco varios centímetros. Tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos, y cuando lo hace, veo algo que acelera mi pulso. Calor y deseo. O al menos, una imitación muy convincente de ello.

—Cooperación —dice en voz baja—. Tú quieres información. Yo quiero mi libertad. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

—Ayudarnos mutuamente —repito, alargando la mano para apartar un mechón de cabello rubio detrás de su oreja. Ella no se aparta. Más bien, se inclina hacia el contacto, cerrando los ojos por un instante—. ¿Y qué, exactamente, me estás ofreciendo?

—¿Qué es lo que quieres? —Ella coloca su mano sobre mi pecho, justo encima de mi corazón. Puedo sentir el calor de su palma a través de la camisa, el leve temblor de sus dedos que delata su nerviosismo. Es buena, pero no perfecta—. Estoy segura de que podemos llegar a algún tipo de acuerdo.

Cubro su mano con la mía, manteniéndola contra mi pecho. —¿Crees que puedes seducirme para que te deje ir?

Por un momento, veo pánico en sus ojos. Pero se recupera rápidamente, su expresión volviendo a esa máscara sensual. —Creo que ambos somos adultos. Creo que ambos sabemos lo que queremos.

—¿Lo sabemos? —Me inclino, acercando mi rostro al suyo. Tan cerca que nuestros labios casi se tocan. Tan cerca que puedo sentir su aliento en mi piel—. Dime, Mariya. ¿Qué crees que quiero?

—A mí —susurra.

No se equivoca. La quiero, la he deseado desde que la vi en esa biblioteca. Cierro la distancia entre nosotros, capturando sus labios con los míos. Ella responde de inmediato, abriendo la boca bajo la mía, su mano libre agarrando mi hombro. El beso es ardiente. Su cuerpo se presiona contra el mío, curvas suaves moldeándose contra músculos duros. Puedo sentir cada centímetro de ella a través del fino encaje, y mi cuerpo responde con una urgencia que me sorprende. Mis manos se desplazan hacia su cintura, acercándola aún más, y ella emite un pequeño sonido en la parte trasera de su garganta que va directo a mi ingle.

Esto es peligroso. Sé que es peligroso. Pero no parezco poder detenerme.

La empujo hacia atrás hasta que sus piernas chocan con la cama, luego la tumbo sobre el colchón. Ella va de buena gana, tirando de mí hacia ella, sus piernas envolviéndose alrededor de mi cintura. El beso se profundiza, se vuelve más urgente, y puedo sentir su

corazón acelerado contra mi pecho, sus pechos presionados contra mí.

Mi mano se desliza por su costado, trazando la curva de sus costillas y el arco de su pecho. Ella se arquea bajo el contacto, sus dedos enredándose en mi cabello. Cada instinto que tengo me grita que siga adelante, que me entregue al deseo que ha estado creciendo desde la primera vez que la vi.

Interrumpo el beso el tiempo suficiente para quitarme la camisa, lanzándola a un lado. Sus ojos se oscurecen al observar mi pecho desnudo, su mirada se detiene en el vendaje en mi costado donde me apuñaló. Por un momento, algo parpadea en su expresión. ¿Culpa? ¿Arrepentimiento? Pero luego desaparece, reemplazado por puro calor.

—Tócame —ordeno, mi voz áspera.

Ella no duda. Sus manos exploran mi pecho, trazando las líneas de los músculos, las cicatrices que he acumulado a lo largo de los años. Cada contacto envía fuego por mis venas. Llego detrás de ella y desabrocho su sostén con facilidad experta, quitándoselo para revelar unos pechos perfectos. Bajo la cabeza, llevándome un pezón a la boca, y ella jadea, arqueándose sobre la cama.

Me deleito con sus pechos, usando mi lengua y dientes hasta que se retuerce debajo de mí, sus uñas clavándose en mis hombros. Mi mano se desliza por su estómago plano hasta la cintura de esas bragas de encaje negro. Engancho mis dedos en ellas y se las bajo por las piernas, tirándolas a un lado.

Ella está hermosa, completamente desnuda frente a mí, sonrojada por el deseo, su pecho subiendo y bajando rápidamente. Por un momento, simplemente la miro, grabando esta imagen en mi memoria. Luego me pongo de pie y me quito el resto de la ropa, observándola mientras ella me observa. Sus ojos se ensanchan ligeramente cuando ve lo duro que estoy por ella.

Me coloco entre sus muslos, y ella se abre para mí sin dudarlo. Mis dedos la encuentran húmeda y lista, y la acaricio, observando su rostro mientras el placer inunda sus facciones. Es sensible, sus caderas se mueven contra mi mano, suaves gemidos escapándose de sus labios.

Me posiciono en su entrada y me introduzco dentro de ella en un solo movimiento suave. Ella grita, su cuerpo tensándose a mi alrededor, y, joder, se siente increíble. Apretada, caliente y perfecta. Le doy un momento para que se ajuste, luego comienzo a moverme, estableciendo un ritmo duro y exigente.

Ella responde a cada embestida, sus piernas envolviéndose alrededor de mi cintura, llevándome más profundo. Me apoyo en mis antebrazos, mirando hacia su rostro. Sus ojos están cerrados, sus labios entreabiertos, y está haciendo esos pequeños sonidos que me vuelven loco. Quiero verla deshacerse debajo de mí.

Paso la mano entre nosotros, encontrando ese sensible racimo de nervios y rodeándolo con mi pulgar. Sus ojos se abren de par en par, encontrándose con los míos, y la conexión es eléctrica. Por un momento, olvido que esto se supone que es un juego, olvido que es mi prisionera, que está tratando de manipularme. Todo en lo que puedo pensar es en ella, en cómo se siente, y en cómo me está mirando con tanto calor en esos expresivos ojos verdes.

—Ven por mí —gruño contra su oído, y ella lo hace, su cuerpo apretándose alrededor de mí mientras grita. La sensación me empuja al límite, y la sigo al vacío, enterrando mi rostro en su cuello mientras mi liberación estalla a través de mí.

Durante varios largos momentos, permanecemos así, nuestros cuerpos aún unidos, ambos respirando con dificultad. Puedo sentir su corazón golpeando contra mi pecho, al ritmo del mío. Luego, la realidad regresa con fuerza.

¿Qué coño acabo de hacer?

Me aparto de ella, repentinamente necesitando distancia. Ella me observa con esos ojos oscuros mientras recojo mi ropa, su expresión indescifrable. ¿Es esa satisfacción lo que veo allí? ¿Triunfo? Mi estómago se retuerce.

Me ha manipulado. Me ha manipulado, y lo he permitido. Peor aún, lo he deseado. Todavía lo deseo, incluso sabiendo lo que está haciendo.

Me visto rápidamente, sin mirarla. Puedo sentir su mirada sobre mí, esperando que diga algo. Lo que sea. Pero, ¿qué hay que decir? ¿Que fue increíble? ¿Que quiero hacerlo de nuevo?

Me dirijo hacia la puerta, mi mente acelerada. Esto lo cambia todo. He cruzado una línea que no puedo deshacer, y ella lo sabe.

9

MARIYA

La puerta se cierra tras él con un suave clic que resuena por la habitación como un disparo. La miro fijamente, mi cuerpo aún tembloroso, mi piel aún ruborizada por lo que acabamos de hacer. Por lo que acabo de hacer.

No puedo creerlo.

De verdad he tenido sexo con él. Con un miembro de la Bratva que me tiene prisionera. Un hombre cuyo nombre ni siquiera conozco.

Aprieto las manos contra mi rostro, sintiendo el calor en mis mejillas. Se suponía que esto era una táctica, una forma de acercarme a él, de hacer que bajara la guardia para poder escapar. Pero en algún momento entre el primer beso y cuando me empujó sobre la cama, el plan se desmoronó. O tal vez fui yo quien se desmoronó.

No. Me niego a pensar en cómo se sintió. Me niego a reconocer la forma en que mi cuerpo respondió a su tacto, la oleada de placer que me invadió cuando él se movió dentro de mí. Eso no fue real. Fue solo biología, solo una respuesta física. No significaba nada.

No puede significar nada.

Me levanto con las piernas temblorosas y camino hacia el baño, evitando mi reflejo en el espejo. No quiero ver lo que está escrito en mi rostro ahora mismo, no quiero enfrentarme a la verdad que intenta salir a la superficie.

La ducha ya me resulta familiar después de anoche, y pongo el agua tan caliente como puedo soportar. El vapor llena el baño mientras me meto bajo el chorro, dejando que arrastre las huellas de lo que acaba de suceder. Me froto la piel hasta que se pone rosada, intentando borrar el recuerdo de sus manos en mí, su boca en mí, el peso de su cuerpo presionándome contra el colchón.

Pero ni el jabón ni el agua pueden eliminar el hecho de que lo disfruté. Que durante esos minutos olvidé que era su prisionera, olvidé que él es peligroso, que quiere información que no tengo y que podría matarme en cualquier momento.

Olvidé todo excepto cómo me hizo sentir.

La comprensión me retuerce el estómago de vergüenza. Así que, ¿qué se supone que debo hacer ahora? El plan de seducción fracasó espectacularmente. Si acaso, he empeorado las cosas. Él obtuvo lo que quería de mí, y yo todavía estoy encerrada en esta habitación sin escapatoria. No estoy más cerca de la libertad que ayer.

Me quedo en la ducha hasta que el agua comienza a enfriarse, y entonces me obligo a salir. La bata sigue colgada en la puerta, y me envuelvo en ella, de repente agotada. La adrenalina que me ha mantenido en pie durante los últimos dos días finalmente se desvanece, dejándome vacía y sin fuerzas.

Debería mantenerme despierta. Debería usar este tiempo para buscar algo en la habitación que pueda usar como arma o herramienta para escapar. Debería estar planeando mi próximo movimiento.

Pero mi cuerpo tiene otras ideas. En el momento en que me acuesto en la cama, mis ojos se vuelven pesados. Intento luchar contra ello,

obligarme a mantenerme alerta, pero es inútil. El sueño me hunde como una corriente, y estoy demasiado cansada para resistirme.

Un golpe en la puerta me saca de golpe. Me siento, desorientada, con el corazón acelerado. La luz del sol entra por las ventanas enrejadas, brillante y alegre, en completo contraste con mi situación. ¿Cuánto tiempo he dormido? Parecen solo minutos, pero la calidad de la luz me indica que es por la mañana.

La puerta se abre antes de que pueda decir algo, y entra una mujer. Lleva un uniforme impecable compuesto por pantalones negros y una camisa blanca de botones, y sus brazos están llenos de ropa. Es de mediana edad, con el pelo gris recogido en un moño pulcro, y cuando me ve, sonríe.

—Buenos días —dice en un inglés con acento. Ruso, pero lleva suficiente tiempo en América como para que el acento se haya suavizado—. El Pakhan envió esto para usted. Pensó que quizá le gustaría un cambio de ropa.

La mujer deja la ropa en el armario, todavía sonriéndome como si esto fuera una situación completamente normal. Como si llevara ropa a prisioneros todos los días. Tal vez lo hace.

—Gracias —logro decir, con la voz áspera por el sueño.

Ella asiente y sale sin decir nada más, la puerta cerrándose tras ella con el mismo suave clic.

Miro el montón de ropa, parte de mí quiere rechazarla por principio. Pero eso sería estúpido. No puedo quedarme en esta bata para siempre, y mi propia ropa sigue húmeda y arrugada por el interrogatorio de ayer.

Reviso lo que envió. Vaqueros que parecen quedar bien, un suéter suave de color verde oscuro, ropa interior aún en su envoltorio, calcetines e incluso unas zapatillas deportivas. Todo es de alta calidad, caro, y exactamente de mi talla.

¿Cómo sabe mi talla?

El pensamiento me eriza la piel, pero lo aparto y me visto. La ropa me queda perfecta, cómoda y cálida, y odio que me sienta agradecida por ello. Odio que haya pensado en esto, que me esté proporcionando cosas como si fuera una invitada en lugar de una prisionera.

Acabo de atarme las zapatillas cuando oigo el sonido de una llave en la cerradura. Mi pulso se acelera y me levanto, alisando el suéter con manos nerviosas. La puerta se abre, y ahí está él.

Se ve diferente con la luz de la mañana. Sigue siendo peligroso, sigue imponiendo, pero hay algo más suave en él ahora. Su cabello oscuro está ligeramente húmedo, como si se hubiera duchado recientemente, y lleva vaqueros y una camiseta negra que se ajusta a su ancho pecho. El vendaje en su costado es visible a través de la fina tela, un recordatorio de lo que le hice.

Sus ojos azules me recorren, fijándose en la ropa, y algo parpadea en su expresión. ¿Satisfacción? ¿Aprobación?

—Bien —dice—. Te quedan bien.

No respondo. No me fío de mí misma para hablar sin decir algo que empeore la situación.

—Ven conmigo —continúa, apartándose para señalar el pasillo—. Es hora del desayuno.

—No tengo hambre —miento.

Como si fuera una señal, mi estómago gruñe tan fuerte que ambos lo oímos. El calor me sube a las mejillas.

Sus labios se contraen, casi sonriendo. —Mentirosa. ¿Vas a bajar como una persona civilizada o tengo que atarte las manos de nuevo?

El recuerdo de las bridas cortándome las muñecas me hace estremecer. No quiero que me aten de nuevo, no quiero sentirme tan indefensa.

—Seré civilizada —digo en voz baja.

—Buena elección.

Me guía fuera de la habitación y por el pasillo. Intento memorizar la ruta de nuevo, contando puertas y notando giros, pero es aún más confuso con luz del día. La finca es enorme, con pasillos que parecen no acabar nunca y habitaciones que solo puedo vislumbrar a través de puertas abiertas.

Bajamos por una gran escalera, del tipo que ves en películas sobre gente rica, con barandillas de madera pulida y una lámpara de cristal colgando sobre nosotros. Mis zapatillas son silenciosas sobre el suelo de mármol mientras caminamos por lo que parece ser un salón formal, y luego entramos en un comedor que es más grande que todo mi apartamento.

Una larga mesa domina el espacio, puesta con vajilla fina y copas de cristal. Pero solo hay dos lugares puestos, en un extremo de la mesa, uno frente al otro. La Bestia ya está ahí, situado a un lado como un guardia, con sus enormes brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos oscuros siguen mis movimientos cuando entramos, pero su expresión permanece impasible.

El Pakhan saca una silla para mí, y me siento, sintiéndome incómoda y fuera de lugar. Él toma el asiento frente a mí, y casi de inmediato, el personal aparece con comida: platos de huevos, bacon, fruta fresca y pasteles que huelen a gloria. Mi estómago vuelve a gruñir, más fuerte esta vez, y no puedo evitar coger un trozo de tostada.

—Me alegra ver que tienes apetito —dice, observándome untar mantequilla en la tostada con manos firmes.

Doy un bocado en lugar de responder. La comida está deliciosa, y tengo más hambre de lo que pensaba. No he comido desde el

almuerzo de anteayer, antes de que todo se fuera al traste.

—¿La ropa es cómoda? —pregunta.

—Sí.

—Bien. Puedo hacer que te suban más si las necesitas.

Lo miro, confundida por las formalidades.

—¿Cómo te llamas? —pregunto de repente.

Él levanta una ceja. —¿No lo sabes?

—¿Cómo podría saberlo? Me secuestraste, me interrogaste y me encerraste en una habitación. Nunca te presentaste.

—Tienes razón. —Se recuesta en la silla, estudiándome—. Andrey Melnikov.

El nombre me golpea como un puñetazo en el estómago. Melnikov. Conozco ese apellido. Todo el mundo en la Bratva lo conoce. La familia Melnikov es poderosa e influyente, con conexiones que se extienden por todo el mundo.

Y acabo de tener sexo con su Pakhan.

—Veo que reconoces mi nombre —dice Andrey, algo oscuro brillando en sus ojos.

—Todo el mundo lo reconoce —logro decir.

—Entonces comprendes la posición en la que estás. —Coge su taza de café y bebe un sorbo lento. —Este es Matvey, mi sovietnik.

La Bestia asiente una vez, reconociendo la presentación, pero no habla.

—Ahora que nos hemos presentado correctamente —continúa Andrey, dejando la taza—, hablemos de tu padre.

Y así, sin más, el desayuno civilizado ha terminado.

—Ya te he dicho todo lo que sé —digo, mientras mi apetito desaparece—. No sé dónde está.

—No te creo.

—Me da igual lo que creas. Es la verdad.

Su mandíbula se tensa. —Tu padre es un traidor. Testificó contra la Bratva y luego desapareció. Pero antes de desaparecer, robó algo de mi familia. Algo muy valioso.

—No sé nada de eso.

—Reliquias familiares —continúa, como si no hubiera hablado—. Iconos que han pasado de generación en generación. Valen una fortuna, tanto financieramente como sentimentalmente. Desaparecieron más o menos al mismo tiempo que tu padre.

Niego con la cabeza. —No sé nada de ningún icono. Mi padre nunca los mencionó.

—¿Entonces dónde está? —Andrey se inclina hacia adelante, sus ojos azules perforando los míos. —¿Dónde se ha estado escondiendo todo este tiempo?

—¡No lo sé! —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendo, cargadas de frustración y miedo. —Me envió a América el día que testificó. No lo he visto ni he sabido de él desde entonces. Por lo que yo sé, podría estar muerto.

—No está muerto. —La voz de Andrey es plana, segura. —Si lo estuviera, alguien habría encontrado el cuerpo ya. No, está vivo y escondido en algún lugar, y tú me vas a decir dónde.

—No puedo decirte lo que no sé.

Nos miramos a través de la mesa, la tensión tan espesa que podría cortarse. Matvey se mueve ligeramente, llamando mi atención. Su mano reposa sobre algo en su cadera. Un arma, probablemente. Un recordatorio de lo que podría pasar si no coopero.

Pero no puedo darles lo que quieren. Genuínamente no sé dónde está mi padre. No sé nada de reliquias robadas o fortunas escondidas. Y aunque lo supiera, ¿se lo diría? ¿Traicionaría a mi padre para salvarme?

—Déjame aclarar algo muy claramente —dice Andrey, su voz bajando a algo frío y peligroso—. Tu padre robó a mi familia. Esas reliquias me pertenecen, y las recuperaré. De una forma u otra.

—No puedo ayudarte —susurro.

—Entonces tú serás el precio. —Se levanta, imponente sobre mí. —Hasta que Yegor Pushkin devuelva lo que robó, me perteneces. Eres una garantía, Mariya. Y siempre cobro lo que me deben.

10

ANDREY

No puedo dejar de mirarla al otro lado de la mesa del desayuno.

Mariya está sentada allí, picando sus huevos con un tenedor, su pelo rubio cayendo en suaves olas sobre sus hombros. Lleva el jersey verde que le envié esta mañana, y el color hace que sus ojos parezcan aún más vibrantes. Cada vez que se mueve, recuerdo cómo se veían esos ojos anoche cuando se deshizo bajo mí. Cómo se sentía su cuerpo envuelto alrededor del mío. Cómo sabía.

Joder.

Me ajusto en la silla, intentando concentrarme en la conversación que debemos tener en lugar del recuerdo de ella desnuda y dispuesta en mi cama. Esto es negocio. Ella es un medio para un fin, nada más. El hecho de que no pueda sacarla de mi cabeza es irrelevante.

—Cuéntame sobre la última vez que viste a tu padre —digo, manteniendo mi voz calmada.

Ella deja el tenedor, encontrando mi mirada con esos ojos verdes.

—Dímelo otra vez.

Ella suspira, pero accede. —Me despertó temprano. Desayunamos juntos, aunque ninguno de los dos comió mucho. Me dijo que tenía que dejar Rusia, que ya no era seguro. Me dio la caja de joyas de mi madre y dinero para una nueva vida en América. Luego se fue al tribunal, y nunca lo volví a ver.

Es la misma historia que me ha contado una docena de veces ahora. Palabra por palabra, sin variación, sin vacilación. O está diciendo la verdad, o es la mejor mentirosa que he conocido.

—¿Y nunca te contactó después de eso? ¿Ni una vez en nueve años?

—Ni una vez.

—¿Ninguna carta? ¿Ninguna llamada telefónica? ¿Ningún mensaje a través de intermediarios?

—Nada. —Su mandíbula se tensa. —He estado sola todo este tiempo, esperando a que me dijera que era seguro volver a casa. Pero nunca lo hizo.

Me reclino en la silla, estudiando su rostro en busca de algún signo de engaño. Pero todo lo que veo es agotamiento y algo que parece dolor genuino. Como si estuviera diciendo la verdad sobre haber sido abandonada por su padre.

—¿Y las reliquias? —presiono. —¿Los íconos que desaparecieron al mismo tiempo que tu padre? ¿Me estás diciendo que no sabes nada sobre ellos?

—Ni siquiera sé de qué íconos estás hablando. —Su voz se eleva ligeramente, con un borde de frustración. —Mi padre nunca mencionó ninguna reliquia, nunca me dijo que había robado algo de alguien.

—¿Entonces qué te dijo? Debió haber algo, alguna pista sobre adónde iba o qué planeaba.

—Me dijo que huyera. —Ella aparta su plato, su apetito claramente desaparecido. —Me dijo que no confiara en nadie y que nunca

volviera a Rusia. Eso es todo. Eso es todo lo que sé.

Seguimos yendo y viniendo así durante otros veinte minutos. Hago las mismas preguntas de diferentes maneras, intentando atraparla en una mentira o hacerla tropezar. Pero sus respuestas nunca cambian. No sabe dónde está Yegor. No sabe sobre los íconos. No ha tenido contacto con él desde que testificó.

Cuando finalmente me rindo, mi costado me duele donde ella me apuñaló, y mi paciencia está al límite.

—Llévala de vuelta a su habitación —le digo a Matvey.

Él asiente una vez y se acerca a Mariya. Ella se levanta sin protestar, pero capto un destello de algo en sus ojos. ¿Alivio? ¿Decepción? No puedo decirlo.

Los observo marcharse, mi mente ya avanzando hacia el siguiente paso. Si ella no me dice lo que necesito saber, quizás su apartamento lo haga. Cuando Matvey regresa, conducimos a su apartamento.

El apartamento de Mariya está en un edificio deteriorado en el borde de la ciudad, el tipo de lugar donde la gente se ocupa de sus propios asuntos y no hace preguntas. Perfecto para alguien que intenta permanecer invisible.

Matvey y yo, junto con dos de mis guardaespaldas, subimos la estrecha escalera hasta el tercer piso. El pasillo huele a grasa de cocina vieja y moho, y la alfombra está desgastada en algunos lugares. Saco las llaves que tomamos de su bolso y abro la puerta.

El apartamento es pequeño. Muy pequeño, un estudio con una cocina en una esquina, una cama contra la pared del fondo y un baño que apenas tiene espacio para moverse. Pero lo que más me llama la atención es lo escueto que es.

No hay casi nada personal aquí. No hay fotos en las paredes. No hay chucherías en las estanterías. Los muebles parecen venir con el

lugar, baratos y funcionales. Incluso los armarios de la cocina están casi vacíos, conteniendo solo lo esencial.

—Estaba lista para huir —observa Matvey, sus ojos oscuros escudriñando la habitación.

Tiene razón. Este no es el apartamento de alguien que se haya establecido en una vida. Es el apartamento de alguien que ha vivido con un pie fuera, listo para desaparecer en cualquier momento.

Me muevo por el espacio metódicamente, buscando cualquier cosa que pueda darme una pista sobre el paradero de Yegor o los iconos desaparecidos. El armario contiene algunos cambios de ropa, todos prácticos y sin distinción. El baño tiene artículos básicos de tocador, nada lujoso. En la mesilla de noche hay un solo libro, un thriller sobre una mujer en fuga.

Adecuado.

Debajo de la cama, encuentro una pequeña bolsa de deporte. Dentro hay dinero en efectivo, un pasaporte falso y un teléfono desechable. Un kit de escape. Realmente estaba preparada para huir en cualquier momento.

La revelación hace que algo se retuerza en mi pecho. Ha estado viviendo así durante nueve años. Siempre mirando por encima del hombro. Siempre lista para huir. Nunca permitiéndose echar raíces o establecer conexiones.

¿Qué clase de vida es esa?

Aparto el pensamiento. No importa. Es la hija de Yegor Pushkin, y eso la convierte en mi responsabilidad ahora. Mi palanca.

En el rincón de la habitación, escondido en una estantería, encuentro una caja de joyas de madera. Es antigua, ornamentada, con delicados grabados en la tapa. La abro con cuidado y dentro encuentro varias piezas de joyería. Un collar con un pequeño colgante. Un par de pendientes. Una pulsera. Nada que parezca

particularmente valioso, pero están claramente bien queridas. Quizás reliquias familiares.

Cierro la caja y la guardo bajo el brazo. Si estas piezas significan algo para ella, podrían ser útiles.

Recojo algunos más de sus objetos personales. Algo de ropa, artículos de tocador y el libro de su mesilla de noche. Cosas que la harán sentir más cómoda en su nuevo alojamiento. Me digo que es práctico, que un prisionero cómodo es más propenso a cooperar. Pero la verdad es que me siento como una mierda por la forma en que ha estado viviendo y por el hecho de que he empeorado su situación.

—¿Encontraste algo? —pregunta Matvey.

—Nada útil —hago un gesto hacia el escuálido apartamento—. Ha estado viviendo como un fantasma.

Él gruñe en señal de acuerdo.

Salimos del apartamento, cerrando con llave tras nosotros. Mi siguiente parada es la biblioteca donde trabaja Mariya. Si va a ser mi invitada por un tiempo, necesito asegurarme de que su ausencia no levante sospechas.

La biblioteca está tranquila cuando llegamos, solo unos pocos usuarios hojeando los estantes. Reconozco inmediatamente a la mujer pelirroja del mostrador de circulación. Su placa de identificación dice *Daisy*.

Me acerco con mi sonrisa más encantadora, la que uso cuando necesito ser persuasivo. —Disculpe. Estoy aquí por Mariya.

Daisy levanta la mirada, su expresión amigable. —Oh, no está hoy. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

—En realidad, soy un amigo de la familia —la mentira sale fácilmente—. Me temo que ha habido una emergencia familiar.

Mariya tuvo que volar de regreso a Rusia inesperadamente. Me pidió que le informara que estará fuera por un tiempo.

El rostro de Daisy se descompone. —Oh, no. ¿Está todo bien?

—Lo estará —la tranquilizo—. Pero no está segura de cuándo volverá. Quería que me disculpara por el aviso tan corto.

—Por supuesto. Dígale que no se preocupe por el trabajo. Nos las arreglaremos. —La preocupación de Daisy parece genuina—. Y dígale que espero que todo se solucione.

—Lo haré. Gracias.

Me doy la vuelta frente al mostrador, satisfecho de que la historia de cobertura esté en su lugar. Matvey ya se dirige hacia la salida, y mis guardaespaldas me flanquean mientras avanzamos por la biblioteca. La caja de joyas sigue bajo mi brazo, junto con algunos otros objetos que había agarrado de su apartamento.

Estamos casi en la puerta cuando esta se abre. Un hombre entra y lo reconozco de inmediato, o más bien, su actitud. Es Bratva, y su presencia aquí no es una coincidencia.

—Melnikov —dice el hombre, su voz llevando un tono casual que no coincide con la tensión que irradia de él. Tiene dos hombres con él, posicionados estratégicamente.

Lo reconozco con un gesto de la cabeza, manteniendo mi expresión neutral. Mi mano se mueve instintivamente hacia mi costado, los dedos rozando el peso de mi arma. Matvey se mueve a mi lado, leyendo la situación de la misma manera que yo. Mis guardaespaldas se ponen tensos, listos para lo que sea que ocurra.

El capitán da unos pasos más cerca, sus ojos moviéndose entre mis hombres y yo. Está evaluando, calculando probabilidades. No las encontrará favorables.

—He oído que tienes una chica —dice, bajando el tono—. Muy bonita. Rusa. Me pregunto si tal vez es alguien que estamos

buscando.

El hecho de que lo pregunte significa que no están seguros, pero están tentando. No respondo de inmediato. En lugar de eso, dejo que el silencio se extienda entre nosotros, que sienta el peso de mi mirada. Esto es un juego, y estoy decidiendo si jugar o terminarlo aquí mismo, en esta biblioteca.

—¿De qué chica estás hablando? —pregunto finalmente, mi voz baja y peligrosa.

El capitán sonríe, pero no llega a sus ojos. Da otro paso hacia adelante, y siento que la mano de Matvey se acerca más a su arma.

—La que sacaste de la calle —dice—. La que creemos que podría ser la hija de Yegor.

11

MARIYA

Llevo horas dando vueltas por esta habitación, y con cada paso, mi ira aumenta. La alfombra mullida bajo mis pies no hace nada para suavizar la furia que llevo hirviendo dentro de mí desde esta mañana. Desde que él salió de aquí como si lo que ocurrió entre nosotros no significara nada.

¿Cómo se atreve?

¿Cómo se atreve Andrey Melnikov a secuestrarme, interrogarme, encerrarme en esta jaula dorada y luego tener la audacia de follarme como si fuera una participante voluntaria en el retorcido juego que está jugando? Y luego, *luego*, simplemente se va. Sin explicación. Sin reconocer lo que hicimos. Simplemente desaparece, como si yo no fuera más que un problema que ha resuelto temporalmente.

Me detengo ante la ventana, aferrando los barrotes hasta que mis nudillos se ponen blancos. El metal es frío e inflexible, un recordatorio constante de que, por muy bonita que sea esta habitación, sigo siendo una prisionera. Sigo atrapada. Sigo completamente a su merced.

¿Y lo peor? No puedo dejar de pensar en ello. En *él*. Es sexy y guapo, sin duda alguna. Había pensado que podría simplemente

acostarme con él, por el bien común, por supuesto, y seguir mi camino hacia la huida. Pero lo que hicimos pareció ser algo más que solo sexo—al menos para mí. Probablemente porque no tengo la costumbre de acostarme con cualquiera. Pero la forma en que me hizo sentir…

¡Ugh, tengo que dejar de pensar en él!

Reanudo mis pasos por la habitación, mis pensamientos dando vueltas. Quizás él hace esto todo el tiempo. Quizás tiene un grupo de mujeres que mantiene encerradas en varias habitaciones por toda esta enorme propiedad, visitándolas cuando le viene en gana. La idea me revuelve el estómago, pero no puedo quitármela de la cabeza. ¿Qué sé realmente de Andrey Melnikov? Nada, excepto que es peligroso, poderoso y aparentemente cree que me posee.

El sonido de una llave en la cerradura me hace helarme. Mi corazón golpea contra mis costillas mientras la puerta se abre, y allí está él.

Andrey entra en la habitación, con los brazos llenos de ropa. Mis ropas, me doy cuenta de repente. Lleva vaqueros y una camiseta negra que se ajusta a su amplio pecho, y su pelo oscuro está un poco desordenado, como si se lo hubiera estado pasando las manos por él. Esos ojos azules encuentran los míos de inmediato, y mariposas revolotean en mi estómago.

Mi reacción al verlo me enfurece aún más. Cruzo la habitación en tres zancadas rápidas y le doy un puñetazo directo en la nariz.

El impacto envía una descarga de dolor por mis nudillos, pero vale la pena. Su cabeza se echa hacia atrás, y la sangre brota inmediatamente de su nariz, corriendo por sus labios y barbilla. La ropa en sus brazos cae al suelo mientras sus manos vuelan hacia su cara.

—¿Qué demonios ha sido eso? —exclama, su voz apagada tras las manos.

—¡Por secuestrarme! —grito, mi voz temblando de rabia—. ¡Por interrogarme como si fuera una criminal. Por encerrarme en esta habitación. Por tratarme como si no fuera más que una propiedad que puedes usar como te dé la gana!

Él me mira, la sangre filtrándose entre sus dedos, y veo una genuina sorpresa en sus ojos. Como si no pudiera creer que realmente le haya golpeado. Como si no pensara que yo era capaz de hacer algo así.

Bueno, que se joda. Tengo mucho más dentro de mí de lo que él cree.

—Te acostaste conmigo y luego simplemente te fuiste —continúo, mi voz subiendo de tono—. Ni siquiera tuviste la decencia de decir algo. Simplemente me dejaste allí como si fuera una puta que recogiste de la calle!

—Mariya—.

—No. —Hago un gesto con la mano, cortándolo.

Él no responde, simplemente se queda allí, la sangre goteando sobre su camiseta, manchando aún más la tela negra. Por un momento, siento un atisbo de culpa. Ahora le he apuñalado y le he dado un puñetazo en la cara. Pero entonces mis ojos se posan en lo que dejó caer, y toda la culpa se evapora.

Mi joyero. El joyero de mi madre. El que mi padre me dio la última vez que lo vi, lleno de las únicas piezas de mi antigua vida que me quedan. Mis manos comienzan a temblar, y tengo que apretarlas en puños para detener el temblor.

—¿De dónde has sacado eso? —exijo, señalando el joyero que yace entre la ropa dispersa—. ¿Has rebuscado entre mis cosas personales? ¿Has entrado en mi apartamento?

Andrey no responde de inmediato. En su lugar, se agacha y comienza a recoger la ropa, incluyendo el joyero. Se mueve con

calma, metódicamente, como si no le hubiera acabado de dar un puñetazo en la cara. Como si la sangre no siguiera brotando de su nariz.

—¡Respóndeme! —grito.

Él se endereza, sosteniendo el joyero en una mano, y pasa junto a mí hacia el escritorio. Lo deposita todo cuidadosamente, luego se dirige al baño sin decir una palabra. Escucho el sonido del agua corriendo, y un momento después, emerge con un trozo de papel higiénico presionado contra su nariz.

—Sí —dice finalmente, su voz un tanto nasal por el papel higiénico —. Fui a tu apartamento. Necesitaba ver si había algo allí que pudiera decirme dónde está tu padre o qué pasó con las reliquias de mi familia.

—¡No tenías derecho! —Las palabras explotan dentro de mí—. Esa es mi casa. Mi espacio privado. ¡No puedes simplemente entrar y llevarte lo que quieras!

—Puedo hacer lo que me dé la gana —dice con voz plana, como si fuera lo más obvio del mundo—. Parece que sigues olvidando cuál es tu posición aquí, Mariya. No eres una invitada. Eres un aval. Y hasta que tu padre devuelva lo que le robó a mi familia, todo lo que posees me pertenece a mí.

La manera tan casual en la que lo dice, como si fuera lo más evidente del mundo, hace que quiera golpearlo de nuevo. Pero me obligo a permanecer donde estoy, clavándome las uñas en las palmas de las manos.

—Te traje tus cosas porque pensé que te harían sentir más cómoda —continúa, apartando el pañuelo para comprobar si la hemorragia se ha detenido. No lo ha hecho. Vuelve a presionar el pañuelo contra su nariz—. Pensé que apreciarías tener tu ropa, tus pertenencias. Claramente, me equivoqué.

—Has violado mi privacidad —digo, con la voz temblorosa—. Has revisado mis cosas sin permiso. Te has llevado algo que no te pertenece.

—Todo lo que hay en ese apartamento me pertenece ahora —dice, tirando el pañuelo ensangrentado a la basura y cogiendo uno nuevo —. Incluida esa caja de joyas.

—No —respondo con un gruñido—. Esa caja es mía. Era de mi madre. Es todo lo que me queda de ella.

Algo cruza su rostro. ¿Compasión? ¿Comprensión? Pero desaparece antes de que pueda identificarlo, reemplazado por esa expresión fría y calculadora que estoy empezando a odiar.

—Entonces deberías haberla guardado en un lugar más seguro — dice.

Nos miramos a través de la habitación, con una tensión tan densa que apenas puedo respirar. Quiero gritarle, lanzarle algo, hacerle entender cuánto me ha arrebatado. Pero sé que no servirá de nada. Hombres como Andrey Melnikov no se preocupan por los sentimientos ni por las fronteras personales. Solo les importa el poder y el control.

—Te odio —susurro.

—Lo sé —responde, comprobando su nariz de nuevo. La hemorragia por fin se ha reducido a un hilillo—. Pero eso no cambia nada. Te quedarás aquí hasta que consiga lo que necesito.

—Te he dicho todo lo que sé. No tengo información sobre tus preciadas reliquias ni sobre dónde está mi padre. ¿Qué más quieres de mí?

—La verdad —dice, acercándose hacia mí, y me obligo a no retroceder, a no mostrar miedo—. Creo que sabes más de lo que me estás contando. Creo que tu padre te dijo algo, te dio algo que estás ocultando.

—Estás equivocado.

—¿Lo estoy? —se detiene justo delante de mí, tan cerca que puedo ver las motas de azul oscuro en sus ojos. Tan cerca que puedo oler su colonia mezclada con el olor metálico de la sangre.

Se da la vuelta y vuelve al escritorio donde dejó la caja. Sus dedos recorren la tapa tallada, y mi estómago se contrae. —Pero esa no es la única razón por la que vine aquí esta noche.

—¿Ah no? —cruzo los brazos sobre el pecho, intentando parecer desafiante en lugar de aterrorizada—. ¿Qué otras noticias deliciosas tienes para mí?

Se vuelve hacia mí, y la expresión en su rostro me hace detenerme. No es ira ni frustración. Es algo peor. Algo que casi parece arrepentimiento.

—Tu tapadera ha sido descubierta —dice en voz baja—. No soy el único que sabe sobre ti ahora.

Las palabras me golpean como un puñetazo. Incluso retrocedo un paso, extendiendo la mano para apoyarme en la pared.

—¿Qué? —la palabra sale apenas como un susurro.

—Había alguien en la biblioteca hoy. De la Bratva. Hacía preguntas sobre ti, sobre si había secuestrado a la hija de Yegor Pushkin —la mandíbula de Andrey se tensa—. No confirmé nada, pero él lo sabe. Lo que significa que otros también lo sabrán pronto.

No. No, no, no. Esto no puede estar pasando. He sido tan cuidadosa. Tan cautelosa. He seguido todas las reglas que mi padre me dio, nunca bajé la guardia, nunca hice conexiones que pudieran llevar a quién soy realmente.

Y ahora todo ha sido en vano.

—¿Quién? —logro preguntar—. ¿Quién era?

—¿Importa? —la voz de Andrey es más suave ahora, casi compasiva —. El punto es que, incluso si te dejara ir ahora mismo, no estarías a salvo. Te encontrarían en cuestión de días. Quizás horas.

—¿Y qué? —me río, pero sale agria y quebrada—. ¿Me estás diciendo que debería estar agradecida de ser tu prisionera? ¿Que debería agradecerte haberme secuestrado porque al menos me mantienes a salvo de los otros monstruos que hay ahí fuera?

—Te digo que más te vale acomodarte —se acerca de nuevo, y esta vez sí retrocedo—. Porque no vas a ir a ninguna parte. No hasta que esto se resuelva.

—¿Y cómo, exactamente, se va a resolver esto? —exijo—. Sigues haciéndome preguntas que no puedo responder. Sigues buscando información que no tengo. Así que, ¿cuál es tu plan aquí, Andrey? ¿Vas a tenerme encerrada para siempre?

—Si es lo que hace falta —su voz es dura ahora, sin rastro de compasión.

Me desplomo en el borde de la cama, de repente exhausta. Toda la rabia que me ha estado impulsando durante las últimas horas se desvanece, dejándome vacía y hueca. ¿Qué sentido tiene luchar? ¿Qué sentido tiene resistir cuando soy completamente impotente?

—Realmente no sé dónde está —digo en voz baja, mirando mis manos—. No he sabido de él en nueve años. Por lo que sé, está muerto.

—No está muerto —la voz de Andrey es firme—. Si lo estuviera, alguien lo habría encontrado ya. No, está vivo y escondido en algún lugar.

No respondo. ¿Qué hay que decir? Ha decidido lo que ocurrió, lo que hizo mi padre, y nada de lo que diga lo cambiará.

Andrey vuelve al escritorio, golpeando con los dedos la madera mientras mira la caja de joyas. Lo observo, con el corazón en la

garganta. Casi me siento violada al verlo mirar lo único que me queda de mi familia.

—Ahora —dice Andrey, volviéndose hacia mí con una expresión que no puedo descifrar—. Sobre esta caja de joyas…

12

ANDREY

Estoy frente al escritorio, con los dedos apoyados en la tapa tallada del joyero, y me giro para mirar a Mariya. Ella sigue sentada al borde de la cama, sus ojos verdes fijos en el joyero como si fuera una bomba a punto de estallar. El pánico que vi cruzar su rostro cuando lo traje por primera vez no ha desaparecido por completo. Todavía está allí, acechando bajo la superficie, tensando sus hombros y haciendo que su respiración sea superficial.

¿Qué diablos hay en este joyero que la tiene tan preocupada?

Ya lo revisé una vez, en su apartamento. Miré cada pieza de joyería dentro, buscando algo que pudiera estar conectado con las reliquias familiares desaparecidas de mi familia. Pero no había nada, solo una colección de piezas modestas que parecían haber sido transmitidas a través de generaciones. Valor sentimental, seguro, pero nada que justifique el tipo de miedo que veo en sus ojos ahora mismo.

—Sobre este joyero —digo de nuevo, observándola con cuidado.

Ella se pone de pie, sus manos se cierran en puños a los lados. —Devuélvemelo.

—No hasta que me digas por qué estás tan preocupada por él.

—Es mío. Perteneció a mi madre. Eso es todo lo que necesitas saber.

Estudio su rostro, buscando algún signo de que está ocultando algo. Su mandíbula está tensa, sus labios apretados en una línea fina, y no me mira directamente a los ojos, pero no parece estar ocultando nada.

—No es nada. Solo son joyas —dice—. Piezas familiares que significan algo para mí. Da un paso hacia mí, luego se detiene, como si temiera acercarse demasiado. —Por favor. Solo devuélvemelo. Es todo lo que tengo de mi vida pasada, de mi madre.

La desesperación en su voz casi me hace reconsiderar. Casi. Abro la tapa y vacío el contenido sobre la cama.

Las joyas se esparcen por el edredón burdeos. Un collar con un pequeño colgante. Un par de pendientes. Varios anillos. Una pulsera. Y un broche que parece viejo, deslustrado por el tiempo. Cojo cada pieza lentamente, examinándolas mientras observo la reacción de Mariya por el rabillo del ojo.

Ella intenta mantener una expresión neutra, pero puedo ver la tensión en su cuerpo. Sin embargo, no muestra más emoción por ninguna pieza en particular. No hay respiros repentinos ni intentos de arrebatarme algo de las manos, solo ese pánico constante y subyacente que parece emanar de ella.

Estoy a punto de rendirme, a punto de admitir que quizás realmente no hay nada aquí, cuando algo llama mi atención. El broche. Es una pieza antigua, ornamentada pero desgastada, con un diseño que me resulta vagamente familiar. Pero lo que llama mi atención es cómo está colocado el metal. Parece ligeramente desalineado, como si alguna vez se hubiera roto y alguien lo hubiera pegado de nuevo.

Lo cojo, girándolo entre mis dedos. Ella extiende la mano como para quitármelo, pero luego la baja. Me aparto de ella, sosteniendo el broche hacia la luz. La costura donde fue reparado es más evidente ahora, una línea delgada a lo largo del borde. Mis dedos encuentran

un pequeño pestillo en el costado, y cuando lo presiono, el broche se abre.

Un pequeño trozo de papel se desliza y cae al suelo.

Mariya da un respingo, y no puedo decir si está tan sorprendida como yo o si está molesta porque lo encontré. Lo que sea que *eso* sea.

Me agacho y recogo el papel, desplegándolo con cuidado. Es viejo, amarillento por el tiempo, y solo hay una palabra escrita en tinta desvanecida.

Bayou

Miro la palabra, mi mente acelerándose a través de posibilidades. ¿Bayou? ¿Qué diablos significa eso? No hay bayous en este estado. No cerca de aquí, que yo sepa. Y ciertamente no en Rusia, al menos no de donde somos.

Mariya se asoma por detrás de mí, y por una vez, no parece cautelosa de acercarse demasiado. Su hombro roza mi brazo mientras se inclina para mirar el papel. —¿Qué es eso?

La miro, sorprendido por la genuina confusión en su voz. —¿No lo sabes?

—No. Extiende la mano hacia el papel, pero lo aparto. —Nunca lo había visto antes. Ni siquiera sabía que el broche se abría.

Le creo. La sorpresa en su rostro es demasiado real como para ser fingida. Lo que significa que su padre lo escondió sin decírselo. Pero ¿por qué? ¿Qué significa "bayou"?

—¿Podría ser un código? —pregunta Mariya, frunciendo el ceño mientras piensa. —Quizás no se refiere realmente a un bayou. Tal vez es… no sé, un acrónimo o algo así.

—Quizás. Le doy la vuelta al papel, pero el reverso está en blanco. Solo esa palabra en el frente. —O podría ser una ubicación. Algun lugar al que tu padre fue o planeaba ir.

—Pero por aquí no hay bayous —dice ella, todavía de pie muy cerca, tan cerca que puedo volver a oler su champú. Ese aroma floral me ha estado volviendo loco—. Y tampoco se me ocurre ningún lugar en Rusia que encaje.

Nos quedamos allí en silencio un momento, ambos mirando el papel como si de repente fuera a revelar sus secretos. Mi mente trabaja a toda marcha recorriendo posibilidades, tratando de conectar esta única palabra con todo lo que sé sobre Yegor Pushkin y las herencias desaparecidas.

¿Podría ser un lugar de reunión? ¿Una casa segura? ¿Un sitio donde escondió algo valioso?

—¿Qué tal Luisiana? —sugiere Mariya de repente—. Ahí hay bayous. Muchos.

—Eso está a kilómetros de distancia —replico, negando con la cabeza—. ¿Por qué iba tu padre a esconder algo tan lejos de aquí?

—No lo sé. Pero si estaba intentando mantenerlo a salvo, quizá la distancia era el objetivo —me mira, y esos ojos verdes brillan con algo que parece casi esperanza—. Tal vez escondió las herencias de tu familia en algún lugar donde nadie pensaría en buscar —hace una mueca—. *Si* es que realmente se las llevó, como acusaste.

Es posible. Pushkin era inteligente, cuidadoso. Si quería esconder algo valioso, lo pondría en un lugar inesperado. En algún sitio que llevaría años encontrar, si es que alguien lo encontraba.

¿Pero Luisiana? Eso parece demasiado obvio. Demasiado fácil.

—Necesito pensar en esto —digo, doblando el papel y guardándolo en mi bolsillo—. Averiguar qué significa esto.

—¿Me devuelves el broche? —pregunta Mariya en voz baja.

Miro hacia abajo, la pieza en mi mano, luego a su rostro. La desesperación ha vuelto, pero ahora es diferente. Más suave. Más vulnerable. Solo quiere recuperar esa pieza de su madre.

Se lo entrego, y sus dedos se cierran alrededor de él inmediatamente, apretándolo contra su pecho como si fuera la cosa más preciada del mundo. El pensamiento hace que algo se retuerza en mi pecho, pero lo aparto. No puedo permitirme sentir pena por ella. No puedo permitirme que la compasión nuble mi juicio.

—Gracias —susurra.

Asiento una vez, luego me doy la vuelta y me dirijo a la puerta. Necesito hablar con Matvey, averiguar qué significa «bayou» y si realmente es una pista o solo un callejón sin salida.

Cuando llego a la manija, Mariya habla de nuevo. —¿Andrey?

Me detengo, volviéndome hacia ella.

—De verdad no sabía nada de ese papel —su voz es suave, casi suplicante—. No estoy intentando esconderte nada. Quiero ayudar. Quiero que esto termine.

—Entonces esperemos que esto realmente lleve a algún lado —digo y salgo.

El cerrojo se activa detrás de mí con ese familiar clic, y avanzo por los pasillos hacia mi oficina. Matvey ya está allí, de pie junto a la ventana con los brazos cruzados sobre su pecho macizo. Se da la vuelta cuando entro, y sus ojos oscuros se fijan inmediatamente en mi rostro.

—¿Nariz bien? —pregunta.

Toco mi nariz con cuidado. Todavía está sensible, pero el sangrado se detuvo hace rato. —Sobreviviré. Aunque tiene un buen gancho de derecha.

Sus labios se curvan en lo que podría ser diversión. —Te advertí.

—Sí, bueno, no esperaba que me golpeara al segundo en que entré —me muevo hacia mi escritorio y saco el papel, extendiéndolo sobre la superficie—. Mira esto.

Matvey cruza la habitación en tres zancadas largas y se inclina para examinar el papel. Su expresión no cambia, pero veo que sus ojos se estrechan ligeramente mientras lee la única palabra.

—Lo encontré en un broche —explico—. En un compartimento oculto. Mariya ni siquiera sabía que estaba allí.

—¿Le crees?

—Sí. Estaba tan sorprendida como yo —me recuesto en la silla, pasándome una mano por el pelo—. Pero no sé qué significa. *Bayou*. Podría ser una ubicación, podría ser un código. Podría no ser nada.

Matvey toma el papel, levantándolo hacia la luz. Lo estudia un largo momento, con el ceño fruncido en concentración. Luego algo cambia en su expresión.

—El viejo campo —dice.

Me incorporo. —¿Qué?

—Había un lugar de reunión en las afueras de la ciudad, ¿te acuerdas? —coloca el papel, su dedo golpeando la palabra.

Busco en mi memoria, tratando de recordar algo sobre un viejo campo en las afueras de la ciudad. Imágenes vagas emergen. Historias que escuché cuando era más joven, sobre cómo la Bratva solía reunirse en lugares secretos antes de tener el poder y la influencia para operar más abiertamente.

—Todavía hay una cabaña allí —continúa Matvey—. O solía estar. Ha estado abandonada durante años.

—¿Y crees que «bayou» se refiere a eso? —pregunto, escéptico.

Él se encoge de hombros. —Los viejos lo llamaban así. *El campo*. Siempre húmedo y lodoso, como un pantano. Bromeaban diciendo

que era su propio bayou.

Las piezas comienzan a encajar en mi mente. Si Pushkin conocía ese antiguo lugar de reunión, si había escuchado las mismas historias y bromas, podría haberlo usado como escondite. Es remoto, abandonado, y la mayoría de la gente ha olvidado que existe.

Es exactamente el tipo de sitio donde alguien escondería algo que no quiere que encuentren.

—Tenemos que revisarlo —digo, ya de pie.

Matvey asiente. —¿Esta noche?

—No. Esperemos hasta mañana, cuando haya luz y podamos ver mejor —mi mente corre hacia lo que podríamos encontrar. ¿Las herencias? ¿Documentos? ¿Algo totalmente distinto?

Un impulso repentino me golpea, y espero no arrepentirme luego.

—Llevaremos a Mariya —digo.

13

MARIYA

El sonido de la puerta abriéndose me saca de mi sueño. Me incorporo rápidamente, con el corazón ya acelerado, y mi cuerpo se tensa ante lo que sea que venga. La luz de la mañana entra por las ventanas con barrotes, y tengo que parpadear varias veces antes de que mis ojos se ajusten lo suficiente para ver quién está en la entrada.

Andrey.

Lleva vaqueros y una camiseta oscura que se ajusta a su pecho, y tiene una sonrisa en la cara. Una sonrisa real, amplia y genuina, como si estuviera emocionado por algo. Es tan inesperado que me quedo mirándolo un momento, intentando averiguar qué diablos está pasando.

—Vístete —dice, sus ojos azules brillantes con algo que no logro identificar—. Vamos a una búsqueda del tesoro.

Parpadeo ante él. —¿Una qué?

—Me has oído —se apoya en el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho. El movimiento hace que sus bíceps se

flexionen, y me obligo a apartar la mirada—. Prepárate. Salimos en diez minutos.

Antes de que pueda hacer alguna pregunta, ya se ha ido, y la puerta se cierra tras él con ese clic familiar cuando el cerrojo se activa. Me quedo sentada un momento, mi mente recorriendo posibilidades. *¿Una búsqueda del tesoro? ¿Qué diablos significa eso? ¿Es algún tipo de trampa? ¿Una nueva forma de torturarme para sacarme información?*

Pero no tengo tiempo para darle demasiadas vueltas. Si dice diez minutos, significa diez minutos. Me levanto de la cama y cojo la ropa que me trajo ayer: vaqueros, una camiseta y las zapatillas. Me visto rápidamente, pasando los dedos por mi pelo enredado y deseando tener tiempo para una ducha.

Cuando estoy lista, me paro junto a la puerta y espero. Mi estómago está hecho un nudo, la ansiedad hace que me tiemblen las manos. ¿Adónde vamos? ¿Qué quiere de mí ahora?

La puerta se abre exactamente diez minutos después. Andrey me mira de arriba abajo, su mirada se detiene en mi cuerpo de una manera que hace que el calor se acumule bajo mi vientre. Odio reaccionar así ante él.

—Vamos —dice, haciendo un gesto para que le siga.

Salgo al pasillo, y allí está la bestia, Matvey, de pie como un centinela silencioso. Sus ojos oscuros siguen mis movimientos, pero su expresión permanece tan impasible como siempre. Los tres caminamos por la finca, y trato de memorizar la ruta de nuevo, pero es inútil. Este lugar es demasiado grande, demasiado confuso.

Salimos por una puerta lateral que no había visto antes, y hay un SUV negro esperando en el camino de entrada. Andrey abre la puerta trasera y me indica que entre. Dudo, mi mente gritándome que esto es una mala idea, que subir a ese coche podría ser lo último que haga.

—No voy a hacerte daño —dice Andrey en voz baja, leyendo mi vacilación—. Lo prometo.

No le creo. Pero ¿qué opción tengo? Subo al asiento trasero, y él se desliza a mi lado. Matvey toma el asiento del conductor, y en cuestión de segundos estamos saliendo de la finca y dirigiéndonos a la carretera principal.

Miro el paisaje que pasa por la ventana, tratando de averiguar adónde vamos. Conducimos por la ciudad, pasando por calles y edificios familiares, y luego nos dirigimos hacia las afueras. Los edificios se vuelven más escasos y dispersos, reemplazados por campos abiertos y árboles esparcidos.

Mi ansiedad aumenta con cada kilómetro que pasa. Vamos a un lugar remoto. Un lugar donde nadie podría oírme gritar.

—¿Adónde vamos? —pregunto por fin, con la voz tensa.

—Ya lo verás —dice Andrey.

Eso no me tranquiliza. Ni un poco.

Conduimos otros veinte minutos, y el paisaje se vuelve cada vez más desolado. Finalmente, Matvey sale de la carretera principal y toma un camino de tierra que apenas se distingue entre la hierba alta. El todoterreno salta sobre baches y hoyos, y tengo que agarrarme al asidero de la puerta para no salir despedida.

Cuando por fin nos detenemos, estamos en medio de la nada, solo un campo vacío que se extiende en todas direcciones, con unos cuantos árboles raquíticos y hierba alta que se mece con la brisa. Y en el centro de todo, hay una vieja choza. Parece que lleva décadas abandonada, con la madera podrida y el tejado hundido de forma peligrosa.

La sangre se me hiela.

Me han traído aquí para matarme. Esa es la única explicación. Van a enterrar mi cuerpo aquí, donde nadie me encontrará jamás.

¿Cuántos más estarán enterrados en este campo? ¿Cuántas personas han estado aquí, en mi lugar, dándose cuenta demasiado tarde de lo que está a punto de ocurrir?

No me muevo cuando Andrey abre la puerta. No puedo moverme. Mi cuerpo está paralizado, cada músculo tenso por el terror.

—Mariya —dice Andrey con voz suave—, vamos.

—No —la palabra sale como un susurro apenas audible.

Se agacha para quedar a mi altura, sus ojos azules escudriñan mi rostro. —Te lo dije, no voy a hacerte daño. Estamos aquí para buscar algo.

—¿Buscar qué? —exijo, con la voz temblorosa—. No hay nada aquí excepto tierra y esa trampa mortal de choza.

—Eso es lo que venimos a averiguar —extiende la mano—. Confía en mí.

¿Confiar en él? ¿Está loco? No confío en él. No puedo confiar en él. Pero, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Huir? No llegaría ni a diez pies antes de que la bestia me atrapara. Y aunque de alguna manera lograra escapar, ¿adónde iría? Estamos a kilómetros de cualquier lugar.

Tomo su mano, odiándome por hacerlo, y dejo que me ayude a salir del todoterreno. Mis piernas tiemblan tanto que apenas puedo mantenerme en pie. Escudriño el campo, buscando cualquier señal de tierra removida, cualquier indicio de que esto sea un cementerio. Pero solo veo hierba y maleza.

Andrey sigue sosteniendo mi mano mientras caminamos hacia la choza. La bestia nos sigue, silenciosa como siempre. Cuanto más nos acercamos, peor se ve la estructura. La madera está gris y astillada, las ventanas rotas, y toda la construcción se inclina ligeramente hacia un lado, como si un viento fuerte pudiera derribarla.

—No voy a entrar ahí —digo, deteniéndome a varios metros de distancia.

Andrey se vuelve a mirarme. —¿Por qué no?

—Porque se derrumbará en cuanto pongamos un pie dentro —libero mi mano de la suya—. No voy a morir aplastada en una choza abandonada en medio de la nada.

—Es más resistente de lo que parece —dice, pero incluso él no suena del todo convencido.

—Entra tú primero.

Me estudia un momento, luego asiente. —De acuerdo.

Camina hasta la puerta, que cuelga de los goznes, y la empuja para abrirla. La madera cruje en protesta, y yo contengo la respiración, esperando que todo se derrumbe. Pero no lo hace. Andrey entra, desapareciendo en la oscuridad, y escucho sus pisadas sobre las tablas del suelo.

—¿Ves? —grita—. Todo está bien.

No me muevo. Mi corazón late tan fuerte que lo siento en la garganta. Esto es una locura. Una completa locura.

—Mariya —dice Andrey, reapareciendo en la puerta—. Necesito que entres. Te lo explicaré todo, pero necesito que estés dentro.

—Explícalo ahora —exijo.

Suspira, pasándose una mano por el pelo oscuro. —¿Recuerdas la nota que encontramos en el broche? La que decía *'bayou'*?

Asiento lentamente.

—Matvey cree que se refiere a este lugar. Los viejos solían llamar a este campo "el bayou" porque siempre estaba húmedo y lodoso. Aquí se celebraban reuniones, antes de que la Bratva tuviera el poder para operar abiertamente —hace un gesto hacia la choza—.

Esta era una de sus casas seguras. Y creemos que tu padre podría haber escondido algo aquí.

Las palabras me golpean como un puñetazo. Mi padre. ¿Él conocía este lugar? ¿Escondió algo aquí?

—¿Qué crees que escondió? —pregunto.

—No lo sé. Quizás las reliquias familiares. Quizás algo más. —La expresión de Andrey se suaviza—. Pero necesito tu ayuda para encontrarlo. Por favor.

Miro la choza, luego a Andrey, y luego a la bestia que está detrás de mí, erguida como un muro. Estoy atrapada, completamente y absolutamente atrapada. Y si hay alguna posibilidad de que mi padre dejara algo aquí, algo que pueda explicar lo que pasó o dónde está, tengo que buscarlo.

—Vale —digo—. Pero si esa cosa se nos cae encima, te perseguiré por toda la eternidad.

Los labios de Andrey se contraen en lo que podría ser una sonrisa. —Trato hecho.

Le sigo adentro, con el cuerpo tenso y alerta, lista para salir corriendo al primer signo de peligro. El interior es aún peor que el exterior. Las tablas del suelo están podridas en algunos lugares, y hay agujeros en las paredes donde los animales han hecho sus nidos. Todo está cubierto por una gruesa capa de polvo y telarañas.

—¿Qué estamos buscando? —pregunto, mi voz resonando en el espacio vacío.

—Cualquier cosa fuera de lo normal —dice Andrey—. Tablas sueltas, compartimentos ocultos, cualquier cosa que parezca haber sido alterada recientemente.

Nos separamos, cada uno cubriendo una sección de la pequeña habitación. Me muevo con cuidado, probando cada tabla del suelo

antes de poner todo mi peso sobre ella. Mis ojos escanean cada superficie, buscando cualquier cosa que pueda ser una pista.

Pasan los minutos. Luego diez minutos. Luego veinte. No encontramos nada, solo podredumbre, decadencia y los restos de lo que alguna vez fue este lugar.

Estoy empezando a pensar que esto es una pérdida de tiempo cuando mi pie pisa una tabla que cede bajo mí. Ni siquiera tengo tiempo de gritar antes de que esté cayendo, la madera astillándose a mi alrededor, y luego golpeo el suelo con tanta fuerza que me quita el aire.

—¡Mariya! —la voz de Andrey llega desde arriba, llena de pánico.

Me quedo allí echada por un momento, aturdida, intentando averiguar si algo está roto. Me duele la espalda donde aterricé, y mi tobillo está palpitando, pero puedo mover todo. Estoy bien. Mayormente.

—Estoy bien —llamo hacia arriba, con la voz temblorosa.

Miro a mi alrededor, y el aliento se me corta. No estoy en un espacio reducido o un agujero superficial. Estoy en una habitación. Una habitación subterránea con paredes de tierra y un techo bajo. Está oscuro, pero entra suficiente luz por el agujero que hice como para ver que el espacio mide unos tres metros por tres.

—Hay un sótano aquí abajo —digo, llena de asombro.

La cara de Andrey aparece en el agujero sobre mí. —¿Estás herida?

—No. Pero tienes que ver esto.

En cuestión de segundos, tanto Andrey como la bestia han bajado por el agujero. Matvey saca una linterna, y el haz atraviesa la oscuridad, revelando más del espacio.

Está vacío, excepto por unas pocas cajas viejas en una esquina. Pero lo que llama mi atención son las paredes. No son solo de tierra.

Están reforzadas con tablones de madera vieja, como si alguien hubiera construido este espacio para que durara.

—Esto fue intencional —dice Andrey, pasando la mano por una de las paredes—. Alguien construyó esto como un escondite.

Buscamos en la habitación metódicamente, revisando cada centímetro de las paredes y el suelo. Matvey mueve una de las cajas, y detrás de ella veo algo. Una sección de la pared que se ve diferente del resto. Más nueva, tal vez, o simplemente alterada más recientemente.

—Aquí —digo, señalando.

Andrey se acerca, y juntos empezamos a retirar la tierra suelta. Cede fácilmente, revelando un espacio hueco detrás de ella. Y dentro de ese espacio hay una caja fuerte metálica.

Mi corazón se detiene.

Conozco esa caja. La he visto antes, hace años, en el estudio de mi padre. Solía guardar documentos importantes en ella, cosas que no quería que nadie más viera.

Andrey la saca con cuidado, colocándola sobre el suelo entre nosotros. Está cubierta de tierra y óxido, pero está intacta, cerrada con llave.

—¿Sabes qué hay dentro? —pregunta, mirándome.

Niego con la cabeza, incapaz de hablar. Porque aunque no sé qué hay en la caja, la reconozco.

Era de mi padre.

14

ANDREY

Observo el rostro de Mariya mientras ella mira la caja metálica con cerradura, y lo veo. Reconocimiento. Cruza sus rasgos con tanta claridad que no hay lugar a dudas. Sus ojos verdes se abren, sus labios se separan ligeramente y su mano se estira hacia la caja antes de que se controle y retroceda.

Ella conoce esta caja.

La emoción crece dentro de mí, caliente y urgente. Esta caja perteneció a su padre. Estoy seguro. Después de todo este tiempo, todos los callejones sin salida y las pistas falsas, finalmente hemos encontrado algo real. Algo que podría darme las respuestas que necesito.

—La reconoces —digo, con la voz áspera por la anticipación.

Ella asiente lentamente, su mirada aún fija en la caja. —Era de mi padre. La guardaba en su estudio. La vi un par de veces cuando era joven, pero nunca me dijo qué había dentro.

Cojo la caja, sintiendo su peso en mis manos. Es más pesada de lo que esperaba, de metal sólido que ha resistido bien a pesar de haber estado enterrada en esta habitación subterránea. La cerradura

está oxidada pero intacta, y sé que no hay manera de abrirla sin romperla.

—Apártate —le digo a Mariya.

Se mueve hacia atrás y miro alrededor del pequeño espacio hasta encontrar lo que necesito. Una piedra grande, probablemente parte de los cimientos que se derrumbaron hace años. La cojo, compruebo su peso, y luego la golpeo con fuerza contra la cerradura.

El eco del golpe resuena por la habitación subterránea, fuerte y violento. Una vez. Dos veces. Tres veces. En el cuarto golpe, la cerradura cede con un crujido satisfactorio y trozos de metal oxidado se esparcen por el suelo de tierra.

Mi corazón late con fuerza mientras dejo la piedra y alcanzo la tapa. Mis manos están firmes cuando la levanto, pero por dentro estoy vibrando de anticipación. La tapa se abre con un chirrido de bisagras quejumbrosas y miro el contenido, mientras mi emoción se desvanece como el agua a través de un colador.

¿Qué cojones?

Dentro de la caja hay piezas. Docenas de ellas. Parecen hechas a mano, cortadas de lo que parecen ser fotografías o documentos, cada una de forma y tamaño irregular. Están dispuestas en capas, separadas por finas piezas de tela, y cuando cojo una, veo que es gruesa, como si hubiera sido laminada o sellada de alguna manera.

—¿Qué es esto? —murmuro, girando la pieza entre mis dedos.

Mariya se acerca, mirando dentro de la caja. Su ceño se frunce mientras examina el contenido. —No lo sé. Parecen piezas de un rompecabezas.

—¿Piezas de un rompecabezas? —Cojo otra pieza, luego otra. Tiene razón. Tienen forma de piezas de rompecabezas, con bordes que sugieren que encajan de alguna manera.

—¿Tu padre mencionó algo así alguna vez? —pregunto, mientras mi frustración crece. —¿Algún tipo de código o rompecabezas?

Ella niega con la cabeza, su pelo rubio cayendo hacia adelante mientras se inclina para ver mejor. —No. Nunca he visto algo así antes.

Le creo. La confusión en su rostro es demasiado genuina como para ser fingida. Está tan desconcertada como yo.

Con cuidado, saco la capa superior de piezas, colocándolas a un lado sobre la tela, y luego examino la siguiente capa. Más de lo mismo. Docenas de piezas, tal vez cientos, todas cuidadosamente cortadas y preservadas. Alguien pasó mucho tiempo haciendo esto. Mucho esfuerzo se dedicó a crear este... lo que sea que sea esto.

Pero ¿por qué? ¿Cuál es el punto?

—Quizás forman un mapa —sugiere Mariya en voz baja. —O instrucciones para encontrar algo.

Es posible. Pushkin era inteligente, cuidadoso. Si quería ocultar información, crear un rompecabezas que solo él pudiera resolver sería una forma de hacerlo. Pero eso no me ayuda. No tengo tiempo para sentarme a armar un puto rompecabezas elaborado mientras la Bratva se acerca a Mariya.

Cierro la caja con cuidado, asegurándome de que todas las piezas estén bien colocadas. —Nos llevamos esto de vuelta a la hacienda.

Mariya asiente, y puedo ver la decepción en sus ojos. Ella también esperaba respuestas, esperaba que esta caja contuviera algo que explicara lo que hizo su padre, adónde fue y por qué la abandonó.

En vez de eso, tenemos más preguntas.

Matvey nos ayuda a subir por el agujero del suelo, y salimos de la choza. La luz del sol es casi cegadora después de la oscuridad de la habitación subterránea, y tengo que parpadear varias veces antes de que mis ojos se acostumbren.

El camino de vuelta a la hacienda es silencioso. Mariya mira por la ventana, perdida en sus pensamientos, mientras yo sostengo la caja sobre mis piernas. Mi mente corre a través de las posibilidades, tratando de descifrar qué significan estas piezas y cómo encajan en todo lo demás.

Cuando pasamos por las puertas de mi hacienda, noto inmediatamente el coche aparcado en el camino circular, un sedán negro y elegante que reconozco al instante.

Mierda.

Bogdan Belyaev está aquí.

Matvey también lo ve. Su mandíbula se tensa y sus manos agarran el volante con más fuerza. Sabe lo que esto significa. Bogdan no hace visitas sociales. Si está aquí, es porque quiere algo.

Aparcamos y me giro hacia Mariya. —Ve directa a tu habitación. No hables con nadie. Matvey te acompañará.

Ella me mira, preguntas en sus ojos verdes, pero no discute. Chica inteligente.

Le paso la caja a Matvey. —Llévala a mi despacho. No dejes que nadie la vea.

Él asiente una vez, comprendiendo de inmediato. Si Bogdan ve esta caja, querrá saber qué hay dentro. Querrá ser partícipe de lo que hemos encontrado. Y todavía no estoy listo para compartir esta información con nadie.

Salgo del todoterreno y me dirijo hacia la entrada principal. Antes de llegar a la puerta, esta se abre y allí está Bogdan Belyaev, plantado en mi maldito vestíbulo como si fuera el dueño del lugar.

Tiene sesenta años, delgado y fibroso, con el pelo entrecano y una barba corta que hoy en día es más gris que marrón. Sus ojos grises son astutos, calculadores, y de inmediato pasan de mí a Mariya, que está bajando del todoterreno.

Veo cómo la mira. Cómo su mirada se detiene en su rostro, en su cuerpo, como si estuviera catalogando cada detalle. Mis manos se cierran en puños a mis costados.

—Andrey —dice, con una voz suave y agradable—. Espero que no te importe. Tu personal nos dejó entrar.

Por supuesto que lo hicieron. Bogdan Belyaev es un Pakhan, y mi personal sabe bien que no puede rechazar a alguien de su estatus. Pero eso no significa que tenga que gustarme.

—Bogdan —respondo, manteniendo mi voz neutral—. Esto es algo inesperado.

—Estaba por la zona. Pensé en pasar. —Sus ojos todavía están puestos en Mariya mientras Matvey la guía hacia las escaleras—. ¿Quién es la chica?

—Una invitada —digo secamente.

—Es muy guapa. —Por fin me mira, y hay algo en su expresión que me eriza la piel—. ¿Rusa?

—Eso no es de tu incumbencia.

Él levanta una ceja. —Todo lo que ocurre en esta ciudad es de mi incumbencia, Andrey. Lo sabes.

Me obligo a relajar las manos, a mantener la expresión calmada. Bogdan observa a Mariya y a Matvey mientras suben las escaleras hacia su habitación, su mirada sigue a Mariya hasta que desaparece tras la esquina. Luego se vuelve hacia mí con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Tenemos algunos asuntos que discutir —dice.

Antes de que pueda responder, Sophia aparece desde la dirección del salón. Lleva un vestido modesto de color azul claro, su largo cabello negro está peinado a la perfección, y parece incómoda. Como si no quisiera estar aquí tanto como yo no quiero que esté.

—Sophia —dice Bogdan sin mirarla—. Ve a esperar a la biblioteca.

Me crispo ante la orden. Esta es mi casa, y él está dando órdenes como si fuera el que manda. Pero no discuto. Primero necesito averiguar qué quiere.

Sophia me mira brevemente a los ojos, y veo una disculpa antes de que se dé la vuelta y se marche. Sus tacones repiquetean contra el suelo de mármol, el sonido resuena por el vestíbulo hasta que se va.

—¿Vamos? —Bogdan señala hacia mi despacho.

Yo tomo la delantera, mi mente ya trabaja en estrategias. Lo que sea que quiera, lo que sea que haya oído, necesito controlar esta conversación. Necesito asegurarme de que no obtenga información que no estoy dispuesto a dar.

Mi despacho está exactamente como lo dejé esta mañana. El escritorio está despejado excepto por mi portátil y algunos archivos. Las sillas están colocadas una frente a la otra, y las ventanas dan al jardín. Es mi espacio, mi territorio, y necesito usar eso a mi favor.

Bogdan se sienta en una de las sillas sin esperar una invitación. Cruza una pierna sobre la otra, completamente cómodo, y me estudia con esos ojos grises calculadores.

—Entonces —dice—. Hablemos de la chica.

Me siento detrás del escritorio, poniendo la sólida madera entre nosotros. —¿Qué pasa con ella?

—He oído rumores. —Se reclina, sus dedos entrelazados bajo la barbilla—. Rumores interesantes sobre cierta bibliotecaria que desapareció de su trabajo. Sobre cómo guarda un parecido asombroso con alguien que todos pensábamos que ya no estaba entre nosotros.

Mi estómago se tensa, pero mantengo la expresión neutral. —Los rumores son solo rumores.

—¿Lo son? —Inclina la cabeza—. ¿Es realmente la hija de Yegor Pushkin?

La pregunta flota en el aire entre nosotros. Podría mentir. Podría decirle que está equivocado, que Mariya es solo una mujer con la que estoy saliendo. Pero Bogdan no llegó a donde está por ser tonto. Si pregunta, es porque ya sabe la respuesta.

—Sí —digo.

Sus ojos brillan de satisfacción. —Lo pensé. El parecido es notable. Tiene sus ojos.

—¿Qué quieres, Bogdan?

—¿Querer? —Extiende las manos con inocencia—. Simplemente estoy preocupado. Si se está corriendo la voz sobre la chica, eso significa que otros también lo saben. Otros que podrían querer usarla para llegar a Pushkin. O para llegar a lo que él robó.

—Puedo protegerla.

—¿Puedes? —Se inclina hacia adelante, su expresión seria ahora—. ¿Cuánta gente sabe que está aquí? ¿Cuántos la han visto? La Bratva tiene ojos por todas partes, Andrey. Lo sabes.

Lo sé. Y el hecho de que Bogdan esté aquí, haciendo estas preguntas, significa que la información se está propagando más rápido de lo que pensaba. Más rápido de lo que puedo controlar.

—¿Qué estás sugiriendo? —pregunto.

—Estoy sugiriendo que debes tener mucho cuidado. —Su voz baja—. Hay gente que pagaría una fortuna por información sobre la hija de Pushkin. Gente que haría cualquier cosa por poner sus manos sobre ella.

La inquietud que ha ido creciendo desde que llegó se intensifica. Tiene razón. Si la palabra se está esparciendo tan rápido, Mariya

está en más peligro del que me había dado cuenta. Y mantenerla aquí, en mi propiedad, podría no ser suficiente para protegerla.

15

MARIYA

Camino por mi habitación como un animal enjaulado, mi mente da vueltas en círculos que no llevan a ninguna parte. Las piezas del rompecabezas. Esas malditas piezas que mi padre escondió en aquella habitación subterránea. ¿Por qué? ¿Cuál es el sentido de cortar fotografías o documentos en docenas de formas irregulares y esconderlos en una caja de metal?

Me detengo en la ventana, agarrando los barrotes hasta que los nudillos se me ponen blancos. Los terrenos de la hacienda se extienden ante mí, hermosos e impecables bajo la luz crepuscular del atardecer. Pero lo único que veo es esa caja. Lo único en lo que pienso es en lo que esas piezas podrían revelar si lográramos armarlas.

Mi padre era metódico. Cuidadoso. No hacía nada sin una razón. Así que tiene que haber un propósito detrás de este elaborado rompecabezas, algo que quería ocultar tan a fondo que, incluso si alguien encontraba la caja, no sería capaz de entender lo que estaba viendo.

¿Pero qué? ¿Qué podría ser tan importante como para tomarse tantas molestias?

Retomo mi paseo, mis pasos son silenciosos sobre la alfombra mullida. La habitación parece más pequeña esta noche, las paredes se ciernen sobre mí. Llevo días aquí, encerrada como una princesa en una torre. Solo que no hay ningún príncipe que venga a rescatarme. Solo un jefe de la Bratva que piensa que soy la clave para recuperar las reliquias robadas de su familia.

La frustración crece dentro de mí hasta que tengo ganas de gritar. En lugar de eso, camino hacia el tocador donde está mi joyero.

Lo abro con cuidado, pasando los dedos sobre cada pieza. El collar con su pequeño colgante. Los pendientes que reflejan la luz. La pulsera que mi madre llevaba todos los días hasta que murió. Y el broche, el que contenía la nota que nos llevó al campo.

Cojo cada pieza, examinándolas de cerca. Buscando qué, no lo sé. ¿Otro compartimento oculto? ¿Otra pista? Pero no hay nada. Solo joyas. Solo recuerdos de una mujer que apenas recuerdo y una vida que parece haber pertenecido a alguien más.

Estoy a punto de cerrar el joyero cuando noto uno de los iconos. Es una pequeña pieza, un relicario, con la imagen de un santo pintada en el frente. Lo he tenido toda mi vida, pero nunca lo he mirado de verdad. No de cerca.

Lo cojo, girándolo entre mis dedos. La parte de atrás es lisa, desgastada por años de manipulación. Pero su forma, los bordes irregulares, me resultan familiares. Como si pudieran encajar en algo.

Antes de que pueda examinarlo más a fondo, llaman a la puerta. Rápidamente devuelvo el relicario al joyero y cierro la tapa.

La puerta se abre y entra un guardia que no reconozco. Es joven, quizás de unos veinticinco años, con pelo oscuro y una cicatriz sobre la ceja izquierda. No me mira directamente, solo señala hacia el pasillo.

—El Pakhan quiere verte —dice, con un marcado acento.

Me aprieta el estómago. Es tarde, ya ha pasado la hora de la cena. ¿Por qué quiere Andrey verme ahora?

Sigo al guardia a través del laberinto de pasillos, bajando la gran escalera y hacia una parte de la hacienda en la que no había estado antes. Nos detenemos frente a un par de puertas dobles, y el guardia las abre.

La biblioteca.

Es enorme, con estanterías de pared a pared que cubren cada muro. Una chimenea crepita en un rincón, proyectando una luz cálida por toda la habitación. Y frente a esa chimenea hay una mesa con dos sillas, y extendidas sobre esa mesa están las piezas del rompecabezas.

Andrey se pone de pie cuando entro, sus ojos azules encontrando los míos de inmediato. Ha cambiado desde esta tarde, ahora lleva vaqueros y un jersey negro. Percibo el aroma de su colonia al acercarme.

—Mariya —dice, con voz baja—, gracias por venir.

Como si tuviera elección.

La bestia está junto a la ventana, su enorme silueta recortada contra el cielo oscurecido. No se vuelve cuando entro, pero sé que está al tanto de cada movimiento que hago. Siempre está observando, siempre listo.

—¿De qué se trata esto? —pregunto, deteniéndome a unos pasos de la mesa.

Andrey señala las piezas del rompecabezas. —Pensé que podríamos trabajar en esto juntos. Dos cabezas piensan mejor que una, ¿no?

Me acerco más, mirando las piezas dispersas. Las ha organizado algo, agrupando colores y patrones similares. Pero son tantas, y todas tan pequeñas.

—Esto podría llevarnos horas —digo.

—Entonces mejor empezamos. —Saca una silla para mí, y después de un momento de vacilación, me siento.

Él toma asiento frente a mí, y comenzamos. Es un trabajo tedioso, recoger pieza tras pieza, tratando de encontrar bordes que coincidan. El silencio entre nosotros es pesado, roto solo por el crepitar del fuego y el ocasional sonido de una pieza encajando en su lugar.

Me sorprende lo concentrado que está Andrey. Sus largos dedos se mueven con precisión, probando conexiones y descartando piezas que no encajan. Hay algo casi meditativo en verlo trabajar, la forma en que su ceño se frunce en concentración y cómo su mandíbula se tensa cuando una pieza no encaja donde creía que lo haría.

—Eres bueno en esto —le digo después de un rato.

Él levanta la mirada, con una pequeña sonrisa en los labios. —Me gustan los rompecabezas. Siempre me han gustado.

—¿Es por eso que te convertiste en Pakhan? ¿Porque te gusta resolver problemas?

Su sonrisa se desvanece. —Algo así.

Trabajamos en silencio durante otra hora, construyendo lentamente el rompecabezas desde el centro. Comienza a surgir un patrón, algo que parece texto, pero aún está demasiado fragmentado para poder leerlo.

Estoy alcanzando otra pieza cuando noto algo. Un hueco en el rompecabezas, un espacio donde debería encajar una pieza pero no lo hace. La forma es distintiva, irregular, con un borde curvado en un lado y una punta afilada en el otro.

Mi respiración se corta. Reconozco esa forma.

—¿Qué pasa? —pregunta Andrey, notando mi reacción.

Me levanto abruptamente, mi silla chirriando contra el suelo. —Necesito traer algo de mi habitación.

—Mariya—

—Por favor. Solo dame cinco minutos.

Me estudia durante un largo momento, luego asiente. —Matvey te acompañará.

La bestia se mueve desde su posición junto a la ventana, y prácticamente salgo corriendo de la biblioteca. Mi corazón late con fuerza mientras subimos las escaleras. Matvey abre la puerta de mi habitación y me sigue adentro.

Voy directamente al joyero, abriéndolo con manos temblorosas. El medallón con el icono está justo donde lo dejé, y lo agarro, apretándolo contra mi pecho.

—Lo tengo —digo sin aliento.

La bestia no pregunta qué es "eso". Solo me indica que guíe el camino de regreso.

Cuando regresamos a la biblioteca, Andrey está de pie junto a la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos van directamente a mi puño cerrado.

—¿Qué encontraste? — pregunta.

Camino hacia la mesa y extiendo el medallón. —Creo que esta es la pieza que falta.

Él lo toma de mis manos, girándolo entre sus dedos. Luego mira el hueco en el rompecabezas, la forma distintiva, y sus ojos se ensanchan.

—Joder —murmura.

Coloca el medallón sobre el hueco, y encaja perfectamente. Los bordes de las piezas del rompecabezas se acoplan a los lados del

medallón como si hubieran sido hechos para ello. Lo cual, me doy cuenta, es exactamente lo que ocurrió.

Andrey presiona suavemente, y algo hace clic. El medallón se abre.

Dentro hay otro trozo de papel, doblado en un pequeño fragmento. Andrey lo desdobla con cuidado, y ambos nos inclinamos para mirar.

Es un dibujo. Simple, hecho a lápiz, pero lo suficientemente detallado como para que lo reconozca de inmediato.

Mi corazón se detiene.

—¿Qué es? —pregunta Andrey, su voz tensa por la anticipación.

Miro fijamente el dibujo, la pequeña cabaña rodeada de árboles y la formación rocosa distintiva en el fondo. He visto esa vista mil veces, he jugado en esos bosques de niña, me he sentado en el porche de esa cabaña y he visto el atardecer sobre las montañas.

—Es la cabaña de nuestra familia —susurro. —En las montañas, a unas tres horas al norte de aquí.

La mano de Andrey agarra el borde de la mesa, sus nudillos se ponen blancos. —¿Estás segura?

—Positiva. Mi padre me llevaba allí todos los veranos cuando era pequeña. Es remota y privada. El lugar perfecto para esconder algo.

Él me mira, y la intensidad en sus ojos azules hace que mi estómago se revuelva. —Salimos mañana por la mañana. A primera hora.

Asiento, incapaz de hablar. Parte de mí quiere negarme, quiere conservar este último secreto de mi padre para mí sola. Pero la curiosidad me devora. ¿Qué escondió en la cabaña? ¿Qué es tan importante que creó este elaborado rompecabezas para protegerlo?

—Descansa —dice Andrey, su voz más suave ahora. —Será un viaje largo.

Me giro para marcharme, pero su mano agarra mi muñeca, deteniéndome. Su tacto es cálido, sus dedos gentiles a pesar de la fuerza que sé que poseen.

—Gracias —dice en voz baja. —Por hablarme de la cabaña. No tenías que hacerlo.

—Lo sé. —Libero mi mano, necesitando distancia. —Pero yo también necesito respuestas.

Él asiente, comprensión en sus ojos. —Mañana, entonces.

La bestia me acompaña de vuelta a mi habitación, y me desplomo sobre la cama en cuanto la puerta se cierra tras de mí. Mi mente corre con posibilidades, con preguntas que no tienen respuesta. ¿Qué encontraremos en la cabaña? ¿Serán las reliquias que Andrey busca, o algo completamente distinto?

Todavía estoy allí tumbada, mirando al techo, cuando oigo la llave en la cerradura de nuevo. Me incorporo, confundida. Es tarde, ya pasada la medianoche. ¿Quién vendría a mi habitación a esta hora?

La puerta se abre, y Andrey entra. Todavía lleva la misma ropa, pero su pelo está despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él. Su expresión es seria, casi sombría.

—¿Qué pasa? —pregunto, mi pulso acelerándose.

Él cierra la puerta tras de sí y se apoya en ella, sus ojos azules fijos en mí. —Hay algo que necesito decirte.

Mi estómago se hunde. —¿Qué?

Guarda silencio durante un largo momento, y puedo ver que elige sus palabras con cuidado. Finalmente, habla.

—Nos casamos el viernes.

16

ANDREY

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, pesadas y definitivas. Mariya me mira como si le hubiera dicho que planeo arrojarla por un precipicio.

—Nos casamos el viernes.

Sus ojos verdes se abren de par en par, y por un momento, se queda completamente quieta. Luego estalla.

—No. —Se levanta de la cama, con los puños apretados a los lados —. Absolutamente no. No voy a casarme contigo.

Me aparto de la puerta y doy un paso hacia ella—. No es una petición.

—No me importa. —Su voz sube de tono, aguda con furia—. No puedes simplemente decidir que nos vamos a casar. Así no funcionan estas cosas.

—En realidad, así es. —Me acerco más, y ella retrocede hasta chocar con la pared—. Es por tu protección.

Ella levanta la barbilla, desafiante aunque puedo ver el pulso acelerado en su garganta—. Quieres decir, es por ti para que tengas

acceso a mí y a cualquier información que crees que tengo sobre mi padre.

—Eso es parte de ello. —Coloco mis manos en la pared a ambos lados de su cabeza, encerrándola—. Pero otras familias se están enterando de ti. Pronto vendrán por ti, y no serán tan amables como yo.

Ella ríe, pero el sonido es oscuro, incrédulo—. ¿Amable? No llamaría amable a secuestrarme y encerrarme en una habitación.

Me inclino más cerca, lo suficiente como para oler ese champú floral que me ha estado volviendo loco—. ¿De verdad crees que otro Pakhan te trataría mejor? ¿Crees que se molestarían en llevarte contigo mientras siguen las pistas que tu padre dejó atrás?

Mi boca encuentra la suya antes de que pueda protestar. Ella me empuja, sus manos contra mi pecho, pero es una resistencia simbólica. Puedo sentir cómo su cuerpo responde, cómo se derrite contra mí, incluso mientras intenta alejarme.

—¿Crees que te besarían así? —murmuro contra su boca.

Profundizo el beso, mi lengua deslizándose contra la suya, y ella emite un pequeño sonido en la parte posterior de su garganta que va directo a mi entrepierna. Sus dedos se enroscan en mi jersey, acercándome más incluso mientras intenta mantener algo de control.

—Para —jadea cuando rompo el beso para recorrer su cuello con mis labios.

—No quieres que pare. —Muerdo suavemente el punto sensible donde su cuello se une con el hombro, y ella tiembla—. Pero lo haré. —Levanto la cabeza y me inclino hacia su oído—. Solo imagina estos besos y mucho más cuando estemos casados —susurro, luego me voy y dejo su habitación sin decir una palabra.

Doy tres pasos por el pasillo antes de detenerme. La imagen de su rostro sonrojado, sus labios entreabiertos, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración arde en mi mente. A la mierda.

Me doy la vuelta y regreso a su habitación, cerrando la puerta con llave.

—¿Qué estás—?

Cierro la distancia entre nosotros en dos zancadas y capturo su boca nuevamente. Esta vez, no hay pretensión de contención. Mis manos descienden por sus costados, sintiendo la curva de su cintura, el ensanchamiento de sus caderas. Lleva esos malditos leggings otra vez, los que se ajustan a cada centímetro de su trasero y muslos.

—Andrey, no podemos—.

—Podemos. —Sujeto sus caderas y la atraigo hacia mí, dejando que sienta exactamente lo duro que estoy—. Y lo haremos.

—Esto no cambia nada —protesta, pero sus manos ya se deslizan debajo de mi jersey, sus uñas arañando mis abdominales.

—Lo cambia todo. —Le quito la camiseta y la tiro a un lado. La visión de sus pechos tensos contra el encaje de su sostén hace que se me haga agua la boca—. Vas a ser mi esposa, Mariya. Necesitas entender lo que eso significa.

—No he acordado— —comienza, pero luego jadea cuando desabrocho su sostén con una mano y dejo que caiga al suelo. Sus pechos son perfectos, llenos y redondos con pezones de un rosa oscuro que ya están duros. Los sostengo, sintiendo su peso en mis palmas.

—Significa que puedo tocarte cuando quiera —digo, ignorando su protesta verbal sobre casarse. Bajo la cabeza y tomo uno de sus pezones en mi boca, succionando con fuerza. Ella se arquea contra mí, sus dedos enredados en mi pelo.

Engancho mis dedos en la cintura de sus leggings y los bajo junto con sus bragas. Ella se libra de ellos, y me tomo un momento para simplemente mirarla, desnuda y sonrojada, su piel brillando bajo la luz de la tarde que entra por la ventana. El pequeño triángulo de pelo oscuro entre sus muslos, la forma en que su estómago se tensa mientras la observo.

Deslizo un dedo por sus pliegues. Está empapada, su cuerpo traicionando cada palabra de resistencia que sale de su boca. Rodeo su clítoris con el pulgar, y sus rodillas flaquean. La sostengo con el otro brazo, manteniéndola firme mientras trabajo con mis dedos. Añado un segundo dedo, empujando profundamente dentro de su calor ajustado. Me agarra como una abrazadera, sus paredes internas palpitan alrededor de mis dedos.

Su cabeza cae hacia atrás mientras bombeo mis dedos dentro y fuera, curvándolos para alcanzar ese punto que la hace gritar. Mi pulgar sigue trabajando su clítoris en círculos apretados, y puedo sentir que se está acercando. Su respiración se vuelve entrecortada, sus uñas clavan en mis hombros a través de mi jersey.

—Así es —la animo, con voz ronca—. Déjate llevar.

Ella llega al clímax con un gemido ahogado, su cuerpo tiembla en mis brazos. La guío a través del placer, extrayendo cada último temblor hasta que está completamente rendida contra mí.

Saco mis dedos y los llevo a mi boca, saboreándola. Dulce, ácida y adictiva. Sus ojos se abren mientras me ve limpiármelos con la lengua. Luego, sin decir una palabra, me alejo y respiro hondo. Es hermosa, embriagadora así, desnuda y temblando por su liberación.

Sus ojos se abren aún más mientras doy otro paso hacia atrás, forzando a mi cuerpo a calmarse. Mi polla late y mis testículos sienten como si fueran a explotar, pero es importante para mí mostrarle que no soy el tipo de hombre que solo piensa en su propio placer.

—Tú… —hace una pausa y traga con dificultad— ¿No vas a... terminar?

Mi sonrisa es tensa. Es todo lo que puedo hacer para alejarme cuando mi cuerpo exige tomarla aquí y ahora, terminar lo que comencé.

—Eso fue para ti, Mariya —digo y doy otro paso hacia atrás. Necesito poner distancia entre nosotros antes de perder mi control —. No soy un hombre egoísta.

Antes de que pueda responder, me doy la vuelta y salgo de su habitación.

Matvey y tres de sus hombres me esperan en mi oficina cuando llego. Se ponen de pie al entrar, sus rostros profesionalmente impasibles.

—La boda es el viernes —anuncio sin preámbulos—. Privada y discreta. Solo nosotros y quien sea necesario para hacerla legal.

—Entendido, jefe —Matvey saca su teléfono para tomar notas—. Lo organizaré todo.

—Quiero guardias en Mariya las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Dos hombres como mínimo, turnos rotativos. Y aumenta la seguridad en toda la propiedad. Dobla las patrullas.

—Eso nos va a dejar justos —dice uno de los otros hombres.

—Entonces retira personal de otras operaciones si es necesario —me reclino en la silla—. Esta es la prioridad número uno.

—¿Y la cabaña? —pregunta Matvey—. Se suponía que íbamos hoy.

—Aplazado —paso una mano por mi cabello—. Necesitamos asegurar la situación de seguridad primero.

Matvey asiente y sigue tomando notas. Pasamos los siguientes veinte minutos revisando logística, rotaciones de guardias y protocolos de seguridad. Es un trabajo tedioso pero necesario.

—Jefe —dice Matvey cuando estamos terminando—, hay algo más. Tenemos a un hombre en la sala de interrogatorios.

Levanto una ceja. —¿Quién?

—Lo pillamos husmeando por la propiedad hace una hora.

—Vamos a tener una charla con él.

La sala de interrogatorios está en el sótano, insonorizada y equipada con todo lo necesario para extraer información. El hombre está atado a una silla en el centro de la habitación, su rostro ya muestra signos de una paliza.

—¿Quién te envió? —pregunto, rodeándolo lentamente.

Escupe sangre al suelo. —Vete a la mierda.

Asiento a Matvey, quien da un paso al frente y golpea al hombre en la cara. Escucho el crujido de su nariz rompiéndose, y la sangre corre por su barbilla.

—Intentémoslo de nuevo —digo con calma—. ¿Quién te envió y por qué?

—No sé de qué estás hablando.

Otro asentimiento. Esta vez, Matvey va por las costillas. El hombre grita, el sonido reverbera en las paredes de hormigón.

—Lo estás haciendo más difícil de lo que tiene que ser —le digo—. Solo responde las preguntas, y esto termina.

Continuamos así durante otros diez minutos. Matvey le rompe otra costilla. Luego comienza con las uñas, usando alicates para arrancarlas una por una. Los gritos del hombre se convierten en sollozos.

—¡Vale, vale! —finalmente jadea—. Mi Pakhan me envió. Quería información sobre la chica.

—¿Qué tipo de información?

—Todo. Quién es, por qué la tienes, cómo está protegida. —Está llorando ahora, mocos y sangre corriendo por su cara—. La quiere para él mismo. Dice que es valiosa.

—¿Cómo sabe de ella?

—No lo sé, lo juro. Solo me dijo que inspeccionara tu lugar e informara.

Le creo. Los soldados de bajo nivel como este rara vez conocen el panorama completo. —¿Quién más lo sabe?

—No lo sé. ¿Quizás otras familias? Hablaba como si fuera de conocimiento común.

Mierda. Esto es peor de lo que pensaba. Si múltiples familias saben de Mariya, el nivel de amenaza acaba de aumentar exponencialmente.

—Llévalo a las celdas de retención —le digo a Matvey—. Decidiremos qué hacer con él más tarde.

Mientras los hombres de Matvey arrastran al hombre sollozante, mi reloj vibra en mi muñeca. Miro hacia abajo la alerta y frunzo el ceño.

No es la alarma del perímetro. No es alguien intentando entrar.

Es el rastreador que instalé en la habitación de Mariya.

Está tratando de escaparse.

17

MARIYA

La puerta cruje mientras la abro con cuidado, y me quedo inmóvil, con el corazón golpeando contra mis costillas. El sonido resuena por el silencioso pasillo como un disparo, y contengo la respiración, esperando que alguien venga corriendo. Pero no hay nada. Solo silencio y el leve zumbido del sistema de calefacción de la mansión.

Miro hacia abajo al guardia que está desplomado contra la pared junto a mi puerta. Sigue inconsciente, su pecho subiendo y bajando con respiraciones constantes. No esperaba que mi ataque funcionara tan bien. Estaba allí de pie, aburrido y distraído, desplazando su teléfono cuando le había pedido ayuda. En el momento en que entró, le había golpeado la parte trasera de la cabeza con la pesada base de la lámpara de mi mesilla.

La culpa se retuerce en mi estómago, pero la aparto. No tengo tiempo para sentir culpa. Necesito salir de aquí antes de que Andrey se dé cuenta de lo que he hecho. Mi mente divaga hacia el beso que compartimos antes, hacia el orgasmo desgarrador que me provocó, luego sacudo la cabeza. Ahora no es el momento de pensar en eso, aunque sea la razón por la que estoy arriesgándome a intentar escapar.

¡No puedo casarme con ese hombre!

Aprieto con más fuerza la caja de joyas de mi madre bajo el brazo y salgo al pasillo. Los suelos de mármol brillan en la tenue iluminación, y me muevo lo más silenciosamente posible, pegada a la pared. Cada sombra hace que se me dispare el pulso. Cada crujido de la vieja casa me da ganas de salir corriendo.

No hay manera de que me quede aquí. No hay manera de que me convierta en el peón de Andrey Melnikov, en su esposa prisionera. No puede simplemente decidir que nos vamos a casar y esperar que yo lo acepte. No me importa lo peligroso que sea fuera ni cuántas otras familias me estén buscando. Tomaré mis propias oportunidades.

Llego al final de la gran escalera y me detengo, escaneando el vestíbulo de abajo. Está vacío, la puerta principal tentadoramente cerca. Solo tengo que bajar estas escaleras, cruzar el suelo de mármol, y seré libre. Mis manos tiemblan mientras agarro la barandilla, y me obligo a dar el primer paso.

La madera no cruje. Tampoco el segundo escalón. Ni el tercero.

Estoy a mitad de camino cuando lo veo.

Andrey sale de las sombras bajo la escalera, sus ojos azules fijos en mí con una intensidad que me deja paralizada. Lleva unos vaqueros negros y una camiseta negra, con los brazos cruzados sobre el pecho, y una sonrisa se dibuja en sus labios. No es una sonrisa amistosa. Es la sonrisa de alguien que ha estado esperando justo este momento.

—¿Adónde vas? — pregunta, con voz tranquila y casi divertida.

—Mierda — susurro.

Me doy la vuelta, lista para correr de vuelta escaleras arriba, pero la bestia ya está allí, bloqueando mi camino. Su enorme figura llena la escalera, y sus ojos oscuros me miran con esa misma expresión

vacía que siempre tiene. ¿Cómo demonios se ha puesto detrás de mí sin hacer ruido?

Estoy atrapada.

El pánico me inunda, y hago lo único que se me ocurre. Me doy la vuelta y corro escaleras abajo, intentando pasar junto a Andrey. Si solo logro llegar a la puerta, si solo consigo salir, tal vez tenga una oportunidad.

Pero no avanzo ni tres pasos antes de que su brazo me rodee la cintura, tirándome hacia atrás contra su pecho. La caja de joyas se me escapa de las manos y cae por los escalones restantes, aterrizando con un estruendo en el suelo de mármol de abajo.

—¡Suéltame! — me retuerzo bajo su agarre, mi codo conecta con sus costillas. Él gruñe, pero no me suelta. Al contrario, su apretón se refuerza.

Pateo hacia atrás, mi talón conecta con su espinilla, y él se ríe, realmente se ríe, como si esto fuera algún tipo de juego.

—Estás muy animada esta noche — dice contra mi oído, su aliento cálido en mi piel. —Me gusta.

Lanzo mi cabeza hacia atrás, intentando golpearle la cara, pero él anticipa el movimiento y se desplaza hacia un lado. Mi puño se dirige hacia su mandíbula, y él atrapa mi muñeca con su mano libre, inmovilizándola contra mi cuerpo.

—Deja de luchar — ordena, pero no le hago caso.

Me retuerzo en sus brazos, logrando liberar una mano, y araño su antebrazo con mis uñas. Él sisea, y por un segundo, su agarre se afloja. Aprovecho la oportunidad, liberándome y tambaleándome por los últimos escalones.

Pero la bestia ya está allí, moviéndose con una velocidad sorprendente para alguien de su tamaño. ¿Cómo se ha colado por las escaleras sin que yo lo viera? Me atrapa antes de que pueda

llegar a la puerta, sus manos como bandas de hierro alrededor de mis brazos.

—¡No! — lucho contra él, pero es inútil. Es demasiado fuerte, demasiado sólido. Es como intentar luchar contra un muro de ladrillos.

Andrey desciende las escaleras lentamente, sus ojos nunca se apartan de los míos. Hay sangre en su antebrazo donde lo arañé, y él la mira con algo que podría ser aprobación.

—Llévala de vuelta a su habitación —le dice a la bestia.

Matvey asiente una vez y empieza a guiarme hacia las escaleras. Intento clavarme los talones, intento hacerme lo más difícil posible, pero él simplemente me levanta del suelo como si no pesara nada y me lleva escaleras arriba.

—¡Suéltame! —grito, pero él me ignora.

Andrey nos sigue, y puedo sentir su mirada sobre mí todo el camino. Cuando llegamos a mi habitación, el guardia al que noqué se ha ido. Alguien debe haberlo encontrado y trasladado. Matvey me deja en el umbral, e inmediatamente intento escabullirme más allá de él, pero Andrey bloquea mi camino.

—Déjanos —le dice a su bestia.

La bestia duda por un segundo, sus ojos van de Andrey a mí, luego asiente y sale al pasillo. La puerta se cierra detrás de él con el familiar clic de la cerradura al activarse.

Me alejo de Andrey, mi pecho sube y baja por el esfuerzo y la furia. —No puedes mantenerme aquí. No puedes obligarme a casarme contigo.

—Puedo, y lo haré. —Se mueve hacia mí lentamente, como si estuviera acercándose a un animal salvaje. —Pero preferiría tener tu cooperación.

—Nunca la tendrás. —Agarro lo primero que alcanzo, un libro de la mesilla de noche, y se lo lanzo. Lo esquiva fácilmente, y golpea la pared detrás de él con un golpe sordo.

—¿Ya terminaste? —pregunta, su voz exasperantemente calmada.

—Ni de cerca. —Agarro otro libro y lo lanzo. Luego otro. Ni siquiera intenta esquivarlos, simplemente los deja rebotar en su pecho como si no fueran nada.

Cuando se me acaban las cosas para lanzar, me quedo allí, respirando con dificultad, mis manos apretadas en puños a mis costados.

—¿Por qué haces esto? —Mi voz se quiebra, y me odio por ello. —¿Por qué te importan tanto unas estúpidas reliquias familiares?

Su expresión se oscurece, y por primera vez desde que lo conozco, veo un verdadero dolor cruzar su rostro. —No son solo reliquias familiares. Son todo lo que me queda de mi madre y mi hermana.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Lo miro, viéndolo de manera diferente por primera vez. No solo como mi captor, no solo como un peligroso jefe de la Bratva, sino como alguien que ha perdido a las personas que amaba.

—¿Qué les pasó? —pregunto en voz baja.

Permanece en silencio por un largo momento, su mandíbula trabaja como si estuviera tratando de decidir si decirme. Finalmente, habla.

—Hace doce años, hubo una masacre. Varias familias de la Bratva fueron aniquiladas en una sola noche. Mi madre y mi hermana estaban entre los muertos. —Sus ojos azules se clavan en los míos. —Las dispararon en nuestra casa mientras yo estaba fuera ocupándome de negocios. Regresé para encontrarlas tiradas en charcos de su propia sangre.

Mi estómago se retuerce. —Lo siento.

—Tu padre estuvo involucrado.

—No. —Niego con la cabeza con vehemencia. —Mi padre nunca haría algo así. No es un asesino.

—Testificó contra las familias responsables, pero creo que sabía más de lo que dejó ver. Creo que fue parte de ello. —La voz de Andrey es dura ahora, fría. —Y creo que robó las reliquias familiares de mi familia para cubrir sus huellas o para beneficiarse del caos.

—Estás equivocado. —Las lágrimas me queman los ojos, pero me niego a dejarlas caer. —Mi padre no es perfecto, pero no mataría a gente inocente. No robaría a familias que lo habían perdido todo.

—Entonces, ¿dónde está? —exige Andrey. —¿Por qué desapareció? ¿Por qué escondió esas piezas de rompecabezas y ese mapa si no tiene nada que ocultar?

—¡No lo sé! —Las palabras salen como un grito. —No sé dónde está ni por qué hizo todo esto. Pero conozco a mi padre, y no es el monstruo que crees que es.

Nos miramos el uno al otro, la tensión entre nosotros es tan espesa que podría cortarse con un cuchillo. Puedo ver la duda en sus ojos, la guerra entre lo que cree y lo que quiere creer.

—Casarte conmigo te protegerá —dice finalmente, su voz más suave ahora. —Como mi esposa, estarás bajo mi protección. Otras familias no se atreverán a tocarte.

—No quiero tu protección. —Levanto la barbilla, enfrentando su mirada sin pestañear. —No quiero nada de ti.

—¿Qué *quieres*, Mariya? —Se inclina más cerca, sus manos apoyadas en la pared a ambos lados de mi cabeza. —¿Pasar el resto de tu vida huyendo? ¿Mirando por encima del hombro? ¿Sin saber cuándo alguien te encontrará y te usará para llegar a tu padre?

—Quiero mi libertad.

—La tendrás. Tanta como cualquiera en nuestro mundo pueda tener. —Sus ojos buscan los míos. —Ambos obtendremos algo de esta unión. Yo tendré acceso a cualquier información que tu padre dejó atrás. Tú tendrás protección y una vida que es más que solo esconderte en las sombras.

—No quiero casarme con nadie —susurro.

—Lo entiendo. —Alza la mano y me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja, y odio la forma en que mi cuerpo responde a su toque. —Pero esto está sucediendo, Mariya. El viernes, te convertirás en mi esposa.

—¿Y si me niego?

Su expresión se endurece. —Entonces te casarás conmigo atada y amordazada si es necesario.

18

ANDREY

La cabaña de los Pushkin parece un maldito campo de batalla.

Me quedo en la entrada, observando la destrucción, y mis esperanzas de encontrar algo útil se desploman directamente al infierno. Los muebles están volcados, los cojines rajados con el relleno saliendo como si fueran tripas. Los cajones han sido sacados de las cómodas y tirados al suelo, su contenido esparcido por todas partes. Los cuadros cuelgan torcidos en las paredes, algunos con el cristal roto. Incluso las tablas del suelo han sido arrancadas en algunos lugares, dejando agujeros en la madera.

Alguien nos ha precedido. Y no han sido precisamente sutiles en su búsqueda.

—No —susurra Mariya a mi lado.

La miro y veo la devastación grabada por toda su cara. Sus ojos verdes están muy abiertos, sus labios entreabiertos de shock y sus manos tiemblan mientras tiende la mano para tocar el marco de la puerta, como si necesitara estabilizarse.

—¿Cuándo fue la última vez que viniste aquí? —pregunto, manteniendo mi voz suave.

—Hace nueve años —su voz es apenas audible—. El día antes de que mi padre testificara. Vinimos aquí para pasar un último fin de semana juntos antes de que todo cambiara.

Nueve años. Es mucho tiempo para estar lejos de un lugar que claramente significaba algo para ella. La observo mientras entra, sus movimientos cuidadosos, como si estuviera caminando por un cementerio. Recoge un marco de foto roto del suelo, y veo cómo su garganta se mueve mientras traga con dificultad.

La foto muestra a una Mariya más joven, quizá de diez o once años, de pie junto a su padre. Ambos están sonriendo, sosteniendo los peces que habían pescado. Parece feliz. Despreocupada. Nada que ver con la mujer reservada que he llegado a conocer.

—Lo siento —digo, y lo digo en serio.

Ella coloca el marco con cuidado sobre una mesa que ha sido derribada. —Es solo un lugar.

Pero no es solo un lugar. Lo veo en la forma en que sus dedos se demoran en el marco, en cómo sus ojos escanean la destrucción como si estuviera catalogando cada violación. Este era su santuario, su último vínculo con una vida que ya no existe.

Matvey recorre la cabaña con una eficiencia práctica, revisando habitaciones y armarios. La sigo mientras Mariya camina por el espacio, sus pasos lentos y vacilantes. La cocina es un desastre. Los armarios están abiertos, los platos rotos en el suelo. El salón es aún peor, con el sofá destripado y la mesa de centro partida por la mitad.

—¿Tu padre tenía algún escondite aquí? —pregunto—. ¿Algún lugar donde podría haber guardado algo importante?

Ella niega con la cabeza, todavía mirando alrededor como si no pudiera creer lo que está viendo. —No que yo sepa. Pero pasaba mucho tiempo en el taller de atrás. Quizá haya algo allí.

Salimos al exterior, y el aire fresco de la montaña es un alivio después del ambiente enrarecido de la cabaña. El taller es una pequeña construcción a unos quince metros de la casa principal, rodeado de pinos altos. La puerta está abierta, y ya puedo ver que también ha sido saqueado.

Dentro, las herramientas están esparcidas por el suelo. Los bancos de trabajo están volcados, y las estanterías han sido arrancadas de las paredes. Pero también hay cosas que no han sido tocadas. Fotos clavadas en un tablón de anuncios. Una taza de café sobre el alféizar de la ventana. Pequeños objetos personales que a quien haya registrado este lugar no le importaron.

Mariya se acerca al tablón de anuncios, sus dedos rozando las fotos clavadas allí. La mayoría son de ella a distintas edades. Construyendo una caseta para pájaros. Aprendiendo a usar una sierra. Pintando una caja de madera. En cada foto está sonriendo, y su padre está a su lado, guiando sus manos o mirándola con orgullo evidente.

—Me enseñó todo aquí —dice suavemente—. Cómo usar herramientas, cómo arreglar cosas. Decía que una mujer debía saber cuidar de sí misma y no tener que depender de nadie más.

Observo cómo una lágrima desciende por sus mejillas, y algo se retuerce en mi pecho. He estado tan centrado en encontrar las reliquias y obtener respuestas sobre mi madre y mi hermana que no he pensado realmente en lo que esto le está costando a ella. Ha perdido a su padre, su hogar, toda su vida. Y ahora está perdiendo incluso estos recuerdos.

Me acerco, me coloco detrás de ella y coloco mi mano sobre su hombro. No se aparta. Simplemente se queda ahí, mirando las fotos, su cuerpo tenso bajo mi tacto.

—Háblame de él —digo.

Se queda callada durante un largo momento, y creo que va a negarse. Entonces comienza a hablar.

—Era estricto pero justo. Esperaba mucho de mí, pero también creía que podía hacer cualquier cosa que me propusiera —toca una de las fotos, su dedo recorriendo el contorno del rostro de su padre—. No era perfecto. Estaba metido en cosas que yo no entendía cuando era más joven. Pero me quería. Nunca lo dudé.

—¿Crees que sigue vivo?

—No lo sé —su voz se quiebra al pronunciar las palabras—. Una parte de mí espera que lo esté. Una parte de mí espera que haya encontrado paz en algún lugar, viviendo una vida tranquila lejos de toda esta violencia. Pero otra parte de mí está enfadada. Enfadada porque me dejó sola. Enfadada porque nunca me contactó y porque me puso en esta situación.

Entiendo esa rabia. La he sentido yo misma, dirigida hacia mi padre por morir demasiado pronto, hacia mi madre por no tener más cuidado, hacia el mundo por ser tan jodidamente cruel.

—Vamos —digo, apretando suavemente su hombro—. Muéstrame el resto de la propiedad.

Se seca los ojos y asiente, guiándome fuera del taller. Caminamos en silencio durante un rato, siguiendo un camino desgastado entre los árboles. La propiedad es más grande de lo que esperaba, con la cabaña situada en al menos cinco acres de terreno boscoso.

Primero me muestra un pequeño estanque, el agua oscura y tranquila bajo las ramas que lo cubren. —Solía alimentar a los peces dorados aquí todas las mañanas —dice, una pequeña sonrisa toca sus labios—. Mi padre lo llenó de peces cuando tenía siete años. Dijo que cada niña debería tener su propio estanque.

Continuamos caminando, y señala un sendero que se adentra en las montañas. —Subíamos allí los fines de semana. Hay un claro a unas

dos millas de aquí desde donde se puede ver durante kilómetros. Es precioso.

La forma en que habla de este lugar, los recuerdos en su voz, deja claro lo mucho que significó para ella.

Regresamos hacia la cabaña, y se detiene frente a lo que parece un jardín descuidado. Los bancales apenas son visibles bajo las malas hierbas, y un pequeño invernadero se encuentra al fondo, sus paneles de vidrio empañados por el paso del tiempo.

—Esto era mío —dice, arrodillándose junto a uno de los bancales—. Mi padre construyó esto para mí cuando tenía ocho años. Cultivaba verduras, hierbas y flores. Lo que quisiera.

Comienza a arrancar las malas hierbas, limpiándolas del marco de madera. La observo trabajar, notando cómo sus vaqueros se ajustan a su figura, cómo su camiseta se levanta ligeramente, revelando una franja de piel suave en la parte baja de su espalda. Incluso cubierta de tierra y dolor, es jodidamente hermosa.

—Aquí había un rosal —murmura, más para sí misma que para mí—. El favorito de mi madre. Mi padre lo plantó el año en que ella murió.

Hunde los dedos en la tierra, arrancando más malas hierbas, y luego se queda inmóvil.

—¿Qué pasa? —pregunto, acercándome.

—Hay algo aquí —cava más rápido ahora, sus manos moviéndose con determinación entre la tierra—. Puedo sentirlo.

Me arrodillo a su lado y la ayudo, apartando la tierra suelta. En cuestión de minutos, hemos desenterrado una caja de metal, más pequeña que la que encontramos en el campo pero de diseño similar. Está cerrada con llave, y mi pulso se acelera.

—¿Tienes una llave? —pregunto.

Se sienta sobre sus talones, las manos cubiertas de tierra, y alcanza el collar que lleva puesto. Lo había visto antes pero nunca le había prestado mucha atención. Una cadena simple con un pequeño colgante. Lo abre y lo sostiene, y veo que el colgante es en realidad una llave diminuta.

—He llevado esto puesto todos los días desde que mi padre me lo dio —dice en voz baja—. Nunca supe para qué era.

Introduce la llave en la cerradura, y esta gira con un suave clic. Ambos nos inclinamos hacia adelante mientras levanta la tapa, y mi corazón late con anticipación.

Dentro hay un rollo de papel, amarillento por el tiempo y atado con una cinta roja.

Lo levanto con cuidado y desato la cinta, desenrollando el papel. Mis ojos escanean el contenido, y siento cómo mi sangre se congela. Mi corazón comienza a latir tan fuerte y rápido que, por un momento, me pregunto si va a salirse de mi pecho.

—Joder —susurro.

Es una lista de nombres, direcciones y ubicaciones de casas seguras pertenecientes a familias Bratva esparcidas por Estados Unidos y Rusia. Algunos de los nombres los reconozco. Otros no me resultan familiares. Pero lo que me hiela el estómago son las anotaciones al lado de cada entrada.

Fechas. Fechas en las que cada casa segura fue comprometida. Fechas en las que familias fueron asesinadas.

—¿Qué es? —pregunta Mariya, intentando mirar por encima de mi hombro.

Le paso el rollo de papel, observando cómo sus ojos se agrandan con cada línea que lee.

—Es una lista de casas seguras de Bratva —le digo en voz baja—. Algunos están muertos, pero hay unos pocos aquí que todavía están

vivos.

19

MARIYA

Miro mi reflejo en el espejo y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada.

El vestido es sencillo pero elegante. Seda blanca que me llega justo por debajo de las rodillas, con un escote discreto y mangas cortas. Nada llamativo, nada que grite "boda". Pero sigue siendo un vestido de novia, y en menos de una hora, lo llevaré puesto mientras me caso con Andrey Melnikov.

No puedo creer que vaya a hacer esto de verdad.

Me tiemblan las manos mientras aliso la tela, y tengo que agarrarme al borde del tocador para no caerme. No es así como me imaginaba el día de mi boda. Siempre pensé que me casaría por amor, que estaría emocionada y nerviosa en el buen sentido. Que estaría rodeada de amigos y familiares, celebrando el comienzo de una nueva vida con alguien a quien elegí.

En cambio, estoy sola en esta habitación, a punto de casarme con un hombre que me secuestró. Un hombre que cree que mi padre es un ladrón y un asesino. Un hombre que solo se casa conmigo porque le resulto útil.

Pero después de encontrar esa lista de casas seguras enterrada en el jardín de mi madre, sé que no tengo elección. Sea lo que sea en lo que estaba metido mi padre, los secretos que guardaba, me ha arrastrado a ello. Todos los miembros de la Bratva, desde aquí hasta Rusia, irán a por mí ahora. Querrán esa lista, querrán cualquier información que escondiera mi padre, y no les importará lo que tengan que hacer para conseguirla.

Necesito protección. Y ahora mismo, Andrey es la única opción que tengo.

Un golpe en la puerta me hace sobresaltar. Me giro cuando se abre y Andrey entra. Lleva un traje oscuro que le queda perfectamente, acentuando sus hombros anchos y su cintura estrecha. Su pelo negro está peinado, y esos ojos azules se clavan en los míos al instante. Durante un momento, se limita a mirarme, y veo algo fugaz en su expresión. ¿Aprecio? ¿Deseo?

—Estás increíble —dice en voz baja.

No respondo. No puedo responder. Tengo la garganta demasiado cerrada.

Cruza la habitación y se detiene frente a mí, alargando la mano para apartarme un mechón de pelo detrás de la oreja. El gesto es suave, casi tierno, y me hace doler el pecho.

—¿Estás preparada? —pregunta.

—No —la palabra sale en un susurro—. Pero no tengo elección, ¿verdad?

Le aprieta la mandíbula. —Siempre tienes elección, Mariya.

—¿La tengo? —le sostengo la mirada, dejando que vea la ira y el miedo que he intentado ocultar—. Porque no lo parece. Siento que estoy atrapada y que esta es la única salida.

Permanece en silencio un largo momento, con la mano aún acariciándome la cara. Luego se inclina y me besa en la frente. —Te

protegeré. Te lo prometo.

Quiero creerle. Dios, cómo deseo creerle. Pero la confianza ya no me resulta fácil.

Me coge de la mano y me lleva fuera de la habitación. Atravesamos los pasillos de su finca, y yo intento memorizar cada detalle mientras bajamos la gran escalera. La bestia nos espera abajo. También lleva traje, incómodo con la ropa formal. Cuando me ve, algo que podría ser aprobación brilla en sus oscuros ojos.

—¿Listos? —le pregunta a Andrey.

Andrey asiente con la cabeza, apretándome la mano.

Entramos en el despacho de Andrey. La habitación es amplia, con estanterías hasta el techo y un enorme escritorio. Pero lo que llama mi atención es el hombre que está junto a la ventana. Es mayor, quizá sesentañero, lleva un traje negro sencillo y sostiene un libro encuadernado en piel.

—Este es el padre Dmitri —dice Andrey—. Él oficiará la ceremonia.

El sacerdote se gira y me sonríe con amabilidad. —Es un placer conocerte, querida.

Consigo asentir, sin confiar en mi voz.

La ceremonia es breve y sencilla. No hay invitados, ni flores, ni música. Solo estamos nosotros: Andrey, la bestia como testigo, el sacerdote y yo. El padre Dmitri lee de su libro con voz firme y serena, hablando en ruso sobre el amor, el compromiso y el sagrado vínculo del matrimonio.

Apenas oigo las palabras. Mi mente da vueltas, mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que todos pueden oírlo. Esto está pasando de verdad. Realmente estoy haciendo esto.

—¿Andrey Melnikov, aceptas a esta mujer como tu legítima esposa? —pregunta el padre Dmitri.

—Sí, acepto —responde Andrey con voz clara y firme.

El sacerdote se vuelve hacia mí y siento que voy a vomitar. —¿Mariya Pushkin, aceptas a este hombre como tu legítimo esposo?

Abro la boca, pero no sale nada. No puedo hacer esto. No puedo pronunciar esas palabras. Las harán reales, permanentes, y no estoy preparada para eso.

Andrey aprieta mi mano y lo miro. Sus ojos azules son firmes, pacientes, esperando que tome esta decisión. Y en ese momento, me doy cuenta de que tiene razón. Esto es una elección. Quizá no la que yo quiero, pero sigue siendo mía.

—Sí, acepto —susurro.

El padre Dmitri sonríe. —Entonces, por la autoridad que se me ha conferido, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Andrey se gira hacia mí, coloca sus manos en mi rostro y se inclina lentamente, dándome tiempo para apartarme si lo deseo. Pero no lo hago. Dejo que me bese, sus labios suaves y cálidos sobre los míos. No es un beso apasionado, como los que hemos compartido antes. Es tierno, casi reverente, y hace que las lágrimas me ardan en los ojos.

Cuando se separa, veo algo en su expresión que no había visto antes. Posesión. Satisfacción. Como si acabara de reclamar algo que le pertenece.

Ahora soy su esposa. Para bien o para mal.

El sacerdote nos felicita y la bestia le da la mano a Andrey. Luego se marchan, dejándonos solos en el despacho. Andrey sigue sosteniendo mi mano, su pulgar dibujando círculos en mi palma.

—Vamos —dice—. Subamos.

El estómago se me hunde. —¿Por qué?

—Porque eso es lo que hacen los recién casados en su noche de bodas.

Libero mi mano y retrocedo. —No. Este matrimonio es solo de nombre. Una solución para nuestros problemas. Tú accedes a lo que mi padre dejó atrás y yo obtengo protección. Nada más.

Su expresión se oscurece. —No funciona así, Mariya.

—Sí, así es. —Cruzo los brazos, intentando parecer más segura de lo que me siento—. Acepté casarme contigo. No acepté nada más.

Da un paso hacia mí y yo retrocedo. Repetimos este baile hasta que mi espalda choca contra la estantería y él se planta frente a mí, su cuerpo encerrándome.

—Tenemos que consumar el matrimonio —dice con voz baja y peligrosa—. Es la ley. Sin consumación, no es válido.

—Eso es ridículo.

—Quizá. Pero es cierto. —Levanta una mano para acariciar mi rostro, su pulgar rozando mi labio inferior—. Y no voy a correr riesgos. Si este matrimonio no es legal, no estás protegida.

Quiero discutir, empujarlo y mandarlo al infierno. Pero veo la determinación en sus ojos. No va a ceder en esto.

—Vale —digo, con la palabra amarga en la lengua—. Acabemos con esto.

Me guía escaleras arriba, con la mano en mi espalda. Al llegar a su dormitorio, abre la puerta y me detengo en seco.

La habitación está transformada. Velas por todas partes proyectan una luz cálida y titilante. Hay una botella de vodka en la mesilla, con dos copas al lado. Música suena de altavoces ocultos, algo clásico y romántico. Pétalos de rosa cubren la cama.

Es precioso. Romántico. Todo lo que una noche de bodas debería ser.

Y eso me pone furiosa.

—¿Qué diablos es esto? —Me giro para enfrentarle, con las manos apretadas en puños—. ¿Pensaste que las velas y el vodka harían que esto estuviera bien? ¿Que podrías seducirme para que olvidara que solo estoy aquí porque me secuestraste?

Su mandíbula se tensa. —Matvey lo organizó. Pensé que te haría sentir más cómoda.

Nos miramos fijamente, ambos respirando con dificultad, la tensión entre nosotros tan espesa que podría cortarse con un cuchillo. Entonces Andrey se mueve, cerrando la distancia entre nosotros en dos pasos. Sus manos agarran mi cintura y me levanta, llevándome hacia la cama.

—¡Suéltame! —Lucho contra su agarre, pero él es demasiado fuerte.

Me deposita en la cama, su cuerpo cubriendo el mío, inmovilizándome. —Estamos haciendo esto, Mariya.

Su mano se desliza por mi muslo, empujando el vestido de seda más arriba, y siento que mi cuerpo responde a pesar de mi ira. El calor se acumula en mi bajo vientre, y mi respiración se corta cuando sus dedos rozan el encaje de mis bragas.

—¿Ves? —murmura—. Tú quieres esto tanto como yo.

Quiero negarlo, empujarle lejos y demostrar que está equivocado. Pero no puedo. Porque tiene razón. Mi cuerpo quiere esto, incluso si mi mente me está gritando que pare.

Su boca encuentra la mía, y esta vez, el beso no es nada gentil. Es exigente, posesivo, reclamándome de una manera que me hace perder la cabeza. Su lengua se desliza contra la mía, y me oigo gemir, el sonido ahogado contra sus labios.

Se aparta lo suficiente para quitarse la chaqueta y la corbata, y sus manos vuelven a mí, deslizando el vestido hacia arriba y

quitándomelo. Me quedo solo en sujetador y bragas, y sus ojos se oscurecen al mirarme.

—Joder, eres preciosa —murmura.

Me desabrocha el sujetador con facilidad, tirándolo a un lado, y su boca se cierra sobre uno de mis pezones. Me arqueo en la cama, mis dedos se enredan en su pelo, acercándole más incluso cuando parte de mí quiere empujarle lejos.

Su mano se desliza entre mis muslos, y él gruñe cuando siente lo mojada que estoy. —Tan lista para mí.

Se quita el resto de su ropa, y no puedo evitar mirarle. Su cuerpo es perfecto, todo músculo duro y piel suave. Los tatuajes en su bíceps y espalda parecen moverse a la luz de las velas, y veo la cicatriz en su omóplato, un recordatorio de la violencia que es parte de su mundo.

Se coloca entre mis muslos, y siento la cabeza gruesa de su polla presionando mi entrada. Entra lentamente, dándome tiempo para ajustarme, y jadeo por el estiramiento. Es grande, llenándome por completo, y por un momento, no puedo respirar.

—Relájate —murmura contra mi cuello—. Déjame entrar.

Me obligo a relajarme, y él se desliza más adentro hasta que está enterrado hasta el fondo. Ambos gemimos, y entonces él comienza a moverse, estableciendo un ritmo que me hace aferrarme a sus hombros.

Sus manos agarran mis caderas, sosteniéndome en su sitio mientras empuja más adentro, más fuerte. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, acercándole más, y él gruñe, el sonido vibrando por su pecho.

—Mía —dice contra mi oído—. Eres mía ahora, Mariya.

Quiero discutir, quiero decirle que nunca seré suya, a pesar de mi deseo por él. Y a pesar de esa voz interior que me llama mentirosa. Pero entonces su mano se desliza entre nosotros, su pulgar

encuentra mi clítoris, y me derrumbo. El orgasmo atraviesa mi cuerpo, tan intenso que veo estrellas, y me oigo gritar su nombre.

Él sigue unos segundos después, su cuerpo se endurece cuando se corre dentro de mí. Se desploma sobre mí, ambos respirando con dificultad, nuestros cuerpos resbaladizos de sudor.

Durante un largo momento, simplemente estamos allí, enredados. Luego él se aparta, tirándome hacia su lado. Debería alejarme y poner distancia entre nosotros, pero estoy demasiado exhausta, demasiado abrumada por todo lo que ha pasado.

Cierro los ojos, y a pesar de todo, siento que me duermo.

A la mañana siguiente, me despierto sobresaltada por alguien golpeando la puerta del dormitorio. Me siento, desorientada, y veo a Andrey ya de pie, poniéndose los pantalones.

La puerta se abre de golpe, y dos personas irrumpen en la habitación. Un hombre de sesenta años con cabello gris y una mujer más joven con pelo negro largo.

Bogdan y Sophia Belyaev.

20

ANDREY

La puerta del dormitorio se abre de golpe con una fuerza suficiente para hacer temblar las bisagras, y me muevo antes de que mi cerebro procese por completo lo que está pasando. Mi mano se dirige al cajón de la mesilla de noche, los dedos se cierran alrededor del metal frío, y en un movimiento fluido, tengo mi Glock apuntando hacia los intrusos.

Bogdan Belyaev está de pie en mi puerta como si fuera el dueño del maldito lugar, sus ojos grises ardiendo de furia. Detrás de él, Sophia se mantiene cerca, su cara pálida y sus manos entrelazadas frente a ella como si estuviera rezando. Y a mi lado, Mariya se sobresalta, tratando de cubrirse con la sábana su cuerpo desnudo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gruño, con el dedo apoyado en el gatillo.

Bogdan no se inmuta, aunque noto un ligero tensamiento alrededor de sus ojos. Está alerta, pero no lo suficiente como para asustarse. —Podría preguntarte lo mismo, Melnikov.

—Has irrumpido en mi dormitorio —digo, manteniendo el arma apuntando hacia él, posicionando mi cuerpo entre él y Mariya—. En

mi casa. Sin permiso. Dame una buena razón por la que no debería meterte una bala en el cráneo ahora mismo.

—Porque necesitamos hablar —su voz está tensa, con una rabia apenas controlada—. Sobre tu traición.

—¿Mi qué?

—No te hagas el tonto conmigo —da un paso hacia adelante, y yo amartillo el arma. Se detiene—. Se suponía que te casarías con mi hija. Teníamos un acuerdo.

—No teníamos nada —estoy muy consciente de Mariya a mi lado, puedo sentir sus ojos clavados en mi cabeza—. Te dije que lo pensaría. Eso no es una promesa. Eso no es un contrato.

—¡Nos diste esperanzas durante años! —la cara de Bogdan se está poniendo roja ahora, sus manos apretadas en puños a los costados —. ¿Y luego vas y te casas con la hija de un traidor sin siquiera tener la decencia de decírnoslo?

Antes de que pueda responder, Mariya se mueve. Se lanza sobre la cama y me golpea directamente en la mandíbula. El impacto hace que mi cabeza se gire hacia un lado, y casi se me cae el arma. El dolor explota en mi cara, y saboreo sangre.

—¡Hijo de puta! —grita—. ¿Estabas comprometido? ¿Se suponía que te casarías con otra persona, y no creíste necesario mencionarlo antes de obligarme a casarme contigo?

Bajo el arma, no quiero que haya ningún accidente mientras está tan furiosa. —Mariya...

—¡No me digas 'Mariya'! —me golpea de nuevo, esta vez en el pecho —. Me secuestraste, me encerraste y me obligaste a casarme contigo, ¿mientras tenías una prometida esperándote? ¿Qué clase de juego enfermo estás jugando?

—No estaba comprometido —digo entre dientes, agarrando sus muñecas antes de que pueda golpearme de nuevo—. No hubo

acuerdo. No hubo contrato. Nada.

—¡Eso no es lo que él dice! —sacude la cabeza hacia Bogdan, sus ojos verdes ardiendo de furia y dolor.

Miro a Bogdan, luego a Sophia, que sigue de pie en la puerta, como si quisiera desaparecer en el suelo. Su cara está roja, y deliberadamente está mirando a cualquier lugar menos hacia mí.

—Todos fuera —digo, soltando las muñecas de Mariya—. Reúnanse en la biblioteca en diez minutos.

—No nos vamos a ninguna parte hasta... —comienza Bogdan.

—Salgan. —dejo que cada onza de autoridad que poseo se imprima en esas dos palabras—. O haré que Matvey los eche. Su elección.

La mandíbula de Bogdan trabaja, pero finalmente asiente. Se da la vuelta y sale de la habitación, con Sophia apresurándose tras él. En el momento en que se van, saco mi teléfono y envío un mensaje rápido a Matvey.

Vigila a Bogdan y a Sophia. Se dirigen a la biblioteca.

Tiro el arma de nuevo al cajón y salgo de la cama, dirigiéndome hacia mi armario. Puedo sentir los ojos de Mariya sobre mí mientras me pongo los calzoncillos y luego los vaqueros.

—¿Vas a ignorarme, simplemente? —exige.

—Me estoy vistiendo —cojo una camiseta negra y me la pongo—. Luego vamos a lidiar con este lío.

—¿Lidiar con él? ¿*Lidiar* con él? —Su voz se eleva—. ¡Me mentiste!

—No mentí —me giro para mirarla, y la visión de ella sentada en mi cama, con la sábana pegada al pecho y su cabello rubio desordenado alrededor de los hombros, hace que me excite a pesar de todo—. Te dije la verdad. Nunca estuve comprometido con Sophia. Bogdan quería el matrimonio. Le dije que lo pensaría. Eso es todo.

—¿Durante *años*?

—Estaba ganando tiempo —me muevo hacia la cómoda y cojo mi reloj, poniéndomelo—. No quería casarme con ella. No la amo. Ni siquiera me cae especialmente bien.

—Pero te casaste conmigo —su voz es más tranquila ahora, pero no menos enfadada—. Una mujer a la que secuestraste. Una mujer cuyo padre crees que es un ladrón y un asesino.

Cruzo de nuevo hacia la cama y me inclino, apoyando mis manos a ambos lados de ella—. Me casé contigo porque necesitas protección. Porque todas las familias Bratva desde aquí hasta Moscú van a estar buscándote ahora. Y porque... —hago una pausa, buscando las palabras adecuadas— porque te quiero.

Ella me mira fijamente, sus ojos verdes abiertos y buscando respuestas—. Eso no es suficiente.

—Es todo lo que tengo por ahora —me enderezo—. Ahora vístete. Tenemos una reunión a la que asistir.

—No voy a ningún lado hasta que me digas qué demonios está pasando —levanta la barbilla, desafiante incluso envuelta en una sábana—. ¿Quién es Sophia? ¿Por qué su padre cree que deberías haberte casado con ella? ¿Y por qué carajos no me dijiste nada de esto antes de obligarme a casarme contigo?

Me paso una mano por el pelo, la frustración aumentando—. Sophia es la hija de Bogdan. Él ha estado presionando para una alianza matrimonial entre nuestras familias durante años. Lo fui posponiendo porque no quería. Nunca hubo un acuerdo formal, nunca un contrato. Solo sus expectativas.

—¿Y no pensaste que yo debería saber sobre esas expectativas?

—No era relevante —incluso al decirlo, sé cómo suena—. Tú y yo nos íbamos a casar de todas formas. Lo que Bogdan quería no importaba.

—¡Importa para mí! —Arroja la sábana a un lado y se pone de pie, gloriosamente desnuda y furiosa—. Importa que tenías a otra mujer esperándote. Importa que estás causando problemas con otra familia por mi culpa.

Mis ojos recorren su cuerpo, apreciando la curva de sus pechos, el plano de su vientre y el triángulo de vello entre sus muslos. Joder, es increíble cuando está enfadada.

—Deja de mirarme así —chilla.

—¿Cómo?

—Como si quisieras follar conmigo otra vez.

—Quiero follar contigo otra vez —cierro la distancia entre nosotros —. Pero ahora mismo tenemos que lidiar con Bogdan. Así que vístete.

—No —cruza los brazos sobre el pecho—. No hasta que me des respuestas reales.

La miro fijamente durante un largo momento, sopesando mis opciones. Luego me agacho, la levanto con la sábana todavía enredada en sus piernas y la echo sobre mi hombro.

—¿Qué estás haciendo? —chilla, golpeándome la espalda con los puños.

—Llevándote a la reunión —me dirijo hacia la puerta—. Si no quieres vestirte, bien. Te llevaré abajo a la reunión así, con nada más que una sábana envolviéndote.

—¡No te atreverías!

—Pruébame.

Doy tres pasos por el pasillo antes de que ella ceda—. ¡Vale! Vale, déjame. Me vestiré.

La coloco de pie, y ella me fulmina con la mirada con tanto veneno que casi sonrío. Casi—. Cinco minutos —le digo—. Luego vamos allá, estés lista o no.

Regresa furiosa al dormitorio y yo la sigo, observando cómo se pone la ropa que llevó ayer. Los vaqueros le ajustan el culo a la perfección y la camiseta se moldea a sus pechos de una manera que hace que se me haga la boca agua. Cuando termina de vestirse, se vuelve hacia mí, su expresión aún furiosa.

—Esto no ha terminado —dice.

—Lo sé.

Bajamos las escaleras en un tenso silencio. Las puertas de la biblioteca están cerradas y puedo oír voces en su interior. Matvey está de guardia fuera, su enorme figura bloquea la entrada. Cuando nos ve, asiente con la cabeza una vez.

—Os están esperando —dice.

—¿Algún problema?

—Bogdan está furioso. Sofía está llorando.

Genial. Jodidamente genial.

Abro las puertas y la conversación dentro se detiene de inmediato. Bogdan está de pie junto a la chimenea, su rostro aún rojo de ira. Sofía está sentada en una de las sillas, con los ojos hinchados y las manos retorcidas en su regazo. Cuando nos ve, nuevas lágrimas caen por sus mejillas.

La tensión en la habitación es tan espesa que podría cortarse con un cuchillo. Puedo sentir a Mariya a mi lado, tensa como si estuviera lista para salir corriendo en cualquier momento. Necesito manejar esto con cuidado. Un paso en falso y esto podría convertirse en una guerra que no quiero.

—Siéntate —le digo a Mariya, señalando la silla frente a Sofía.

Ella no se mueve. —Prefiero estar de pie.

Por supuesto que lo hará.

Dirijo mi atención a Bogdan. —Dejemos una cosa clara. Nunca acepté casarme con tu hija. Me lo pediste. Dije que lo pensaría. Eso no es una promesa. No es un contrato. No hubo traición.

—¡Nos diste esperanzas! —la voz de Bogdan se eleva—. Años de planificación, de preparar a Sofía para que fuera tu esposa. ¿Y luego te casas con esta… esta hija de un traidor sin siquiera decírnoslo?

—Cuidado con lo que dices —digo en voz baja, peligrosamente—. Estás hablando de mi esposa.

—Tu *esposa*. —Escupe las palabras como si fueran veneno—. Te casaste con la hija de Pushkin. ¿Tienes alguna idea de cómo se verá eso? ¿Qué pensará la gente?

—Me importa una mierda lo que piense la gente. —Cruzo los brazos sobre mi pecho—. Mariya está bajo mi protección ahora. Quien tenga un problema con eso puede hablarlo conmigo.

—Esto es inaceptable. —Bogdan da un paso hacia mí—. Has deshonrado a mi familia. Has deshonrado a mi hija.

—No he hecho nada de eso. —Mi voz se vuelve más baja, más fría —. No hubo ningún acuerdo entre nosotros. Ni contrato. Si sabes lo que te conviene, pararás ahora mismo antes de causar una guerra que no quieres.

Sus ojos se estrechan. —¿Me estás amenazando?

—Estoy exponiendo hechos. —Mantengo su mirada, dejando que vea exactamente lo serio que soy—. Entraste en mi casa sin invitación. Irrumpiste en mi dormitorio e hiciste acusaciones que no tienen base en la realidad. He sido paciente por nuestra historia, pero mi paciencia tiene límites.

—¿Tu paciencia? —Él se ríe, pero no hay humor en ello—. ¿Hablas de paciencia cuando has destruido años de planificación? ¿Cuando has humillado a mi hija frente a toda la Bratva?

—No he hecho tal cosa. —Miro a Sofía, que sigue llorando en silencio—. Lamento si te he herido, Sofía. Nunca fue mi intención. Pero nunca te prometí que me casaría contigo.

Ella no responde mientras las lágrimas caen por sus mejillas.

El rostro de Bogdan se vuelve de un tono aún más rojo. Se gira hacia su hija y veo cómo la rabia en sus ojos cambia, redirigiéndose. —Esto es tu culpa —le gruñe—. No pudiste mantenerlo interesado. No pudiste hacer que te quisiera. ¿De qué sirves si no puedes asegurar una alianza matrimonial?

Sofía se encoge como si la hubiera golpeado y más lágrimas caen por su rostro.

—Ya es suficiente —digo, pero Bogdan me ignora.

Continúa, avanzando hacia su hija. —Años de educarte, enseñarte, prepararte para ser la esposa de un Pakhan. Y fracasaste. Eres inútil.

Mariya se mueve tan rápido que casi no lo veo. En un segundo está a mi lado y al siguiente, está entre Bogdan y Sofía, con los puños apretados y los ojos ardiendo de furia.

—No te atrevas a culparla por esto —dice, su voz baja y peligrosa.

21

MARIYA

Estoy furiosa. La revelación de que Andrey tenía algún tipo de acuerdo con la familia de Sophia, que los había estado engañando durante años mientras me secuestraba y se casaba conmigo, me hace hervir la sangre. Pero ver a Bogdan volverse contra su propia hija, verlo culparla por algo que no podía controlar…

—No te atrevas a culparla por esto —digo, con una voz baja y peligrosa mientras me coloco entre Bogdan y Sophia.

Los ojos grises de Bogdan se clavan en mí, y veo cómo la rabia que hay en ellos se intensifica. —Esto no te concierne.

—Como demonios no me concierne —me acerco más, con los puños todavía apretados. —Estás en la casa de mi marido, gritándole a tu hija por decisiones que *tú* tomaste. Por expectativas que *tú* creaste sin ningún acuerdo real.

—Mariya —dice Andrey en voz baja, con una advertencia en su tono.

Lo ignoro. Toda la ira que he estado reteniendo, toda la frustración, el miedo y la impotencia de la última semana, sale a flote. —¿Quieres culpar a alguien? Cúlpate a ti mismo. Presionaste por un

matrimonio que nunca iba a ocurrir. Alimentaste las esperanzas de tu hija basándote únicamente en tu propia ambición.

Bogdan da un paso hacia mí, su rostro adquiriendo un tono aún más rojo. —No tienes derecho a hablarme así. No eres más que la hija de un traidor.

—Y tú no eres más que un matón —No retrocedo, a pesar de que es más alto que yo, a pesar de que puedo ver la violencia en sus ojos. —Estás descargando tu decepción en una mujer que no ha hecho nada malo. Sophia no te falló. *Tú* le fallaste a *ella*.

—¿Cómo te atreves…? —Da otro paso, y de repente está justo delante de mí, con la mano levantada.

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, Andrey está allí. Se mueve tan rápido que parece haber teletransportado, su cuerpo es una borrosa imagen mientras se interpone entre nosotros. Su mano rodea la garganta de Bogdan, y en un movimiento fluido, lo empuja contra la pared con tanta fuerza que escucho el impacto resonando por la biblioteca.

—Si la tocas, mueres —gruñe Andrey, con una voz tan fría que me hiela la espalda. —Si la amenazas, mueres. Si incluso la miras mal, te meto una bala en el cráneo.

Bogdan araña la mano de Andrey, su rostro volviéndose morado. —Sué…ltame…

—Nadie amenaza a mi esposa —la mano de Andrey se tensa. —De ninguna manera. ¿Me entiendes?

Algo revolotea en mi estómago al escuchar esas palabras. *Mi esposa.* Lo dice con tanta posesividad, con tanta certeza absoluta, que por un momento olvido estar enfadada con él. Por un momento, me siento… protegida. Segura.

Es una buena sensación, por una vez. Algo que no había sentido en años.

La bestia se mueve desde su posición junto a la puerta, su enorme figura bloqueando cualquier posible ruta de escape que Bogdan pudiera intentar. Su mano descansa sobre algo en su cadera, probablemente un arma, y sus ojos oscuros están fijos en Bogdan con intención letal.

—Andrey —digo en voz baja. —Déjalo ir.

Andrey no se mueve durante varios segundos largos. Luego, lentamente, suelta la garganta de Bogdan y retrocede. El hombre mayor jadea buscando aire, llevándose la mano al cuello donde ya se forman marcas rojas.

—Sal de mi casa —dice Andrey, su voz todavía fría. —Y no vuelvas a menos que te inviten.

Me aparto de los hombres y miro a Sophia. Todavía está sentada en la silla, su rostro pálido y sus ojos abiertos por el shock. Las lágrimas siguen corriendo por sus mejillas, y está temblando.

—Sophia —digo suavemente. —¿Podemos hablar? Solo nosotras dos.

Ella mira a su padre, la preocupación clara en sus ojos verdes. Pero después de un momento, asiente y se levanta. La llevo al rincón más alejado de la biblioteca, lejos de los hombres, y le indico que se siente en una de las sillas de lectura ubicadas en un rincón.

Acercó otra silla y me siento frente a ella. De cerca, puedo ver que es hermosa. Su largo cabello negro está perfectamente peinado, su maquillaje impecable a pesar de las lágrimas. Lleva un vestido modesto que resalta sus curvas, y puedo entender por qué la familia de Andrey podría haber querido este emparejamiento. Parece la esposa perfecta para la Bratva.

—Lo siento —susurra, con la voz quebrada. —Lo siento mucho por todo esto.

—No tienes nada de lo que disculparte —extiendo la mano y le cojo la suya. Está fría y tiembla dentro de la mía—. Nada de esto es culpa

tuya.

—Pero lo es —nuevas lágrimas caen por sus mejillas—. Es mi deber unir a nuestras familias. Ser una buena esposa para un hombre poderoso. Y he fracasado.

Sus palabras me hacen sentir un dolor en el pecho. ¿Cuántas veces le habrán dicho esto? ¿Cuántos años habrá pasado preparándose para un matrimonio que nunca iba a ocurrir?

—Ese no es tu deber —le digo con firmeza—. Tu deber es contigo misma. Ser feliz. Vivir una vida que sea tuya, no una que haya sido planificada para ti por hombres que te ven como una moneda de cambio.

Ella niega con la cabeza. —No lo entiendes. En nuestro mundo, las mujeres están destinadas a apoyar a sus familias. A formar alianzas. Eso es para lo que me criaron.

—Entiendo más de lo que crees —aprieto su mano—. Mi padre también era parte de la Bratva. Pero también me enseñó a ser fuerte. A cuidar de mí misma. A nunca dejar que nadie me haga sentir menos de lo que soy. —Hago una pausa, pensando en esas lecciones, en las horas pasadas en su taller aprendiendo a usar herramientas y arreglar cosas—. No todas las mujeres tienen eso. No todas las mujeres tienen padres que las vean como algo más que un medio para un fin.

Sophia me mira, realmente me mira, y veo algo cambiar en su expresión. Curiosidad, tal vez. O esperanza.

—Tu padre parece haber sido un buen hombre —dice en voz baja.

—Lo fue. Lo es. —Ya no estoy segura de qué tiempo verbal usar—. Pero el punto es que tú no tienes la culpa de esto. Andrey nunca prometió casarse contigo. Tu padre creó expectativas que no estaban basadas en la realidad.

—Pero debería haber sido capaz de hacer que me quisiera. —Su voz baja hasta casi un susurro—. Debería haber sido más interesante, más atractiva, más… algo.

¿Se da cuenta de que le está diciendo a la esposa de Andrey, *a mí*, que debería haber hecho más para ganárselo? Casi niego con la cabeza ante lo absurdo de esta conversación.

—Para. —Me inclino hacia adelante, asegurándome de que me está mirando—. No eres responsable de los sentimientos de otra persona. Andrey no quería casarse contigo, y eso no es un reflejo de ti. Es simplemente… lo que es.

Permanece en silencio durante un largo momento, sus ojos buscan los míos. —¿Lo amas?

La pregunta me toma por sorpresa. ¿Amo a Andrey? Apenas lo conozco. Me secuestró, me encerró y me obligó a casarme con él. Pero también me protegió, me dio orgasmos que me hicieron ver estrellas y me hizo sentir cosas que nunca antes había sentido.

—No lo sé —respondo con honestidad—. Toda esta situación es complicada.

—Te mira de manera diferente a como me miró a mí alguna vez. —Una triste sonrisa toca sus labios—. Como si fueras la única persona en la habitación.

No sé qué decirle a eso. Mi estómago vuelve a hacer esa cosa de revolverse, y aparto el sentimiento.

—Tú también mereces a alguien que te mire así —le digo—. Alguien que te vea por quien eres, no solo por la familia de la que vienes.

Se seca los ojos, manchando su rímel. —No sé si eso es posible en nuestro mundo.

—Tal vez no. Pero puedes intentarlo. —Me levanto, haciéndola levantarse conmigo—. Y siempre serás bienvenida aquí. Cuando

necesites hablar, o simplemente alejarte de tu padre, puedes venir aquí.

—¿En serio? —La esperanza ilumina su rostro.

—En serio. —Echo un vistazo hacia donde Andrey y Bogdan todavía están enfrentados, con la bestia entre ellos como un muro. Desde que me casé con el Pakhan, realmente debería dejar de referirme a su número uno, Matvey, como *la bestia*, aunque sea solo en mis pensamientos—. Aunque no puedo decir lo mismo de tu padre. Eso depende de Andrey.

Sophia sigue mi mirada y hace una mueca. —Va a estar tan enfadado conmigo.

—Eso es problema suyo, no tuyo. —Aprieto su mano una vez más—. Recuerda lo que te dije. No tienes la culpa de nada de esto.

Asiente, pero veo la duda en sus ojos. Años de condicionamiento no desaparecen en una conversación. Pero tal vez he plantado una semilla. Tal vez empezará a verse a sí misma de manera diferente.

Volvemos al lugar donde están los hombres. Bogdan se ha compuesto un poco, aunque su rostro sigue rojo y las marcas en su cuello se oscurecen hasta convertirse en moretones. Me mira con tanto odio que instintivamente me acerco más a Andrey.

—Nos vamos —anuncia Bogdan, con voz áspera. Agarra el brazo de Sophia, y ella se encoge.

—Sophia es bienvenida de vuelta cuando quiera —digo, mirando directamente a Bogdan—. Pero tú no. No a menos que Andrey te invite.

Los ojos de Bogdan se estrechan. —¿Crees que eres tan lista, verdad? ¿Crees que casarte con él te protege?

—Sí la protege —dice Andrey, con voz dura—. Ahora es mi esposa. Eso significa que está bajo mi protección. Cualquiera que la toque tendrá que responderme a mí.

—Ya veremos. —Bogdan camina hacia la puerta, arrastrando a Sophia con él. Pero se detiene en el umbral y se vuelve—. Esto no ha terminado, Melnikov. Conozco la verdadera razón por la que te casaste con ella. Crees que te llevará a los tesoros de Pushkin. Y cuando las otras familias se enteren, no lo permitirán.

22

ANDREY

La amenaza de Bogdan flota en el aire como el humo tras un disparo. Lo observo arrastrar a Sophia fuera de la biblioteca y aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me sorprende que no se me rompan los dientes. En cuanto la puerta se cierra tras ellos, me giro hacia Matvey.

Nuestras miradas se cruzan y no hacen falta palabras. Llevamos tanto tiempo trabajando juntos que una sola mirada lo dice todo. Hay que vigilar a Bogdan. Está furioso, humillado y es peligroso. Los hombres como él no perdonan afrentas.

Matvey asiente con la cabeza y saca el móvil mientras se dirige a la puerta. Organizará la vigilancia para estar al tanto de cada movimiento de Bogdan. Confío en que lo manejará bien.

En cuanto nos quedamos solos, Mariya se vuelve hacia mí.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Sus ojos verdes relucen de ira, con los puños apretados a los costados—. ¿De verdad estabas comprometido con esa mujer?

Me paso una mano por el pelo, sintiendo el cansancio en los huesos.

—Te dije la verdad. No hubo compromiso. Ni contrato. Bogdan quería el emparejamiento. Yo dije que lo pensaría. Eso es todo.

—¿Durante *años*? —Da un paso hacia mí y noto que sigue furiosa—. ¿Les dejaste creer durante años que te ibas a casar con ella?

—Estaba ganando tiempo. —Me acerco a la ventana y miro los jardines—. No quería casarme con Sophia. No la amo. Demonios, apenas la conozco más allá de conversaciones educadas en reuniones familiares.

—Esto es una auténtica mierda —dice al final.

—Lo sé. —Cruzo la habitación y me detengo frente a ella—. Pero ya está hecho. Ahora eres mi esposa y yo protejo lo que es mío.

Abre la boca para responder, pero levanto una mano.

—Tenemos que hablar de lo que encontramos en la cabaña.

Su expresión cambia, la ira se transforma en algo más cauteloso.

—La lista.

—La lista de casas seguras. —Me dirijo al escritorio y saco el pergamino que encontramos enterrado en el jardín de su madre—. Esta información es peligrosa, Mariya. Del tipo por el que la gente mata.

—Lo sé.

—¿Por qué tenía esto tu padre? —Desenrollo el pergamino y estudio los nombres y direcciones—. ¿Qué planeaba hacer con ella?

—No lo sé. —Se acerca y mira por encima de mi hombro—. Te lo dije, no lo veo desde hace nueve años. Nunca me habló de esto.

Le creo. Veo la genuina confusión en su rostro, noto la frustración en su voz. Está tan a oscuras como yo.

—Pero alguien más sabe de esto —digo—. Alguien registró la cabaña buscando algo. No encontraron esto, pero saben que existe.

—¿Qué vamos a hacer?

El hecho de que diga "vamos" en lugar de "tú" me provoca una sensación cálida en el pecho. Empieza a vernos como un equipo, aunque aún no lo sepa.

—Vamos a ser muy cuidadosos —le digo—. Y vamos a averiguar qué intentaba decirnos tu padre.

Un golpe en la puerta nos interrumpe. Una de las criadas asoma la cabeza con expresión disculpatoria.

—El desayuno está listo, señor.

Mi estómago gruñe, recordándome que no hemos comido desde ayer.

—Gracias.

Le ofrezco el brazo a Mariya y, tras un momento de vacilación, lo acepta. Caminamos en silencio hacia el comedor y soy muy consciente de su mano apoyada en el hueco de mi codo. Está cálida y suave, y debo resistir el impulso de atraerla hacia mí.

La mesa del comedor está puesta con comida suficiente para un ejército. Huevos, bacon, fruta fresca, bollería y café. Los ojos de Mariya se abren ligeramente ante el despliegue y recuerdo que ha estado viviendo con el sueldo de una bibliotecaria, recortando gastos donde podía. Este tipo de exceso probablemente le resulte ajeno ahora.

Nos sentamos uno frente al otro y la observo mientras se sirve. Come con la misma precisión cuidadosa con la que hace todo, dando pequeños bocados y masticando bien. Es extrañamente entrañable.

—¿Sigo siendo una prisionera? —pregunta de repente, dejando el tenedor.

La pregunta me pilla desprevenido.

—¿Qué?

—¿Sigo encerrada en esa habitación? ¿Sigo con guardias las veinticuatro horas del día? —Mantiene mi mirada y veo el desafío en sus ojos—. ¿O soy realmente tu esposa?

Me reclino en la silla, reflexionando. —Eres mi esposa. Pero siempre tendrás guardias a tu alrededor. Para tu protección.

—Protección —pronuncia la palabra como si tuviera un sabor amargo —. Claro.

—Mariya, acabas de ver lo que pasó con Bogdan. Escuchaste lo que dijo. Otras familias van a enterarse de ti, de lo que encontramos. Necesitas protección.

—¿Y cuándo podré volver a trabajar? —Coge la taza de café, envolviéndola con los dedos como si necesitara algo a lo que agarrarse—. ¿En la biblioteca?

La pregunta me oprime el pecho. No tengo una respuesta para ella. La verdad es que no tengo ni idea de si podrá volver a esa vida o cuándo. En el momento en que se convirtió en mi esposa, todo cambió. Ahora es un objetivo, y la biblioteca es demasiado expuesta, demasiado vulnerable.

—No lo sé —admito.

Deja la taza y veo el destello de decepción en su rostro. —¿Así que se supone que debo quedarme aquí? ¿En esta casa? ¿Para siempre?

—No para siempre. Solo hasta que las cosas se calmen.

—¿Y cuándo será eso?

—No lo sé —repito, y odio lo impotente que me hace sonar.

Terminamos el desayuno en un tenso silencio. Puedo sentir su frustración irradiando desde el otro lado de la mesa, pero no sé

cómo solucionarlo. No puedo prometerle libertad cuando no sé si podré mantenerla a salvo.

Una idea me golpea mientras terminamos el café. Es impulsiva, probablemente estúpida, pero termino diciéndolo de todos modos.

—Ven conmigo —le digo—. Quiero llevarte a algún lugar.

Me mira con sospecha. —¿Adónde?

—De compras.

—¿De compras? —Me mira como si hubiera perdido la cabeza—. ¿Quieres llevarme de compras?

—Necesitas ropa. —Me levanto y le ofrezco la mano—. Como mi esposa, tendrás que estar preparada para cualquier cosa. Desde un paseo por el bosque hasta un baile formal.

—Ya tengo ropa.

—Tienes vaqueros y camisetas. Y atuendos conservadores de biblioteca. —La levanto—. Necesitas más que eso.

Abre la boca para discutir, pero veo algo brillar en sus ojos. Emoción. Intenta ocultarlo, pero está ahí.

Dos horas después, estamos en la tercera boutique que poseo. Las he cerrado todas por hoy, con solo un par de empleadas presentes para ayudar. Mariya se queda en medio de la tienda, rodeada de estantes con ropa de diseñador, y puedo ver que está abrumada.

—Prueba esto. —Le entrego un vestido, algo sencillo pero elegante, de un verde oscuro que combinará con sus ojos.

Lo coge, deslizando los dedos por la tela de seda. —Esto es demasiado.

—Nada es demasiado para mi esposa. —La guío hacia el probador—. Vamos.

Desaparece tras la cortina y me acomodo en una de las cómodas sillas colocadas afuera. La empleada, una joven que parece ansiosa y emocionada, se mantiene cerca, lista para ayudar si es necesario.

Cuando Mariya emerge, me quedo sin aliento. El vestido le queda perfecto, ajustándose a sus curvas y cayendo justo por encima de las rodillas. El color hace que sus ojos luzcan aún más vibrantes, y su pelo rubio cae en suaves ondas sobre sus hombros.

—Joder —susurro.

Se sonroja, y es la primera vez que la veo genuinamente tímida. —Es demasiado.

—Es perfecto. —Me levanto y la rodeo lentamente, admirando cada ángulo. La forma en que la tela se moldea a su trasero, la curva de su cintura y el volumen de sus pechos hacen que se me haga la boca agua—. Nos lo llevamos.

—Andrey…

—Y ese también. —Señalo un vestido de cóctel en un estante cercano—. Y esos pantalones. Y esa blusa.

Sus ojos se agrandan. —No necesito todo esto.

—Sí que lo necesitas. —Me acerco, posando una mano en su cintura —. Vas a asistir a eventos conmigo. A conocer gente importante. Necesitas verte acorde.

—¿Acorde a qué? ¿A tu esposa trofeo?

La amargura en su voz me hace estremecer. —Acorde a una mujer que pertenece a mi lado.

Me mira fijamente durante un largo momento, y puedo ver que intenta decidir si me cree. Finalmente, asiente y vuelve al probador.

Pasamos la siguiente hora probando un atuendo tras otro. Ropa casual para la finca. Trajes de negocios para reuniones. Vestidos de noche para eventos formales. Con cada nuevo conjunto, veo cómo

crece su emoción, aunque intenta ocultarlo. Está disfrutando esto, disfrutando ser mimada y tratada como si importara.

Porque importa. Más de lo que estoy dispuesto a admitir.

Estoy observándola modelar unos vaqueros que hacen que su trasero se vea increíble cuando mi teléfono vibra. Lo saco, esperando un mensaje de Matvey sobre los movimientos de Bogdan.

En cambio, es una llamada.

—¿Sí? —respondo, sin apartar los ojos de Mariya mientras se examina en el espejo.

—Jefe —la voz de Matvey es tensa, urgente—. Tenemos un problema.

El estómago se me hunde. —¿Qué clase de problema?

—Acaba de explotar una bomba en la biblioteca donde trabaja Mariya.

23

MARIYA

No puedo respirar.

La biblioteca —mi biblioteca— ha desaparecido. Simplemente... desaparecido. Donde antes se alzaba el edificio, ahora solo hay escombros y llamas. El humo se eleva hacia el cielo nocturno, denso y negro, y el olor acre me quema las fosas nasales y la garganta. No es solo humo lo que huelo. Hay algo químico en el aire, algo tóxico procedente del plástico derretido y los aparatos electrónicos quemados. El calor me llega incluso desde aquí, oleadas que atraviesan la zona acordonada, haciendo que mi piel se erice de sudor a pesar del fresco aire nocturno.

Los camiones de bomberos rodean los escombros, con sus luces rojas y azules destellando. El sonido de las sirenas resuena en mis oídos, mezclándose con el rugido del agua y el crepitar del fuego. Los bomberos se mueven entre los escombros con eficiencia profesional. La policía ha acordonado la zona y la cinta amarilla ondea al viento, una burla alegre frente a la destrucción.

Puedo verlo todo. Cada ladrillo roto. Cada ventana destrozada. Cada pedazo de mi antigua vida reducido a cenizas. La sección infantil donde pasaba horas leyendo a los niños durante la hora del cuento.

El mostrador de referencia donde ayudé a innumerables estudiantes con sus trabajos. La oficina trasera, donde Daisy y yo a veces comíamos y nos quejábamos de los usuarios difíciles. Todo desaparecido.

—Mariya —la mano de Andrey se posa en mi hombro, cálida y firme —. Deberíamos irnos.

Niego con la cabeza, incapaz de apartar la vista de la destrucción. Mis ojos lagrimean por el humo, o quizá por las lágrimas. Ya no lo sé. —Daisy...

—No sabemos si había alguien dentro.

—Ya había cerrado —aprieto con más fuerza las bolsas de la compra que llevo en las manos, las asas clavándose en mis palmas—. La biblioteca cierra a las seis. Son más de las siete. Quizá no había nadie. Quizá todos salieron.

Incluso mientras lo digo, sé que me aferro a una esperanza que quizá no exista. ¿Y si Daisy se había quedado hasta tarde para terminar de catalogar las novedades? A veces lo hacía, perdía la noción del tiempo cuando estaba absorta en su trabajo. ¿Y si todos están muertos por mi culpa?

Mi pecho se oprime y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración. Me obligo a inhalar, pero el aire lleno de humo me hace toser. El sabor a ceniza recubre mi lengua, amargo y repulsivo.

—Mira —la voz de Andrey es suave pero firme—. Están sacando a la gente.

Sigo su mirada y veo a los bomberos emerger de los escombros. Llevan algo... no, alguien. Una bolsa para cadáveres. Negra y cerrada con cremallera. La forma es inconfundible, el peso evidente en cómo los dos bomberos la transportan entre ellos con movimientos cuidadosos y respetuosos.

Mi estómago da un vuelco y tengo que tragar con fuerza para no vomitar. El costoso almuerzo que tomamos entre tiendas amenaza con subírseme. Me había sentido tan normal, tan segura. Ahora me parece obsceno.

Sacan otro cuerpo. Y luego un tercero.

Tres personas. Tres vidas truncadas porque alguien quería enviarme un mensaje. Tres personas que se despertaron esta mañana, fueron a trabajar y no tenían ni idea de que sería su último día.

—Esto es culpa mía —las palabras salen en un susurro apenas audible, pero siento que me las arrancan de lo más profundo—. Murieron por mi culpa.

—No —Andrey me gira para que le mire, sus ojos azules intensos. Sus manos me agarran los hombros, obligándome a mirarle a él en lugar de a las bolsas—. Murieron porque alguien intenta asustarte. Esto no iba de matarte, Mariya. Si hubieran querido que murieras, habrían esperado a que estuvieras dentro. Esto era una advertencia.

—¿Una advertencia? —me aparto de él, la ira inundándome con un ardor agudo. Quema más que el fuego a mis espaldas, consumiendo el entumecimiento que me mantenía entera—. ¡Tres personas están muertas! ¿Cómo puede ser solo una advertencia?

—Porque tú no eras una de ellas —aprieta la mandíbula y veo que elige sus palabras con cuidado—. Quienquiera que haya hecho esto sabía que no estabas allí. Querían mostrarte de lo que son capaces. Lo que harán si no cooperas.

—¿Cooperar con qué? ¡No sé nada! —mi voz se eleva y varias personas entre la multitud nos miran. Me da igual. Que miren—. No sé dónde está mi padre. No sé dónde están tus preciadas reliquias. ¡No sé nada que merezca la muerte de gente inocente!

Me tiemblan las manos. Me tiembla todo el cuerpo.

—Daisy me invitó a tomar algo —continúo, con la voz quebrada—. Quería que fuéramos amigas. Y le dije que no porque estaba demasiado ocupada manteniendo las distancias, protegiéndome. Y ahora está muerta, y ni siquiera le di una oportunidad.

Andrey me agarra del brazo, sin hacerme daño, pero con firmeza suficiente para llamar mi atención. —Baja la voz.

Quiero gritarle, quiero golpearle y rebelarme contra la injusticia de todo esto. Pero tiene razón. Llamar la atención ahora es lo último que necesitamos.

Trago el grito que se acumula en mi garganta y me obligo a respirar. Dentro y fuera. Dentro y fuera. El humo hace que cada bocanada sepa a muerte.

La multitud se acerca más. Una mujer graba todo con su móvil, ávida de likes en redes sociales. Un hombre me empuja para tener mejor vista. Alguien detrás de mí bromea sobre que la biblioteca es un engendro. Me pone enferma. Toda esta gente tratando la tragedia como entretenimiento.

Alguien me empuja por detrás y tropiezo hacia adelante. Andrey me atrapa, rodeándome la cintura con su brazo para estabilizarme. Su cuerpo es sólido contra el mío, cálido y vivo.

Estoy a punto de darle las gracias cuando veo algo… *alguien*… que hace que mi corazón se detenga.

Entre la multitud, distingo a un hombre al borde de la cinta policial. Reconocería ese perfil en cualquier parte—la forma de su mandíbula, su postura con los hombros encorvados. Las canas en sus sienes que no estaban allí hace nueve años.

Mi padre.

Parece un hombre en un funeral, inmóvil mientras todos a su alrededor se mueven.

—¿Papá? —La palabra se escapa antes de que pueda detenerla, apenas audible entre el ruido de la multitud y el incendio.

Mi corazón late tan fuerte que lo siento en la garganta. Es él. Sé que es él. Parpadeo y ya no está, desaparecido entre la gente como si nunca hubiera estado allí.

—¿Qué pasa? —Andrey sigue mi mirada, su cuerpo tensándose. Su mano se posa en la parte baja de mi espalda—. ¿Qué has visto?

—Nada. —Niego con la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. Mi voz me suena extraña, distante y hueca—. Creí ver… pero no podía ser.

No sería tan estúpido como para aparecer aquí, en público. Estoy viendo cosas porque estoy estresada y agotada. Pero por un segundo, habría jurado que era él.

—Vamos. —Andrey me guía lejos de la multitud, de vuelta hacia donde Matvey espera con el todoterreno. Su mano firme en mi espalda baja me dirige entre el gentío—. Aquí no podemos hacer nada más.

Dejo que me lleve, mis piernas se mueven en piloto automático. Las bolsas de la compra llenas de ropa cara ahora me parecen obscenas, su peso en mis manos un recordatorio de cómo había pasado la tarde. Probándome vestidos y zapatos mientras alguien colocaba una bomba en mi lugar de trabajo.

El trayecto de vuelta a la finca pasa en un borrón. Miro por la ventana, viendo las luces de la ciudad desfilar, e intento no pensar en la última conversación que tuve con Daisy. Me había invitado a tomar algo después del trabajo. —Venga, Mariya —había dicho con su sonrisa radiante—. No puedes pasar todas las tardes sola. Vive un poco. —Le había dicho que no, como siempre. Puse alguna excusa sobre estar cansada o tener otros planes. Y ahora está muerta, y nunca tendré la oportunidad de decir que sí.

La culpa es aplastante. Se sienta en mi pecho como un peso físico, dificultándome la respiración. Apoyo la frente contra el cristal frío de la ventana y observo pasar la ciudad. Gente viviendo vidas normales, inconscientes de que tres personas acaban de morir por mi culpa. Creía que era tan lista, construyendo una nueva identidad. Incluso había empezado a creer que podía escapar del legado de mi padre. Qué putada de broma.

Matvey se detiene ante la verja de la finca, que se abre automáticamente. La casa se alza ante nosotros, una prisión disfrazada de palacio.

Me dirijo directamente al dormitorio. Nuestro dormitorio. El que ahora comparto con Andrey como su esposa.

—Mariya. —Andrey me sigue, cerrando la puerta tras de sí—. Háblame.

—No quiero hablar. —Dejo las bolsas junto al tocador, mis movimientos son mecánicos. Las bolsas se vuelcan, derramando ropa de diseñador por el suelo. Un vestido de seda verde esmeralda. Zapatos que costaban más de lo que ganaba en una semana. Todo carece de sentido ahora—. Solo quiero estar sola.

—No deberías estar sola ahora.

—Por favor. —Me giro hacia él y siento las lágrimas ardiendo tras mis ojos. Tengo la garganta cerrada, el pecho dolorido por el esfuerzo de contenerlo todo—. Solo… dame espacio. Necesito asimilar esto.

Me estudia el rostro, luego asiente. —Estaré en mi despacho si me necesitas. Esto no es culpa tuya, Mariya.

La puerta se cierra tras él y estoy sola.

Me desplomo al borde de la cama, mi cuerpo demasiado pesado para sostenerse. Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se liberan, resbalando por mi rostro en ardientes surcos. Lloro por Daisy, por las otras dos personas cuyos nombres ni siquiera conozco.

Lloro por la vida que he perdido y la seguridad que creí haber construido. Y lloro por mí misma, por ser tan jodidamente ingenua como para pensar que podría escapar del legado de mi padre.

Mi cuerpo tiembla con los sollozos mientras me acurruco en la cama. Después de lo que parecen horas pero probablemente son solo minutos, me obligo a levantarme. Mis piernas flaquean y mi rostro está húmedo de lágrimas. Necesito cambiarme de ropa, lavarme la cara y hacer algo normal para recuperar el control.

Me quito la chaqueta y, al hacerlo, algo cae del bolsillo y aterriza en el suelo con un suave crujido.

Un trozo de papel.

Lo miro un momento, confundida. No recuerdo haber metido nada en el bolsillo. La chaqueta es nueva, comprada hoy en una de las boutiques a las que me llevó Andrey. No debería haber nada en los bolsillos. Lentamente, me agacho y lo recojo, desdoblándolo con dedos temblorosos.

Es una nota, escrita a mano en una letra que reconocería en cualquier parte. Las letras están ligeramente apretadas, la tinta es negra y el papel es barato, del que comprarías en cualquier tienda de la esquina.

El aliento se me corta al leer las palabras garabateadas en el papel. Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo sostenerlo firme. El papel se arruga en mi agarre y tengo que apartar las lágrimas para ver las palabras con claridad.

Es una nota de mi padre.

24

ANDREY

No me acosté anoche.

La botella de vodka está sobre mi escritorio, medio vacía ahora, y el hielo de mi vaso se ha derretido hace rato. Miro fijamente la lista de casas seguras desplegada sobre la superficie de caoba, los nombres y direcciones se difuminan mientras el agotamiento nubla mi visión. Pero no puedo dormir. No cuando Mariya está arriba lidiando con las secuelas del atentado. No cuando tres personas han muerto porque alguien quería enviarle un mensaje.

Quise ir a verla. Quise abrazarla y decirle que todo estaría bien. Pero vi en sus ojos que necesitaba espacio, tiempo para asimilar lo ocurrido. Así que se lo di, aunque todos mis instintos me gritan que debo estar cerca de ella. Para protegerla. Para mantenerla cerca donde pueda verla, tocarla y saber que está a salvo.

La oficina parece demasiado silenciosa. Demasiado vacía. No dejo de pensar en cómo me miró antes de subir. Como si intentara descifrar si era su enemigo o su salvación. Quizá sea ambas cosas. Quizá ese sea el problema.

La puerta de la oficina se abre y Matvey entra sin llamar. Nunca llama. Cruza la habitación en tres zancadas largas y se desploma en

la silla frente a mi escritorio, sus ojos oscuros fijándose de inmediato en el pergamino.

Niega lentamente con la cabeza. —Peligroso.

—Lo sé. —Me sirvo otra copa, el vodka quema al deslizarse por mi garganta. El ardor es bueno. Me recuerda que sigo vivo y funcional, aunque me sienta como el demonio.

—¿Qué diablos hacía Pushkin con esto? —Matvey se inclina hacia adelante, su dedo traza una de las direcciones—. ¿Cuál era su plan?

—No lo sé. —Dejo el vaso y me froto los ojos. Están irritados por la falta de sueño y me está empezando a doler la cabeza—. Pero fuera lo que fuese, ha costado vidas. Y ahora alguien más lo quiere tanto como para volar una maldita biblioteca.

Matvey gruñe, lo que podría significar desde acuerdo hasta preocupación. Con él, es difícil saberlo. Ha sido mi mano derecha durante años y confío en él más que en nadie. Si él cree que esto es peligroso, entonces es aún peor.

Permanecemos en silencio unos minutos, ambos estudiando la lista. Algunas casas seguras están en ciudades importantes. Otras en lugares remotos, sitios donde podrías esconderte durante años sin que nadie te encuentre. Y unas pocas están aquí mismo, dispersas por este estado. La magnitud es abrumadora. Esto no es obra de un hombre que planeaba huir. Es obra de un hombre que planeaba una guerra.

—Tenemos que revisarlas —digo al fin—. Todas. Ver qué dejó Pushkin.

—Podría ser una trampa.

—Podría ser. —Me recuesto en la silla, el cuero cruje bajo mi peso—. Pero no lo sabremos hasta que miremos.

Matvey aprieta la mandíbula. —¿Y si lo es? ¿Si alguien nos espera en cada ubicación?

—Entonces lo resolvemos. —Miro sus ojos—. Hemos enfrentado cosas peores.

No parece convencido, pero asiente. Es todo lo que necesito.

Un alboroto arriba nos pone tensos a ambos. Voces elevadas, pasos, y luego la voz de Mariya cortando el aire, fuerte y furiosa.

—¡Quítense de mi camino!

Estoy de pie antes de darme cuenta, mi mano va instintivamente al arma en mi cadera. Matvey también se levanta, su cuerpo listo para la acción. Mi corazón late con fuerza, la adrenalina inunda mi sistema. Si alguien llegó a ella, si la lastimaron...

—¡He dicho que se muevan! —La voz de Mariya está más cerca ahora, bajando las escaleras.

El alivio me golpea tan fuerte que casi vacilo. Está bien. Está enfadada, pero está bien. Me obligo a respirar, a aflojar el agarre del arma.

Oigo sus pasos en el pasillo, rápidos y enojados, y luego pasa frente a mi oficina. Se detiene abruptamente y retrocede cuando me ve a través de la puerta abierta. Por un segundo, solo nos miramos. Su cabello rubio está despeinado, como si se hubiera pasado las manos por él, y sus ojos verdes arden de furia. Lleva una de las camisetas que le compré ayer y unos leggings que abrazan su trasero y muslos con tanta devoción que mi polla se estremece. La camiseta está holgada, cayéndole de un hombro, y puedo ver la curva de su clavícula, la piel suave de su cuello.

Dios, es hermosa. Incluso furiosa y exhausta, es lo más hermoso que he visto.

No espera a que la invite a entrar. Irrumpe en mi oficina, con los puños apretados a los costados.

—Tus guardias —dice, su voz tensa por la rabia apenas contenida—, no iban a dejarme salir de la habitación.

Miro a Matvey, quien observa el intercambio con lo que podría ser diversión en sus ojos oscuros. —¿Ah, sí?

—Sí, así es. —Da otro paso hacia mi escritorio, y puedo ver el agotamiento bajo la ira. Ojeras oscuras y un ligero temblor en sus manos. Tampoco durmió—. Si voy a ser la esposa del Pakhan, entonces maldita sea, mejor que me traten con respeto. Ya no soy una prisionera.

La comisura de mi boca se contrae. Es magnífica cuando está enfadada, toda fuego y desafío. Quiero atravesarla sobre este escritorio y besarla hasta que olvide por qué está enfadada, quiero quitarle esos leggings y recordarle exactamente lo que significa ser la esposa del Pakhan. —Me encargaré de ello.

Matvey asiente con la cabeza una vez y se levanta, dirigiéndose hacia la puerta. Se detiene al llegar a Mariya, y por un momento, creo que va a decir algo. Pero solo le da un leve asentimiento, algo que podría ser aprobación, y luego se va, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio que sigue es incómodo. Pesado. Ninguno de los dos parece saber qué decir. El aire entre nosotros se siente cargado, eléctrico, como el momento previo a una tormenta. Desde aquí puedo oler su perfume, algo ligero y floral que me hace pensar en verano.

Señalo la silla que Matvey acaba de dejar libre. —Siéntate.

Ella no se mueve, se queda ahí de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, y puedo ver sus pezones marcándose bajo la fina tela de su blusa. Sin sujetador. La revelación envía calor directo a mi entrepierna. Me obligo a mirarle la cara, pero eso no es mucho mejor. Sus labios están ligeramente entreabiertos, y una imagen de esos labios rodeando mi polla aparece en mi mente.

—Prefiero estar de pie —dice.

Por supuesto que sí. Mujer testaruda.

Sirvo otra copa, luego vierto una segunda y la deslizo sobre el escritorio hacia ella. —Parece que te vendría bien esto.

Ella observa el vodka un momento, luego se acerca al escritorio y coge la copa. No se sienta, pero da un sorbo, y observo cómo trabaja su garganta al tragar. Cuando deja la copa, parte de la tensión ha abandonado sus hombros.

Ambos empezamos a hablar al mismo tiempo.

—Sobre lo de anoche—

—Necesito saber—

Los dos nos callamos, y casi sonrío. Casi. Sacudo la cabeza y extiendo la mano, indicando que hable ella primero.

Ella respira hondo, sus dedos rodeando la copa como si necesitara algo a lo que agarrarse. —¿Por qué odias realmente a mi padre? ¿Por qué estás tan convencido de que estuvo detrás de la masacre y de que robó las reliquias de tu familia?

Me reclino en la silla, estudiando su rostro. Se merece la verdad. Toda. Incluso si duele. Incluso si hace que me odie más de lo que probablemente ya lo hace.

—Tu padre llevaba un tiempo bajo sospecha —digo—. Todas las familias sabían de su obsesión por ganar más poder. Su comportamiento sospechoso. Cosas desaparecían de las casas después de sus visitas. Pequeñas cosas al principio. Joyas, documentos, objetos que no se echarían en falta de inmediato.

El rostro de Mariya palidece, pero no interrumpe.

—Nadie conocía sus motivos o qué planeaba hacer —continúo—. Solo observábamos y esperábamos, intentando adivinar su juego final. Mi padre tuvo reuniones al respecto. Discusiones con los otros Pakhans sobre qué hacer si Pushkin actuaba. Pero fuimos demasiado lentos. Demasiado cautelosos. Y entonces ocurrió la masacre.

Familias enteras fueron eliminadas en una sola noche. Mi madre y mi hermana entre ellas.

Aprieto la copa con fuerza, el recuerdo de aquella noche aún fresco incluso después de todos estos años. Llegar a casa y encontrarlas muertas. La sangre. El silencio. Los ojos de mi madre mirando a la nada, la manita de mi hermana aún aferrada a su muñeca favorita. Se suponía que debía protegerlas. Fallé.

—Tu padre nunca confirmó ni negó estar detrás de ello —digo, con la voz más áspera ahora—. Pero luego testificó contra las familias. Contra la misma organización de la que había formado parte toda su vida. Dio nombres, reveló secretos, destruyó alianzas que habían durado décadas. Eso prácticamente gritaba su culpabilidad.

—O su conciencia —dice Mariya en voz baja.

La miro, sorprendido. —¿Qué?

—Quizá testificó porque sabía quién estaba realmente detrás. Quizá intentaba detenerlos. —Deja la copa y se acerca más al escritorio, sus ojos buscando los míos—. ¿Lo has considerado alguna vez?

—No. —La palabra sale más dura de lo que pretendo—. Porque las pruebas apuntaban a él. El momento, los objetos robados, la forma en que desapareció justo después de testificar. Todo encaja.

—¿Para qué? ¿Para un hombre intentando proteger a su hija de las mismas personas que mataron a tu familia? —Su voz sube de tono, y ahora hay pasión en ella. Convicción—. Tú mismo dijiste que la masacre fue organizada. Coordinada. Eso requiere planificación, recursos y conexiones. Mi padre era poderoso, sí, pero no tanto. No lo suficiente para orquestar algo así solo.

Tiene razón, y odio que la tenga. He pasado años creyendo que Yegor Pushkin fue responsable de las muertes de mi madre y mi hermana. Años persiguiéndolo y las reliquias que robó, buscando respuestas. Y ahora su hija está en mi despacho, haciendo agujeros

en la narrativa que he construido, haciéndome cuestionar todo lo que creía saber.

—¿Entonces quién? —exijo, poniéndome de pie. Necesito moverme, necesito hacer algo con la energía que recorre mi cuerpo—. Si no fue tu padre, ¿quién estuvo detrás?

—No lo sé. —Baja la mirada hacia la lista de casas seguras en mi escritorio, y veo que su mano tiembla ligeramente al alcanzarla—. Pero quizá eso es lo que intentaba decirnos. Quizá por eso escondió todo esto.

Me muevo alrededor del escritorio, acortando la distancia entre nosotros. Ella no retrocede, no se encoge, solo levanta la barbilla para mirarme a los ojos, y maldita sea si eso no hace que la desee aún más.

—Me estás pidiendo que crea que todo lo que he pensado durante años está equivocado —digo, con la voz baja—. Que he estado persiguiendo al hombre equivocado. Que tu padre era inocente.

—Te pido que consideres la posibilidad —su voz es más suave ahora, casi suplicante—. Te pido que mires las pruebas con ojos nuevos. Porque si estás equivocado, Andrey, si mi padre no estuvo detrás de la masacre, entonces el verdadero asesino sigue ahí fuera. Y ahora viene por los dos.

Antes de que pueda responder, la puerta del despacho se abre. Uno de mis capitanes entra, pálido y respirando con dificultad, como si hubiera estado corriendo.

—Jefe —dice, con voz urgente—. Lamento interrumpir, pero—

—¿Qué ocurre? —Ya estoy de pie, mi cuerpo tensándose ante cualquier mala noticia que vaya a dar.

—Algunos de los hombres en los muelles —traga con dificultad—. Han sido atacados. No sé cuántos, pero hay muertos.

25

MARIYA

Estoy a punto de contarle a Andrey sobre la nota que mi padre deslizó en el bolsillo de mi chaqueta mientras mirábamos arder la biblioteca cuando el capitán irrumpe por la puerta, su rostro pálido y sus palabras brotando a toda prisa sobre un ataque en los muelles. Muertes. Cierro la boca tan rápido que mis dientes chocan.

Andrey ya está en movimiento, su cuerpo pasando a ese modo letal que he visto antes. Todo negocio y violencia apenas contenidos bajo ropa cara y movimientos controlados. Ni siquiera me mira mientras avanza hacia la puerta, Matvey cayendo en paso a su lado como una sombra.

—Quédate aquí —dice Andrey por encima del hombro—. No salgas de la finca.

Luego se va, y me quedo de pie en su oficina con el corazón acelerado y la nota de mi padre quemando un agujero en mi bolsillo.

Espero hasta oír alejarse el SUV antes de moverme. Mis piernas tiemblan mientras subo las escaleras hacia nuestro dormitorio, y cierro la puerta con llave aunque sé que no evitará que entren si de verdad lo desean. Solo me hace sentir mejor. Más en control.

La nota está exactamente donde la dejé, escondida en el bolsillo de la chaqueta que llevé ayer. La saco con dedos temblorosos y la despliego con cuidado, como si pudiera desintegrarse si no soy lo suficientemente delicada.

La letra es inconfundiblemente la de mi padre. Esas letras ligeramente apretadas, la forma en que hace las erres con ese bucle distintivo. He visto su escritura en tarjetas de cumpleaños, en notas dejadas en la encimera de la cocina y en los documentos que solía traer del trabajo. Es él. Esto es real.

Mariya,

Estoy vivo. Te vigilo lo mejor que puedo. No confíes completamente en nadie, ni siquiera en el hombre con el que te has casado. La verdad es más peligrosa de lo que sabes. Sé cuidadosa. Sé inteligente. Te encontraré cuando sea seguro.

Papá

Leo las palabras tres veces, cuatro, hasta que quedan grabadas en mi memoria. Está vivo. Después de nueve años de silencio, de preguntarme si estaba muerto en una cuneta en algún lugar, está vivo. Y me ha estado vigilando.

El pensamiento debería reconfortarme. En cambio, me eriza la piel. Si me ha estado vigilando, ¿por qué no se puso en contacto antes? ¿Por qué dejarme creer que estaba sola todos estos años? ¿Por qué esperar hasta ahora, cuando todo se ha ido al infierno?

Doy la vuelta a la nota, y es entonces cuando lo veo. Un dibujo en el reverso, hecho con la misma tinta negra. Un pájaro, grande y detallado, con alas extendidas y un pico afilado. Un cuervo o una corneja, no sé distinguir. El detalle es impresionante, cada pluma cuidadosamente representada, pero no entiendo qué significa.

¿Es un símbolo? ¿Un código? ¿Una ubicación?

Miro fijamente el dibujo hasta que me empiezan a llorar los ojos, deseando que tenga sentido. Pero no llega nada. Solo un pájaro, bellamente dibujado pero sin significado para mí.

Quizás Andrey sepa qué significa. Sus años en la Bratva le darían una perspectiva que yo no tengo. Pero ahora me alegro de haberme callado. Algo en la forma en que mi padre escribió "*no confíes completamente en nadie, ni siquiera en el hombre con el que te has casado*" me hace ser cautelosa.

¿Qué sabe él sobre Andrey que yo ignoro?

Doblo la nota con cuidado y la escondo en el sujetador, el papel frío contra mi piel. No es el mejor escondite, pero es mejor que dejarla tirada donde alguien pueda encontrarla.

Mi cuerpo se siente inquieto, tenso por la ansiedad y las preguntas sin respuesta. Necesito moverme, hacer algo físico para quemar esta energía nerviosa. No he salido a correr en días, no desde antes de que Andrey me encontrara en la biblioteca. Antes de que mi vida entera implosionara.

Me cambio rápidamente, poniéndome unos pantalones negros de jogging y una camiseta deportiva ajustada. La ropa es nueva, comprada durante la excursión de compras de ayer, y me queda perfecta. Me ato las zapatillas y me recojo el pelo en una coleta, luego bajo las escaleras.

Los guardias están por todas partes. En el pasillo, al pie de las escaleras, junto a la puerta principal. Todos se giran para mirarme al pasar, sus expresiones cuidadosamente neutras. Les fulmino con la mirada, desafiándolos a intentar detenerme. Desafiándolos a decirme que no puedo salir.

Nadie lo hace.

Quizá Andrey realmente habló con ellos como dijo que haría. Quizá ahora entienden que ya no soy una prisionera. Soy la esposa del Pakhan, y eso significa algo.

El pensamiento hace que mi estómago revolotee de una manera que no quiero examinar demasiado.

La puerta principal se abre con facilidad, y salgo al aire fresco de la mañana. Hace un día precioso, el sol empezando a disipar la niebla temprana y los terrenos extendiéndose en una perfección cuidadosamente mantenida. Respiro hondo, llenando mis pulmones de aire fresco que no huele a humo, miedo o colonia cara.

Empiezo a trotar lentamente, dejando que mi cuerpo se caliente. Mis músculos protestan al principio, rígidos por días de inactividad y estrés. Pero poco a poco se relajan, cayendo en el ritmo familiar. Pie izquierdo, pie derecho, inspira, espira. Es meditativo, este movimiento repetitivo. Me despeja la cabeza como nada más puede.

La finca es enorme, con caminos serpenteando a través de jardines y alrededor de la casa principal. Sigo uno que conduce hacia la parte trasera de la propiedad, pasando una pista de tenis y lo que parece ser una caseta de piscina. Todo está perfectamente cuidado, ni una hoja fuera de lugar, ni una mala hierba a la vista. Debe de llevar un ejército de jardineros mantenerlo así.

Pienso en la biblioteca mientras corro. En Daisy y las otras dos personas que murieron. En cómo se veía el edificio, reducido a escombros y cenizas. Alguien hizo eso. Alguien plantó una bomba y se fue, sabiendo que la gente podía morir.

—¿Iba dirigida a mí? ¿Era una advertencia, como dijo Andrey? ¿O era algo completamente distinto?

—¿Y el ataque en los muelles? ¿También tiene que ver conmigo? ¿Con mi padre y los secretos que ha estado guardando?

Las preguntas se persiguen unas a otras en mi mente, dando vueltas sin respuestas. Me esfuerzo más, mis pies golpeando el camino, mi respiración acelerándose. El sudor perlándose en mi frente y resbalando por mi espalda, pero no reduzco la velocidad. Lo

necesito, necesito sentir mi cuerpo trabajar y sentir algo que no sea miedo y confusión.

Pienso en Andrey. En cómo me miró en su despacho, como si intentara ver dentro de mi cabeza. En cómo me defendió de Bogdan, su mano alrededor del cuello del hombre mayor, su voz fría y mortal. —Tócala y morirás.

Nadie me ha protegido así antes. No desde que mi padre me envió lejos.

Nadie me ha hecho desmoronarme tan completamente como Andrey. Sacudo mentalmente la cabeza. No puedo dejar que el sexo me influya, por muy bueno que sea. No puedo permitirme sentir nada por él más allá de lo necesario para sobrevivir. Me secuestró. Me obligó a casarme con él. El hecho de que también sea increíblemente atractivo y haga que mi cuerpo cante no cambia eso.

¿O sí?

El camino gira alrededor de un grupo de árboles, y lo sigo, mi mente aún revolviéndose. Pienso en Sophia, en cómo me miró con tanta esperanza cuando le dije que podía volver cuando quisiera. En cómo su padre la culpó por algo que no era su culpa.

Pienso en mi propio padre, en la nota en mi sujetador y el pájaro que no puedo descifrar. En nueve años de silencio y la repentina reaparición ahora, cuando todo se está desmoronando.

¿Qué intenta decirme? ¿Qué significa el pájaro?

Mis pulmones arden ahora, mis piernas empiezan a doler, pero no me detengo. Sigo adelante, aceptando la incomodidad física. Es más fácil de soportar que el caos emocional.

El camino serpentea más adentro de la propiedad, pasando más jardines y lo que parece un pequeño huerto. Llevo corriendo unos veinte minutos cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea de

dónde estoy. La casa principal ya no es visible entre los árboles, y el camino se ha estrechado hasta ser apenas un sendero.

Debería darme la vuelta, dirigirme hacia la casa donde los guardias puedan verme. Pero algo me hace seguir adelante, una parte testaruda de mí que se niega a tener miedo.

Ahora soy la esposa del Pakhan. Este es mi hogar, me guste o no. Debería poder correr donde quiera en la propiedad sin miedo.

El camino gira de nuevo, más brusco esta vez, y tomo la curva sin reducir la velocidad.

Entonces me detengo tan rápido que casi tropiezo con mis propios pies.

Tres hombres bloquean el camino más adelante. No llevan los trajes oscuros que prefieren los guardias de Andrey. Van vestidos informalmente, con vaqueros y chaquetas, pero no hay nada informal en cómo están plantados. Nada informal en cómo me miran.

Estos no son hombres de Andrey.

Mi corazón golpea contra mis costillas, y mi respiración se atasca en mi garganta. Por un segundo, no puedo moverme, no puedo pensar. Solo puedo mirar a los tres desconocidos bloqueando mi camino, sus rostros duros y sus intenciones claras.

Entonces el del medio sonríe, y es la cosa más aterradora que he visto en mi vida.

26

ANDREY

Los muelles huelen a sangre y pólvora.

Salgo del todoterreno antes de que Matvey lo detenga por completo, mis botas golpeando el hormigón con determinación. La escena ante mí es un caos contenido. Cuerpos yacen esparcidos por la zona de carga, algunos cubiertos con lonas, otros aún siendo atendidos por mis hombres. La lucha ha terminado, pero las secuelas son brutales.

Dos de mis hombres están muertos. Puedo ver sus cuerpos alineados cerca de uno de los contenedores, cubiertos pero inconfundibles en su quietud. La visión me hace apretar la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes. Eran buenos hombres. Hombres leales. Hombres con familias a las que ahora habrá que decirles que su marido, padre o hermano no va a volver a casa.

Varios más están heridos, sentados o recostados contra cajones mientras alguien con conocimientos médicos los atiende. La sangre mancha el hormigón en charcos oscuros, y los casquillos de bala salpican el suelo como un mortal confeti.

—Jefe. —Uno de mis capitanes se acerca cojeando. Su brazo izquierdo está envuelto en un vendaje improvisado, la sangre empapando la tela blanca—. Los contuvimos.

—¿Cuántos? —pregunto, escaneando el área.

—Seis atacantes. Matamos a cuatro, herimos a uno y capturamos a otro. —Señala hacia un contenedor en el extremo del muelle—. El prisionero está ahí dentro.

Matvey ya se dirige hacia allí, su enorme figura abriéndose paso entre los hombres dispersos como un tiburón en el agua. —El equipo de limpieza está en camino —dice, refiriéndose al grupo que mantengo disponible para ocasiones como esta, para limpiar antes de que llegue la policía.

Sigo a Matvey, mi mente analizando las implicaciones. Un ataque a mis muelles no es inusual. Las disputas territoriales ocurren. Pero el momento no me cuadra. Demasiado oportuno, justo después del atentado en la biblioteca.

Dentro del contenedor, un hombre está atado a una silla. Es joven, quizá de unos treinta años, con el pelo rubio corto enmarañado de sangre. Su rostro es un amasijo de moretones y cortes, pero sus ojos azules están alerta. Desafiantes. Nos observa entrar con algo que casi parece diversión.

Esa es mi primera señal de alarma.

—¿Quién te envió? —pregunto, rodeándolo lentamente.

Escupe sangre al suelo. —Que te jodan.

Asiento a Matvey, quien avanza y clava su puño en las costillas del hombre. El sonido del impacto resuena en el contenedor metálico, seguido de un gruñido de dolor. Pero cuando el hombre vuelve a mirarme, está sonriendo. Jodidamente sonriendo.

—Intentémoslo de nuevo —digo, manteniendo la voz calmada—. ¿Quién te envió?

—¿No lo sabes? —Se ríe, el sonido húmedo y doloroso—. Es de puta madre.

Matvey lo golpea otra vez, esta vez en la cara. La sangre brota de su nariz, pero la sonrisa no se desvanece. Más bien se ensancha.

Algo va mal. No es así como suelen ir los interrogatorios. La mayoría de los hombres se rompen rápido ante el dolor real. Especialmente con los puños carnosos de Matvey. Hablan, suplican, dan información para que pare. Pero este tío... está disfrutando.

—Familia nueva —dice al fin, arrastrando las palabras por la nariz rota—. Recién llegados de Rusia.

—¿Por qué atacar mis muelles?

—¿Por qué no? —Encoge los hombros, o lo intenta. El movimiento le hace torcer el gesto—. Hay que hacerse un nombre de alguna manera.

Estudio su rostro, buscando la mentira. Las disputas territoriales son bastante comunes, especialmente con familias nuevas intentando establecerse. Es brutal, pero es el negocio, algo que pasa en nuestro mundo con deprimente regularidad.

Pero algo de esto no me cuadra.

—Estás muy alegre para alguien que está a punto de morir —observo.

—¿Ah, sí? —Esa jodida sonrisa de nuevo—. Quizá sé algo que tú no.

Lo rodeo lentamente, observando cómo sus ojos siguen mis movimientos. No tiene miedo. Ni un poco. La mayoría de los hombres en su posición estarían calculando sus opciones, buscando una salida o intentando negociar. Este simplemente se sienta como si hubiera ganado un premio.

—Seis hombres —digo, manteniendo un tono conversacional—. Trajisteis a seis hombres para atacar un muelle fortificado. Mi

muelle. El que tiene veinte guardias armados en rotación.

No responde, pero esa sonrisita se le crispa en la comisura de los labios.

—Eso no es un asalto —continúo—. Eso es un suicidio. Así que o eres el gilipollas más tonto que he conocido en mi vida, o tenías otro objetivo.

—Quizá somos así de buenos —dice él, pero hay algo en su tono. Algo burlón. Como si me retara a descifrarlo.

Miro a Matvey. La mandíbula de mi matón está tensa, sus enormes manos se flexionan a los lados. Él también lo nota, lo extraño de toda esta situación. Hemos hecho suficientes interrogatorios juntos como para no necesitar palabras. Una mirada basta.

Matvey se coloca a la izquierda del hombre mientras yo me quedo a su derecha. Posicionamiento clásico de intimidación. Los ojos del prisionero saltan entre nosotros, pero no parece preocupado. Más bien, parece divertido.

—¿Cuánto tiempo llevas en Estados Unidos? —pregunto.

—Un par de meses.

—¿Y en ese tiempo has aprendido lo suficiente sobre mi operación como para creer que podrías tomarte mis muelles?

—Hicimos nuestros deberes.

—Mierda. —Me inclino, acercándome a su cara—. Sabías que perderías. Sabías que la mayoría de tus hombres morirían. ¿Qué valía ese precio?

Su sonrisa vacila solo un segundo, lo justo para que vea que me estoy acercando a algo.

—Tiempo —dice suavemente.

La palabra me golpea como un puñetazo en el estómago. Tiempo. Necesitaban tiempo. ¿Tiempo para qué?

Me enderezo, mi mente repasando posibilidades. ¿Qué podrían lograr mientras yo estaba aquí? ¿Qué objetivo valdría el sacrificio de seis hombres?

Entonces lo entiendo. La única cosa que garantizaría que yo acudiera corriendo a los muelles. La única cosa que me apartaría de todo lo demás.

Mis hombres. Mi territorio. Mi negocio.

Pero solo hay una cosa más importante que todo eso junto.

Mariya.

El estómago se me hunde. Miro a Matvey y veo la misma comprensión asomando en sus oscuros ojos. Este ataque fue demasiado pequeño, demasiado contenido. ¿Seis hombres contra un muelle fortificado? Tenían que saber que perderían, que la mayoría moriría.

A menos que ese no fuera el objetivo.

—Esto fue una distracción —digo, las palabras saliendo frías y duras.

La sonrisa del hombre se ensancha aún más, la sangre tiñendo sus dientes de rojo. —Te tomó bastante darte cuenta.

Me muevo antes de que termine la frase, mi mano cerrándose alrededor de su garganta. —¿Una distracción para qué?

No responde, solo sigue sonriendo esa sonrisa irritante, incluso cuando aprieto más fuerte. Su cara se vuelve roja, luego morada, pero no cede, no me da nada.

—Jefe. —La mano de Matvey en mi hombro me retrae—. La finca.

Suelto al hombre, y él jadea buscando aire, tosiendo y farfullando. Pero incluso a través del dolor, puedo ver la satisfacción en sus ojos.

Consiguió lo que quería. Nos mantuvo aquí el tiempo suficiente.

—Mátalo —le digo a Matvey—. Hazlo rápido. Luego reúne a los que queden de su grupo y envíales un mensaje que no olvidarán.

No espero a verlo hecho. Ya estoy corriendo hacia el SUV, con el teléfono pegado a la oreja mientras marco a la finca. Suena una vez. Dos. Tres.

—¿Señor? —responde por fin uno de los guardias.

—¿Dónde está mi mujer? —Las palabras salen como un gruñido.

—Salió a correr, señor. Hace unos veinte minutos.

Mi sangre se hiela. —¿Dónde?

—Por los terrenos. Sigue dentro de la propiedad.

—Encuéntrenla. Y que todos los hombres disponibles la busquen. —Corto la llamada y me lanzo al asiento del conductor. Matvey apenas tiene tiempo de subir antes de que salga disparado de los muelles, los neumáticos chirriando sobre el hormigón.

El viaje de vuelta a la finca dura quince minutos. Se siente como quince horas. Mis manos agarran el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos, y mi mente repasa cada posibilidad terrible. Si se la han llevado. Si la han lastimado. Si llego demasiado tarde.

Pienso en cómo se veía esta mañana, de pie en mi oficina con fuego en sus ojos verdes, exigiendo que la trataran con respeto. La forma en que su pelo rubio caía sobre un hombro, cómo la camiseta se le pegaba a los pechos. Cómo me había desafiado, resistido, negándose a ser intimidada.

Es magnífica. Irritante, testaruda y absolutamente jodidamente magnífica. Y si le pasa algo, arrasaré con toda esta ciudad.

Las puertas de la finca ya están abiertas cuando llegamos, con guardias colocados en puntos estratégicos. No reduzco la velocidad,

simplemente paso a toda velocidad por la entrada principal. Mi reloj de seguridad vibra contra mi muñeca, pero lo ignoro. Cualquier alerta que envíe puede esperar.

—Allí. —Matvey señala hacia la sección este de los terrenos, donde el sendero para correr serpentea entre los árboles.

La veo de inmediato. Incluso desde esta distancia, reconocería esa coleta rubia, la gracia atlética de sus movimientos. Está corriendo, su cuerpo moviéndose con la fluidez que viene de años de práctica. Por un segundo, el alivio me inunda con tanta intensidad que casi duele.

Entonces los veo a ellos.

Tres hombres salen de detrás de un grupo de árboles, bloqueando su camino. No llevan mis colores. No son mis hombres. Y la forma en que están posicionados, la manera en que se acercan a ella con intención depredadora, hace que mi visión se tiña de rojo.

27

MARIYA

Miro fijamente a los tres hombres que bloquean mi camino y todos los músculos de mi cuerpo se tensan. El del centro es alto, quizá un metro ochenta y ocho, con pelo oscuro y una cicatriz que le recorre la mejilla izquierda. Los otros dos lo flanquean como libros en un estante, ambos construidos como muros de ladrillo. Llevan ropa informal, pero no hay nada informal en cómo me miran. Como si fuera una presa que llevan cazando.

El del centro da un paso adelante, con las manos levantadas en lo que probablemente pretende ser un gesto inofensivo. Pero puedo ver la pistola enfundada en su cadera, el cuchillo atado a su tobillo. Estos hombres vinieron preparados.

—Sería lo mejor para ti venir con nosotros sin hacer ruido —dice, con un acento marcado. Ruso. Claro que es ruso.

Mi corazón late tan fuerte que lo siento en la garganta, pero me obligo a mantener la calma. A pensar. Tres contra uno, todos más grandes y fuertes que yo. Pero mi padre me enseñó que el tamaño no lo es todo. La velocidad importa. La sorpresa importa. Y ahora mismo, creen que solo soy una mujer asustada que hará lo que le digan.

Se equivocan.

—Que os jodan —digo y propino una patada circular a la mandíbula del del medio.

El impacto me envía una sacudida por la pierna, pero vale la pena. Su cabeza se gira hacia un lado y retrocede tambaleándose, con sangre que ya brota de su boca. Por un breve y hermoso instante, los tres hombres se quedan paralizados por la sorpresa. No esperaban que me defendiera, no esperaban que supiera cómo hacerlo.

Aprovecho ese momento para correr.

Mis pies golpean el sendero mientras corro hacia atrás por donde vine, con los pulmones ya ardiendo. Soy buena peleando. Mi padre se aseguró de eso. Pero enfrentarme a tres hombres grandes de la Bratva no sería la decisión más inteligente. No cuando puedo correr. No cuando puedo volver a la casa donde hay guardias, armas y seguridad.

Detrás de mí, oigo maldiciones en ruso. Pasos. Vienen tras de mí, y son rápidos. Más de lo que esperaba.

Me esfuerzo aún más, con los brazos bombeando, las piernas devorando la distancia. El sendero gira más adelante, serpenteando entre los árboles, y tomo la curva sin reducir la velocidad. Mis zapatillas se agarran al suelo y me inclino en la curva como si estuviera en una carrera.

Entonces los veo.

A Andrey y Matvey, corriendo hacia mí con las armas desenfundadas. Un alivio tan intenso que casi duele me inunda. Nunca en mi vida me había alegrado tanto de ver a dos personas. *Mi marido*. La palabra me resulta extraña en la cabeza, pero ahora mismo no me importa. Ahora mismo, es exactamente lo que necesito.

El rostro de Andrey está enrojecido por la furia, sus ojos azules llameantes. Incluso desde esta distancia, puedo ver la rabia que irradia en oleadas. Tiene la mandíbula apretada, el cuerpo moviéndose con una gracia letal, y parece la muerte personificada.

Me arriesgo a mirar por encima del hombro. Los tres hombres están acortando distancias, sus piernas más largas reduciendo la ventaja. El que pateé va en cabeza, con la cara cubierta de sangre y furia. Están quizá a seis metros detrás de mí ahora. Cuatro y medio.

Pongo toda mi fuerza en correr, cada pizca de energía que me queda. Mis piernas gritan, mis pulmones arden, pero no reduzco la velocidad. No puedo hacerlo. Me concentro en Andrey, en cómo se mueve hacia mí, en la promesa de seguridad entre sus brazos.

Sin perder el ritmo, Andrey levanta su arma y dispara.

El disparo resuena en el aire, fuerte y agudo, y detrás de mí alguien grita de dolor. No miro atrás y sigo corriendo.

—¡Abajo! —grita Andrey.

Me lanzo de lado, fuera del pequeño sendero y hacia la hierba. Mi hombro golpea el suelo con tanta fuerza que me quita el aire, y ruedo, cubriéndome la cabeza con los brazos.

Estalla el tiroteo a mi alrededor. El sonido es ensordecedor, disparo tras disparo resonando entre los árboles. Me aplasto contra el suelo, con el corazón martilleando, el cuerpo temblando por la adrenalina. El olor a pólvora llena el aire, acre y penetrante.

Luego, tan repentinamente como comenzó, se detiene.

El silencio que sigue es casi peor que los disparos. Tengo un zumbido en los oídos y solo oigo mi propia respiración entrecortada, pero nada más. Lentamente, con cuidado, levanto la cabeza.

Los tres hombres están en el suelo. Dos de ellos no se mueven, con charcos oscuros de sangre extendiéndose bajo sus cuerpos. El

tercero está vivo pero herido, agarrando su hombro y gimiendo. Al que le di una patada. Hay cierta satisfacción en verlo derribado.

Andrey está a mi lado en segundos, con sus manos en mis hombros, sus ojos escaneando mi cuerpo en busca de heridas. —¿Estás herida?

Niego con la cabeza, sin confiar en mi voz. Todo mi cuerpo tiembla, el bajón de adrenalina golpeándome con fuerza.

—¿Puedes ponerte de pie? —Su voz es más suave ahora, pero aún puedo oír la furia bajo ella, la violencia apenas controlada.

Asiento y dejo que me ayude a levantarme. Mis piernas se sienten temblorosas, pero aguantan. Andrey mantiene un brazo alrededor de mi cintura, apoyándome, y me inclino hacia él sin pensar. Es sólido y cálido, y ahora mismo es lo único que me mantiene en pie.

Matvey ya se mueve hacia el hombre herido, con su arma apuntándole. Dos guardias más aparecen desde la dirección de la casa, armas en mano, sus rostros sombríos.

—Llévenlo a la sala de interrogatorios —ordena Andrey—. Y llamen al equipo de limpieza para los otros dos.

Los guardias actúan con rapidez y eficiencia. Es obvio que han hecho esto antes. Observo cómo arrastran al hombre herido, ignorando sus gemidos de dolor. La sangre gotea de su hombro, tiñendo su chaqueta de oscuro.

La mano de Andrey se aprieta en mi cintura. —Ven conmigo.

No discuto, no protesto. Simplemente dejo que me guíe de vuelta hacia la casa, mi cuerpo moviéndose en piloto automático. Mi mente aún intenta procesar lo que acaba de pasar. Tres hombres intentaron secuestrarme. Tres hombres que sabían dónde estaría, que me estaban esperando.

¿Cómo lo supieron? No le había contado a nadie mis planes porque fue una decisión de último momento. ¿Habían estado buscando una

forma de entrar a la casa y luego me vieron corriendo?

El camino de regreso a la casa se siente surrealista. La mañana sigue siendo hermosa, el sol cálido en mi rostro, los pájaros cantando en los árboles. Como si nada hubiera pasado. Como si tres hombres no hubieran intentado llevarme. Como si dos de ellos no estuvieran muertos en el camino detrás de nosotros.

No vamos a la casa principal. En cambio, Andrey me lleva a una entrada lateral que no había usado antes y por un conjunto de escaleras que no sabía que existían. El sótano. Mi estómago se contrae al darme cuenta de adónde vamos.

La sala de interrogatorios.

Solo he estado en esta habitación una vez, cuando llegué por primera vez. Cuando me habían atado y amordazado a una silla, aterrorizada y sola. El recuerdo me eriza la piel, y debo contener un escalofrío al entrar.

La habitación se ve exactamente igual. Paredes y suelo de hormigón. Una sola silla de metal atornillada al suelo. Luces fluorescentes duras en el techo. Hace frío aquí abajo, y me envuelvo los brazos alrededor del cuerpo, intentando alejar el escalofrío.

Matvey ya está allí con el hombre herido. Observo cómo lo fuerza a sentarse en la silla, la misma silla que ocupé no hace mucho. El hombre gime cuando Matvey ata sus muñecas y tobillos con bridas plásticas, apretándolas lo suficiente para que el plástico le corte la piel.

—Mariya. —La voz de Andrey recupera mi atención—. No tienes que quedarte para esto.

Lo miro, a la preocupación en sus ojos azules, y niego con la cabeza. —Quiero saber por qué vinieron por mí.

Estudia mi rostro por un largo momento, luego asiente. —Quédate detrás de mí.

El interrogatorio es brutal.

Matvey comienza con preguntas, su voz plana y sin emoción. ¿Quién te envió? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué quieren con Mariya?

El hombre se niega a responder, escupiendo sangre al suelo en su lugar. Así que Matvey lo golpea. Un puñetazo sólido en las costillas que hace gritar al hombre. Luego otro. Y otro.

Me obligo a mirar, aunque mi estómago se revuelve. Este es el mundo en el que me he casado. Esto es lo que hace la Bratva. Violencia, sangre y dolor, todo en nombre de la información y el poder.

Andrey está a mi lado, su cuerpo tenso, sus manos apretadas en puños. Puedo sentir la rabia irradiando de él, apenas contenida. Quiere ser el que golpee, quiere hacer que este hombre pague por atreverse a venir por mí.

Después de lo que parecen horas pero probablemente son solo minutos, el hombre finalmente cede.

—Nueva familia —jadea, con sangre goteando de su boca—. Acabamos de llegar de Rusia.

Andrey no parece sorprendido. Más bien, parece más sombrío. —El ataque en los muelles fue una distracción.

No es una pregunta, pero el hombre asiente de todos modos. —Teníamos que alejarte de la finca. Alejarte de ella.

—¿Por qué? —Andrey da un paso adelante, y el hombre se encoge —. ¿Qué quieren con mi esposa?

—La recompensa. —Las palabras salen arrastradas, dolorosas—. Solo íbamos tras la recompensa.

Mi sangre se hiela. *¿Recompensa? ¿Qué recompensa?*

La mandíbula de Andrey se tensa. —¿Cuánto?

El hombre lo mira, y a pesar del dolor, a pesar de la sangre, sonríe. Es una sonrisa terrible, llena de malicia y satisfacción.

—Un millón de dólares —dice—. Hay una recompensa de un millón de dólares por tu esposa. Por capturarla viva.

28

ANDREY

Observo cómo Matvey le dispara un tiro en la cabeza al prisionero, el sonido resuena en la habitación de hormigón como un tañido fúnebre. El hombre se desploma hacia adelante en la silla, con la sangre formando un charco bajo él, y no siento nada. Ni satisfacción. Ni alivio. Solo una fría furia abrasadora que amenaza con consumirme por dentro.

Mariya, por suerte, se fue a nuestra habitación. No debería presenciar esto. Ya tiene suficiente con lo que está pasando como para ver más muerte.

Una recompensa de un millón de dólares. Por mi esposa. Por la esposa de un Pakhan.

La falta de respeto es pasmosa. La audacia de todo esto me hace hervir la sangre. Casarme con Mariya estaba destinado a protegerla. Debía enviar un mensaje claro a todas las familias, desde aquí hasta Moscú, de que está bajo mi protección. De que tocarla significa la guerra.

Pero a alguien le importa un bledo. Alguien ha puesto un precio por su cabeza igualmente.

—Limpia esto —le digo a Matvey, con la voz ronca—. Luego averigua todo lo que puedas sobre esta nueva familia. Dónde están, con quién trabajan, cuántos hombres tienen. Quiero saber incluso qué desayunaron esta mañana.

Matvey asiente con un gesto, sus ojos oscuros reflejando la misma rabia que siento yo. —Hecho.

Salgo de la sala de interrogatorios y subo las escaleras, mis botas pesadas sobre los escalones de hormigón. Mi mente se sumerge en posibilidades, en estrategias. Dos veces en un mismo día me han golpeado. *Dos veces*. Los muelles y ahora mi puta propiedad. Mi hogar. El único lugar que debería estar completamente seguro.

¿Cómo han evitado mi seguridad? ¿Cómo sabían que Mariya saldría a correr sola?

Las preguntas se persiguen unas a otras en mi cabeza mientras me dirijo a mi despacho. Necesito pensar. Necesito planear. Necesito descubrir cómo eliminar esta amenaza antes de que alguien logre quitármela.

El despacho parece demasiado pequeño cuando entro, las paredes parecen cerrarse sobre mí. Me sirvo una copa, el vodka quema al bajar por mi garganta, pero no hace nada por calmar la furia que recorre mis venas. Quiero golpear algo. Quiero romper algo, preferiblemente unas cuantas narices y cráneos. Quiero encontrar a quien haya puesto esa recompensa por Mariya y hacerlos sufrir de formas que ni siquiera puedan imaginar.

Estoy sirviéndome la segunda copa cuando la puerta se abre. Mariya entra y me quedo congelado, la botella a mitad de camino hacia el vaso.

Se la ve preocupada, genuinamente preocupada, con sus ojos verdes muy abiertos y las manos entrelazadas frente a ella. La visión me aterra más de lo que quiero admitir. Esta mujer ha enfrentado secuestradores, interrogatorios y atacantes armados sin mostrar

miedo. Me ha golpeado en la cara dos veces y me ha apuñalado sin dudarlo. Verla preocupada ahora me hace caer el estómago.

—¿Qué pasa? —Dejo la botella y me acerco a ella—. ¿Estás herida? ¿Ha pasado algo más?

—No, estoy bien. —Niega con la cabeza, su pelo rubio cayendo sobre sus hombros—. He estado pensando.

Espero, observando su rostro. Está mordiéndose el labio inferior, un hábito nervioso que he notado que tiene cuando está decidiendo algo.

—Las familias me quieren porque no pueden encontrar a mi padre —dice al final—. Creen que sé dónde está, dónde están escondidos todos sus secretos.

—Lo sé. —Me apoyo en el escritorio, cruzando los brazos sobre el pecho—. Por eso existe la recompensa. Por eso necesitamos encontrarlo primero.

Hace una mueca, algo entre frustración y resignación, luego mete la mano en el bolsillo. Cuando la saca, sostiene un trozo de papel arrugado.

Mi pulso se acelera. —¿Qué es eso?

—Una nota de mi padre. —Me la tiende y la cojo con cuidado, como si pudiera explotar—. La recibí cuando estábamos frente al incendio en la biblioteca.

Las palabras me golpean como un puñetazo en la sien. Pero antes de que pueda decir algo, ella continúa.

—Lo vi. Solo un instante, entre la multitud. —Su voz es baja, casi disculpándose—. Al principio pensé que era mi imaginación. Han pasado nueve años y solo lo vi un segundo. Pero luego encontré esto en el bolsillo de mi chaqueta.

Despliego la nota y leo la letra apretada. El mensaje es breve, críptico, advirtiéndole que no confíe en nadie. Ni siquiera en mí. Aprieto la mandíbula ante eso, pero me obligo a seguir leyendo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —La miro y noto el tono cortante en mi voz—. En cuanto encontraste esto, deberías habérmelo dicho.

—No estaba segura de qué hacer. —Alza la barbilla, desafiante incluso ahora—. La nota dice que no confíe en ti. Y luego pasó todo lo demás. El ataque en los muelles, los hombres que me persiguieron. No tenía precisamente tiempo para sentarme a hablar del tema.

Tiene razón, pero igual me saca de quicio. Doy vuelta la nota y es entonces cuando lo veo. Un dibujo en el reverso. Un pájaro, detallado y cuidadosamente trazado. Un cuervo.

Miro fijamente la imagen, mi mente analizando el simbolismo. Los cuervos representan sabiduría, longevidad y conocimiento profético. Pero también se les teme como oscuros presagios de muerte, brujería y desgracia. En la cultura rusa, son mensajeros entre los vivos y los muertos.

¿Qué diablos intenta decir Yegor? ¿Es una advertencia? ¿Una amenaza?

—¿Sabes qué significa esto? —pregunto, mostrándole el dibujo.

Ella niega con la cabeza. —Llevo todo el día intentando descifrarlo. Pensé que quizá era una ubicación o un código, pero no le encuentro sentido.

Estudio de nuevo el cuervo, siguiendo las líneas con la mirada. El detalle es impresionante, cada pluma dibujada con esmero. Esto no es algo que Yegor haya garabateado a la ligera. Se tomó su tiempo, lo que significa que es importante.

—Estaba en la biblioteca —digo, más para mí que para ella—. Entre la multitud, observando. Lo bastante cerca como para meter esto en

tu bolsillo sin que te dieras cuenta.

Intento recordar a todos los que estaban allí. Las caras entre la gente, los que se acercaban para ver mejor la destrucción. Pero todo es un borrón. Yo me había centrado en Mariya, en asegurarme de que estuviera bien, en alejarla de allí antes de que alguien la reconociera.

¿Cómo pude no verlo? Es cierto que no lo veo desde hace años. La gente cambia. El pelo encanece, las caras envejecen, los cuerpos engordan o adelgazan. Pero no puede haber cambiado tanto como para que su propia hija no lo reconociera al principio.

A menos que sea tan bueno mezclándose y pasando desapercibido, siendo invisible cuando lo necesita. La idea me pone la piel de gallina. Si Yegor puede acercarse tanto a Mariya sin que me dé cuenta, ¿qué más puede hacer? ¿Qué otros secretos guarda?

—Te está vigilando —le digo a Mariya—. Controlándote. Asegurándose de que estés a salvo.

—O asegurándose de que no lleve a nadie hasta él. —Su voz es amarga—. Nueve años de silencio, y ahora aparece con notas crípticas y dibujos que no entiendo.

Me acerco más a ella, lo suficiente para sentir el calor de su cuerpo y el suave aroma floral que la caracteriza. —¿Estás enfadada con él?

—Sí. —La palabra sale cortante, honesta—. Estoy furiosa. Me dejó sola todo este tiempo y me hizo pensar que podía estar muerto. Y ahora juega, dejándome pistas que no puedo descifrar mientras hay gente intentando secuestrarme.

Alargo la mano y le acaricio la cara, mi pulgar rozando su pómulo. Su piel es suave y cálida, y noto la tensión en su mandíbula. —Lo resolveremos. Lo encontraremos, obtendremos las respuestas que necesitamos y acabaremos con esto.

Ella se inclina hacia mi contacto un instante antes de apartarse. —Hay algo más.

Por supuesto que lo hay. —¿Qué?

—Quiero intentar dejarle una nota a mi padre.

29

MARIYA

Los cementerios me dan escalofríos.

Nunca me han gustado estos lugares. Demasiado silenciosos y quietos, con hileras de lápidas que se extienden como testigos mudos de vidas que terminaron demasiado pronto. El césped está perfectamente cuidado, los caminos limpios y bien mantenidos, pero hay algo en caminar entre los muertos que me eriza la piel.

Me ajusto la chaqueta, aunque la tarde es cálida. La nota en mi bolsillo pesa como si fuera de plomo, y mi corazón late con fuerza con cada paso que doy adentrándome en el cementerio. Detrás de mí, a una distancia respetuosa, Andrey y Matvey me siguen con dos guardaespaldas. Lo suficientemente lejos para parecer que soy solo una mujer visitando la tumba de un familiar. Lo suficientemente cerca para llegar a mí si algo sale mal.

Porque últimamente siempre parece que algo sale mal.

Miro las lápidas mientras camino, buscando el nombre que solo he escuchado en historias. Katya Pushkin. La hermana pequeña de mi padre, la tía que nunca conocí. Me hablaba de ella cuando era pequeña, con una voz suave que rara vez usaba. Cómo era su hermana favorita, cómo se había mudado a América para casarse

con un hombre del que se había enamorado, y cómo había muerto solo cinco años después, al dar a luz a un bebé sin vida.

—Era valiente —me dijo una vez, sus ojos azules perdidos en el recuerdo—. Más valiente que cualquiera de nosotros. Eligió el amor por encima del deber, y nunca se arrepintió.

Una vez le pregunté dónde estaba enterrada, y me lo dijo. Un cementerio en esta ciudad, bajo la sombra de un viejo roble. En ese momento, pensé que era solo otra historia. Otro pedazo de historia familiar que no tenía importancia en mi vida.

Ahora espero que sea la clave para contactar con él.

El roble aparece a la vista, enorme y antiguo, sus ramas extendidas sobre una sección de tumbas más viejas. Me acerco, mis ojos escudriñando los nombres tallados en la piedra desgastada. La mayoría están borrosos, las letras suavizadas por décadas de lluvia y viento.

Pero entonces veo la suya. La lápida es sencilla, solo granito gris con su nombre y las fechas. Pero lo que llama mi atención son las flores. Tulipanes blancos frescos, con los pétalos aún perfectos, colocados con cuidado en la base de la piedra.

El aire se me atasca en la garganta. Alguien ha estado aquí recientemente. Muy recientemente.

Miro hacia atrás, hacia Andrey. Está a unos quince metros, sus ojos azules fijos en mí. Incluso desde esta distancia, puedo ver la tensión en su cuerpo, cómo su mano descansa cerca de la cadera donde sé que lleva su pistola. Asiente una vez, un pequeño gesto de aliento.

Vuelvo a la tumba y me arrodillo en la hierba. Mis manos tiemblan mientras saco la nota de mi bolsillo. Andrey me ayudó a escribirla, principalmente en un código que parecería un galimatías para cualquiera que no supiera qué buscar. No quería hacerlo así, no quería que mi padre supiera que ahora trabajo con la Bratva, con la misma gente contra la que él testificó.

Pero, después de todo, sabe que me casé con Andrey. No tiene sentido fingir lo contrario.

La nota es breve, solo unas líneas pidiéndole que quede conmigo para hablar. Para explicar qué demonios está pasando y por qué se esconde sin hacerme saber que está bien... hasta ahora.

Miro alrededor con cuidado, asegurándome de que nadie más me observa. Una anciana cuida una tumba varias filas más allá, pero no me presta atención. Un jardinero trabaja cerca de la entrada, demasiado lejos para ver lo que hago.

Lenta, cuidadosamente, alargo la mano y coloco la nota bajo y detrás de los tulipanes blancos. Los tallos aún están húmedos, como si los hubieran puesto aquí esta mañana. Quizás incluso en la última hora.

Cuando retiro la mano, mis dedos rozan algo frío. Algo metálico.

Me quedo helada, el corazón golpeándome las costillas. Lentamente, aparto los tulipanes y lo veo.

Un collar. El collar de mi madre.

El del pequeño colgante de zafiro que llevaba todos los días hasta que murió. El que mi padre enterró con ella porque no podía soportar verlo en otra persona. El que pensé que se había perdido para siempre, bajo tierra en un cementerio de Rusia.

Pero aquí está, tirado en la hierba junto a la lápida de mi tía. Esperándome.

La visión se me nubla con lágrimas, y tengo que parpadear para apartarlas mientras cojo el collar. La cadena es delicada, el zafiro captando la luz mientras cuelga de mis dedos. Es real. Es su collar. Lo reconocería en cualquier parte.

Mi padre estuvo aquí. Dejó esto para mí. Quería que supiera que me observa, que está cerca y que se acuerda de mí.

Aprieto el collar contra mi pecho y, por un momento, no puedo respirar. Este pequeño pedazo de mi madre, esta prueba de que no se ha olvidado de mí.

Guardo el collar en el bolsillo y me levanto con las piernas temblorosas. La nota está escondida detrás de los tulipanes y el collar está a salvo conmigo. Ahora solo puedo esperar y confiar en que encuentre el mensaje. Confiar en que responda.

Vuelvo al lugar donde Andrey me espera y sus ojos se clavan de inmediato en mi rostro. Ve algo ahí, algo que lo hace acercarse.

—Encontraste algo —dice en voz baja.

Asiento, sin confiar en mi voz. No insiste, no exige saber qué fue, solo coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia el SUV.

El viaje de regreso a la finca transcurre en silencio. Miro por la ventana, con la mano en el bolsillo y los dedos rodeando el collar. La mano de Andrey descansa sobre mi muslo, cálida y firme, y me descubro buscando ese contacto, necesitando la conexión, el recordatorio de que ya no estoy sola.

Cuando llegamos, Matvey ya está reuniendo hombres en la oficina de Andrey. Los sigo y nadie cuestiona mi presencia. Ahora soy la esposa del Pakhan. Tengo derecho a estar aquí, a saber lo que se está planeando.

La oficina está abarrotada. Matvey se encuentra junto a la ventana, su enorme figura bloqueando la mayor parte de la luz. Tres capitanes están sentados en sillas dispuestas frente al escritorio de Andrey, con rostros sombríos. Dos guardias más permanecen junto a la puerta, con armas visibles en sus caderas.

Andrey se sitúa detrás de su escritorio y yo ocupo la silla al lado. Lo suficientemente cerca para ser parte de la conversación, pero sin estorbar.

—La nueva familia —dice Andrey sin preámbulos—. ¿Qué sabemos?

Uno de los capitanes, un hombre con una cicatriz que le recorre la mandíbula, habla primero. —La familia Gusev. Se trasladaron aquí desde Moscú hace unos tres meses. Liderados por su Pakhan, Anatoly Gusev. Tiene unos veinte hombres, todos experimentados.

—Eso es todo lo que pudimos averiguar —comenta otro capitán.

Andrey frunce el ceño. —No voy a mentir, me jode mucho que no tengamos más información, pero la conseguiremos pronto. Gusev no está siendo precisamente discreto al intentar hacerse un nombre.

La reunión continúa durante otra hora, con los hombres discutiendo tácticas y logística. Cuando finalmente termina, los hombres salen de la oficina, dejando solo a Andrey, Matvey y a mí. Matvey me lanza una mirada prolongada, algo que podría ser aprobación en sus oscuros ojos, antes de seguir a los demás.

La puerta se cierra y, de repente, la oficina parece demasiado silenciosa. Demasiado íntima.

Andrey se levanta y rodea el escritorio, deteniéndose frente a mí. Su mano se acerca para acariciar mi rostro, su pulgar rozando mi pómulo. —¿Estás bien?

—Sí. —Me inclino hacia su contacto, necesitándolo. —Es solo que es mucho.

—Lo sé. —Me atrae hacia él y me abraza, y yo me dejo llevar. Su cuerpo es sólido contra el mío, cálido y vivo, y apoyo mi rostro en su pecho, inhalando su aroma. —Pero vamos a terminar con esto. Vamos a encontrar a tu padre, obtener las respuestas que necesitamos y eliminar a cualquiera que te amenace.

Me aparto lo suficiente para mirarlo. —¿Y si no lo encontramos? ¿Y si no responde a la nota?

—Seguiremos buscando. —Su voz es firme, segura. —No nos detendremos hasta tener respuestas.

Asiento, deseando creerle. Deseando confiar en que todo saldrá bien de alguna manera.

Esa noche, Andrey me lleva a la cama con una ternura que me sorprende. Sus manos son cuidadosas al desvestirme, su boca suave al recorrer mi piel. Hace el amor conmigo lentamente, minuciosamente, como si intentara memorizar cada centímetro de mi cuerpo. Como si temiera que esta pudiera ser la última vez.

Cuando ambos estamos agotados y enredados entre las sábanas, me atrae hacia él, con su brazo rodeando mi cintura. Puedo sentir su corazón latiendo contra mi espalda, constante y fuerte.

—No dejaré que te pase nada —murmura contra mi cabello—. Lo prometo.

Quiero creerle. Pero he aprendido por las malas que algunas promesas no se pueden cumplir, por mucho que alguien quiera hacerlo.

Permanezco despierta mucho después de que su respiración se regulariza, mirando al techo y pensando. Una idea se forma en mi mente. Peligrosa y temeraria, pero posiblemente la única forma de terminar esto rápidamente.

Por la mañana, espero hasta que Andrey está en su oficina con Matvey y luego entro sin llamar, con mi decisión tomada. Ambos hombres alzan la mirada al verme entrar y veo la expresión de Andrey cambiar de sorpresa a preocupación.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

Respiro hondo, preparándome para la discusión que sé que se avecina. —Quiero ayudar a atraer a los Gusev.

—Absolutamente no. —Su voz es plana, definitiva.

—Escúchame. —Me acerco al escritorio, con las manos apretadas a los costados. —La familia Gusev me quiere. Pusieron la recompensa, así que démosles lo que desean.

Andrey se pone de pie, con la mandíbula tensa. —¿Has perdido la cabeza?

—No. Estoy sugiriendo que sea el cebo.

30

ANDREY

—Absolutamente no —digo con más dureza de la que pretendía, pero no lo suavizo—. No hay ninguna puta manera de que te expongas a ese peligro.

Los ojos verdes de Mariya brillan de ira y da un paso hacia mi escritorio. —Es el mejor plan que tenemos. Lo sabes.

—Me da igual —me pongo en pie, necesitando moverme, necesitando hacer algo con la rabia y el miedo que me recorren—. Encontraremos otra forma.

—¡No hay otra forma! —alza la voz y veo cómo crece la frustración en ella—. Los Gusev me quieren. Han puesto precio a mi cabeza. Así que aprovechemos eso. Atraigámoslos a un lugar donde controlemos la situación, en lugar de esperar a que ataquen de nuevo.

—No —me muevo alrededor del escritorio acortando la distancia entre nosotras—. No voy a usarte como cebo. No voy a ponerte en una situación donde podrías salir herida o morir.

—¡Ya estoy en esa situación! —alza las manos—. ¿O acaso olvidaste a los tres hombres que intentaron secuestrarme ayer? ¿La bomba en la biblioteca? ¿El millón de dólares que ofrecen por mí?

Cada palabra es como un puñal en mi estómago porque tiene razón. Ya está en peligro. Lo ha estado desde el momento en que la encontré en esa biblioteca. Pero la idea de exponerla deliberadamente, de usarla como cebo para atraer a los Gusev, me revuelve el estómago.

—Encontraremos otra forma —repito, pero hasta yo noto lo débil que suena.

Se acerca, sus ojos escrutando los míos. —Podemos prepararlo con cuidado. Tendrías a tus hombres posicionados por todas partes. Asegurarte de que estoy protegida. Pero tenemos que acabar con esto, Andrey. Antes de que más gente muera. Antes de que consigan secuestrarme.

Quiero discutir, quiero decirle que está equivocada, que hay un plan mejor. Pero la verdad es que no se me ocurre ninguno. Su idea es sólida. Peligrosa como el demonio, pero sólida. Si controlamos el lugar y tenemos suficientes hombres, podríamos acabar con los Gusev y terminar con esta amenaza de una vez.

Pero solo de imaginarla en medio de todo esto, de que sea el objetivo, siento un nudo de miedo en el pecho que no había experimentado en años.

—Necesito pensarlo —digo.

Abre la boca para protestar, pero levanto una mano. —Es todo lo que vas a conseguir por ahora. Déjame pensar.

Le aprieta la mandíbula, pero asiente. —Vale. Pero esto no ha terminado.

—Lo sé.

Bajamos a desayunar en un silencio tenso. El comedor ya está preparado, la mesa llena de comida que no me apetece. Mariya se sienta frente a mí y noto su mirada mientras sirvo café.

—Es un buen plan —dice, retomando el tema.

—Es un plan peligroso.

—¿Acaso existe un plan seguro? —pregunta burlona, mientras da un mordisco a su tostada—. Pero este nos da el control. Nosotros elegimos el lugar, el momento, todo. Eso es mejor que esperar a que nos ataquen otra vez.

No respondo, solo miro mi café como si tuviera las respuestas.

La puerta se abre y entra Matvey. Se acerca a la mesa y se prepara un plato antes de sentarse al final. Sus ojos oscuros van de Mariya a mí, y sé que percibe la tensión.

—Quiere hacer de cebo —le digo—. Para atraer a los Gusev.

Matvey mastica despacio, pensativo. Luego traga y mira a Mariya. —Buena idea.

Casi me atraganto con el café. Matvey casi nunca habla, y cuando lo hace suelen ser una o dos palabras. Que dé una opinión, encima oponiéndose a lo que yo quiero, es significativo.

—¿Crees que es buena idea? —pregunto.

Asiente una vez. —La mejor que tenemos.

El rostro de Mariya se ilumina de triunfo. —¿Ves? Hasta Matvey está de acuerdo.

Le clavo una mirada a mi sovietnik, pero él se encoge de hombros y sigue comiendo. Traidor.

—Vale —digo, y la palabra me sabe a ceniza—. Lo haremos. Pero a mi manera.

La sonrisa de Mariya es radiante y, a pesar de mi miedo, siento algo cálido en el pecho. Está feliz. Aliviada. Y joder si eso no hace que quiera darle cualquier cosa que me pida.

—Gracias —dice suavemente.

Gruño en respuesta y termino mi café. Mi mente ya está calculando los detalles y cómo mantenerla lo más segura posible sin que la trampa pierda credibilidad. Va a requerir una planificación meticulosa. Una ejecución precisa. Y un montón de jodida suerte.

Después del desayuno, llevo a Mariya al sótano. No a la sala de interrogatorios, sino a otra zona que no ha visto todavía. El polígono de tiro.

Es una sala larga con paredes de hormigón y material acústico. Hay blancos a distintas distancias y en una pared hay un armero. Lo abro, saco una Glock 19, compruebo el cargador y se la entrego.

—Si vas a ser el cebo, necesitas saber cómo protegerte —digo—. ¿Alguna vez has disparado un arma?

Ella toma el arma, sus dedos envolviendo la empuñadura con una sorprendente confianza. —Mi padre me enseñó.

Por supuesto que lo hizo. Yegor Pushkin no enviaría a su hija al mundo sin asegurarse de que pudiera defenderse. Pero saber cómo sostener un arma y realmente ser capaz de darle a un blanco son dos cosas diferentes.

—Muéstrame —digo, señalando el campo de tiro.

Ella se dirige a la línea de tiro, su postura perfecta, los pies separados al ancho de los hombros, las rodillas ligeramente flexionadas y los brazos extendidos. Apunta por el cañón, su respiración constante, y luego dispara.

El disparo resuena en la habitación, y observo cómo el blanco al otro extremo se sacude. Justo en el centro. Directo en el pecho.

Dispara de nuevo. Y otra vez. Cinco disparos, cinco impactos perfectos. Todos en el centro de la diana.

La miro fijamente, con la boca ligeramente abierta. —Joder.

Ella baja el arma y se vuelve hacia mí con una sonrisa burlona. —Mi padre fue muy exhaustivo.

—Puedo verlo —me acerco, tomo el arma de sus manos y la coloco sobre el mostrador—. Eres mejor que la mitad de mis hombres.

—Tuve un buen maestro —su expresión se suaviza—. Quería asegurarse de que pudiera cuidar de mí misma. Que nunca tuviera que depender de nadie más para protección.

La ironía no se me escapa. Yegor entrenó a su hija para que fuera independiente y fuerte, y ahora está casada con un jefe de la Bratva que no quiere nada más que mantenerla encerrada donde esté a salvo.

—Vamos —digo, tomándole la mano—. Hay algo más que quiero mostrarte.

El gimnasio está en la planta principal, una gran sala con pesas, máquinas y un área acolchada para el sparring. Llevo esperando este momento desde que me apuñaló en ese callejón. Quiero ver qué puede hacer realmente. Quiero poner a prueba sus habilidades contra las mías.

—Vamos a pelear —le digo, moviéndome hacia el centro del tapiz.

Sus ojos se iluminan, y sonríe. De verdad sonríe, como si le hubiera ofrecido un regalo. —¿En serio?

—En serio —me quito la camiseta y la tiro a un lado—. Muéstrame lo que vales.

Ella se quita el jersey, dejándola solo con un sujetador deportivo y unos leggings que le abrazan el culo tan perfectamente que tengo que obligarme a concentrarme. Esto es sobre pelear. Sobre ver sus habilidades. No sobre lo jodidamente increíble que se ve su cuerpo.

Nos rodeamos mutuamente, ambos evaluando, buscando debilidades. Ella se mueve con la gracia de alguien que ha entrenado extensamente, su cuerpo equilibrado y listo.

Ella golpea primero, un rápido jab dirigido a mi cara. Lo bloqueo fácilmente, pero ella ya está moviéndose, su pierna barriendo hacia mi rodilla. Retrocedo, evitando la patada, y contraataco con un puñetazo a sus costillas.

Ella lo bloquea y gira, su codo acercándose a mi cabeza. Me agacho y agarro su cintura, usando su impulso para desequilibrarla. Ella cae pero rueda inmediatamente, volviendo a ponerse de pie con esa misma sonrisa en su rostro.

—No está mal —dice.

—Eres mejor de lo que pensaba —me acerco de nuevo, probando sus defensas. Es rápida, sus bloqueos precisos, sus contraataques bien sincronizados. Pero yo soy más grande, más fuerte, y llevo haciendo esto mucho más tiempo.

Intercambiamos golpes, ninguno de los dos conteniéndose. Ella acierta una patada sólida en mi muslo que dejará un moretón, y yo la atrapo con un puñetazo en su hombro que la hace gruñir. La pelea es electrizante, la adrenalina bombeando por mis venas, mezclándose con algo más. Algo más ardiente.

Finalmente la inmovilizo, mi cuerpo cubriendo el suyo en el tapiz, mis manos sujetando sus muñecas sobre su cabeza. Ambos respiramos con dificultad, el sudor resbalando por nuestra piel, y puedo sentir cada centímetro de ella debajo de mí.

—He ganado —digo, con voz ronca.

—Esta vez —jadea, pero hay calor en sus ojos verdes. Calor que no tiene nada que ver con la pelea.

Bajo la cabeza y capturo su boca con la mía. Ella responde inmediatamente, su cuerpo arqueándose contra el mío, sus piernas rodeando mi cintura. El beso es hambriento, desesperado, y puedo saborear la sal de su sudor mezclado con su sabor único.

Mi mano desciende por su cuerpo, encontrando la cintura de sus leggings. Los bajo junto a sus bragas, y ella levanta sus caderas para ayudar. Su sujetador deportivo sigue, y entonces está desnuda bajo mí, sonrojada y hermosa.

Me quito los pantalones, mi polla ya dura y dolorida. Me posiciono en su entrada y me introduzco dentro en un movimiento suave. Ella gime, sus uñas clavándose en mis hombros.

—Muévete —exige, moviendo sus caderas. Con una risa ante su impaciencia, lo hago.

Establezco un ritmo rápido y duro, mis caderas golpeando las suyas. El tapiz debajo de nosotros proporciona el acolchado justo, y el sonido de nuestros cuerpos chocando llena el gimnasio. Ella responde a cada embestida, sus piernas apretadas alrededor de mi cintura, jalándome más profundamente.

—Joder, te sientes increíble —gruño contra su cuello.

Ella no responde con palabras, solo gemidos y jadeos que me vuelven loco. Meto la mano entre nosotros, encontrando su clítoris y rozándolo con mi pulgar. Su cuerpo se tensa, sus paredes internas apretándome, y entonces llega al clímax, su arcos arqueándose sobre el tapiz mientras grita mi nombre.

La sensación me empuja al límite, y la sigo hacia el olvido, enterrándome profundamente mientras me vengo dentro de ella.

Nos quedamos allí durante un largo momento, ambos tratando de recuperar el aliento. Mi cuerpo cubre el suyo, y puedo sentir su corazón acelerado contra mi pecho. Debería moverme, debería dejarla levantarse, pero no parece que pueda hacerlo.

Porque al estar aquí con ella, sintiéndola suave y cálida bajo mí, me doy cuenta de algo que me aterra más que cualquier enemigo jamás podría.

Ella no es solo mi esposa. No es solo un medio para un fin o una forma de encontrar a Yegor Pushkin y las reliquias robadas.

Se está convirtiendo en todo.

Y eso me aterroriza hasta la médula.

31

MARIYA

Las campanas de la iglesia repican cuando nos acercamos al enorme edificio de piedra, y no puedo evitar quedarme mirando la arquitectura ornamentada. Es hermoso de una manera severa e imponente, con madera oscura y vidrieras que captan la luz de la mañana.

—¿Hablas en serio con esto? —pregunto, mirando a Andrey en el asiento del conductor.

Apaga el motor y se gira para mirarme, sus ojos oscuros son inescrutables. —Vamos a la iglesia todos los domingos.

—Matas gente —digo sin rodeos—. Diriges un imperio criminal. ¿Y vas a la iglesia?

Matvey se inclina desde el asiento trasero, con ese deje de diversión tan característico en su voz. —Dios perdona, Mariya. De eso se trata.

Quiero discutir y señalar la hipocresía de hombres que ejecutan traidores en sus patios y luego se arrodillan ante un altar. Pero Andrey ya ha salido del coche, moviéndose con esa gracia controlada que siempre tiene para abrirme la puerta.

La iglesia está abarrotada cuando entramos. Reconozco los trajes caros, las posturas cuidadosas y cómo la gente se posiciona en grupos familiares. Estos no son feligreses comunes. Son familias de la Bratva, todas reunidas bajo un mismo techo.

Mi pulso se acelera mientras escudriño a la multitud. Organizaciones rivales sentadas en el mismo edificio, separadas solo por bancos de madera y algún acuerdo tácito que evita que se destrocen entre sí.

La mano de Andrey encuentra mi espalda baja, guiándome por el pasillo central. Matvey sigue de cerca, su presencia es un muro sólido de protección. Nos deslizamos en un banco a mitad de camino, Andrey a mi derecha y Matvey a mi izquierda.

Estoy rodeada por ellos, reclamada y exhibida para que todos la vean. Apuesto a que esa era su intención desde el principio.

El servicio comienza e intento concentrarme en las palabras del sacerdote, pero mi atención sigue vagando hacia las otras familias. Atrapo miradas hostiles de hombres que no reconozco, sus ojos duros mientras me evalúan. Algunas mujeres susurran detrás de sus manos, sus miradas afiladas con curiosidad o juicio.

Sophia está sentada al otro lado del pasillo con su padre. Lleva un vestido modesto en azul oscuro, su pelo negro recogido en un elegante moño. Cuando nuestras miradas se encuentran, su expresión cambia a algo que no logro descifrar. No es ira… más bien… ¿desesperación?

Aparto la vista rápidamente, con un nudo de culpa en el estómago. Estoy segura de que piensa que podría ser ella la sentada aquí junto a Andrey si no me hubieran metido en escena.

La mano de Andrey se posa en mi muslo, su palma cálida a través de la tela de mi vestido. El contacto es posesivo, deliberado, destinado a ser visto por todos los que observan. Debería apartarme y mantener cierta distancia. En cambio, me encuentro inclinándome levemente hacia su presencia sólida.

El sacerdote continúa hablando en ruso, su voz resonando en el espacio de techos altos. Entiendo lo suficiente para saber que habla sobre el perdón, la redención y la misericordia de Dios.

Me pregunto si alguno de estos hombres realmente cree que serán perdonados por lo que hacen.

Andrey se mueve a mi lado, su muslo presionando contra el mío. Soy hiperconsciente de cada punto de contacto entre nosotros. El calor de su mano en mi pierna. Cómo su hombro roza el mío cuando se inclina durante la oración. El aroma limpio de su colonia mezclándose con el humo del incienso.

Cuando es momento de levantarse para la comunión, Andrey se pone de pie y me ofrece su mano. La tomo automáticamente, dejando que me ayude a levantarme. Matvey está a mi otro lado, y juntos avanzamos hacia el altar con el resto de la congregación.

No he tomado la comunión desde que era niña, cuando mi madre aún vivía y la iglesia parecía algo sagrado en lugar de estratégico. Pero sigo el ejemplo de Andrey, arrodillándome cuando él lo hace, aceptando el pan y el vino cuando me los ofrecen.

Los ojos del sacerdote se detienen en mí por un momento, y me pregunto si sabe quién soy. Si sabe quién es mi padre.

De vuelta en el banco, observo a Sophia tomar la comunión con su padre. Se mueve con gracia practicada, su cabeza inclinada respetuosamente. Cuando regresa a su asiento, me mira de nuevo, y esta vez veo algo que podría ser tristeza en sus ojos.

El servicio termina con una bendición final, y la congregación comienza a salir. Andrey mantiene su mano en mi espalda mientras avanzamos entre la multitud, guiándome con presión sutil. La gente se aparta para dejarnos pasar, sus expresiones van desde respetuosas hasta hostiles.

Afuera, el sol de la mañana es brillante y cálido. Las familias se reúnen en pequeños grupos en los escalones de la iglesia, hablando

en voz baja.

—Andrey —. Un hombre se acerca, mayor, con el pelo entrecano y ojos penetrantes. Habla en ruso rápido, gesticulando hacia mí.

Andrey responde en el mismo idioma, con un tono educado pero firme. La mirada del hombre se posa en mí, evaluándome, antes de asentir y alejarse.

—¿Qué quería? —pregunto en voz baja.

—Saber si de verdad eres mi mujer —. La mano de Andrey se desliza hasta mi cadera, atrayéndome hacia él—. Le he dicho que sí.

Un calor me recorre ante la posesividad casual de su voz. Debería odiarlo. Debería molestarle que me reclame como si fuera una propiedad. Pero algo en mí responde a la certeza de sus palabras y a la convicción absoluta de que le pertenezco.

Conducimos hasta un parque en las afueras de la ciudad, una extensa zona verde con senderos y árboles antiguos. Andrey aparca cerca de una zona tranquila con vistas a un pequeño lago, y Matvey saca una cesta del maletero.

—¿Un picnic? —arqueo una ceja.

—Tienes que ser vista conmigo —dice Andrey, sus oscuros ojos encontrándose con los míos—. Las familias necesitan entender que estás fuera de su alcance.

Así que esto no es romance. Es estrategia. Me digo que estoy aliviada, pero algo en mi pecho se tensa con decepción.

Matvey extiende una manta bajo un gran roble mientras Andrey desempaca la cesta. Hay pan fresco, queso, fruta y vino. Sencillo pero elegante, el tipo de comida que parece improvisada pero que probablemente requirió una meticulosa planificación.

Me acomodo en la manta, arreglando el vestido alrededor de mis piernas. Andrey se sienta a mi lado, lo suficientemente cerca como

para que nuestros hombros se rocen. Matvey se coloca a unos metros de distancia, su atención centrada en los alrededores más que en nosotros.

—Come —dice Andrey, entregándome un plato.

Lo tomo, sintiéndome repentinamente hambrienta a pesar de la tensión que se enrosca en mi estómago. El pan aún está caliente, el queso fuerte y cremoso. Comemos en un silencio cómodo, los sonidos del parque flotando a nuestro alrededor. Niños jugando a lo lejos. Pájaros cantando en los árboles y el suave chapoteo del agua contra la orilla.

Otras familias pasan por el sendero cercano, y noto cómo nos miran. Algunos asienten respetuosamente a Andrey. Otros me observan con curiosidad descarada. Unas mujeres susurran tras sus manos, sus expresiones variando entre la envidia y la desaprobación.

—Todos nos están mirando —murmuro.

—Ese es el objetivo —. Andrey sirve vino en dos copas, entregándome una—. Mañana, todas las familias de la ciudad sabrán que eres mía.

La posesividad en su voz vuelve a enviarme calor. Tomo un sorbo de vino, dejando que su rico sabor me distraiga de cómo reacciona mi cuerpo ante él.

Después de comer, Andrey sugiere que demos un paseo. Matvey se queda con la manta, sus ojos siguiendo nuestros movimientos mientras nos dirigimos hacia el lago. El sendero está tranquilo aquí, a la sombra de las ramas que se inclinan sobre él.

La mano de Andrey encuentra la mía, sus dedos entrelazándose con los míos en un gesto que casi parece tierno. No me aparto. En lugar de eso, permito que disfrute del calor de su palma y la firmeza de su agarre.

—Hay un sitio al que necesito ir —digo en voz baja—. El cementerio donde está enterrada mi tía.

Andrey me mira, su expresión inescrutable, y luego asiente.

Nos quedamos un par de horas más junto al lago. En un momento dado, incluso nos quitamos los zapatos y nos metemos en el agua. Está fría y fresca, pero se siente bien. Cierro los ojos e imagino las olas pasando sobre mis pies, luego retrocediendo, llevándose con ellas mi tensión y preocupaciones.

Cuando volvemos al lugar del picnic, Matvey ya ha guardado todo en el coche. Está allí esperándonos, la manta cuidadosamente doblada bajo su brazo. Andrey y yo caminamos de la mano hacia el coche.

El cementerio está tranquilo cuando llegamos, hileras de lápidas extendiéndose sobre el césped bien cuidado. Andrey se mantiene cerca mientras avanzo por los senderos familiares, su presencia un consuelo sólido aunque no quiera necesitarlo.

La tumba de mi tía está cerca de la parte trasera, bajo un sauce. Me arrodillo junto a la lápida, mis dedos recorriendo las letras grabadas de su nombre. No hay mensaje. Ninguna señal de que mi padre haya estado aquí.

La decepción se asienta con peso en mi pecho. Había esperado, a pesar de todo, que quizás hubiera dejado alguna palabra, alguna señal de que piensa en mí.

—Mariya —. La voz de Andrey es suave—. Deberíamos irnos.

Asiento y me levanto, quitándome tierra del vestido. El trayecto de vuelta a la finca es silencioso, ambos perdidos en nuestros pensamientos.

Esa noche, me encuentro sola en el dormitorio, inquieta e incapaz de dormir. La caja de joyas de mi madre sigue en el tocador donde la dejé, y la acerco a mí, abriendo la tapa para examinar su contenido de nuevo.

Los iconos reflejan la luz de la lámpara, sus superficies pintadas reluciendo. Los saco con cuidado, dejándolos a un lado para examinar las joyas.

Un anillo llama mi atención. Ya lo había mirado antes, pero esta vez, algo en él parece diferente. Es de oro con una piedra de topacio en el centro, rodeada de pequeños animales grabados. Un león. Un oso. Un águila.

Y un cuervo.

Me falta el aliento. Giro el anillo entre mis dedos, estudiando los intrincados grabados. El cuervo es tan pequeño que casi lo pasé por alto, escondido entre el águila y el león.

Por impulso, presiono mi uña contra el pequeño pájaro.

El anillo se abre.

32

ANDREY

Me siento al borde de la cama, observando cómo Mariya gira entre sus dedos el pequeño trozo de papel que encontró en uno de los anillos de su madre. La luz de la lámpara resalta las delicadas líneas del dibujo de lo que parecen pilares antiguos en un campo de hierba alta y maleza. Lleva diez minutos mirándolo fijamente, con el ceño fruncido en concentración.

—No reconozco este lugar —dice en voz baja, con una pizca de frustración en su voz.

Me inclino más cerca, estudiando el boceto de nuevo. Los pilares son rudimentarios pero deliberados, dibujados con la misma mano cuidadosa que creó todas las otras pistas de Yegor. —Yo tampoco.

Mariya deja el papel sobre la cama entre los dos y alcanza los otros objetos que hemos recopilado. Las piezas de rompecabezas caseras de la cabaña que se conectaron con el broche de su madre para revelar una imagen de la cabaña familiar. El pergamino que encontramos en esa cabaña, enumerando las casas seguras de la Bratva en cuidadoso cirílico. La nota de Yegor con el dibujo del cuervo que nos llevó al anillo con el cuervo grabado, que ella encontró tan astutamente antes.

Y ahora esto. Pilares en un campo.

—¿Qué significa todo esto? —pregunta Mariya, su voz tensa por el cansancio. —¿Por qué mi padre nos dejaría todas estas pistas si no se conectan con nada?

Cojo el dibujo, acercándolo más a la luz. —Tienen que conectarse. Solo nos falta algo.

—¿Pero qué? —Se levanta y comienza a caminar de un lado a otro, sus pies descalzos silenciosos sobre el suelo de madera. Mi camiseta grande que lleva puesta le llega hasta mitad del muslo, y me distraigo con la curva de su trasero bajo la tela fina. —Hemos seguido todas las pistas. Hemos estado en la cabaña, en la casa familiar, y encontramos la lista de casas seguras. ¿Qué se supone que hagamos con pilares en un campo?

Obligo mi atención a volver al problema en cuestión. —Quizás sea una ubicación. Algo significativo para tu familia.

—Nunca he visto algo así. —Deja de caminar y se da la vuelta para mirarme, sus ojos oscuros buscando los míos. —Mi padre nunca mencionó ruinas antiguas o pilares. Mi madre tampoco.

Dejo el dibujo y me levanto, acercándome a ella. Mis manos encuentran su cintura, empujándola contra mí. —Lo resolveremos. Siempre lo hacemos.

Ella se inclina hacia mí, su frente apoyada en mi pecho. —Estoy cansada de los rompecabezas, Andrey. Estoy cansada de perseguir fantasmas.

—Lo sé. —Presiono un beso en la parte superior de su cabeza, inhalando el limpio aroma de su champú. —Pero estamos cerca. Lo siento.

Ella se separa ligeramente, mirándome. —¿Y si no lo estamos? ¿Y si mi padre solo estaba paranoico y estas pistas no llevan a ninguna parte?

—Entonces lidiamos con eso cuando lo sepamos con seguridad. —Mi mano se desliza por su espalda, enredándose en su largo cabello rubio. —Pero ahora mismo, nos centramos en mañana. En la trampa que estamos preparando.

Su expresión cambia, la frustración siendo reemplazada por la emoción. —Sigues preocupado por eso.

—Sí. —No me molesto en mentir. —Algo no se siente bien.

—¿Tu instinto?

—Mi instinto. —La suelto y vuelvo a la cama, sentándome pesadamente. —No puedo quitarme la sensación de que nos falta algo importante.

Mariya me sigue, sentándose a mi lado. Su mano encuentra la mía, entrelazando nuestros dedos. —Hemos planeado todo cuidadosamente. La ubicación del muelle, el tiempo y los dispositivos de rastreo. ¿Qué podría salir mal?

—Todo. —Me doy la vuelta para mirarla, notando la determinación en su mandíbula, el fuego en sus ojos. —Estás caminando voluntariamente hacia el peligro. Eso es lo que podría salir mal.

—Estaré bien —dice, su otra mano acariciando mi rostro, el pulgar rozando mi pómulo. —Tú estarás vigilando. Tus hombres estarán listos. Y yo no soy indefensa.

No, definitivamente no es indefensa. Pero también es mía, y la idea de que esté en manos del enemigo, aunque sea temporalmente como parte de un plan, hace que mi pecho se apriete con algo que se siente incómodamente cercano al miedo.

—No me gusta esto —admito en voz baja.

—Lo sé. —Se inclina hacia mí, posando sus labios sobre los míos en un beso suave—. Pero es la mejor manera de encontrarlos. De acabar con esto.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero eso no lo hace más fácil.

Intensifico el beso, deslizando mi mano por su cabello mientras la atraigo hacia mí. Ella responde de inmediato, su cuerpo fundiéndose contra el mío mientras nuestras lenguas se encuentran. Su sabor, la sensación de sus curvas suaves presionadas contra mí, alejan temporalmente la ansiedad que roe mis entrañas.

Mi otra mano encuentra el dobladillo de su camisa, deslizándose bajo la tela para agarrar su cadera desnuda. Su piel está cálida y suave bajo mi palma, y cuando aprieto, ella jadea contra mi boca.

—Andrey —susurra contra mis labios.

Me separo lo justo para mirarla, observando sus mejillas sonrojadas y pupilas dilatadas. —Te necesito.

—Entonces tómame.

No necesito que me lo digan dos veces. Le quito la camisa por encima de la cabeza, revelando su cuerpo desnudo. Sus pechos son generosos y perfectos, los pezones ya erectos. Mi boca encuentra uno mientras mi mano acaricia el otro, y Mariya se arquea hacia mí con un gemido.

Sus manos trabajan en mi ropa, quitándome la camisa y forcejeando con mi cinturón. La ayudo, desvistiéndonos rápidamente hasta que no queda nada entre nosotros. Entonces la empujo sobre la cama, colocándome entre sus muslos abiertos.

Ya está húmeda cuando mis dedos se deslizan por sus pliegues, y saber que me desea tanto hace que mi polla palpite. La estimulo con la mano, rodeando su clítoris mientras dos dedos penetran su calor estrecho.

Ella jadea, moviendo las caderas contra mi mano. —Necesito que estés dentro de mí.

Me coloco en su entrada y empujo con un fuerte embate. Ella grita, sus uñas clavándose en mis hombros mientras la lleno por completo.

La sensación de su cuerpo envolviéndome, ardiente y perfecto, hace que todo lo demás desaparezca.

Establezco un ritmo brutal, penetrándola con embestidas profundas y potentes. Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura, atrayéndome más adentro, y puedo sentir sus músculos internos empezando a palpitar a mi alrededor.

De repente, me voltea y se monta sobre mí, su largo cabello rubio cayendo sobre mi pecho. Arqueo una ceja y ella sonríe.

—Mi turno de controlar —dice antes de hundirse lentamente sobre mi polla. La sensación de sus músculos internos apretándome mientras me recibe casi me hace perder el control ahí mismo.

Inclina la cabeza hacia atrás, apoyándose en sus brazos. Su sedoso cabello roza mis muslos y mis piernas tiemblan en respuesta. ¡De verdad tiemblan! Tengo que apretar los dientes para no correrme, pero es jodidamente difícil. Mi maldita polla palpita como loca, mis huevos llenos y tensos.

Mis ojos recorren su garganta hasta sus pechos generosos, completamente expuestos en esta posición. Sus pezones están rosados y erectos, y me lamo los labios, deseando tenerlos en la boca. Su vientre está plano mientras mueve las caderas, frotándose contra mí, su clítoris rozando mi pelvis.

Joder, es exquisita. Quiero tomarle una foto así. Su rostro sonrojado, ojos cerrados, y una fina capa de sudor cubriendo su cuerpo.

De pronto se incorpora y apoya las manos en mi pecho, cambiando el ritmo que había establecido, haciéndolo más rápido y fuerte. Alargo la mano y froto su clítoris, haciendo que todo su cuerpo se estremezca antes de gritar, su cuerpo apretándose alrededor de mi polla mientras olas de placer la recorren. Yo la sigo momentos después, enterrándome profundamente mientras mi orgasmo es tan intenso que nubla mi visión.

Colapsamos juntos, enredados y sin aliento. La atraigo contra mi pecho, acariciando su espalda mientras nuestra respiración vuelve lentamente a la normalidad.

Nos dormimos así, abrazados, el dibujo de los misteriosos pilares olvidado en la mesilla de noche.

A la mañana siguiente, despierto con el pecho oprimido y la mandíbula apretada. Hoy tendemos la trampa. Hoy, Mariya se adentrará voluntariamente en el peligro para descubrir quién es la nueva familia que está causando tantos problemas, y todos mis instintos gritan que esto está mal.

A mi lado, Mariya se mueve, abriendo los ojos lentamente. Cuando ve mi expresión, sonríe. —Buenos días.

—Buenos días. —Aparto un mechón de su cabello claro de su rostro —. ¿Estás lista para esto?

—Absolutamente. —Se incorpora, estirándose. Mis ojos descienden a su pecho, observando cómo sus senos se elevan con el movimiento. Se me hace agua la boca, pero aparto esos pensamientos antes de que se formen por completo—. No puedo esperar para empezar.

Su entusiasmo solo empeora mi ansiedad. —Deberíamos salir a correr primero. Despejar la mente.

Ella se vuelve a mirarme, sorpresa cruzando su rostro. —¿Correr?

—Te gusta correr. A mí también. —Me encojo de hombros, intentando parecer casual aunque mi mente va a mil por hora—. ¿Por qué no lo hemos hecho antes?

Una sombra cruza su expresión, y me doy cuenta de lo que he dicho. Hasta hace poco, era mi prisionera. Correr juntos no era exactamente una opción cuando estaba encerrada en un dormitorio bajo vigilancia.

—De acuerdo —murmuro—. Olvídate de que he dicho eso.

—No —responde ella, alcanzando mi mano y apretándola con suavidad—. Me gustaría eso. Salgamos a correr.

Nos vestimos rápidamente con ropa deportiva y salimos al exterior. El aire de la mañana es fresco sobre mi piel mientras comenzamos a trotar por los terrenos de la finca. Mariya mantiene el ritmo fácilmente a mi lado, su respiración constante y controlada.

La observo de reojo, fijándome en la determinación de sus hombros, en la manera en que su coleta se balancea con cada paso. Es fuerte. Capaz. Pero también está entrando en una situación en la que todo podría salir mal.

—Deja de preocuparte —dice ella sin mirarme.

—No me estoy preocupando.

—Eres un pésimo mentiroso —replica ella, mirándome de reojo mientras sus labios se curvan en una leve sonrisa—. Prácticamente puedo oírte pensar desde aquí.

Gruño, pero no discuto.

Terminamos de correr y regresamos al interior para ducharnos y prepararnos. Para cuando estamos vestidos y listos, mis hombres ya están reunidos en la sala principal, repasando el plan una última vez.

El muelle es la ubicación elegida. Es lo suficientemente público como para que la nueva familia bratva no sospeche de una trampa, pero lo suficientemente aislado como para que podamos controlar la situación. Cuando se la lleven, los seguiremos usando los dispositivos de localización que hemos escondido en su ropa y joyas.

Sencillo. Limpio. Infalible.

Excepto que nunca nada sale según lo planeado.

Conducimos hasta el muelle en vehículos separados. Mariya viaja conmigo, su mano descansando sobre mi muslo mientras navego

por el tráfico matutino. Ella está tranquila, concentrada y lista. Yo soy el que no puede dejar de pensar en los peores escenarios.

—Va a salir bien —dice ella en voz baja.

—No lo sabes.

—Tampoco tú sabes que no saldrá —responde ella, apretando suavemente mi pierna—. Pero nos hemos preparado para todo lo que se nos ha ocurrido. El resto es solo ejecución.

Aparco a varias cuadras del muelle, en un lugar desde donde puedo observar sin ser visto. Mis hombres están posicionados por toda la zona, ocultos pero listos para actuar. Todo está en su lugar.

Mariya se inclina y me besa, lento y profundo. Cuando se separa, sus ojos oscuros están serios. —Te veré pronto.

—Más te vale. —Le acaricio la cara, mi pulgar rozando su pómulo.— Ten cuidado.

—Siempre.

Se desliza fuera del coche y camina hacia el muelle, su paso seguro y tranquilo. La observo alejarse, mis manos agarrando el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

A través de mi auricular, escucho a mis hombres informar de su posición. Ya está en el muelle, parada cerca del agua como habíamos planeado. Esperando.

Los minutos pasan. Entonces uno de mis hombres reporta movimiento: un sedán negro se acerca desde el norte, con dos hombres en su interior y ambos armados.

—Son ellos —murmuro en mi micrófono.— Todos manténganse en su posición.

El sedán se detiene cerca de Mariya. La puerta del pasajero se abre y un hombre sale. Es alto, de hombros anchos, con un físico que

denota años de violencia. Se acerca a Mariya lentamente, diciendo algo que no puedo escuchar desde esta distancia.

Mariya responde, su lenguaje corporal relajado. Está interpretando su papel perfectamente.

Entonces todo sucede rápido. El hombre agarra su brazo, tirando de ella hacia el coche. Ella lucha lo suficiente para que parezca real, pero no tanto como para resistirse de verdad. En cuestión de segundos, la tienen en el asiento trasero y el sedán se aleja.

—Todas las unidades, sigan ese vehículo —ordeno, arrancando el motor.— No lo pierdan de vista.

Me incorporo al tráfico, manteniendo varios coches entre el sedán y yo. Mis hombres informan sus posiciones, confirmando que también están en persecución. Los dispositivos de rastreo funcionan perfectamente, mostrando la ubicación de Mariya en la pantalla montada en mi salpicadero.

El sedán gira hacia una calle lateral, luego otra. Se dirigen hacia el distrito industrial, exactamente como esperábamos. Todo está saliendo según lo planeado.

Entonces la señal se corta. Miro fijamente la pantalla, mi pulso acelerándose. —¿Qué coño?

—Jefe, hemos perdido la señal de rastreo —informa uno de mis hombres a través del auricular.

—Ya lo veo —golpeo el volante con fuerza.— ¿Dónde está el sedán?

—Desconocido. Torcieron hacia Warehouse Row y desaparecieron.

Acelero, abriéndome paso entre el tráfico mientras me dirijo hacia la última ubicación conocida. Mi pecho está oprimido, mi mandíbula apretada con tanta fuerza que me duelen los dientes.

Cuando llego a Warehouse Row, la calle está vacía. No hay rastro del sedán negro. Ni señal de Mariya.

—Despláguense —ordeno a mis hombres.— Registren cada edificio, cada callejón. Encuentren ese maldito coche.

Pero incluso mientras lo digo, sé la verdad que se asienta en mi estómago como hielo.

La hemos perdido.

33

MARIYA

La venda en los ojos me saca de quicio. No me gustaba cuando Andrey lo hacía, y desde luego ahora me gusta aún menos. Me la colocaron justo después de meterme en su coche, y llevamos un rato dando tantas vueltas que he perdido la cuenta. Por suerte, Andrey y los demás nos siguen y tienen la señal del GPS para localizarme.

Salimos de la carretera y avanzamos despacio unos minutos antes de que el coche se detenga y apaguen el motor. Habremos llegado a donde sea que me llevan.

Permití que mis «captores» me guiasen del brazo dentro de un edificio, interpretando el papel de prisionera sumisa porque resistirme solo empeoraría las cosas. El corazón me late con fuerza durante todo el trayecto, contando pasos y escuchando cualquier sonido que pueda indicarme adónde me llevan. Pero los hombres que me han secuestrado son profesionales. No hablan, no revelan nada.

Tras unos minutos caminando por lo que parecía un almacén o nave industrial, me hacen sentar en una silla sorprendentemente cómoda.

De cuero, con respaldo alto, del tipo que encontrarías en una oficina de lujo. Entonces me quitan la venda.

Estoy en un despacho. Uno muy elegante, de hecho. Paneles de madera oscura recubren las paredes, y el escritorio frente a mí es enorme, pulido hasta quedar como un espejo. Estanterías repletas de volúmenes encuadernados en piel flanquean ambos lados de la estancia, y una garrafa de cristal descansa sobre una mesa auxiliar con sus copas a juego. Todo en este espacio grita riqueza y poder.

Y el hombre sentado al otro lado del escritorio es... impresionante.

Odio que mi cerebro registre ese hecho primero, pero es imposible de ignorar. Tendrá quizá cuarenta y pocos, con el pelo oscuro peinado hacia atrás sobre un rostro que podría salir en un anuncio de colonia. Pómulos marcados, mandíbula fuerte y unos ojos azul pálido que me estudian con una intensidad inquietante. Lleva un traje caro, perfectamente ajustado, y cuando me sonríe, es esa sonrisa que probablemente deja sin fuerzas a la mayoría de mujeres.

A mí, en cambio, me revuelve el estómago.

—Mariya Pushkin —dice, con una voz suave y culta—. Un placer conocerte por fin en persona.

No respondo. Me limito a mirarlo fijamente, manteniendo una expresión neutra aunque el pulso se me acelera.

Se levanta y rodea el escritorio con confianza, apoyándose en el borde para quedar más cerca de mí. No exactamente amenazante, pero invadiendo mi espacio de un modo que busca intimidar.

—Permíteme presentarme —continúa, sin perder esa sonrisa encantadora—. Soy Anatoly Gusev.

Así que este es el jefe de la nueva familia. El Pakhan que lleva meses moviendo fichas contra el territorio de Andrey.

—Disculpa el dramatismo de la entrada —dice Anatoly, haciendo un gesto vago hacia la puerta—. Pero necesitaba asegurarme de que

nuestra conversación fuese privada. Espero que mis hombres no hayan sido muy brutos contigo.

Me obligo a sonreír con amabilidad, como me enseñaron desde niña al tratar con hombres peligrosos. —Fueron perfectamente profesionales.

—Bien. —Me estudia un momento, sus ojos pálidos recorriendo mi rostro, bajando hacia mi garganta y deteniéndose en el escote antes de volver a encontrarse con mi mirada—. Eres incluso más hermosa de lo que sugerían las fotografías.

El cumplido me eriza la piel, pero mantengo la sonrisa. En cualquier momento aparecerán Andrey y sus hombres. Tienen que hacerlo. Andrey no permitiría que me secuestrasen sin montar un rescate. Probablemente estará cerca, estudiando el entorno para organizar el mejor «rescate» posible.

Solo tengo que ganar tiempo.

—Gracias —digo, con voz firme pese al miedo que se enrosca en mi pecho—. Aunque no estoy segura de por qué te has tomado tantas molestias solo para decirme eso.

Anatoly ríe, con una risa cálida y genuina. —Directa. Me gusta. —Vuelve a rodear el escritorio y sirve dos copas de lo que parece vodka caro de la garrafa de cristal. Me ofrece una.

La acepto pero no bebo. No soy tan tonta como para consumir nada que me dé este hombre.

Lo nota pero no comenta, volviendo a su silla y tomando un sorbo lento de su copa. —Quería conocerte porque creo que estás desperdiciándote con Andrey Melnikov.

La franqueza de la declaración me pilla desprevenida. Dejo la copa en el borde del escritorio, juntando las manos en el regazo para ocultar su temblor. —¿Ah, sí?

—Sí. —Anatoly se inclina hacia delante, apoyando los codos en el escritorio—. Eres inteligente, culta y estás conectada con una de las familias Bratva más poderosas de Rusia a través de tu padre. Podrías ser un activo increíble para el hombre adecuado.

—¿Y crees que eres el hombre adecuado? —Mantengo un tono ligero, casi burlón, aunque el estómago se me retuerce en nudos.

—*Sé* que lo soy. —Su sonrisa se ensancha—. Andrey es... adecuado. Ha mantenido su territorio durante unos años y ha ganado cierta lealtad entre sus hombres. Pero tiene limitaciones. Piensa en pequeño. Operaciones locales, influencia regional. No tiene la visión ni los recursos para expandirse más allá de lo que construyó su padre.

Quiero discutir, defender a Andrey, pero me muerdo la lengua. Anatoly está poniéndome a prueba, intentando ver si reacciono emocionalmente o me mantengo controlada.

—¿Y tú sí? —pregunto en su lugar.

—Tengo conexiones que abarcan continentes —dice Anatoly, con un dejo de orgullo en la voz—. Rutas de envío por el Báltico, alianzas con sindicatos en Europa del Este y redes financieras que llegan a negocios legítimos en múltiples países. Estoy construyendo un imperio, Mariya. No solo un territorio.

Se levanta de nuevo y se acerca a la ventana, mirando hacia lo que supongo es la ciudad—. Y esta noche ha demostrado lo fácil que me resulta adentrarme en el mundo de Andrey.

Las palabras me golpean como una bofetada, pero eso no significa que Andrey no venga a por mí.

—Muy impresionante —digo, forzando admiración en mi tono—. Aunque sigo sin entender qué tiene que ver esto conmigo.

Anatoly se gira para mirarme, sus ojos pálidos brillando—. Te estoy ofreciendo una elección, Mariya. Puedes volver con Andrey y seguir

jugando a las casitas con un hombre que ni siquiera sabe protegerte como es debido. O puedes quedarte conmigo y formar parte de algo mucho más grande.

El corazón me golpea contra las costillas—. ¿Me estás pidiendo que abandone a Andrey?

—Te estoy pidiendo que seas inteligente. —Se acerca otra vez, deteniéndose justo delante de mi silla—. Tu padre era un estratega brillante. Entendía que las alianzas se construyen sobre beneficio mutuo, no sobre sentimentalismos. Si estuviera vivo, te diría lo mismo que te digo yo ahora. Andrey Melnikov es un callejón sin salida. Yo soy el futuro.

Por un momento, temo que vaya a vomitar. Las náuseas suben tan rápido que tengo que tragar con fuerza para contenerlas. Este hombre me está sugiriendo que traicione a Andrey y me alíe con él. Y lo hace con modales impecables y una sonrisa encantadora, como si me ofreciera una oportunidad de negocio en lugar de pedirme que destruya a Andrey.

Me obligo a sonreír con amabilidad—. Es una oferta bastante tentadora.

—Lo es. —Anatoly alarga la mano y aparta un mechón de pelo de mi cara, dejando sus dedos rozando mi mejilla—. Piensa en ello, Mariya. Estás desperdiciando tu potencial con un hombre que nunca te dará la vida que mereces.

No me aparto de su contacto, aunque todos mis instintos me gritan que lo haga. Me quedo sentada, sonriendo, esperando a que Andrey irrumpa por la puerta y ponga fin a esta pesadilla.

Pero pasa una hora. Luego otra.

Anatoly me interroga con educación sobre mi padre. ¿Qué negocios tenía? ¿Quiénes eran sus aliados más cercanos? ¿Qué territorios controlaba antes de morir? Respondo con cuidado, dándole

información que ya es de dominio público y esquivando cualquier detalle demasiado específico.

Es bueno en esto. Las preguntas parecen conversacionales, casi amistosas, pero puedo ver la calculación tras sus ojos pálidos. Está reuniendo información, construyendo un perfil de la antigua red de mi padre para ver qué puede explotar.

Y, entre pregunta y pregunta, sigue volviendo a su propuesta. Cuánto mejor sería mi vida con él. Cómo podría darme influencia y poder que Andrey nunca podría. Cómo me respetarían como su socia, no solo como su mujer.

Los halagos son implacables, y odio lo hábil que es al soltarlos. Si no supiera qué clase de hombre es realmente, si no hubiera visto la violencia de la que es capaz su organización, casi podría creer que es sincero.

Pero lo sé. Y no me engaña.

Aun así, no hay rastro de Andrey.

No se oyen disparos fuera. Ni gritos. Ni un equipo de rescate asaltando el edificio.

Solo yo, sentada en esta oficina, cortejada por un hombre que cree que puede comprar mi lealtad con halagos y promesas.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, Anatoly se levanta—. Es tarde. Debes estar agotada.

Y lo estoy. Todo mi cuerpo duele por la tensión, y la mente me da vueltas tras horas de conversación cuidadosa.

—Haré que alguien te lleve a una habitación donde puedas descansar —continúa—. Hablaremos más por la mañana.

Dos hombres aparecen en la puerta, los mismos que me trajeron aquí. Me indican que los siga, y me levanto con las piernas temblorosas.

Anatoly me coge la mano antes de que pueda irme, llevándosela a los labios en un gesto que pretende ser galante—. Duerme bien, Mariya. Espero que consideres seriamente mi oferta.

Retiro la mano con la mayor educación posible y sigo a los hombres fuera de la oficina.

Me conducen por un pasillo hasta un dormitorio sorprendentemente cómodo. Una cama grande con sábanas limpias, un baño privado e incluso una ventana con cortinas gruesas. Pero cuando cierran la puerta tras de mí, oigo el inconfundible sonido de un pestillo que se activa.

Me acerco a la ventana y aparto las cortinas, mirando hacia la oscuridad. No hay luces. Ni movimiento. Ni señal de que alguien venga.

Me dejo caer al borde de la cama, con las manos temblorosas mientras la realidad me golpea.

Quizá Andrey no venga, después de todo.

34

ANDREY

La señal del GPS sigue muerta.

La he comprobado tantas veces en las últimas doce horas que me arden los ojos. Un momento, el dispositivo de seguimiento incrustado en el collar de Mariya mostraba que se movía hacia el sur junto al paseo marítimo. Al siguiente, nada. Solo estática vacía donde debería estar su ubicación.

Alguien la escaneó. Alguien sabía buscar dispositivos de rastreo y tenía el equipo necesario para matar la señal antes de que pudiéramos seguirla. Lo que significa que esto no fue un secuestro oportunista de una familia desesperada intentando enviar un mensaje. Esto fue planeado, profesional y ejecutado con una precisión que me saca de quicio. Debí prepararme para esto. Debí tener planes por si esto ocurría.

Estoy de pie junto a la ventana de mi oficina, con las manos apoyadas en el marco mientras miro el césped impecable que hay abajo. En algún lugar ahí fuera, Mariya está retenida por gente de la que no sé nada. Un nuevo Pakhan, una nueva familia, tan recién llegados al territorio que ninguno de mis contactos tiene información útil. Nadie conoce sus operaciones, sus ubicaciones o sus métodos.

Y mi esposa lleva con ellos toda una noche.

El pensamiento me oprime el pecho hasta que apenas puedo respirar. ¿Qué le están haciendo ahora mismo? ¿Está herida? ¿Asustada? ¿Luchando como sé que lo haría, o el miedo ha logrado finalmente atravesar ese coraje testarudo que lleva como armadura?

Debería haberla detenido, debería haberla encerrado en esta maldita oficina y haberme negado a dejarla ir a esa reunión. Pero estaba tan decidida, tan convencida de que podía valerse por sí misma, y la dejé ir porque una parte de mí creyó que tenía razón.

Me equivoqué, y ahora ella está pagando por ello.

Detrás de mí, seis de mis hombres más leales están alineados en la oficina, con expresiones que van de nerviosos a aterrorizados. Deberían estar aterrorizados. Era su trabajo proteger a Mariya, rastrear el vehículo en el que se fue y tener vigiladas todas las rutas posibles desde el muelle. Y fallaron.

Matvey se apoya en la pared cerca de la puerta, con los brazos cruzados y la mirada fija en los hombres con una furia helada. Ha permanecido en silencio desde que nos dimos cuenta de que Mariya había desaparecido, pero puedo sentir la rabia que emana de él. Se culpa a sí mismo tanto como yo culpo a estos incompetentes que tengo delante.

Me giro lentamente desde la ventana, con las manos convertidas en puños a los costados. El movimiento atrae todas las miradas de la habitación, y veo cómo se tensan, esperando la explosión que saben que va a llegar.

—Explíquenme —digo en voz baja, con un tono mortalmente calmado— cómo seis hombres entrenados no pudieron rastrear un solo vehículo que salía del paseo marítimo.

El más veterano del grupo, un matón de hombros anchos, se aclara la garganta. —Jefe, teníamos vigiladas todas las rutas principales. El vehículo nunca pasó por nuestros puntos de control.

—Entonces usaron una ruta que no cubrieron. —Mi voz sigue siendo tranquila, pero el filo que hay bajo la superficie hace que el hombre se estremezca—. Lo que significa que no anticiparon sus movimientos.

—Cubrimos todo lo que pudimos...

—No cubrieron *nada*. —Las palabras resuenan en la habitación como un látigo—. Mi esposa ha desaparecido. Lleva doce horas en manos de una familia Bratva desconocida, ¿y están aquí diciéndome que hicieron lo que pudieron?

Aprieta la mandíbula, pero no discute. Hombre inteligente.

Me acerco más, recorriéndolos a los seis con la mirada. —Tenían un solo trabajo. Protegerla. Rastrearla. Asegurarse de que volvía a casa sana y salva. Y fallaron.

—Jefe... —empieza uno de los más jóvenes, pero lo interrumpo con una mirada.

—No quiero excusas. Quiero respuestas. —Me detengo frente a uno de ellos, lo bastante cerca como para que tenga que levantar ligeramente la cabeza para mirarme a los ojos—. Tienen veinticuatro horas para averiguar quién se la llevó y dónde la tienen. Si no lo hacen, se juegan el culo. Posiblemente la vida.

La amenaza queda suspendida en el aire, pesada y absoluta. Observo cómo la comprensión se apodera de sus rostros, veo el miedo que surge al saber que no estoy fanfarroneando. He matado a hombres por menos que esto.

—Largo —digo con frialdad—. Y no vuelvas hasta que tengas algo útil.

Salen rápidamente, el eco de sus botas resonando contra el suelo de mármol mientras desaparecen por el pasillo. La puerta se cierra tras ellos con un suave clic, dejando solo a Matvey y a mí en el repentino silencio.

Vuelvo a la ventana, apoyando las manos en el marco mientras contemplo la ciudad. El sol de la mañana brilla, casi burlón en su alegría. En algún lugar ahí fuera, Mariya está atrapada, y yo aquí, impotente.

—No es culpa tuya —dice Matvey en voz baja desde detrás de mí.

—¿No lo es? —No me giro—. La dejé ir. Sabía que era peligroso, y aun así la dejé acudir a esa reunión.

—Habría ido tanto si lo hubieras aprobado como si no. —Matvey se acerca, su reflejo apareciendo en el cristal junto al mío—. Sabes lo testaruda que es.

Una risa amarga se me escapa antes de poder evitarlo. —Testaruda se queda corto.

—También es inteligente. Ingeniosa. Si alguien puede sobrevivir a esto, es ella.

Quiero creerle, aferrarme a la imagen de Mariya resistiendo, usando esa mente aguda y esa determinación sin miedo para mantenerse con vida. Pero el miedo es más fuerte, arañándome el pecho con cada hora que pasa.

—Estoy enamorado de ella —digo en voz baja.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, crudas y honestas de una forma que rara vez me permito. Matvey no responde de inmediato, y puedo sentir su sorpresa incluso sin mirarlo.

—Lo sé —dice finalmente.

Me giro hacia él, arqueando las cejas. —¿Lo sabes?

—Lo sé desde hace semanas. —La expresión de Matvey es seria pero no despiadada—. La forma en que la miras cuando crees que nadie te ve. Cómo cambiaste los protocolos de seguridad después de

que empezara a traspasar límites. No haces eso por alguien que te da igual.

Aprieto la mandíbula. —No quería admitirlo.

—¿Por qué no?

—Porque admitirlo lo hace real. —Me alejo de la ventana, recorriendo la oficina a grandes pasos—. Y si es real, perderla se vuelve insoportable.

Matvey guarda silencio un momento, observándome mientras camino. —No la vas a perder.

—No puedes saber eso.

—No —acepta—. Pero te conozco. Y sé que no pararás hasta encontrarla.

Tiene razón. No pararé. Destrozaré esta ciudad ladrillo a ladrillo si es necesario. Quemaré todas las operaciones de la Bratva, interrogaré a cada contacto y seguiré cada pista, por débil que sea.

Pero primero, necesito saber por dónde empezar.

—Volvemos al muelle —digo, dirigiéndome ya hacia la puerta—. Tiene que haber algo que se nos pasó. Un testigo, un ángulo de cámara, cualquier cosa que nos diga hacia dónde se fueron.

Matvey asiente y me sigue sin cuestionarlo.

El trayecto hasta el puerto dura veinte minutos con el tráfico del mediodía. Paso todo el tiempo mirando por la ventana, mi mente repasando escenarios. ¿Y si la han lastimado? ¿Y si ya está muerta y estoy persiguiendo un fantasma?

No. Aparto violentamente el pensamiento. Mariya está viva. Tiene que estarlo.

El muelle está más tranquilo de día, la actividad nocturna habitual reemplazada por operaciones legítimas de carga y estibadores

moviendo mercancías. Aparcamos cerca del almacén donde tuvo lugar la reunión de Mariya, y salgo al aire fresco, recorriendo la zona con la mirada.

Matvey se coloca a mi lado, escrutando los alrededores con la misma intensidad. —¿Por dónde quieres empezar?

—Las rutas de salida. —Señalo hacia la carretera principal que se aleja de los muelles—. Tuvieron que irse de alguna forma. Aunque evitaran nuestros controles, alguien debió ver algo.

Pasamos la siguiente hora recorriendo la zona, interrogando a estibadores y empleados del almacén. La mayoría afirma no haber visto nada inusual la noche anterior. Unos pocos mencionan haber visto todoterrenos negros, pero eso no ayuda cuando la mitad de las familias Bratva de la ciudad usan vehículos idénticos.

La frustración crece con cada callejón sin salida. Estoy a punto de sugerir ampliar el radio de búsqueda cuando mi teléfono vibra en el bolsillo.

Número desconocido.

Lo saco, mirando la pantalla. Mis contactos están cuidadosamente seleccionados, cada número registrado y verificado. Las llamadas desconocidas son raras, y nunca traen buenas noticias.

Contesto de todos modos, acercando el teléfono al oído. —¿Sí?

—¿Andrey Melnikov? —La voz es masculina, desconocida, con un leve acento que no logro identificar.

—¿Quién es?

—Alguien que sabe dónde retienen a tu mujer.

35

MARIYA

Estoy sentada en el sofá de crema mullido del salón de Anatoly, con las manos cuidadosamente entrelazadas sobre el regazo mientras lucho contra el impulso de salir corriendo hacia la puerta. La habitación es elegante, pero de esa manera fría y estéril que grita dinero pero sin alma. Todo es blanco, beige o algún tono de neutralidad cara. Incluso los guardias apostados cerca de las ventanas se funden con el fondo como muebles bien vestidos.

Anatoly está sentado frente a mí en un sillón de cuero, con una pierna cruzada sobre la otra, su postura relajada. Es objetivamente atractivo. Puedo admitirlo. Alto, de hombros anchos, con rasgos marcados y pelo oscuro peinado a la perfección. Su traje está hecho a medida para resaltar su físico, y hay un aire peligroso en él que probablemente dejaría débiles de rodillas a la mayoría de las mujeres.

Pero sus ojos están muertos.

Es la única palabra que lo describe. Cuando me mira, no hay calidez. Ni humor, ni interés genuino, solo cálculo frío. Como si estuviera evaluando una adquisición empresarial en lugar de hablar con una

persona. Me produce un escalofrío que no tiene nada que ver con el miedo y todo que ver con la repulsión.

Lleva veinte minutos hablando de nuestro —futuro juntos—, con una voz suave y segura. De lo bien que encajamos. De cómo nuestras familias se beneficiarían de una alianza verdadera. De que soy exactamente el tipo de mujer que podría estar al lado de un hombre como él.

Asiento de vez en cuando, emitiendo los sonidos adecuados de interés mientras me retuerce el estómago. La pistola que descansa en la mesita junto a su sillón probablemente está ahí para intimidarme, pero, sinceramente, solo lo hace parecer inseguro. Como si necesitara accesorios para sentirse poderoso.

—Entiendes la importancia del legado, ¿verdad, Mariya? —Anatoly se inclina ligeramente hacia adelante, sus ojos pálidos clavados en mi rostro—. Un hombre en mi posición necesita herederos. Hijos fuertes que puedan continuar lo que he construido.

La palabra —herederos— hace que me suba la bilis a la garganta. Trago con fuerza, manteniendo una expresión neutral. La idea de que este hombre me toque, de tener sus hijos, me dan ganas de vomitar sobre su sofá caro.

—Por supuesto —logro decir, con una voz firme a pesar de las náuseas que me recorren.

Él sonríe, claramente satisfecho con mi respuesta. —Sabía que lo entenderías. Eres inteligente y hermosa, y vienes de buenos linajes. Nuestros hijos serían excepcionales.

Clavo las uñas en las palmas, usando el dolor para mantenerme centrada. *No reacciones. No le des nada que pueda usar en tu contra.*

Pero mi mente sigue alejándose de la voz monótona de Anatoly, de esta habitación estéril y sus ojos muertos. En cambio, me encuentro pensando en Andrey.

La comparación es inevitable. Incluso cuando Andrey me capturó por primera vez, cuando estaba aterrorizada, furiosa y convencida de que iba a matarme, sus ojos nunca habían sido tan fríos. Siempre había algo ahí. Calor, ira, deseo, diversión. *Algo* vivo y real.

Nunca había sentido asco en su presencia. Frustración, sí. Furia, absolutamente. Pero nunca esta repulsión profunda que me hace querer frotarme la piel hasta dejarla limpia.

Y últimamente…

La realización me golpea como un puñetazo, robándome el aliento.

Últimamente, he esperado con ansias pasar tiempo con Andrey. No solo el sexo, aunque Dios sabe que es increíble. Sino las conversaciones durante el desayuno. La forma en que escucha cuando hablo de mi día. Cómo me toca casualmente cuando nos cruzamos en el pasillo, su mano encontrando la curva de mi espalda o sus dedos rozando mi brazo. Los momentos tranquilos en la cama después de que ambos terminamos, cuando me atrae contra su pecho y puedo escuchar su latido bajo mi oído.

Me he enamorado de él.

De mi marido. De un Pakhan. Del hombre que me secuestró y me obligó a casarme.

La verdad me abruma con tal fuerza que incluso me tambaleo ligeramente en el asiento. Mi pecho se oprime, mi pulso se acelera mientras asimilo lo que esto significa. Amo a Andrey. Amo su fuerza y su protección, y cómo me hace sentir segura incluso cuando todo a nuestro alrededor es peligroso. Amo cómo me mira como si fuera lo único que importa en el mundo.

Y estoy sentada aquí en el salón de otro hombre mientras ese hombre habla de hacerme llevar sus hijos.

—¿Mariya?

La voz de Anatoly corta mis pensamientos en espiral. Parpadeo, enfocándome en su rostro. Me observa con esa expresión calculadora, la cabeza ligeramente inclinada.

—Lo siento —digo rápidamente—. ¿Qué has dicho?

Sus labios se curvan en algo que podría ser una sonrisa si alcanzara sus ojos. —Pregunté si creías que debería matar a Andrey Melnikov. Simplificaría las cosas considerablemente. Sin divorcios complicados, sin disputas territoriales. Solo una eliminación limpia del problema.

Mi sangre se hiela. —¿Matarlo?

—Por supuesto. —El tono de Anatoly es casual, como si estuviera hablando del tiempo—. Es el único obstáculo entre nosotros y un futuro muy rentable. Una vez que desaparezca, serás libre de casarte conmigo como es debido. Las familias se unirán y controlaremos territorios desde Moscú hasta la costa báltica.

Abro la boca para responder, aunque no tengo ni idea de qué voy a decir. Mi mente me grita que gane tiempo, que diga algo que no lleve a matar a Andrey pero que tampoco haga sospechar a Anatoly.

Antes de que pueda formar palabras, luces brillantes inundan el salón.

Vienen de fuera, duras y cegadoras a través de los altos ventanales. Levanto la mano para protegerme los ojos, la confusión mezclándose con una repentina esperanza. *¿Qué está pasando?*

Anatoly se pone en pie de un salto, su mano yendo inmediatamente a la pistola en la mesita. Los guardias cerca de las ventanas entran en acción, armas en mano mientras corren hacia las puertas.

Entonces la tranquila tarde estalla en caos.

Gritos irrumpen desde fuera, voces masculinas gritando en ruso. Disparos resuenan en el aire, agudos y aterradores. La puerta principal se abre de golpe con un estruendo que me hace estremecer.

Me tiro al suelo sin pensar, mi cuerpo moviéndose por puro instinto. La alfombra mullida amortigua mi caída mientras las balas empiezan a volar. El sonido es ensordecedor, abrumador, y me tapo los oídos mientras mi corazón golpea contra mis costillas.

Andrey. Tiene que ser Andrey.

El tiroteo es brutal pero breve. Mantengo la cabeza agachada, los ojos cerrados con fuerza mientras continúan los disparos. Hombres gritan, algunos de dolor, otros dando órdenes. Un cristal se rompe en algún lugar a mi izquierda. Algo pesado cae al suelo con un golpe repugnante.

Luego, de repente, termina.

El silencio que sigue es casi tan fuerte como los disparos. Mis oídos zumban mientras levanto lentamente la cabeza, mis manos tiemblan mientras me incorporo un poco para ver qué ha pasado.

Anatoly yace en el suelo a pocos metros, sus ojos muertos mirando a la nada. La sangre se acumula bajo su cabeza por el agujero de bala en su sien. Sus guardias, los que siguen vivos, están siendo arrastrados hacia adelante por hombres que reconozco como los de Andrey. Los obligan a arrodillarse, armas presionadas en la nuca.

Pero no me importa nada de eso.

Mi mirada encuentra a Andrey inmediatamente. Está de pie cerca de la entrada, su amplia silueta recortada contra las luces del exterior. Su pelo oscuro está despeinado, su chaqueta del traje rota en el hombro, y hay sangre salpicada en su camisa. Pero sus ojos escudriñan la habitación frenéticamente, desesperados y salvajes.

Cuando su mirada se posa en mí, el alivio inunda su rostro tan completamente que me quita el aliento.

Se mueve hacia mí de inmediato, pasando por encima de cuerpos y escombros sin mirar abajo. Su atención está completamente en mí, y la intensidad de eso me hace doler el pecho.

Me pongo de pie con piernas temblorosas, todo mi cuerpo temblando por la adrenalina, el alivio y una docena de emociones más que no puedo nombrar. Vino por mí. Por supuesto que vino por mí.

Andrey llega a mí en segundos, sus manos van a mi cara mientras busca heridas. —¿Estás herida? ¿Te ha tocado?

La preocupación en su voz, el modo en que sus dedos tiemblan ligeramente contra mis mejillas, rompe algo dentro de mí. Todo el miedo, el asco y la confusión de las últimas horas caen sobre mí de golpe, transformándose en furia.

—¿Por qué has tardado tanto? —exijo, mi voz afilada y acusadora.

Andrey abre la boca para responder, pero no salen palabras. Su expresión cambia, la confusión parpadeando en su rostro. Entonces sus manos caen de mi cara, y noto la sangre.

Hay tanta sangre.

Se acumula en su pecho, extendiéndose oscura y húmeda sobre la tela blanca de su camisa. La mancha crece incluso mientras miro, y mi cerebro lucha por procesar lo que estoy viendo.

—¿Andrey? —Mi voz sale pequeña, asustada.

Se tambalea ligeramente, sus ojos pálidos encontrándose con los míos. Veo el momento exacto en que su fuerza se agota, el modo en que su cuerpo se afloja.

Entonces cae al suelo.

36

ANDREY

El suelo está frío y duro contra mi espalda, y durante un segundo desorientador, no sé dónde estoy ni qué ha pasado. Entonces el dolor en mi hombro arde con intensidad, agudo y caliente, arrastrándome de vuelta por completo a la consciencia, y lo recuerdo.

Me desmayé.

Como un maldito civil débil que no puede soportar un poco de sangre.

La vergüenza me quema por dentro, más que la herida de bala. Me han disparado antes. Me han apuñalado. Me han golpeado hasta romperme las costillas. He soportado interrogatorios brutales y nunca, ni una sola vez, he perdido el conocimiento. Pero esta noche, delante de Mariya, he caído como un maldito aficionado.

—¡Andrey! —Su voz atraviesa la niebla en mi cabeza, entrecortada y llena de pánico—. ¡Dios mío, que alguien llame a una ambulancia!

Abro los ojos con esfuerzo y la encuentro inclinada sobre mí, su hermoso rostro pálido de preocupación. Sus manos se ciernen cerca de mis hombros como si quisiera tocarme pero temiera hacerme más

daño. Esos ojos verdes están muy abiertos, aterrorizados, y a pesar de la humillación que arde en mi pecho, algo cálido se extiende por mí al ver su preocupación.

Le importo. Está preocupada por mí.

—Estoy bien —logro decir, con una voz más ronca de lo que pretendía.

—¡No estás bien! ¡Estás cubierto de sangre y te has desmayado! —Sus manos por fin se posan en mi pecho, presionando suavemente como si quisiera asegurarse de que soy real—. Necesitas un hospital.

—Nada de hospitales. —Me incorporo sobre los codos, ignorando cómo el mundo gira ligeramente a mi alrededor. El movimiento envía un nuevo dolor punzante a través de mi hombro, pero aprieto los dientes y me obligo a sentarme por completo—. Estoy bien, Mariya. Solo fue un segundo.

—¡Caíste al suelo con tanta fuerza que probablemente todos en la manzana lo oyeron! —Ahora casi está gritando, su miedo transformado en ira—. Podrías tener una conmoción cerebral. Podrías...

—No tengo una conmoción. —Alargo la mano sana y le acaricio la cara, mi pulgar rozando su pómulo. Su piel es suave y cálida, y el contacto me ancla más que cualquier otra cosa—. Lo prometo. Estoy bien.

No parece convencida, pero deja de discutir. Sus manos se mueven hacia mis hombros, evitando con cuidado la herida, y me ayuda a ponerme de pie. El mundo se inclina peligrosamente por un momento, pero bloqueo mis rodillas y me obligo a mantenerme erguido.

No me voy a desmayar otra vez. No delante de ella.

Mis hombres tienen a los atacantes supervivientes arrodillados en fila, con las manos atadas a la espalda con bridas. La sangre

mancha el suelo a su alrededor, charcos oscuros que se extienden desde los cuerpos de sus compañeros muertos. Quedan cinco con vida, todos mirando al suelo con la resignación de quien sabe que está jodido.

Presiono la mano contra la herida en mi hombro, sintiendo la sangre caliente filtrarse entre mis dedos. La presión ayuda, pero sé que necesito atención médica pronto. Aun así, esto no puede esperar.

Mariya se queda cerca de mí mientras camino hacia los hombres arrodillados, su presencia a la vez reconfortante y distrayente. Siento su mirada sobre mí, observando cualquier señal de que pueda desplomarme de nuevo. Eso me hace erguirme más, moverme con más seguridad de la que realmente siento.

Me detengo frente al primer hombre, un cabrón de hombros anchos con la nariz rota y sangre corriendo por su barbilla. No mira hacia arriba cuando me acerco.

—Tenéis dos opciones —digo, mi voz resonando por el almacén—. Uniros a mi familia, jurarme lealtad y vivir. O negaros y morir aquí mismo.

El hombre levanta la cabeza de golpe, sus ojos abiertos por la sorpresa. No esperaba clemencia. Ninguno de ellos lo esperaba.

—Yo... —Traga con dificultad, su mirada saltando hacia sus compañeros—. Me uno. Juro lealtad.

—Bien. —Me muevo hacia el siguiente, un tipo más joven que no puede tener más de veinticinco—. ¿Y tú?

—Me uno —dice inmediatamente, con la voz temblorosa—. Lo que quieras. Lo haré.

Uno por uno, todos toman la misma decisión. No es sorprendente. La mayoría de los hombres eligen la vida sobre la muerte cuando se les da la opción, especialmente cuando la muerte les mira a la cara con un arma.

Para cuando termino con el último, mi visión empieza a volverse borrosa en los bordes. He perdido más sangre de lo que pensaba, y la adrenalina que me mantenía en pie se desvanece rápidamente. Pero no lo dejo ver. Me giro hacia mi segundo al mando y le doy instrucciones para procesar a los nuevos reclutas, y finalmente permito que Mariya me guíe hacia el SUV.

El viaje de vuelta a la finca transcurre en una neblina. Mariya se sienta pegada a mi lado sano, con su mano descansando en mi muslo como si temiera que desaparezca si no me toca. Quiero decirle que estoy bien, que no tiene que preocuparse, pero las palabras se atascan en mi garganta.

Porque la verdad es que me gusta que se preocupe por mí. Me gusta cómo sigue mirándome la cara, asegurándose de que sigo consciente. Me gusta la furia protectora en sus ojos cuando mira mi hombro.

Me encanta que se preocupe.

Para cuando llegamos a la finca, mi camisa está empapada de sangre y el hombro me palpita con cada latido del corazón. El médico de guardia ya nos espera, llamado por uno de mis hombres durante el trayecto. Es un hombre delgado y nervioso de unos cincuenta años que lleva décadas curando a soldados de la Bratva.

Mariya se niega a apartarse de mi lado mientras el médico nos conduce a una de las habitaciones invitadas. Se queda cerca de la cama mientras me quito la camisa arruinada, sus ojos siguiendo cada movimiento. Cuando el médico empieza a limpiar la herida, se acerca aún más, observándolo con los ojos entrecerrados como si no confiara en que lo haga bien.

La escena es tan absurda, tan inesperadamente protectora, que me echo a reír.

Tanto el médico como Mariya se giran para mirarme con idénticas expresiones de preocupación. Las manos del médico se detienen en

mitad del movimiento, sosteniendo una gasa empapada de sangre en el aire.

—¿Te sientes mareado? —pregunta el médico con cuidado—. ¿Aturdido?

—¿Necesitas tumbarte? —añade Mariya, llevándose la mano a mi frente como si me estuviera tomando la fiebre.

Me río aún más fuerte, lo que hace que el hombro me proteste con dolor, pero no puedo parar. Creen que estoy delirando. Creen que la pérdida de sangre me ha dejado ido. Pero en realidad, solo me divierte la imagen de Mariya mirando al médico como si fuera una amenaza.

—Estoy bien —logro decir entre risas—. Es que... pareces a punto de atacarle si hace un movimiento en falso.

Las mejillas de Mariya se sonrojan, pero no se echa atrás. —Me aseguro de que lo haga bien.

—Lleva veinte años haciendo esto, solnyshko.

—No me importa. Le estoy vigilando.

El médico, sabiamente, no dice nada y vuelve a su trabajo. La bala había salido limpia, lo cual es buena noticia. Limpia y venda la herida con movimientos eficientes, luego me da instrucciones para el cuidado y una receta de antibióticos.

—Nada de actividad extenuante durante al menos una semana —dice con firmeza—. Y si tienes fiebre o la herida muestra signos de infección, llámame inmediatamente.

Asiento, planeando ya ignorar la mayoría de sus consejos. Una semana de descanso no es una opción cuando dirijo un imperio criminal.

Cuando el médico por fin se marcha, Mariya intenta obligarme a ir al dormitorio. —Necesitas dormir. Has perdido mucha sangre.

—Necesito relajarme primero —la tomo de la mano y la llevo hacia la biblioteca—. Ven conmigo.

Quiere discutir, lo veo en sus ojos. Pero algo en mi expresión la convence porque me sigue sin protestar.

La biblioteca está en silencio y a oscuras, iluminada solo por la luz de la luna que entra por los altos ventanales. Me dejo caer en uno de los sillones de cuero cerca de la chimenea y atraigo a Mariya hacia mi regazo, con cuidado de no mover el hombro herido.

—Andrey...

—Solo quédate aquí conmigo —murmuro contra su pelo—. Por favor.

Ella se relaja contra mi pecho, con la cabeza bajo mi barbilla. Durante varios minutos, permanecemos en un silencio cómodo. Mi mano traza patrones perezosos en su espalda y siento cómo la tensión abandona poco a poco su cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Te hicieron daño?

—No —su voz es suave, casi frágil—. No tuvieron tiempo. Llegaste antes de que...

No termina la frase, pero no hace falta. Puedo imaginar lo que Anatoly había planeado para ella. El pensamiento hace que la rabia arda en mi pecho, y me alegro de que el cabrón esté muerto. Solo desearía poder matarlo otra vez, más despacio esta vez.

—Cuéntame qué pasó —digo en voz baja—. Desde el principio.

Mariya respira temblorosamente y empieza a hablar. Explica cómo Anatoly llevaba semanas planeándolo.

—Quería matarte y casarse conmigo —hace una mueca—. El muy cabrón dijo que nuestras líneas sanguíneas harían unos bebés excelentes.

La rabia en mi pecho se intensifica, ardiendo más que el dolor en mi hombro. —Me alegro de que esté muerto.

—Yo también —se mueve ligeramente, girándose para mirarme a la cara—. ¿Cómo me encontraste? No creía que nadie supiera dónde estaba.

La pregunta me trae el recuerdo de la llamada telefónica y frunzo un poco el ceño. —Alguien me llamó y me dio la ubicación del almacén.

—¿Quién?

—No lo sé. El número estaba bloqueado —paso los dedos por su pelo, disfrutando de su textura sedosa—. Pero quienquiera que fuese, sabía exactamente dónde estabas y quería que te encontrara.

Mariya guarda silencio un momento, procesando la información. —Eso no tiene sentido. ¿Por qué alguien querría ayudarnos?

—No lo sé —pero incluso al decirlo, algo me inquieta en el fondo de la mente. Algo sobre esa llamada que no noté en su momento.

La voz.

Estaba tan concentrado en la información, en llegar a Mariya antes de que fuera tarde, que no presté atención a quién hablaba. Pero ahora, sentado aquí en la silenciosa biblioteca con ella a salvo en mis brazos, el recuerdo surge con una claridad cristalina.

La voz me resultaba familiar. Más envejecida, más áspera, pero inconfundible.

Todo mi cuerpo se tensa cuando me doy cuenta.

—¿Andrey? —Mariya se incorpora, sus ojos grises escudriñando mi rostro—. ¿Qué pasa?

La miro fijamente, mi mente acelerada sopesando las implicaciones. No tiene sentido. No puede ser cierto. Pero sé lo que oí.

—La persona que me llamó —digo lentamente, con la voz tensa—. Reconocí la voz.

—¿Quién era?

Nuestras miradas se encuentran, y veo mi propio shock reflejado en sus ojos.

—Era Yegor. Tu padre.

37

MARIYA

No puedo dejar de mirar a Andrey mientras estamos sentados en la biblioteca. Mi mente no para de dar vueltas a la misma pregunta imposible. ¿Cómo sabía mi padre dónde estaba?

La respuesta se asienta en mi pecho con una certeza incómoda. Papá lo sabía porque me ha estado vigilando, siguiéndome la pista incluso mientras huye de media Bratva. La idea debería aterrorizarme, pero en lugar de eso me llena de un extraño calor. No me ha abandonado. Todavía me protege como puede.

Y confió en Andrey para rescatarme.

Esa revelación me impacta más de lo que esperaba. Papá podría haber venido él mismo, podría haber arriesgado todo para sacarme personalmente de la casa de Anatoly. Pero no lo hizo. Envió a Andrey porque sabía que mi marido movería cielo y tierra para traerme de vuelta sana y salva.

El pensamiento hace que mi pulso se acelere. Vuelvo a mirar a Andrey, estudiando su perfil bajo la tenue luz de las lámparas.

—¿Cómo lo supo? —pregunto en voz baja.

Los ojos claros de Andrey se posan brevemente en mí antes de volver a la carretera. —Tu padre tiene recursos que todavía no entendemos del todo. Contactos. Redes de información que sobrevivieron incluso después de que todo se viniera abajo.

—Pero saber exactamente dónde estaba… —dejo la frase en el aire, sacudiendo la cabeza—. Eso es más que solo recursos. Confía en ti —digo suavemente.

Las manos de Andrey se tensan sobre mí. —Debería hacerlo. Prendería fuego a toda la puta ciudad antes de dejar que alguien te hiciera daño.

La feroz posesividad en su voz me envía calor a pesar de todo lo que ha pasado esta noche. Alargo la mano y la poso en su muslo, sintiendo el músculo tensarse bajo mi palma.

—Lo sé —susurro—. Ahora, tienes que irte a la cama. —Mi tono suena como el de una madre regañando a un niño, pero me da igual.

El hecho de que no discuta y, en cambio, se ponga en pie, tendiéndome una mano, me dice lo agotado y débil que está. Vamos a nuestro dormitorio y enseguida le ayudo a desvestirse. No es algo sexual. Ahora mismo estoy haciendo de enfermera, no de esposa. Una vez desnudos, aparto las sábanas y él se mete en la cama.

—Necesito abrazarte —dice con voz ronca—. Solo un rato.

Asiento con la cabeza contra su pecho, rodeando su cintura con los brazos mientras escucho el latido constante de su corazón bajo mi oído, sus manos moviéndose lentamente por mi espalda.

Finalmente, se aparta lo justo para mirarme a la cara. Sus dedos rozan mi mandíbula, inclinando mi cabeza hacia arriba para que nuestras miradas se encuentren. Se inclina y me besa. Al principio es suave, casi tímido, como si temiera que pudiera romperme.

Le devuelvo el beso con más fuerza, necesitando sentir su fortaleza y el recordatorio de que ahora estamos a salvo. Sus manos se deslizan en mi pelo, sujetándome mientras el beso se intensifica. Cuando por fin nos separamos, los dos respiramos con dificultad.

—Estaba aterrado —dice en la oscuridad—. Cuando me di cuenta de que no estabas, cuando no podía encontrarte… Nunca había sentido un miedo así.

—Bueno, te tomaste tu dulce tiempo para rescatarme —digo, pero no hay enfado en mis palabras e incluso esbozo una pequeña sonrisa para que sepa que estoy bromeando.

Él frunce el ceño y niega con la cabeza. —Desconectaron el GPS que teníamos en ti y luego de alguna manera nos despistaron. Ninguno de mis hombres vio adónde te llevaron. Quería matarlos por meter la pata así, por ponerte en peligro. Todavía puedo hacerlo.

—Se acabó —digo con tono tranquilizador—. No es culpa suya y necesitas a tus hombres, así que no los mates.

Parpadea, luego se ríe, atrayéndome de nuevo contra su pecho. —Tienen suerte de que estés aquí para hacerme entrar en razón.

—Tenía miedo de no volver a verte —admito en voz baja al cabo de unos minutos.

Su agarre se tensa. —Siempre volverás a verme. Pase lo que pase, te encontraré. Siempre te encontraré.

La certeza en su voz hace que algo cálido florezca en mi pecho. Alargo la mano y acaricio su mandíbula con los dedos, sintiendo la leve barba incipiente.

—Andrey —susurro.

—¿Sí?

—Te quiero.

Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas, honestas y crudas. Andrey se queda muy quieto bajo mí, conteniendo la respiración por un instante.

—Dilo otra vez —dice con voz ronca.

—Te quiero. —Esta vez las palabras salen más fácilmente, más seguras—. Creo que hace tiempo que te quiero.

Sus ojos escudriñan los míos, y veo algo cambiar en su expresión. Algo vulnerable y feroz a la vez. —Mariya…

—No tienes que decírmelo a mí también —empiezo, pero me interrumpe con un beso.

Cuando se aparta, su frente descansa contra la mía. —Yo también te quiero. Dios, te quiero tanto que me aterra.

Se me corta la respiración. Nos miramos en la oscuridad, ambos sorprendidos por la confesión, ambos preguntándonos cómo hemos llegado hasta aquí. De un secuestro y un matrimonio forzado a esto. Al amor.

—¿Cuándo lo supiste? —pregunto en voz baja.

—No lo sé exactamente —su pulgar continúa su suave recorrido por mi mejilla—. Quizá cuando te enfrentaste a mí esa primera semana. Quizá cuando empezaste a llevar la casa como si hubieras nacido para ello. O tal vez fue cuando me miraste durante la cena una noche y sonreíste, y me di cuenta de que haría cualquier cosa por volver a ver esa sonrisa.

Volvemos a besarnos, esta vez más despacio, saboreando el momento. Cuando por fin nos acomodamos de nuevo entre los almohadones, estoy acurrucada a su lado con su brazo rodeándome con firmeza.

—Duerme —murmura contra mi pelo—. Mañana resolveremos todo lo demás.

Cierro los ojos y dejo que el agotamiento me arrastre, segura de saber que estoy exactamente donde debo estar.

A la mañana siguiente, me despierto con una certeza repentina que me hace incorporarme en la cama.

—El cementerio —digo en voz alta.

Andrey se mueve a mi lado, abriendo lentamente sus pálidos ojos.

—¿Qué?

—Papá me dejó un mensaje en el cementerio antes. Quizá ha dejado otro.

Andrey se despierta por completo al instante, su expresión se agudiza.

—¿Crees que se arriesgaría a volver allí?

—Creo que se arriesgaría a cualquier cosa para hacerme saber que está bien. Ya lo ha demostrado llamándote a ti —ya estoy saliendo de la cama, buscando ropa—. Tenemos que comprobarlo.

Veinte minutos después, llegamos a las puertas del cementerio. La mañana es fría y gris, con niebla baja sobre las lápidas. Guío a Andrey hasta la tumba de mi tía, con el corazón latiendo de anticipación.

Allí, escondido bajo una pequeña piedra cerca de la base de la lápida, hay un trozo de papel doblado.

Lo cojo con manos temblorosas y lo despliego con cuidado. La letra de papá llena la página, y mis ojos se nublan de lágrimas mientras leo.

Mi querida Mariya,

Me alivia mucho que estés a salvo. Cuando supe lo ocurrido, supe que Andrey movería cielo y tierra para traerte a casa. Tenía razón al confiar en él contigo.

No puedo decirte dónde estoy ni cuándo nos volveremos a ver. Pero debes saber que pienso en ti todos los días. Estoy orgulloso de la mujer en que te has convertido y te quiero más de lo que las palabras pueden expresar.

Mantente a salvo, hija mía. Confía en tu marido. Él te protegerá cuando yo no pueda.

Con todo mi amor,

Papá

Aprieto la nota contra mi pecho, con lágrimas corriendo por mi rostro. El brazo de Andrey rodea mis hombros, acercándome a su lado.

—Está bien —susurro—. Todavía está ahí fuera.

—Lo está —la voz de Andrey es suave—. Y vela por ti.

Permanecemos allí varios minutos, con el frío calándonos la ropa. Finalmente, Andrey me guía de vuelta al coche y conducimos a casa en un silencio cómodo.

De vuelta en la finca, leo la nota otra vez en el calor de la biblioteca, memorizando cada palabra. Andrey se sirve un vaso de vodka y se acomoda en uno de los sillones de cuero, observándome con esos ojos intensos.

—¿Puedo verla otra vez? —pregunta al cabo de un rato.

Le paso la nota, esperando que la lea rápidamente y me la devuelva. En lugar de eso, la estudia con atención, frunciendo el ceño en concentración. La sostiene frente a la luz de la ventana, girándola en diferentes ángulos.

—¿Qué haces? —pregunto.

No responde de inmediato. En su lugar, saca su teléfono, hace una foto de la nota y amplía la imagen en la pantalla. Sus ojos se entrecierran mientras acerca la esquina superior derecha.

—¡Lo sabía! —exclama de repente, haciéndome saltar.

Me giro desde donde estaba hojeando los estantes.

—¿Qué?

Me hace señas para que me acerque. Cruzo la habitación y me inclino sobre su hombro, mirando la pantalla del teléfono. Señala la esquina superior derecha del papel en la foto.

—Mira esto. El color es ligeramente diferente aquí.

Entrecierro los ojos para mirar la pantalla. Tiene razón. Hay una leve decoloración en esa esquina, apenas visible a simple vista pero obvia al ampliarla.

Andrey acerca aún más la imagen, y de repente los veo. Números. Pequeños números, escritos con cuidado y escondidos en la textura del papel.

—Dios mío —susurro.

Amplía aún más la foto, y los números se vuelven más claros. Están dispuestos en un patrón específico. Una dirección.

—Es una ubicación —dice Andrey, con la voz tensa por la emoción—. Tu padre te ha dejado coordenadas.

Mi corazón late con fuerza.

—Tenemos que ir allí. Ahora mismo.

—Mariya…

—Por favor —le agarro del brazo—. ¿Y si está allí? ¿Y si esta es su manera de decirme dónde encontrarlo?

La mandíbula de Andrey se tensa, pero veo que lo está considerando. Antes de que pueda responder, unos pasos resuenan en el pasillo fuera de la biblioteca.

La puerta se abre y Matvey entra. Su expresión es cuidadosamente neutra, pero percibo la tensión en sus hombros.

—Jefe —dice, mirando a Andrey—. Sophia está aquí. Pide hablar con Mariya.

38

ANDREY

Miro la nota que tengo en la mano, dándole la vuelta como si la respuesta estuviera escrita al dorso. La dirección no me dice nada. No hay ningún destello de reconocimiento en mi memoria, ninguna conexión con ninguna propiedad que conozca o territorio que controle.

Saco el móvil y escribo la dirección en Google, observando cómo la pantalla se carga y muestra la imagen de un bed and breakfast. El tipo de lugar que anuncia «encanto rústico» y «escapadas románticas» en su página web. Está a tres pueblos de distancia, lo suficientemente lejos para ser discreto pero lo bastante cerca para llegar sin llamar la atención.

Estudio la nota de nuevo, acercándola a la luz que entra por la ventana de mi despacho. Hay algo más ahí, apenas visible en la esquina. Un número adicional, tenue como si hubiera sido escrito rápidamente y emborronado. Entrecierro los ojos, distinguiendo lo que parece un siete.

Un número de habitación.

La comprensión se asienta en mi pecho con una certeza satisfactoria. Marco el número del bed and breakfast de inmediato,

mis dedos se mueven antes de que piense completamente lo que estoy haciendo. El teléfono suena dos veces antes de que una mujer conteste, con una voz alegre y profesional.

—Riverside Inn, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito reservar una habitación para el viernes por la noche —digo, manteniendo un tono casual—. La habitación siete, si está disponible.

Hay una pausa, el sonido de teclas pulsándose en un teclado. —Déjeme comprobarlo. Sí, la habitación siete está disponible para el viernes. ¿Quiere que se la reserve?

—Sí. —Le doy los datos de mi tarjeta de crédito y luego cuelgo.

Doblo la nota con cuidado y la guardo en la cartera, luego me levanto y me dirijo hacia el salón. Necesito comprobar cómo está Mariya, asegurarme de que está llevando la visita de Sophia sin demasiado estrés. Lo último que quiero es que los dramas familiares interfieran con lo que tenemos planeado.

Pero cuando llego a la puerta, me detengo y miro incrédulo.

Mariya está abrazando a Sophia.

No un abrazo educado y distante. Un abrazo de verdad, del que das a un amigo o familiar. Los brazos de Mariya rodean los hombros de la otra mujer, y está murmurando algo que no logro oír. La cara de Sophia está enterrada en el cuello de Mariya, su cuerpo temblando con lo que parecen sollozos.

¿Qué cojones? ¿Mi mujer y la mujer que *creía* que sería mi mujer se están abrazando? Esto es surrealista.

Entro en la habitación y ambas mujeres levantan la vista. Los ojos de Sophia están rojos e hinchados, con lágrimas que le corren por las pálidas mejillas. La expresión de Mariya es dulce y reconfortante, pero por debajo, veo la furia que hierve. Su mandíbula está tensa, sus ojos verdes duros a pesar de las palabras suaves que pronuncia.

—Todo saldrá bien —dice Mariya en voz baja, su mano acariciando la espalda de Sophia—. Lo prometo. Lo resolveremos.

Sophia se separa un poco, secándose la cara con manos temblorosas. —Lo siento mucho. No quería desmoronarme así. Es solo que… no sé qué hacer.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, acercándome.

Sophia se estremece al oír mi voz, su mirada cayendo al suelo. Mariya me mira, y la ira en sus ojos se intensifica.

—Su padre la ha desheredado —dice Mariya, su voz tensa por la rabia apenas contenida.

—¿Qué? —Aprieto la mandíbula. No debería sorprenderme, pero lo estoy.

Los hombros de Sophia tiemblan con nuevos sollozos. —Dijo que había fallado a la familia. Que ni siquiera pude conseguir que te unieras a nuestra organización casándome contigo. Dijo que era inútil y que lo había avergonzado al no poder asegurar la alianza que quería.

La furia estalla dentro de mí, ardiente y viciosa. Cierro los puños a los lados, luchando contra el impulso de golpear la pared más cercana. —Eso es una mierda. Nada de esto es culpa tuya.

—Él no lo ve así. —La voz de Sophia es pequeña, quebrada—. Dijo que tenía un solo trabajo, y que ni siquiera pude hacerlo. Así que me corta por completo. Sin herencia, sin posición en la familia, nada.

La mano de Mariya se tensa sobre el hombro de Sophia, con los nudillos blanquecinos. Puedo sentir la rabia que emana de ella en oleadas, la misma furia que me consume. Esto no va de que Sophia haya fallado. Esto va de que su padre la ha usado como peón y luego la ha descartado cuando no le ha dado lo que quería.

Gran amor paternal. Sabía que el tipo no era muy emotivo. Expresar sentimientos como el amor no entraba en su naturaleza. Pensé que

simplemente ocultaba sus emociones y no era de mostrarlas. Muchos hombres de la Bratva son así, especialmente los Pakhanes que no pueden permitirse mostrar debilidad como sentimientos empalagosos. ¿Pero hacerle esto a su propia hija? Eso no me lo esperaba.

—¿Dónde te vas a quedar? —pregunto, forzando a que mi voz permanezca calmada.

Sophia niega con la cabeza. —No lo sé. Tengo algo de dinero ahorrado, pero no mucho. Pensé que quizá podría encontrar un piso pequeño en algún sitio, hasta que decida qué hacer.

—No. —La palabra sale más cortante de lo que pretendo. —No vas a ir a un piso de mierda. Te quedarás aquí.

Sophia levanta la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. —¿Qué?

—Te quedarás en mi finca —recalco, con un tono que no admite réplica—. Tengo espacio de sobra, y no vas a quedarte en la calle porque tu padre es un puto cobarde que no puede asumir sus propios fracasos.

La expresión de Mariya se suaviza ligeramente al mirarme, con algo parecido a la aprobación brillando en sus ojos. —Andrey tiene razón. No deberías estar sola ahora.

—No puedo pedírtelo —protesta Sophia débilmente—. Es demasiado.

—No lo estás pidiendo. Te lo ofrezco. —Me acerco, agachándome para quedar a su altura—. Tu padre es un cabrón por hacerte esto. Pero no tienes que enfrentarte a ello sola.

Los ojos de Sophia se llenan de lágrimas de nuevo, pero esta vez son diferentes. De gratitud en lugar de devastación. —Gracias. No sé qué decir.

—No digas nada. —Me levanto y miro a Mariya—. Prepararemos una de las habitaciones de invitados. Puedes quedarte el tiempo que

necesites.

Mariya asiente, con la mano aún sobre el hombro de Sophia. —Te ayudaré a instalarte.

Sophia respira temblorosamente, secándose de nuevo las lágrimas. —Hay algo más. Algo que debo deciros.

Me tenso al instante, con los instintos en alerta. —¿Qué ocurre?

Vacila, mirando alternativamente a Mariya y a mí. —No quiero que mi padre salga herido. A pesar de todo lo que ha hecho, sigue siendo mi padre. Pero… —Hace una pausa, tragando saliva con dificultad—. Tengo información que quizá os pueda ayudar.

El silencio llena la habitación. La mano de Mariya se queda inmóvil sobre el hombro de Sophia, y siento cada músculo de mi cuerpo tensarse por la expectación.

—¿Qué tipo de información? —pregunto en voz baja.

Sophia me mira fijamente, y por primera vez desde que entré en la habitación, veo acero bajo las lágrimas. —Información sobre sus operaciones. Cosas que ha estado ocultando a las demás familias. Cosas que podrían daros ventaja.

Mi pulso se acelera. Pero también veo el conflicto en sus ojos. La culpa y la vergüenza luchando contra la rabia y el dolor. Me está ofreciendo un arma contra su propio padre, y la está destrozando.

—No tienes que hacer esto —dice Mariya con suavidad—. No si te va a hacer daño.

Sophia niega con la cabeza. —Él me hizo daño primero. Me tiró como si no valiera nada. No voy a protegerle más.

La estudio con atención, sopesando sus palabras. Va en serio. Está dispuesta a traicionar los secretos de su padre, a darme las herramientas que necesito para destruirle si lo decido.

Y parte de mí quiere hacerlo. Parte de mí quiere tomar todo lo que sabe y usarlo para aplastar al hombre que trató a su propia hija como una transacción fallida.

Pero otra parte de mí, la que ha sido moldeada por la influencia de Mariya, duda. Sophia está ofreciendo esto desde el dolor y la desesperación, no desde la estrategia. Si lo acepto ahora, me estaré aprovechando de ella en su momento más bajo.

—Hablaremos de ello más tarde —digo al fin—. Después de que hayas descansado y puedas pensar con claridad. Ahora, vamos a instalarte.

Sophia asiente, con el alivio inundando su rostro. —Gracias, Andrey. Por todo.

Mariya la ayuda a levantarse y ambas se dirigen hacia el pasillo. Las observo marcharse, con la mente ya dando vueltas a las implicaciones de lo que Sophia acaba de ofrecer.

Información sobre las operaciones de su padre. Secretos que ha estado ocultando. Ventaja que podría usar para protegerme y fortalecer mi posición.

Es exactamente lo que necesito.

Pero tiene un precio. Y aún no estoy seguro de estar dispuesto a pagarlo.

39

MARIYA

Observo cómo Sophia se acomoda en el borde de la cama de invitados, con las manos retorciéndose nerviosas en su regazo. Se la ve agotada, con ojeras marcadas y los hombros encorvados como si cargara con el peso del mundo. Sé lo que se siente cuando un padre te abandona. Es cierto, mi experiencia es completamente diferente. Mi padre se fue para mantenerme a salvo, mientras que el de Sophia la echó porque no consiguió el trato que quería. Aun así, duele, sin importar el motivo, cuando un padre te abandona o te rechaza.

—Gracias —dice en voz baja, casi en un susurro—. Por dejarme quedarme.

—No tienes que darme las gracias —me siento a su lado, lo bastante cerca como para que nuestros hombros casi se rocen—. Estás a salvo aquí. Eso es lo importante.

Asiente, pero noto la tensión que aún se mantiene en su cuerpo. Sus dedos no dejan de moverse, tirando de hilos invisibles en sus vaqueros. Reconozco esa energía nerviosa. La he sentido demasiadas veces como para contarlas.

—Oí a mi padre hablar —dice Sophia de repente, sus ojos verdes encontrándose con los míos—. Sobre ti. Sobre las familias de la bratva.

El estómago se me hace un nudo. —¿Qué oíste?

—Están divididos —toma un aliento tembloroso—. Algunos quieren seguir las viejas reglas, las que dicen que no se ataca a la esposa de un Pakhan. Pero otros… —la voz se le quiebra, la mirada baja hacia sus manos.

—¿Otros qué? —presiono con suavidad.

—Discuten que necesitan acceder a ti. Para descubrir dónde está tu padre —su voz se quiebra ligeramente—. Creen que sabes algo. Que ocultas información.

Un escalofrío me recorre la espalda. Sabía que las familias de la bratva estaban inquietas, sabía que mi presencia aquí complicaba las cosas para Andrey. Pero oírlo confirmado, saber que algunos presionan activamente para romper las reglas que me protegen, lo hace real de una manera que me aterra.

—¿Cuántos? —pregunto, con una voz más firme de lo que me siento.

Sophia niega con la cabeza. —No sé exactamente. Pero suficientes como para que mi padre crea que puede usarlo. Ha estado haciendo llamadas, intentando ganar apoyos.

Mierda. Esto es peor de lo que pensaba.

Me levanto y me acerco a la ventana, mirando los terrenos de la finca. Los guardias patrullan el perímetro, sus movimientos precisos y coordinados. Andrey ha triplicado la seguridad desde el ataque, pero ¿será suficiente si la mitad de las familias de la bratva deciden que soy blanco fácil?

—Lo siento —susurra Sophia detrás de mí—. Debería habértelo dicho antes. Es solo que… no sabía cómo.

Me giro hacia ella, viendo la culpa grabada en sus facciones. —Me lo estás diciendo ahora. Eso es lo importante.

Asiente, pero la tensión no abandona sus hombros. Vuelvo a la cama y me siento a su lado, esta vez tomando su mano entre las mías. Sus dedos están fríos, temblorosos.

—¿Has tenido alguna vez una buena amiga? —la pregunta incluso me sorprende a mí.

Sophia parpadea, claramente desconcertada por el cambio de tema. —Yo… no realmente. Mi padre me mantuvo bastante aislada. Decía que era más seguro así.

—Igual —admito—. He estado huyendo tanto tiempo, protegiéndome, que nunca me arriesgué. Nunca dejé que nadie se acercara lo suficiente.

Sus ojos buscan los míos, algo vulnerable y esperanzado brillando en ellos. —¿Crees que… podríamos ser amigas?

La pregunta me hace doler el pecho. He estado tan concentrada en sobrevivir, en mantenerme un paso por delante de quienes me persiguen, que olvidé cómo se siente desear conexión, querer a alguien que entienda.

—Sí —digo, apretando su mano—. Creo que podríamos.

Una pequeña sonrisa ilumina su rostro, la primera genuina que he visto desde que llegó. Transforma sus facciones, haciéndola parecer más joven, menos cargada. Permanecemos así un rato, simplemente hablando. Me cuenta cómo fue crecer en la casa de su padre, la presión constante por ser perfecta y nunca mostrar debilidad. Yo le hablo de los años pasados de un lugar a otro, siempre mirando por encima del hombro.

Se siente bien. Normal, incluso. Como si, por unos minutos, no estuviéramos atrapadas en medio de una guerra de la Bratva. Solo

somos dos mujeres que han pasado por el infierno y se han encontrado al otro lado.

Finalmente, los ojos de Sophia empiezan a cerrársele, el agotamiento alcanzándola por fin. La ayudo a acomodarse bajo las sábanas, asegurándome de que tiene todo lo que necesita antes de salir de la habitación.

La casa está en silencio mientras bajo las escaleras. La mayoría de los guardias están fuera, y los pocos con los que me cruzo asienten con respeto mientras me dirijo al despacho de Andrey. Lo encuentro tras su escritorio, con el teléfono pegado a la oreja y una expresión dura.

—Ya es suficiente —dice en ruso, su voz cortante con autoridad—. Organiza una reunión con todos los Pakhan. No me importa lo que cueste. Haz que ocurra.

Escucha un momento, luego asiente. —Mañana. Quiero que esto se solucione antes de que empeore.

Termina la llamada y deja el teléfono sobre la mesa, sus ojos encontrando los míos al instante. La tensión en sus hombros disminuye ligeramente al verme, pero la dureza no desaparece de su expresión.

Me acerco al escritorio, mi mirada bajando hacia su hombro. El vendaje es visible bajo su camisa, un crudo recordatorio de lo cerca que estuve de perderlo. —¿Cómo está tu hombro?

—Bien.

—Mentiroso. —Alargo la mano hacia los botones de su camisa, mis dedos desabrochándolos a pesar de sus protestas. —Déjame revisarlo.

—Mariya—

—No discutas conmigo. —Empujo con cuidado la tela hacia un lado, dejando al descubierto el vendaje. Necesita cambiarse. Puedo ver

que los bordes comienzan a despegarse y hay una leve decoloración que me pone nerviosa.

Desaparezco en el baño contiguo y regreso con vendas frescas, colocándolas sobre el escritorio junto a él. Andrey me observa con esa mirada intensa mientras retiro con cuidado el vendaje viejo, examinando la herida.

Se ve mejor de lo que esperaba. Los puntos de sutura están intactos y no hay señales de infección. Pero sigue enrojecido e inflamado, un brutal recordatorio de la bala que atravesó su carne.

—Debes tener más cuidado —murmuro, limpiando la zona con suavidad antes de colocar un vendaje nuevo.

—Estoy bien.

—Te dispararon.

—Y sigo aquí. —Su mano agarra la mía, deteniendo mis movimientos.

Sus palabras hacen que se me cierre la garganta. Termino de asegurar el vendaje y luego tomo el frasco de antibióticos que está sobre su escritorio. —¿Has estado tomándolos?

—Sí.

—¿Cuándo fue la última dosis?

Suspira, claramente exasperado por mi insistencia. —Esta mañana.

Reviso la etiqueta para confirmar el horario y luego dejo el frasco sobre la mesa. —Debes seguir el tratamiento al pie de la letra. La infección es—

Andrey me atrae hacia su regazo antes de que pueda terminar la frase, su brazo sano rodeando mi cintura. El movimiento es tan repentino que jadeo, mis manos apoyándose contra su pecho.

—Andrey, tu hombro—

—Está bien —dice con firmeza, su boca encontrando la mía.

El beso es exigente, posesivo, y me arrebata cualquier protesta que estuviera a punto de hacer. Su lengua se entrelaza con la mía, saboreando y reclamando, y el calor me recorre a pesar de mi preocupación por su herida.

Intento separarme, recordarle que necesita descansar, pero no me lo permite. Su mano sube por mi espalda, enredándose en mi pelo mientras profundiza el beso. Cuando finalmente libera mi boca, los dos respiramos con dificultad.

—Aún podemos tener sexo —dice, su voz ronca—. Solo cuida mi hombro.

—Es una pésima idea.

—La mejor que he tenido hoy. —Su mano desciende para agarrarme el trasero, apretándome más contra él. Puedo sentir lo duro que está a través de sus pantalones, la evidencia de su deseo presionando contra mí.

—Eres insoportable —susurro, pero ya me estoy moviendo sobre su regazo, montándolo adecuadamente en la silla de oficina.

—Y te encanta. —Su boca encuentra mi cuello, sus dientes rozando la piel sensible.

Tiene razón. Dios mío, tiene razón.

Empuja mi camisa hacia arriba y la quita, y yo alcanzo entre nosotros, desabrochando su pantalón. Mi sostén sigue rápidamente, y entonces su boca está en mi pecho, su lengua rodeando mi pezón hasta que me retuerzo contra él.

Logro liberar su polla, envolviendo mi mano alrededor de su gruesa longitud. Ya está duro, ya está goteando, y la vista hace que mi interior se contraiga de deseo. Lo acaricio lentamente, viendo cómo sus ojos se oscurecen de lujuria.

—Mariya —advierte, su voz tensa.

Me levanto lo suficiente para bajar mis vaqueros y bragas por los muslos, sin molestarme en quitármelos del todo. Luego me posiciono sobre él, la cabeza de su polla presionando contra mi entrada.

—Con cuidado —le recuerdo, mi mano apoyándose en su hombro sano.

—Siempre. —Su mano agarra mi cadera, guiándome hacia abajo sobre él.

La penetración es intensa, perfecta, y tengo que morderme el labio para no gritar. Me llena por completo, cada centímetro de él enterrado profundamente. Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Solo respiramos, adaptándonos a la sensación.

Luego empiezo a mover las caderas, lenta y deliberadamente, llevándolo más profundo con cada movimiento. El agarre de Andrey en mi cadera se tensa, su otra mano deslizándose para acariciar mi pecho. Su pulgar roza mi pezón, enviando chispas de placer directo a mi centro.

—Así —murmura, sus ojos pálidos clavados en los míos—. Móntame.

Acelero el ritmo, levantándome y cayendo sobre él con más fuerza. La silla cruje bajo nosotros, pero no me importa. Lo único que me importa es la sensación de él dentro de mí, cómo su polla golpea ese punto perfecto con cada embestida.

Su mano se desliza entre nosotros, sus dedos encontrando mi clítoris y frotando en círculos rápidos. La estimulación adicional me hace gemir, mis movimientos volviéndose más erráticos a medida que el placer crece.

Sus dedos presionan con más fuerza, y eso es todo lo que se necesita. Mi orgasmo me atraviesa, mi cuerpo contrayéndose alrededor de él mientras olas de placer me recorren. Grito, mis uñas

clavándose en su hombro sano mientras me dejo llevar por la sensación.

Andrey sigue momentos después, sus caderas sacudiéndose mientras se derrama dentro de mí. Su agarre en mi cadera es brutal, posesivo, y adoro cada maldito segundo.

Permanecemos así durante varios minutos, enredados, nuestra respiración volviendo lentamente a la normalidad. Entonces su teléfono vibra sobre el escritorio, rompiendo el momento.

Lo alcanza, su expresión cambiando de satisfecho a serio al leer el mensaje. —Es de Matvey. La reunión con los otros Pakhan está fijada para mañana.

40

ANDREY

El restaurante se encuentra en territorio neutral, un lugar donde no se derrama sangre por muy acalorada que sea la conversación. Es una regla no escrita entre las familias, uno de los pocos acuerdos que se mantienen entre todas las facciones. El edificio es de ladrillo viejo y madera oscura, caro pero discreto, el tipo de lugar donde se cierran tratos entre vodka y filetes exquisitos.

Llego temprano con mis hombres de más confianza flanqueándome. El comedor privado ya se está llenando cuando entramos. Aquí están los pakhans de todas las familias importantes de la ciudad, con su propia seguridad repartida por el restaurante. El aire es denso por la tensión y los caros colonias. Estos hombres no se fían unos de otros, pero respetan las normas de este lugar lo suficiente como para presentarse.

Tomo asiento a la cabecera de la larga mesa, con la espalda contra la pared para poder ver cada rostro en la sala. Las conversaciones se apagan conforme los últimos llegados se acomodan en sus sillas. Dejo que el silencio se alargue, que esperen. El poder no consiste solo en quién habla primero. Consiste en quién controla la sala antes de que se pronuncie una sola palabra.

Finalmente, me inclino hacia adelante, con las manos apoyadas en la mesa. —Gracias por venir.

Algunos asienten, pero la mayoría solo miran, esperando a ver de qué se trata.

—He convocado esta reunión para dejar algo muy claro —digo con voz serena y controlada—. Mi esposa, Mariya Pushkin Melnikov, está fuera de los límites. Para todos.

Murmullos recorren la sala. Veo escepticismo en varios rostros, hostilidad abierta en otros. Uno de los pakhans más veteranos, un hombre corpulento que controla los muelles, se recuesta en su silla.

—Tu esposa es hija de Yegor Pushkin —dice con acento marcado—. Eso la convierte en asunto de todos.

—Es mi *esposa* —corrijo, con tono más firme—. Eso la convierte en asunto *mío*. Y *solo* mío.

Otro pakhan interviene, más joven pero igual de peligroso. —Pushkin traicionó a la Bratva. Testificó contra nuestras operaciones, destruyó familias y envió a buenos hombres a prisión. Su hija lleva esa sangre.

—Mariya no ha visto a su padre desde antes de que testificara y la enviara a América —digo sin rodeos—. Tenía dieciocho años cuando la abandonó. No tiene contacto con él, no sabe dónde está y no guarda lealtad hacia el hombre que destruyó su infancia.

—¿Esperas que nos lo creamos? —La voz del hombre rezuma duda —. Una hija no olvida a su padre.

—Creed lo que queráis —respondo, manteniendo su mirada sin pestañear—. Pero si alguien la toca, si alguien la amenaza, si alguien incluso la *mira* mal, lo consideraré una declaración de guerra contra mi familia.

La sala estalla. Las voces se alzan en discusión, algunos están de acuerdo, otros protestan. Los dejo hablar, que se desahoguen. Pero

observo los rostros, registro quiénes parecen más resistentes, quién podría ser lo bastante estúpido como para ponerme a prueba.

Cuando el ruido por fin cesa, hablo de nuevo. —Entiendo vuestras preocupaciones. Sé lo que hizo Pushkin. Pero Mariya es inocente. Ha pagado por los pecados de su padre toda su vida, y no permitiré que siga pagando.

—Bonitas palabras —murmura otro pakhan—. Pero las palabras no cambian la sangre.

Me había preparado para esto, sabía que algunos no se convencerían con lógica o apelaciones a la justicia. Estos hombres respetan una cosa por encima de todo: la fuerza. Y a veces, la fuerza requiere una demostración.

Le hago una seña a uno de mis capitanes, que se dirige a la puerta y la abre. Dos de mis guardias arrastran a un hombre a la sala. Es joven, quizá treintañero, con pelo oscuro y ojos desorbitados. Tiene las manos atadas a la espalda y un moretón fresco en la mandíbula.

La sala enmudece.

—Este es Pavel Sokolov —digo, poniéndome en pie—. Se convirtió en pakhan de la familia Sokolov hace seis meses, tras la muerte de su padre. La semana pasada, hizo averiguaciones sobre mi esposa. Preguntó por su horario, sus movimientos, adónde va cuando no está conmigo.

Los ojos de Pavel se agrandan. —¡Solo era curiosidad! ¡No pretendía nada!

—La curiosidad —digo en voz baja, sacando mi arma de la funda— tiene consecuencias.

No le doy tiempo a suplicar. Levanto el arma y disparo una vez, el estruendo retumba en la sala. La cabeza de Pavel se echa hacia atrás, la sangre salpica la alfombra cara mientras su cuerpo se desploma en el suelo.

Nadie se mueve. Nadie habla. Se suponía que esto era una zona libre de sangre. Se suponía que era seguro. Pero me importa un bledo. Necesitaba dejar algo claro, y creo que hacerlo aquí y ahora lo deja perfectamente claro.

Enfundo el arma y miro alrededor de la mesa, encontrándome con la mirada de cada hombre a su vez. —Eso es lo que le pasa a cualquiera que amenace lo que es mío. No me importa si eres un Pakhan o un soldado raso. No me importa si llevas cincuenta años o cinco en esta vida. Si tocas a mi mujer, mueres.

El mensaje es claro. Brutal, pero claro.

Uno a uno, los hombres asienten para mostrar que han entendido. Algunos parecen enfadados, otros cautelosos, pero todos están de acuerdo. Tienen que estarlo. Acabo de demostrar que estoy dispuesto a matar a un Pakhan delante de testigos para proteger a Mariya.

—Bien. —Me siento de nuevo, ignorando el cuerpo que están arrastrando fuera de la habitación. —Entonces hemos terminado aquí.

La reunión se disuelve rápidamente después de eso. Los Pakhans salen acompañados de sus guardaespaldas, la mayoría evitando el contacto visual.

—Eso ha ido bien —dice secamente uno de mis capitanes una vez que estamos en el SUV.

—Ha ido exactamente como esperaba. —Me recuesto contra el asiento, sintiendo cómo mi pulso se va calmando. —Algunos de ellos respetarán el límite. Otros lo pondrán a prueba eventualmente.

—¿Y cuando lo hagan?

—Los matamos. —Sencillo. Definitivo.

El trayecto de vuelta a la finca es tranquilo. Miro por la ventana, observando cómo pasa la ciudad, mientras mi mente ya se adelanta

al siguiente problema. Matar a Pavel envía un mensaje, pero también crea enemigos. Su familia querrá venganza, aunque sean demasiado inteligentes como para actuar de inmediato.

Pero ese es un problema para otro día.

Cuando atravesamos las puertas, veo a Mariya esperando en los escalones de la entrada. Lleva vaqueros y una de mis camisas, su pelo oscuro suelto sobre los hombros. La visión de ella alivia algo apretado en mi pecho.

Despido a los guardias y camino hacia ella, abrazándola con fuerza. Encaja perfectamente contra mí, su cuerpo cálido y suave.

—¿Cómo ha ido? —pregunta en voz baja.

—Está resuelto. —Beso la parte superior de su cabeza. —Saben que estás fuera de su alcance.

Ella se separa ligeramente, sus ojos oscuros escudriñando mi rostro. —¿Tuviste que hacerle daño a alguien?

Considero mentir, pero Mariya merece la verdad. —Maté a un Pakhan que estaba haciendo preguntas sobre ti.

El aliento se le corta, pero no se aparta. —¿Habrá represalias?

—Quizá. Pero no contra ti. —Sujeto su rostro entre mis manos. —No permitiré que nadie te toque, Mariya. No importa lo que cueste.

Se eleva sobre las puntas de los pies y me besa, dulce y suavemente. —Lo sé.

Profundizo el beso, mis manos deslizándose hacia abajo para agarrar su trasero y apretarla contra mí. Ella jadea en mi boca, sus dedos enredándose en mi pelo. La necesidad que ha estado hirviendo todo el día finalmente se libera.

—Dentro —gruño contra sus labros.

Apenas llegamos al dormitorio. Cierro la puerta de una patada y la empujo contra ella, mi boca reclamando la suya con intensidad aplastante. Sus manos trabajan en mi camisa, forcejeando con los botones hasta que yo mismo la abro de un tirón, haciéndolos volar por el suelo.

—Andrey —susurra, sus uñas rasgando mi pecho.

La levanto con facilidad, sus piernas rodeando mi cintura mientras la llevo hacia la cama. Ella ya está tirando de mi cinturón, desesperada y necesitada, y joder si eso no hace que mi polla palpite.

La desnudo rápidamente, tirando su ropa a un lado hasta que está desnuda bajo mí. Sus pechos son llenos y perfectos, los pezones ya erectos. Toma uno en mi boca, succionando con fuerza suficiente para hacer que se arquee en la cama.

—Por favor —gime, sus caderas balanceándose contra mí.

Deslizo mi mano entre sus muslos y la encuentro empapada. —Tan mojada por mí ya.

—Siempre —jadea.

Introduzco dos dedos dentro de ella, curvándolos para alcanzar ese punto que la hace ver las estrellas. Ella grita, sus músculos internos apretándose alrededor de mí. La estimulo con movimientos firmes, mi pulgar rodeando su clítoris hasta que tiembla.

—Cóme para mí —ordeno.

Ella se desmorona, su cuerpo convulsionándose mientras el placer la atraviesa. No le doy tiempo para recuperarse. Me quito el resto de la ropa y me coloco entre sus muslos, mi polla dura y palpitante.

Cuando me introduzco en ella, ambos gemimos. Está apretada y perfecta, su cuerpo agarrándome como si estuviera hecha para esto. Empiezo a moverme, lento y profundo, haciéndola sentir cada centímetro.

—Más fuerte —suplica, sus uñas clavándose en mis hombros.

Le doy lo que quiere, empujando dentro de ella con embestidas poderosas que hacen temblar la cama. Sus pechos rebotan con cada movimiento, y no puedo resistirme a inclinarme para atrapar un pezón entre mis dientes.

—¡Andrey! —Está cerca de nuevo, puedo sentirlo en cómo su cuerpo se tensa alrededor de mí.

Llego entre nosotros y froto su clítoris, empujándola al límite. Ella llega al orgasmo con un grito, sus músculos apretándose tan fuerte alrededor de mi polla que yo la sigo, mi liberación golpeando como un tren de carga.

Nos derrumbamos juntos, jadeando, nuestros cuerpos resbaladizos de sudor. Me giro de lado y la abrazo contra mi pecho, mi mano acariciando su pelo.

—Te quiero —susurra.

—Yo también te quiero —le beso la frente. —Siempre.

Nos quedamos allí durante varios minutos, simplemente abrazándonos. Entonces Mariya de repente se tensa.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Ella no responde. En cambio, sale de la cama corriendo y va al baño. La escucho vomitar, el sonido haciendo que mi estómago se encoja.

Me levanto de inmediato, siguiéndola. Está arrodillada frente al inodoro, su cuerpo temblando.

41

MARIYA

Me siento al borde de nuestra cama, mirando el palito de plástico blanco que sostengo en la mano como si pudiera explotar. La luz del baño sigue encendida a mis espaldas, proyectando un resplandor intenso sobre el suelo del dormitorio. Me retuerce el estómago, pero esta vez no es por náuseas. Solo pura ansiedad sin filtrar.

Cuando empecé a sentirme mal, me convencí de que era estrés. Las amenazas de Anatoly, la huida constante y el miedo que nunca abandona del todo mi pecho. Todo parecía razón suficiente para que mi cuerpo se rebelara. Pero luego ocurrió lo de anoche. Andrey y yo hicimos el amor, intenso y desesperado como los dos necesitábamos, y después apenas llegué al baño antes de vomitar todo lo que tenía en el estómago.

Las náuseas matutinas las conocía. ¿Pero náuseas nocturnas? Eso era nuevo.

Así que aquí estoy, esperando a que un temporizador me confirme algo que creo que ya sé.

La puerta del dormitorio se abre y Andrey entra. Sus ojos oscuros encuentran los míos al instante, leyendo la tensión en mis hombros y

la forma en que mis dedos aprietan demasiado la prueba de embarazo. No dice nada. Simplemente cruza la habitación y se sienta a mi lado en la cama, lo suficientemente cerca como para que nuestros muslos se rocen.

Su presencia me da estabilidad, incluso cuando todo lo demás parece estar fuera de control.

—¿Cuánto falta? —pregunta en voz baja.

—Dos minutos más.

Asiente y toma mi mano libre, entrelazando sus dedos con los míos. Su palma está caliente, callosa por años de violencia y supervivencia. Me concentro en ese contacto, dejando que me ancle mientras mi mente repasa posibilidades en las que nunca pensé que tendría que preocuparme.

Un bebé. Podría estar esperando el hijo de Andrey.

El pensamiento debería aterrorizarme. Y lo hace. Pero hay algo más bajo el miedo, aunque apenas perceptible. Solo un destello. El miedo lo eclipsa todo.

El temporizador de mi móvil suena, estridente e insistente. Mi corazón golpea contra mis costillas mientras levanto la prueba de embarazo, girándola para que la pequeña ventana quede frente a mí.

Dos líneas rosas.

Suelto un largo y tembloroso suspiro. —Estoy embarazada.

Andrey se queda muy quieto a mi lado. Luego aprieta mi mano y, cuando lo miro, veo algo brillante y fiero en su expresión. Felicidad. Felicidad pura y desprotegida que me hace doler el pecho.

—Mariya. —Mi nombre sale áspero, casi reverente. Me toma la cara con su mano libre, su pulgar acariciando mi pómulo. —Vamos a tener un bebé.

Quiero compartir su alegría, pero solo siento incertidumbre retorciéndome en las entrañas. —No sé si estoy preparada para esto.

—No tienes que estarlo ahora mismo. —Su voz es suave, de una manera que solo yo llego a escuchar. —Tenemos tiempo.

—Nunca había pensado en tener hijos. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. —Mi vida entera ha sido correr, esconderme y sobrevivir. No sé cómo ser madre.

Los ojos grises de Andrey escudriñan los míos y veo comprensión en ellos. No lástima, solo aceptación de dónde estoy ahora mismo. —No tienes que decidir todo hoy.

Asiento, aunque el tiempo parece un lujo que nunca hemos tenido. Con los secretos de mi padre aún desentrañándose a nuestro alrededor y la tensión con las otras familias, traer un niño a este lío parece imprudente. Peligroso.

Pero el bebé ya está aquí, creciendo dentro de mí, esté o no preparada.

Andrey me atrae contra su pecho y me dejo hundir en su calor. Su mano se desliza para reposar sobre mi estómago, plano y protector, y el calor empieza a llenar los espacios fríos dentro de mí.

—Deberíamos ir igual al bed and breakfast —dice después de un momento—. Encontremos o no otra pista, nos vendría bien un descanso. Podríamos hacer una pequeña escapada.

Me separo para mirarlo. —¿Crees que encontraremos algo allí?

—Creo que tu padre fue cuidadoso con dónde escondía las cosas. Si dejó una pista que apuntaba a este lugar, hay una razón. —Su pulgar traza círculos contra mi estómago, el gesto inconsciente y tierno—. Pero incluso si no encontramos nada, nos merecemos un tiempo lejos de todo esto. Solo tú y yo.

La idea de unas vacaciones parece surrealista. He olvidado cómo es simplemente existir sin estar constantemente mirando por encima

del hombro. Pero quizá Andrey tenga razón. Quizá lo necesitemos.

—Vale —digo en voz baja—. Vamos.

El bed and breakfast está en un pueblo pequeño que parece sacado directamente de los años cincuenta. Mientras conducimos por la calle principal, aprieto la cara contra la ventana, observando detalles que parecen demasiado perfectos para ser reales.

No hay basura en las calles ni en los callejones. Todos los céspedes están recién cortados y perfilados con precisión. Macetas cuelgan de las ventanas, rebosantes de flores brillantes. Los niños montan en bicicleta por la acera, riendo y llamándose unos a otros sin preocupación alguna.

Es bonito. Inquietantemente bonito.

—Este lugar es raro —murmuro.

Andrey me mira, con los labios temblorosos de risa. —¿Raro cómo?

—Demasiado limpio. Demasiado perfecto. —Señalo a un grupo de niños jugando a la rayuela en una entrada. —¿Dónde están las ventanas rotas? ¿Los grafitis? ¿El ambiente general de decadencia urbana?

—No todos los sitios son una zona de guerra, Mariya.

—Lo sé. —Cruzo los brazos sobre el pecho, a la defensiva de repente. —Es que... es diferente.

Diferente y un poco maravilloso, si soy sincera. El tipo de lugar donde la gente probablemente conoce los nombres de sus vecinos y deja las puertas sin cerrar por la noche.

Llegamos al bed and breakfast, una encantadora casa victoriana pintada de amarillo pálido con molduras blancas. Un porche envolvente tiene mecedoras y cestas colgantes con helechos. Parece sacado de una revista.

Andrey aparca y viene a abrirme la puerta, con su mano en mi espalda mientras subimos los escalones delanteros. El gesto es protector, posesivo, y me inclino hacia él por instinto, sin pensarlo. Es natural y real.

Dentro, la dueña nos recibe con una cálida sonrisa y nos registra en nuestra habitación. Es una mujer mayor con pelo plateado y ojos amables, del tipo que probablemente hornea galletas para los huéspedes y conoce los asuntos de todos. No pregunta por qué estamos aquí ni de dónde venimos, solo nos da la llave y nos dice que el desayuno es a las ocho.

Nuestra habitación está en el segundo piso, decorada en tonos azules suaves y cremas con una cama de dosel que domina el espacio. Las cortinas de encaje filtran la luz de la tarde, y hay flores frescas en el tocador. Es acogedor y romántico, el tipo de lugar al que las parejas vienen a celebrar aniversarios.

Dejo mi bolsa y me acerco a la ventana, mirando la tranquila calle abajo. Mi mano vuelve a posarse en mi vientre, un hábito que ya he desarrollado en las pocas horas desde que vi esas dos líneas rosas.

Andrey se acerca por detrás, rodeándome la cintura con sus brazos. —¿En qué piensas?

—En que no sé si podré hacer esto. —La confesión sale más baja de lo que pretendía. —Ser madre. Criar a un niño en este mundo.

—Eres más fuerte de lo que crees. —Su aliento es cálido en mi oído. —Y no lo harás sola.

Me giro en sus brazos, levantando la cabeza para mirarlo. —¿Y si soy terrible?

—No lo serás. —Su certeza es absoluta, inquebrantable. —Eres feroz, protectora y leal. Serás una madre increíble.

Quiero creerle. Dios, cómo quiero creerle. Pero el miedo sigue ahí, enroscado en mi pecho.

Andrey me besa en la frente y luego retrocede. —Vamos. Vamos a explorar el pueblo. Podemos registrar la habitación más tarde.

Pasamos la tarde paseando por el centro como turistas. Andrey me compra un helado en una tienda con un toldo a rayas, y nos sentamos en un banco a comer nuestros cucuruchos mientras observamos a la gente pasar. La vainilla es dulce y fría, derritiéndose en mi lengua, y durante unos minutos me permito disfrutarlo.

Entramos en una tienda de regalos llena de artesanías y arte local. Cojo una pequeña talla de madera de un oso, pasando los dedos por su superficie suave. Andrey me observa con una sonrisa cálida. Mi corazón se acelera al verlo. No es frecuente que vea este lado de él.

—Deberías comprarlo —dice.

—¿Por qué?

—Porque te gusta. —Toma la talla de mis manos y la lleva al mostrador, pagando antes de que pueda protestar.

Más tarde, almorzamos en un café al aire libre con manteles a cuadros y sillas desparejadas. Pido un sándwich que apenas saboreo, mis pensamientos dispersos. Mi mano sigue yendo a mi vientre, y noto que Andrey observa el gesto con esa misma expresión tierna.

—¿Estás contento? —pregunto de repente. —¿Por el bebé?

—Sí. —Sin vacilar, sin dudas. Solo la simple verdad.

—¿Incluso con todo lo que está pasando?

—Especialmente con todo lo que está pasando. —Extiende la mano y toma la mía. —Este bebé es prueba de que estamos construyendo algo, Mariya. Algo nuestro. Algo bueno.

Quiero compartir su optimismo, pero solo puedo pensar en los secretos de mi padre y el peligro constante que nos sigue. —¿Y si no podemos mantenerlos a salvo?

—Lo haremos. —Su agarre se tensa. —Prenderé fuego al mundo entero antes de permitir que alguien os haga daño a ti o a nuestro hijo.

La violencia en su voz debería asustarme. En cambio, me reconforta. Porque sé que lo dice en serio. Andrey destruiría a cualquiera que amenazara a nuestra familia sin pensarlo dos veces.

Quizá eso es lo que necesita nuestro hijo. No un mundo perfecto, sino unos padres que lucharán con uñas y dientes para protegerlo.

Esa tarde, volvemos al bed and breakfast al atardecer. La habitación está bañada en una luz dorada, tranquila y silenciosa. Pero no estamos aquí por romance esta noche. Estamos aquí para buscar.

Andrey empieza por los lugares obvios: cajones, armarios, detrás de los cuadros. Yo reviso el baño, pasando las manos por los zócalos y comprobando las baldojas sueltas. Nada.

—Tiene que haber algo aquí —murmuro, frustrada. —¿Por qué si no mi padre dejaría una pista que apuntara a este lugar?

—Lo encontraremos. —La voz de Andrey es calmada y firme. Ahora está a cuatro patas, mirando bajo la cama.

Me uno a él, tumbándome boca abajo para mirar en las sombras. Entonces lo veo. Una sección del suelo que no encaja del todo con las demás.

—Andrey. Mira.

Se acerca, su hombro rozando el mío mientras examina la tabla. Luego saca un cuchillo de su bota y lo introduce en la ranura, haciendo palanca con cuidado.

La tabla se suelta con un crujido suave.

Dentro del hueco hay una única llave dorada.

42

ANDREY

Me despierto con la luz del sol entrando por las ventanas y el cuerpo cálido de Mariya pegado al mío. Durante un momento, me quedo ahí tumbado, con la mano sobre su vientre plano, pensando en la vida que crece dentro de ella. Nuestro hijo. La idea todavía me parece irreal, como algo que les pasa a otros, no a hombres como yo, que han pasado su vida construyendo imperios criminales y eliminando amenazas.

Pero es real. Y a pesar de la evidente ansiedad de Mariya al respecto, estoy jodidamente emocionado.

Ella se mueve a mi lado, abriendo sus ojos verdes. —Buenos días —murmura, con la voz aún ronca de sueño.

—Buenos días. —Me inclino y le beso la frente, luego los labios, con suavidad—. ¿Cómo te encuentras?

—Cansada. Confundida. Abrumada. —Se ajusta ligeramente, cubriendo mi mano con la suya sobre su vientre—. Pero bien, creo.

Quiero decirle que todo irá bien, que la protegeré a ella y a nuestro hijo de cualquier amenaza. Pero ya conozco a Mariya lo suficiente

como para saber que no quiere falsas promesas. Quiere acción. Soluciones.

Así que en vez de eso, digo: —Vamos a casa. Podemos resolver toda esta mierda de la búsqueda del tesoro allí.

Ella asiente, con un destello de alivio en su rostro. —Sí. Me gustaría eso.

Hacemos las maletas rápidamente y salimos de la casa rural. El viaje de vuelta a la finca es silencioso, ambos perdidos en nuestros pensamientos. Matvey nos sigue en el segundo vehículo con nuestro equipo de seguridad, su presencia silenciosa resulta reconfortante de algún modo.

Para cuando pasamos por los portones, estoy exhausto e irritado. Esta búsqueda del tesoro ya se ha alargado demasiado. Los juegos y las pistas crípticas de su padre, el constante ir y venir, todo me está hartando. Quiero respuestas. Quiero terminar esto para poder centrarme en lo que realmente importa ahora.

Mariya, el bebé y nuestro futuro.

Una vez dentro, me dirijo directamente a la biblioteca. Es la habitación más grande de la casa después del salón de baile, con estanterías hasta el techo y suficiente espacio para desplegar todo lo que hemos reunido. Pido al personal que traiga una mesa más grande, algo en lo que podamos trabajar cómodamente.

Mariya aparece en la puerta mientras el personal coloca la pesada mesa de roble en el centro de la habitación. Se ha cambiado a unos vaqueros y un jersey ajustado que acentúa sus curvas, haciendo que sea jodidamente difícil concentrarse. Su pelo rubio está recogido en una coleta y luce determinación.

—¿Lista para terminar con esto? —pregunta.

—Más que lista. —Señalo la mesa—. Organicemos todo. No saldremos de esta habitación hasta que averigüemos qué demonios

intentaba decirnos tu padre.

Matvey se une a nosotros momentos después, llevando la caja con todos los objetos que hemos recopilado. La llave. Las fotografías. Los documentos. Las notas crípticas. Lo deja todo sobre la mesa sin decir palabra y se sienta frente a mí.

Empiezo a organizar las pistas sistemáticamente, agrupando objetos similares. Mariya se mueve a mi lado, su hombro rozando el mío mientras se inclina sobre la mesa para examinar una fotografía. El contacto me provoca calor a pesar de la seriedad de lo que estamos haciendo.

No puedo dejar de tocarla. Mi mano encuentra la curva de su espalda cuando ella alcanza un documento. Mis dedos rozan su muslo cuando se sienta a mi lado. Es como si necesitara el contacto físico para asegurarme de que es real, de que está aquí y de que lleva a mi hijo dentro.

La idea de un hijo, *mi* hijo, me oprime el pecho y me seca la garganta. Mariya teme no ser una buena madre, lo cual me parece ridículo. Es fuerte y amable. Basta con ver cómo se comportó con Sophia, abrazándola y tranquilizándola. Es feroz y protectora. Será una madre fantástica.

¿Pero qué hay de mí? Soy un Pakhan. Tengo mucha sangre en las manos. Soy despiadado y posesivo, pero ¿puedo ser un buen padre? Sacudo la idea de mi cabeza. Eso es algo de lo que preocuparse en otro momento.

Trabajamos en silencio concentrado durante horas, pasándonos documentos, comparando fechas y ubicaciones. La mente aguda de Mariya capta conexiones que yo paso por alto. Matvey contribuye ocasionalmente, con observaciones breves pero útiles.

Para cuando llega la hora del almuerzo, hemos avanzado algo, pero nada definitivo. El personal trae bandejas con comida, sándwiches,

fruta y café, colocándolas en una mesa auxiliar antes de desaparecer en silencio.

Me recuesto en la silla, frotándome los ojos. —Nos falta algo. Tiene que haber un patrón que no estamos viendo.

Mariya pica un sandwich con expresión pensativa. —La llave es clave para todo. Todas las pistas que hemos encontrado llevan de vuelta a ella de alguna manera.

—Pero aún no sabemos qué abre —murmuro, con la frustración filtrándose en mi voz.

Matvey alcanza su café, sus ojos oscuros distantes. Entonces, inesperadamente, habla. No su típica frase corta, sino frases completas.

—Cuando era niño —dice en voz baja—, mi padre organizó una búsqueda del tesoro para mi cumpleaños. Escondió pistas por toda nuestra propiedad. Me llevó tres días encontrar el premio final.

Lo miro, sorprendido. Matvey casi nunca habla de su infancia. Casi nunca habla de nada personal.

—¿Cuál era el premio? —pregunta Mariya con suavidad.

—Un reloj. —Los labios de Matvey se curvan levemente—. Era de mi abuelo. Mi padre quería que me lo ganara, no que me lo entregaran sin más.

El paralelismo no se me escapa. Mi padre estaba haciendo lo mismo, obligándome a trabajar por lo que dejó atrás, asegurándose de que entendiera su valor.

—¿Descifraste las pistas tú solo? —pregunto.

—Al final. —Matvey deja su café—. Pero casi me rindo a mitad. La última pista fue la más difícil porque requería que recordara algo que mi padre me dijo años antes. Algo que pensé que era solo una historia.

Mariya se inclina hacia adelante, sus ojos grises brillando de interés. —¿Qué era?

—Me habló de un lugar donde solía esconder cosas cuando era joven. Una piedra suelta en el muro del jardín detrás de nuestra casa. Lo había olvidado hasta que la pista me lo recordó. —La expresión de Matvey se suaviza un poco—. El reloj estaba allí, envuelto en un paño. Esperándome.

Pienso en mi propia infancia, las historias que me contó mi padre, las lecciones que intentó enseñarme. La mayoría eran sobre el negocio, sobre lealtad, poder y supervivencia. Pero también hubo otros momentos, más silenciosos, que fui dejando de lado con los años.

—Mi padre solía llevarme a un almacén viejo en los muelles —digo, el recuerdo surgiendo inesperadamente—. Antes de que lo reformaran para oficinas. Me mostraba cómo funcionaban las rutas de envío y por dónde entraba la carga. Decía que entender los cimientos de nuestras operaciones era más importante que saber pelear.

Mariya encuentra mi mano sobre la mesa, entrelazando sus dedos con los míos.

Volvemos a las pistas después del almuerzo, extendiéndolas de nuevo sobre la mesa. Mi mano sigue encontrando el muslo de Mariya mientras trabajamos, mi palma apoyada contra el vaquero de sus jeans. No puedo evitarlo. Cada vez que la miro, pienso en el bebé. En cómo todo está a punto de cambiar.

Voy a ser padre.

La realización me golpea de nuevo, aguda y abrumadora. Necesito preparar un cuarto infantil. Encontrar los profesores adecuados cuando llegue el momento. Contratar seguridad adicional. Investigar a cada persona que se acerque a mi hijo.

—Andrey. —La voz de Mariya me devuelve a la realidad—. Estás mirando fijamente.

—Perdón. —Me obligo a concentrarme en los documentos frente a mí—. Solo estoy pensando.

—¿En qué?

—En todo. —Aprieto suavemente su muslo—. En el bebé. En lo que debemos hacer. En cómo mantenerlos a salvo a los dos.

Su expresión se suaviza. —Lo resolveremos.

—Lo sé. —Me inclino y beso su sien—. Pero ya estoy planeando el cuarto infantil en mi cabeza. Y entrevistando guardaespaldas.

Ella ríe suavemente. —El bebé probablemente tiene ahora el tamaño de un guisante.

—No importa. Necesito estar preparado.

Matvey emite un sonido que podría ser de diversión, pero cuando lo miro, su expresión es neutra. Está estudiando una de las fotografías, con el ceño ligeramente fruncido.

—Este lugar —dice, señalando la imagen—, lo reconozco.

Me acerco. La fotografía muestra un edificio antiguo, parcialmente oculto por árboles. —¿Dónde?

—Cerca de los muelles del este. Lo demolieron hace unos cinco años para hacer sitio a nuevas construcciones.

Mariya acerca la fotografía, examinándola con cuidado. —Si ya no está, ¿por qué incluiría mi padre esto en las pistas?

—Quizá no se trate del edificio en sí —digo lentamente—. Quizá sea por lo que había antes de que lo derribaran.

Pasamos la siguiente hora cruzando referencias de la fotografía con registros de propiedades y mapas antiguos. El edificio pertenecía a

una empresa pantalla usada para almacenamiento antes de que resultara demasiado caro mantenerlo.

Pero no hay nada en los registros que explique por qué importa ahora.

Estoy a punto de sugerir que hagamos un descanso cuando la puerta de la biblioteca se abre. Sophia entra, con expresión de disculpa.

—Perdón por interrumpir —dice rápidamente—. Solo buscaba algo para leer y no sabía que estabais aquí.

—No pasa nada —dice Mariya, sonriéndole.

Sophia se dirige hacia las estanterías, pero su mirada se clava en la mesa. Se detiene, entrecerrando los ojos al ver el despliegue de pistas. Entonces su atención se fija en la llave que está en el centro de todo.

Se acerca, su expresión cambiando de curiosidad a confusión. —¿Por qué tenéis una llave de la propiedad de mi padre?

43

MARIYA

Miro mi reflejo en el espejo de cuerpo entero, girándome de lado para examinar el ligero abultamiento de mi vientre bajo mis vaqueros favoritos. El botón me oprime la piel de forma incómoda, y suspiro mientras me los desabrocho por tercera vez esta mañana.

—Ya no me quedan —murmuro, bajando la cinturilla.

Sophia aparece en la puerta de mi habitación, sus ojos oscuros brillando de emoción. —¡Por eso vamos de compras! Venga, será divertido.

—Divertido —repito sin entusiasmo, poniéndome un vestido holgado —. Comprar ropa de maternidad no es mi idea de diversión.

—Podría ser peor —sonríe, entrando en la habitación para sentarse al borde de mi cama—. Al menos no lo haces sola. Te ayudaré a encontrar cosas monas.

Aprecio su entusiasmo, aunque no lo comparta. La verdad es que aún estoy asimilando el embarazo. Algunos días me despierto emocionada por la pequeña vida que crece dentro de mí, imaginando cómo será, si tendrá los ojos azules de Andrey o los

verdes míos. Otros días, la realidad de traer un niño a este mundo me aterra.

¿Cómo protegemos a un bebé cuando nuestras vidas están construidas sobre violencia y peligro?

La pregunta pesa en mi pecho mientras termino de arreglarme. Sophia parlotea sobre las tiendas que quiere visitar mientras me recojo el pelo en una coleta y me pongo zapatos cómodos. Para cuando bajamos, ya ha planeado toda nuestra ruta por el centro comercial.

Andrey espera cerca de la entrada principal, su ancha silueta llenando el marco de la puerta mientras habla en voz baja con dos de sus guardaespaldas. Sus ojos oscuros encuentran los míos al instante, y algo cálido parpadea en su expresión.

—¿Vais de compras? —pregunta, acercándose.

—Al parecer —hago un gesto hacia mi vestido holgado—. Ya no me cabe nada.

Su mirada desciende a mi vientre, posándose allí con una intensidad que hace que el calor me suba por el cuello. Entonces da un paso adelante y me toma la cara entre sus manos, pasando el pulgar por mi mandíbula. —Compra lo que necesites.

Se inclina y me besa, lenta y posesivamente, con la mano deslizándose hacia la parte baja de mi espalda. Cuando se separa, su voz es grave. —Los guardias os acompañan. Sin discusiones.

Pongo los ojos en blanco pero asiento. He aprendido a elegir mis batallas, y esta no vale la pena. Los instintos protectores de Andrey solo se han intensificado desde que supo del embarazo, y, sinceramente, la seguridad no me molesta tanto como finjo.

El trayecto al centro comercial es rápido, con Sophia llenando el silencio con comentarios sobre todo, desde el clima hasta el último drama entre el personal de la casa. Escucho con la mitad de mi

atención, la otra mitad concentrada en los guardias que nos siguen en el todoterreno.

Dentro del centro comercial, los guardias se posicionan estratégicamente. Lo suficientemente cerca para intervenir si es necesario, pero lo bastante lejos para no estar encima. Aprecio el espacio, aunque soy consciente de su presencia constante.

Sophia me arrastra a la primera tienda de maternidad con un entusiasmo contagioso. Delante de nosotros se extienden estanterías de ropa, todo diseñado para adaptarse a vientres en crecimiento y cuerpos cambiantes. Paso los dedos por tejidos suaves, intentando reunir algo de emoción.

—Esto te sentaría genial —dice Sophia, mostrando un vestido ajustado en verde esmeralda intenso.

Se lo cojo, examinando el material elástico. —Es bonito.

—¡Pruébatelo!

Pasamos la siguiente hora recorriendo la tienda, con Sophia cogiendo prendas de los percheros mientras yo me las pruebo. Algunas me quedan bien, otras no, pero poco a poco se forma una pila de opciones aceptables. Vaqueros con cinturillas elásticas, jerséis suaves que caen sobre mi vientre y vestidos cortados para halagar y acentuar la cintura. Elijo ropa de diferentes tallas para adaptarme a mi vientre a medida que pase el tiempo.

Mientras examino unos leggings, la voz de Sophia se vuelve más baja. —¿Has sabido algo de tu padre?

La pregunta me pilla desprevenida. Dejo los leggings y me giro hacia ella. —No. ¿Por qué?

Ella se encoge de hombros, pasando los dedos por un perchero de camisas. —Solo me preguntaba. Mi padre no ha contactado conmigo desde que me repudió.

El dolor en su voz es sutil pero inconfundible. Me acerco más, bajando la voz. —¿Te molesta?

—A veces. —Me mira a los ojos, sus oscuras pupilas sinceras.

Extiendo la mano y le aprieto la suya. —Lo siento.

—No lo sientas. —Sonríe, aunque la sonrisa no llega a sus ojos.

Guardamos silencio un momento, ambas perdidas en pensamientos sobre padres y las complicadas relaciones que tenemos con ellos.

Terminamos de comprar y vamos a comer a un pequeño restaurante del centro comercial. Los guardias se sientan en una mesa cercana, su presencia un recordatorio constante del peligro que me rodea, aunque no pueda verlo. Sophia pide una ensalada mientras yo opto por pasta, recuperando finalmente el apetito tras semanas de náuseas matutinas.

—Entonces —dice Sophia, jugueteando con la lechuga—, ¿has pensado en nombres?

Me río. —Es demasiado pronto para eso.

—¡Nunca es demasiado pronto! Venga, dime algo.

Pasamos el resto de la comida debatiendo nombres para el bebé, Sophia sugiriendo opciones cada vez más ridículas hasta que me río tanto que me duele el estómago. Se siente bien, esta ligereza. Como si tal vez todo vaya a salir bien.

Cuando volvemos a la mansión, con bolsas de compras en mano, noto de inmediato el caos que sale de la oficina de Andrey. La puerta está abierta, y veo mapas extendidos sobre su escritorio, libros de contabilidad apilados y varios hombres apiñados alrededor de la mesa.

Sophia me mira y se dirige hacia la biblioteca sin decir nada. Yo me acerco a la oficina, la curiosidad impulsándome.

Andrey levanta la vista cuando me aproximo, y a pesar de la tensión en la habitación, su expresión se suaviza. Me hace señas para que entre, sus oscuros ojos cálidos.

—¿Qué tal las compras? —pregunta.

—Productivas. —Dejo las bolsas cerca de la puerta y me acerco al escritorio. —¿Qué es todo esto?

Matvey alza la vista del mapa que está estudiando, su rostro marcado por cicatrices, impasible. Los otros hombres en la habitación se mueven ligeramente, haciéndome espacio.

La mano de Andrey encuentra mi cintura, atrayéndome contra su costado. —Vamos a por el padre de Sophia.

Parpadeo, procesando sus palabras. —¿Qué?

—El cabrón repudió a su hija. —La voz de Andrey es fría, cargada de furia. —No se va a librar de las consecuencias.

Miro los documentos extendidos sobre el escritorio. Escrituras de propiedades, registros financieros y participaciones empresariales. Todo lo relacionado con el padre de Sophia está desplegado como un plan de batalla.

—Os lo vais a llevar todo —digo en voz baja.

—Todo —confirma Andrey. —Cuando terminemos, no quedará nada para que Sophia herede. No es que lo quiera.

La expresión de Matvey es sombría pero satisfecha. —Él tomó su decisión. Ahora paga por ella.

Debería sentir algo al respecto. Simpatía, tal vez, o preocupación. Pero todo lo que siento es una feroz satisfacción. Sophia merece algo mejor que un padre que la abandonaría solo porque Andrey no quiso casarse con ella.

—Bien —digo con firmeza.

La mano de Andrey aprieta mi cintura, aprobación brillando en sus oscuros ojos.

Esa noche, después de que los hombres se hayan ido y la oficina esté tranquila de nuevo, Andrey me encuentra en nuestro dormitorio. Estoy desempacando las bolsas de compras, colgando ropa nueva en el armario.

—Enséñame —dice, apoyado en el marco de la puerta.

Me giro hacia él, arqueando una ceja. —¿Enseñarte qué?

—Lo que compraste. —Su mirada baja a las bolsas, luego vuelve a mi rostro. —Desfila para mí.

El calor me recorre ante la sugerencia. —¿Quieres un desfile de moda?

—Quiero verte con esa ropa. —Se acerca, bajando la voz. —Toda.

Me muerdo el labio, conteniendo una sonrisa. —Vale. Pero tienes que sentarte y mirar como es debido.

Se acomoda en la silla cerca de la ventana, sus largas piernas estiradas frente a él. La postura parece relajada, pero noto la tensión en sus hombros, cómo sus oscuros ojos siguen cada uno de mis movimientos.

Empiezo con el vestido esmeralda que eligió Sophia, poniéndomelo en el baño antes de volver al dormitorio. La tela se ajusta a mis curvas, estirándose sobre mi vientre de manera que hace obvio el embarazo, aunque apenas tengo una pequeña barriguita.

La mirada de Andrey se enciende al instante. —Date la vuelta.

Lo hago, lentamente, dejando que vea cada ángulo. Cuando vuelvo a enfrentarme a él, tiene la mandíbula tensa.

—El siguiente —dice con voz ronca.

Me río y vuelvo al baño, poniéndome unos vaqueros ajustados y un suéter suave. Este conjunto es más informal y cómodo, pero la forma en que Andrey me mira hace que me sienta todo menos informal.

—Ven aquí —ordena.

Me acerco, deteniéndome justo frente a su silla. Sus manos encuentran mis caderas, atrayéndome entre sus muslos abiertos. Sus pulgares rozan la curva de mi vientre, y algo tierno parpadea en su expresión.

—Eres preciosa —murmura.

—Me estoy poniendo gorda.

—Llevas a mi hijo —sus manos descienden, agarrando mi trasero—. Eso te hace jodidamente perfecta.

El calor se acumula en mi bajo vientre cuando me atrae hacia su regazo. Me siento a horcajadas sobre él, con mis rodillas presionando la silla a ambos lados de sus caderas. Su polla ya está dura bajo mí, tensa contra sus pantalones.

—Pensé que querías ver el resto de la ropa —bromeo.

—Luego —su boca encuentra mi cuello, sus dientes rozan la piel sensible—. Ahora mismo, te quiero desnuda.

No discuto. Me quito el suéter y lo tiro a un lado, luego desabrocho el botón de mis vaqueros. Andrey ayuda, sus manos impacientes mientras empuja la tela por mis muslos. Los pateo, dejándome solo en sujetador y bragas.

Su mirada me recorre, hambrienta y posesiva. —Joder, Mariya.

Llevo las manos a mi espalda y desabrocho el sujetador, dejándolo caer. Mis pechos están más llenos ahora, más pesados, y las manos de Andrey inmediatamente los acarician. Sus pulgares rozan mis pezones, y gimo ante la sensación.

—¿Sensible? —pregunta con voz ronca.

—Sí.

Se inclina y toma un pezón en su boca, chupando suavemente. El placer me recorre hasta el centro, y me balanceo contra él, desesperada por fricción. Sus manos descienden para agarrar mis caderas, manteniéndome quieta.

—Aún no —murmura contra mi piel.

—Andrey, por favor.

Se aparta, sus ojos oscuros clavados en los míos. —Quítate las bragas.

Me pongo de pie con piernas temblorosas y deslizo la tela hacia abajo, saliendo de ella. Cuando me muevo para montarlo de nuevo, me detiene.

—Date la vuelta —ordena—. Quiero verte cabalgarme.

El calor me inunda la cara, pero obedezco. Me giro y me siento en su regazo, de espaldas a su pecho. Sus manos me guían, colocando su polla en mi entrada. Luego me atrae hacia abajo, llenándome con un empuje lento.

Gimo, mi cabeza cayendo contra su hombro. El ángulo es profundo, casi demasiado, y tengo que respirar para soportar el estiramiento.

—Así es —murmura Andrey en mi oído—. Tómame todo.

Sus manos agarran mis caderas, guiando mis movimientos mientras empiezo a cabalgarlo. La posición le da control, y lo usa, marcando un ritmo que me hace jadear. Una mano sube para acariciar mi pecho mientras la otra baja, sus dedos encuentran mi clítoris.

—Andrey —jadeo, mi cuerpo ya temblando.

Responde con un gruñido.

Sus dedos trabajan mi clítoris en círculos rápidos, y el placer crece veloz. Cuando llega mi orgasmo, es intenso, mi cuerpo se contrae alrededor de él mientras olas de sensación me recorren. Andrey gime, su agarre se endurece mientras empuja más fuerte dentro de mí, buscando su propia liberación.

Cuando se viene, es con una maldición, su polla palpita dentro de mí mientras me llena. Finalmente, Andrey me levanta y me lleva a la cama. Me acuesta con suavidad, sus manos acarician mi vientre.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Más que bien.

Se acomoda a mi lado, atrayéndome contra su pecho. Por un rato, simplemente permanecemos allí en un silencio cómodo. Pero la pregunta que me ha estado atormentando todo el día finalmente surge, y no puedo guardármela más.

—Andrey —digo en voz baja—, tengo miedo.

Su mano se detiene en mi cadera. —¿De qué?

Me giro para mirarlo, mis ojos buscan los suyos. —¿Cómo protegemos a un bebé en esta vida? ¿Cómo lo mantenemos a salvo cuando todo a nuestro alrededor es peligroso?

44

ANDREY

El cuerpo de Mariya sigue temblando levemente contra el mío, su respiración irregular mientras el peso de su confesión se instala entre nosotros. La estrecho más, mi mano deslizándose arriba y abajo por su columna en lentas caricias reconfortantes. El miedo en su voz cuando me habló del embarazo me cortó más profundo que cualquier cuchillo.

—Nuestro hijo estará protegido —digo con firmeza, mis labios rozando su sien—. Te lo prometo.

Ella se separa lo justo para mirarme, sus ojos oscuros escudriñando los míos. —¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque me encargaré de que así sea. —Le acaricio el rostro con ambas manos, mis pulgares secando las lágrimas que aún se aferran a sus pestañas—. Contrataré a los mejores guardias. Ex *Spetsnaz*, hombres que han protegido a jefes de estado. Nuestro hijo tendrá un equipo de seguridad que hará parecer amateur al del presidente.

Un pequeño y tembloroso sollozo escapa de ella. —Eso parece excesivo.

—Nada es excesivo cuando se trata de proteger lo que es mío. —Me inclino y beso su frente, luego su nariz, después su boca—. Actualizaré todo el sistema de seguridad de la finca. Nuevas cámaras, sensores de movimiento y vallas perimetrales reforzadas. Convertiré este lugar en un maldito fuerte si es necesario.

Las manos de Mariya se deslizan por mi pecho, sus dedos aferrándose a mi camisa. —Lo dices en serio.

—Cada palabra. —La atraigo de nuevo contra mí, necesitando sentir su calor, su latido sincronizado con el mío—. Nadie tocará a ti ni a nuestro bebé. No me importa quiénes sean ni qué conexiones tengan. Tendrán que pasar por mí primero.

Ella guarda silencio un momento, su aliento cálido contra mi cuello. Entonces susurra: —Tengo miedo, Andrey.

—Lo sé. —Aprieto mis brazos alrededor de ella—. Pero no estás sola en esto. Me tienes a mí. Tienes a Matvey y a Sophia. Tienes a toda la maldita familia protegiéndote a ti y al bebé.

Permanecemos así un rato, envueltos el uno en el otro mientras la noche se profundiza a nuestro alrededor. Finalmente, siento que su cuerpo se relaja, la tensión abandonando lentamente sus músculos.

—Duerme —murmuro, apartando su cabello del rostro—. Estaré justo aquí.

Ella atrapa mi mano antes de que pueda retirarla. —¿Lo prometes?

—Siempre.

Me quito la ropa hasta quedarme en calzoncillos y me deslizo en la cama junto a ella, atrayéndola contra mi pecho. Mi mano se posa sobre su vientre ligeramente redondeado, protectora y posesiva. La idea de nuestro hijo creciendo dentro de ella me llena de algo fiero y primitivo. Esto es mío. Ella es mía. Y quemaré el mundo entero antes de permitir que alguien los amenace.

La respiración de Mariya se regulariza gradualmente, su cuerpo volviéndose blando y dócil en mis brazos. Deposito un beso en su hombro y cierro los ojos, dejando que el sueño me arrastre.

A la mañana siguiente, despierto antes del amanecer con Mariya aún acurrucada contra mí. Salgo de la cama con cuidado para no despertarla y me dirijo a la ducha. El agua caliente ayuda a despejar mi mente mientras repaso todo lo que debo hacer hoy.

La primera prioridad es inspeccionar la propiedad de Bogdan con la llave dorada. Si logramos descubrir qué demonios esconde allí, quizá finalmente obtengamos respuestas sobre quién mueve los hilos en este desastre.

Para cuando estoy vestido y bajando las escaleras, Matvey ya está en la cocina con el café preparándose. Alza la mirada cuando entro, su expresión seria.

—¿Listo? —pregunta.

—Sí. —Me sirvo una taza y la tomo negro, el amargo calor anclándome a la realidad—. Vamos a ver qué ha estado escondiendo Bogdan.

El trayecto hasta la propiedad de Bogdan toma unos cuarenta minutos. Está ubicada en las afueras de la ciudad, lo suficientemente lejos de la civilización como para no encontrarla por accidente. Al acercarnos, comprendo por qué eligió esta ubicación.

La propiedad se alza en medio de un campo abierto, completamente expuesta por todos lados. Un único edificio de ladrillo se erige en el centro, bajo y utilitario. Pero lo que capta mi atención es la seguridad.

Una valla electrificada rodea todo el perímetro, del tipo que freiría a cualquiera lo suficientemente estúpido como para tocarla. Torres de vigilancia se alzan en cada esquina, ocupadas por hombres armados que siguen nuestro acercamiento con rifles. Más guardias patrullan la línea de la valla, sus movimientos coordinados y profesionales.

—Joder —murmura Matvey a mi lado—. Está protegido como Fort Knox.

No le falta razón. Cuento al menos una docena de guardias visibles desde aquí, y probablemente haya más dentro del edificio. Lo que sea que Bogdán esté protegiendo, es lo suficientemente valioso como para justificar este nivel de seguridad.

Reduzco la velocidad del coche a medida que nos acercamos, manteniendo mis movimientos naturales. Lo último que necesitamos es asustar a estos tipos hasta el punto de que abran fuego. Uno de los guardias cerca de la puerta da un paso al frente, con la mano apoyada en su arma.

—Esta es propiedad privada —anuncia en ruso—. Den la vuelta.

Detengo el coche, pero no doy marcha atrás. —Solo estamos echando un vistazo.

—Entonces miren en otro lado —su tono no deja lugar a negociación.

Matvey se inclina ligeramente hacia adelante, estudiando el edificio a través del parabrisas. —No hay manera de que entremos ahí solo nosotros dos.

—No —asiento, con la mandíbula apretada por la frustración—. Necesitaríamos un pequeño ejército para romper esa seguridad.

El guardia da un paso más cerca, con la expresión endurecida. —He dicho que den la vuelta.

Pongo el coche en reversa y retrocedo lentamente, sin apartar la vista de la propiedad. Los guardias nos observan hasta que estamos bien lejos de la valla, sin bajar sus armas.

Una vez que volvemos a la carretera principal, Matvey exhala con fuerza. —¿Y ahora qué?

—Ahora encontramos otra manera de entrar —aprieto el volante con más fuerza—. Esa llave abre algo ahí dentro. Solo tenemos que averiguar qué sin morir en el intento.

El trayecto de vuelta a la finca es silencioso, ambos perdidos en nuestros pensamientos. Cuando llegamos a la entrada, ya es media mañana y el sol brilla en lo alto.

Entro en la casa con la intención de ir directamente a mi oficina y empezar a planificar el siguiente paso. Pero al pasar por el salón, oigo risas. Risas alegres y genuinas que me hacen detenerme.

Cambio de dirección y camino hacia el sonido. Cuando llego a la puerta, me detengo.

Mariya y Sophia están sentadas juntas en el sofá, ambas riendo tan fuerte que a Sophia le corren lágrimas por la cara. Mariya tiene una mano sobre el estómago, todo su cuerpo temblando de risa.

—No puedo creer que hicieras eso —jadea Sophia entre risas.

—¡Tenía que hacerlo! —Mariya se seca los ojos—. Él estaba siendo tan terco.

Vuelven a reírse, y algo cálido se expande en mi pecho. Me apoyo en el marco de la puerta, observándolas. Mariya se ve tan diferente así. Relajada. Feliz. El miedo y la tensión de anoche han desaparecido, reemplazados por una alegría genuina.

No ha tenido esto. No de adulta. No tenía amigos, no tenía a nadie con quien pudiera ser ella misma. Verla ahora, construyendo una verdadera amistad con Sophia, me hace darme cuenta de todo lo que se ha estado perdiendo.

Es bueno para ambas. Sophia también lo necesita. Alguien en quien pueda confiar.

Mariya me ve primero. Su risa se desvanece en una sonrisa cálida, sus ojos oscuros brillando. —¿Cuánto llevas ahí?

—El tiempo suficiente —me aparto del marco y entro en la habitación—. ¿Qué es tan gracioso?

Sophia sonríe. —Mariya me estaba contando de la vez que te convenció de cocinar.

Levanto una ceja. —Esa es información clasificada.

—Demasiado tarde —la sonrisa de Mariya se amplía—. Ya le conté lo del incidente con la alarma de humo.

—Traidora —murmuro, pero sin acritud.

Me acomodo en la silla frente a ellas, dejando que su conversación fluya sobre mí. Hablan de todo y de nada. Libros que han leído y lugares que quieren visitar. El tipo de cosas que Mariya merece tener en su vida.

Al cabo de un rato, me levanto. —Tengo que ponerme a trabajar. Vosotras seguid conspirando contra mí.

La sonrisa de Mariya se suaviza. —Nunca lo haríamos.

—Mentirosa —me inclino y le doy un beso en la frente—. Estaré en mi oficina si me necesitáis.

Ella me agarra la mano un momento, apretándola. Un agradecimiento silencioso por darle este espacio, esta amistad. Aprieto su mano a mi vez y me dirijo al pasillo.

Mi oficina está en silencio cuando entro, con la luz de la tarde entrando por las ventanas. Me siento tras el escritorio y saco los archivos que hemos estado recopilando sobre los asociados de Bogdán, intentando encontrar un punto débil que podamos explotar.

Estoy inmerso en los documentos cuando suena mi teléfono.

Número desconocido.

Aprieto la mandíbula. Ya he tenido suficiente con estas llamadas. Pero algo me hace contestar de todos modos.

—¿Sí?

—Andrey Melnikov —la voz es masculina, de edad avanzada, con un acento que reconozco de inmediato.

Todo mi cuerpo se tensa. —Yegor Pushkin.

El padre de Mariya.

—Te he dado todas las pistas que pude —dice, su tono afilado por la impaciencia—. ¿Cuándo vas a hacer algo al respecto?

45

MARIYA

Estoy de pie junto a la ventana del salón principal, con los dedos apoyados en el cristal frío mientras observo el caos controlado que se desarrolla en los terrenos de la finca. Los guardias se mueven con determinación entre los edificios, y sus voces llegan tenuemente a través del aire matutino. Hay todoterrenos preparándose cerca del garaje, con los motores en marcha y las puertas abiertas mientras los hombres cargan armas y revisan el equipo de comunicaciones.

Hoy es el día.

Después de semanas de planificación meticulosa, ataques estratégicos y presión calculada, Andrey está finalmente listo para enfrentarse directamente a Bogdan. El imperio del Pakhan ha sido desmantelado sistemáticamente pieza a pieza: sus operaciones interrumpidas, sus aliados convertidos o neutralizados, y sus recursos agotados. Lo que queda es una sombra de lo que fue, y Andrey pretende acabar con ello esta mañana.

El pensamiento me retuerce el estómago de ansiedad.

Sophia está sentada en el sofá detrás de mí, con las manos apretadas en su regazo. No ha dicho mucho esta mañana, solo ha

mirado al suelo con esa expresión atormentada que adopta cuando la culpa se vuelve demasiado pesada. Sé que ha estado ayudando a Andrey a recopilar información sobre las operaciones restantes de Bogdan, proporcionándole datos sobre debilidades y vulnerabilidades que aprendió durante su tiempo en esa casa.

Ha sido invaluable. Pero el costo de esa ayuda la agobia.

Me aparto de la ventana y me siento a su lado, extendiendo la mano para apretar la suya. Sus dedos están fríos, temblando ligeramente a pesar del calor de la habitación.

—Estará bien —digo en voz baja, aunque no estoy segura de si intento tranquilizarla a ella o a mí misma.

Sus ojos oscuros se encuentran con los míos, y veo el miedo en ellos. —¿Y si algo sale mal? ¿Y si no acepta la oferta? ¿Y si...?

—Andrey sabe lo que hace —la interrumpo con suavidad—. Lleva semanas planeándolo. Tiene respaldo, seguridad y todos los escenarios posibles previstos.

—Lo sé —susurra, apenas audible—. Pero no puedo dejar de pensar en lo que podría pasar. Si mi padre se da cuenta de que he estado ayudando a Andrey, si descubre que lo he traicionado...

Le aprieto la mano con más fuerza. —No has traicionado a nadie. Escapaste de un monstruo que te hizo daño. Hay una diferencia.

No parece convencida, pero asiente de todos modos, tragando con dificultad. La culpa la está consumiendo viva, y desearía saber cómo ayudarla. Pero no puedo. Todo lo que puedo hacer es sentarme aquí y recordarle que no está sola.

El sonido de botas sobre el mármol llama mi atención. Andrey aparece en el umbral, vestido con equipo táctico oscuro que lo hace parecer aún más peligroso de lo habitual. Sus ojos claros recorren la habitación, posándose primero en mí antes de dirigirse a Sophia.

—Nos vamos en diez minutos —dice, con voz tranquila y controlada —. Quedaos dentro hasta que regresemos.

Me levanto y cruzo la habitación hacia él. —Ten cuidado.

Su mano acaricia mi rostro, el pulgar rozando mi pómulo. —Siempre.

Luego se inclina y me besa, lenta y posesivamente, como reclamándome una vez más antes de adentrarse en el peligro. Cuando se separa, su mirada baja hacia mi vientre y la pequeña protuberancia, prueba de la vida que hemos creado juntos.

—Manteneos a salvo los dos —murmura.

—Lo haremos.

Asiente una vez y se va sin decir nada más. Lo observo marcharse, con el pecho apretado por la preocupación y la aterradora realización de que ya no puedo imaginar mi vida sin él.

Sophia se levanta y se acerca a la ventana, abrazándose mientras observa a los hombres prepararse para partir. —Debería haber hecho más —dice en voz baja—. Debería haber luchado más cuando estaba allí. Quizá si hubiera sido más valiente...

—Basta —me coloco a su lado, con un tono firme—. No podías hacer nada. Tu padre es un pedazo de mierda. Solo te quería por cómo podías mejorar su riqueza y su imperio. Cuando se dio cuenta de que Andrey se había casado conmigo y que todas sus esperanzas de unir a las dos familias se habían esfumado, mostró su verdadero rostro. En lugar de estar ahí por ti y por tus sentimientos, te echó sin pensarlo dos veces. Es un completo cabrón.

No responde, solo mira fijamente el patio donde Andrey habla con varios de sus capitanes. Su postura es relajada pero alerta, las manos gesticulando mientras da las últimas instrucciones. Incluso desde aquí, puedo ver la autoridad en cada movimiento, la forma en que sus hombres escuchan sin cuestionar.

Es magnífico. Peligroso, despiadado y completamente en control.

Y es mío.

El pensamiento me recorre con calor a pesar de la ansiedad que revuelve mi estómago. Presiono mi mano contra el vientre bajo, sintiendo el leve mareo que ha sido mi compañero constante durante semanas. Pero hoy es más ligero, menos abrumador. Quizá las náuseas matutinas por fin estén pasando.

El convoy comienza a moverse, los todoterrenos saliendo del garaje en una línea coordinada. Los observo hasta que desaparecen tras los portones principales, luego me alejo de la ventana con un suspiro.

—Necesito moverme —digo de repente, la energía nerviosa acumulándose dentro de mí demasiado fuerte para ignorarla—. No puedo quedarme aquí esperando.

Sophia me mira, su expresión preocupada. —¿Estás segura? Has estado enferma...

—Hoy me siento mejor. —Me dirijo hacia la puerta, ya planeando—. Voy a correr. Despejar la mente.

—Mariya...

—Me quedaré en los terrenos —prometo—. Los guardias estarán conmigo. Solo necesito hacer algo o voy a volverme loca.

Ella duda, luego asiente. —Vale. Pero ten cuidado.

Me cambio rápidamente a unos leggings y una camiseta holgada, recogiéndome el pelo en una coleta alta. El aire matutino es fresco cuando salgo, cargado del aroma de flores y hierba recién cortada. Dos guardias se colocan detrás de mí, manteniendo una distancia respetuosa pero suficiente para intervenir si es necesario.

Empiezo despacio, dejando que mi cuerpo se adapte al movimiento. Hace semanas que no hago ejercicio de verdad, las náuseas matutinas y el estrés constante lo hacían imposible. Pero hoy es distinto. Mi estómago está tranquilo y tengo más energía que en días.

Acelero el paso, mis botas golpeando el camino de gravilla con ritmo constante. Los terrenos de la finca se extienden alrededor, jardines cuidados cediendo a zonas más salvajes cerca de la valla exterior. Sigo el camino que rodea la propiedad, respirando hondo mientras mis músculos se calientan y estiran.

Por primera vez en semanas, me siento casi libre.

Los guardias mantienen su distancia, profesionales y discretos. Oigo sus pasos detrás de mí, el ocasional crepitar de sus radios, pero no interfieren. Saben que necesito este espacio, este momento para sentirme de nuevo yo misma.

Doblo una esquina cerca de la valla este, donde los árboles crecen más densos y el paisajismo es menos controlado. El camino se estrecha aquí, serpenteando entre robles viejos y maleza espesa. Es una de mis zonas favoritas de la propiedad, tranquila y apartada.

Mis pensamientos derivan hacia Andrey mientras corro. Lo imagino entrando en el territorio de Bogdan, rodeado de hombres armados, su expresión fría y controlada mientras lanza su ultimátum. Únete a nosotros o sé destruido. No hay término medio, no hay margen para negociar más allá de esas dos opciones.

Es brutal. Eficiente. Exactamente el tipo de movimiento que haría Andrey.

Me pregunto qué elegirá Bogdan. El orgullo podría hacer que se negara y forzara un enfrentamiento sangriento. O el instinto de supervivencia podría prevalecer, convenciéndolo de aceptar ser absorbido por la organización de Andrey en lugar de enfrentar la aniquilación total.

En cualquier caso, hoy cambiarán vidas.

El pensamiento me oprime el pecho con ansiedad de nuevo, pero lo aparto y me concentro en el ritmo de mi respiración, el latido constante de mi corazón y la sensación de mi cuerpo moviéndose.

Esto es lo que necesitaba. Movimiento. Acción. Algo para quemar la energía nerviosa que amenaza con consumirme.

Estoy llegando a la sección de la valla cerca del viejo roble cuando algo llama mi atención.

Movimiento. Justo más allá de la valla, pero parcialmente oculto por el tronco grueso y la maleza circundante.

Reduzco la velocidad, mi pulso acelerándose por razones que nada tienen que ver con el ejercicio. Los guardias siguen detrás, lo bastante cerca para acudir si llamo. Pero no lo hago. Todavía no.

Me acerco a la valla, los ojos esforzándose por distinguir entre las sombras y el follaje. La figura se mueve ligeramente, y por un momento atisbo un rostro.

Mi respiración se detiene.

No puede ser.

Pero los rasgos son inconfundibles. La línea de la mandíbula, la postura de los hombros, la forma en que se apoya ligeramente sobre un lado.

Mi padre.

Yegor Puskin está de pie justo al otro lado de la valla, semioculto por el árbol y la maleza, observándome.

46

ANDREY

El convoy avanza por las calles de la ciudad con precisión militar, tres todoterrenos blindados avanzando en formación ajustada hacia la finca de Bogdan en el extremo norte del territorio. Yo me siento en el vehículo principal, con las manos descansando tranquilamente sobre mis muslos a pesar de la adrenalina que recorre mis venas. Esto lleva gestándose semanas.

A mi lado, mi capitán revisa su arma por tercera vez, sus manos marcadas por cicatrices moviéndose con eficiencia practicada. En el asiento trasero, dos de mis hombres de confianza están sentados en silencio, sus expresiones duras y concentradas. Todos saben por qué estamos aquí.

Para acabar con esto.

Llevo meses desmantelando sistemáticamente la organización de Bogdan, despiezando su red pieza a pieza hasta que casi no queda nada. Sus capitanes han desertado a mi familia o han desaparecido por completo. Sus rutas de contrabando son mías ahora. Sus redes de extorsión pagan tributo a mí. Incluso sus propios hombres han empezado a cuestionarse si su Pakhan puede protegerlos aún.

La respuesta es no. No puede.

Mi teléfono vibra con un mensaje entrante de uno de mis exploradores posicionados cerca del complejo de Bogdan. *Seguridad mínima visible. Quizás seis hombres en total.*

Seis. Eso es todo lo que queda de una organización que una vez controlaba un tercio de las operaciones criminales de la ciudad. El pensamiento me produce una fría satisfacción que se asienta en mi pecho.

—Casi llegamos —dice mi capitán en voz baja, sus ojos oscuros siguiendo las calles mientras atravesamos un territorio cada vez más familiar.

Asiento una vez pero no hablo. Mi mente ya está tres pasos por delante, repasando contingencias y planes de respaldo. Bogdan no es tonto. Sabe que voy. La pregunta es si peleará o se rendirá.

Personalmente, espero que pelee. Hará esto más satisfactorio.

La finca aparece a la vista cuando doblamos la última esquina. Es más pequeña que la mía, menos fortificada, con muros que parecen impresionantes pero no aguantarán contra un asalto decidido. La puerta principal está abierta, lo que inmediatamente levanta mis sospechas. O Bogdan nos está invitando a entrar o ya ha huido.

—Para aquí —ordeno al conductor.

El convoy se detiene a unos metros de la entrada. Salgo del todoterreno, mis botas crujiendo sobre la grava mientras inspecciono el complejo. Los hombres salen de los otros vehículos, tomando posiciones con un silencio eficiente.

El complejo está en silencio. Demasiado silencio. No se ven guardias en los muros. No hay movimiento en las ventanas. Solo el débil sonido del viento moviendo las hojas de los árboles que bordean la propiedad.

—Podría ser una trampa —murmura mi capitán.

—No lo es —empiezo a caminar hacia la puerta, con la mano descansando casualmente cerca del arma enfundada bajo mi chaqueta—. Se ha rendido.

Avanzamos por la puerta abierta sin resistencia. El patio interior está vacío, los caminos de grava bien mantenidos pero desprovistos de vida. Cuento tres vehículos aparcados cerca de la casa principal, sedanes caros que probablemente pertenecen a los capitanes lo suficientemente leales como para quedarse.

O lo suficientemente tontos.

La puerta principal de la mansión se abre antes de que lleguemos. Un hombre sale, de mediana edad con el pelo entrecano y un rostro que ha visto demasiada violencia. Sus manos se levantan ligeramente en un gesto de rendición.

—Pakhan Andrey —dice, su voz firme a pesar del miedo que puedo ver en sus ojos—. Bogdan le está esperando.

Me detengo a unos metros, estudiándolo. —¿Dónde están sus hombres?—

—Se han ido. La mayoría se marchó anoche cuando se dieron cuenta de que usted venía. —El hombre aprieta la mandíbula—. El resto está dentro, pero no pelearán. Bogdan les ordenó que no se resistieran.

Listo. Al menos no está sacrificando a sus pocos hombres restantes por nada.

—Llévame a él —digo con frialdad.

El hombre asiente y se gira, guiándonos a través de la entrada hacia un vestíbulo. Avanzamos por la casa en silencio, pasando por habitaciones donde veo a hombres de pie, con las manos visibles, las armas apartadas. Nos observan pasar con expresiones que van desde la resignación al alivio. Ninguno hace movimiento alguno para interferir.

El hombre nos lleva a un par de puertas dobles al fondo de la casa y las abre. Más allá hay un estudio, más pequeño que el mío pero bien decorado. Bogdan está sentado tras un pesado escritorio de madera, con un vaso de vodka en la mano y una pistola apoyada sobre la superficie frente a él.

Levanta la mirada cuando entramos, sus ojos oscuros encontrándose con los míos sin pestañear. —Andrey.

—Bogdan. —Me muevo dentro de la habitación, mis hombres dispersándose detrás de mí—. Sabes por qué estoy aquí.

—Por supuesto. —Toma un sorbo lento de vodka, su mano firme—. Has estado desmantelando mi organización durante semanas. Sería idiota no ver esto venir.

—Entonces sabes que tienes dos opciones. —Me detengo a unos metros del escritorio, con las manos relajadas a los lados—. Unirte a mi familia. Tus hombres serán míos, tus operaciones se integrarán en mi red y vivirás. O negarte y morir aquí.

Bogdan permanece en silencio durante un largo momento, sin apartar la mirada de mí. Luego deja el vaso sobre la mesa y se levanta, con movimientos deliberados y controlados. —¿Crees que me arrodillaría ante ti? ¿Después de todo lo ocurrido?

—Creo que eres lo suficientemente inteligente para reconocer cuando has perdido.

Su risa es amarga y cortante. —Perdí en el momento en que decidiste que era tu enemigo. Pero eso no significa que vaya a arrastrarme hacia ti como un maldito perro.

Lo esperaba. Incluso lo respeto en parte. Bogdan construyó su organización desde la nada, ascendió al poder mediante la violencia y la astucia. Los hombres como él no se rinden fácilmente.

—Entonces eliges la muerte —digo en voz baja.

—Elijo salir en mis propios términos. —La mano de Bogdan se dirige hacia la pistola sobre el escritorio.

Mi capitán se tensa a mi lado, llevando la mano a su arma, pero alzo ligeramente la mía para detenerlo. Quiero ver qué hace Bogdan, saber si es lo suficientemente valiente para seguir adelante.

Bogdan coge la pistola, con movimientos lentos y deliberados. Por un instante, creo que podría intentar dispararme. Sería estúpido, incluso suicida, pero la desesperación lleva a los hombres a hacer tonterías.

En lugar de eso, levanta el arma hacia su propia sien.

—Dile a mis hombres que son libres de unirse a ti o irse —dice con voz firme—. Pero yo no seré parte de tu imperio.

Luego aprieta el gatillo.

El disparo resuena en el estudio, fuerte y definitivo. El cuerpo de Bogdan cae, salpicando sangre sobre el costoso escritorio y la pared detrás de él. El sonido resuena en el repentino silencio, y por un momento, nadie se mueve.

Miro el cadáver sin sentir nada. Ni satisfacción. Ni arrepentimiento. Solo la fría certeza de que siempre iba a terminar así.

—Limpia esto —le digo a mi capitán—. Reúne a los hombres que le quedan y dales a elegir. Unirse a nosotros o abandonar la ciudad. Quien se quede, ahora responde ante mí.

Asiente y empieza a dar órdenes a los matones. Me doy la vuelta y salgo del estudio, dejando atrás el cadáver de Bogdan sin mirarlo una segunda vez.

El viaje de vuelta a mi finca es silencioso. Miro por la ventana, observando la ciudad pasar, mi mente ya centrada en el siguiente problema. El territorio de Bogdan ahora es mío. Sus operaciones se integrarán en mi red en cuestión de días. Las otras familias verán esto como un mensaje sobre lo que ocurre cuando se me oponen.

Bien. Que lo vean.

Cuando llegamos a la finca, el sol está alto en el cielo, proyectando largas sombras sobre los terrenos. Salgo del SUV y me dirijo directamente a la casa, con la intención de encontrar a Mariya y decirle que está hecho.

Pero no está en el dormitorio, ni en la biblioteca o el salón. Reviso la cocina, los jardines, incluso la sala de entrenamiento donde a veces observa a los guardias practicar.

Nada.

Un hilo de inquietud recorre mi pecho. Saco el teléfono y reviso las cámaras de seguridad, pasando por los ángulos hasta encontrarla.

Está corriendo por el camino perimetral, con el pelo oscuro recogido en una coleta, su cuerpo moviéndose con esa gracia natural que me encanta observar. El alivio me inunda, seguido de inmediato por la irritación. Sabe que debe permanecer cerca de la casa cuando no estoy.

Estoy a punto de cerrar la pantalla cuando deja de correr.

Se detiene, a mitad del paso, como si algo hubiera llamado su atención. Permanece inmóvil durante un largo momento, luego camina lentamente hacia la verja perimetral.

Mi pulso se acelera. Algo va mal.

Me acerco al escritorio y abro el cajón de un tirón, cogiendo los prismáticos que guardo para revisar los terrenos exteriores. Mis manos están firmes al llevarlos a los ojos y enfocar la posición de Mariya.

Está de pie cerca de la verja, con la postura tensa. Y al otro lado de la valla, parcialmente oculto por los árboles, hay un hombre.

Es mayor, quizá de unos cincuenta y tantos, con el pelo entrecano y una complexión que sugiere que antes era poderoso pero se ha

ablandado con la edad. Viste ropa civil, nada que llame la atención, pero hay algo en su postura que me hace sospechar.

La forma en que Mariya lo mira, paralizada, me lo dice todo.

Yegor. Su padre.

Mierda.

Agarro la radio y ordeno a los guardias cerca del perímetro: —Hay un hombre fuera de la verja este. Detenedlo. Ahora.

La respuesta es inmediata. Observo por los prismáticos cómo dos guardias aparecen desde sus posiciones, avanzando rápidamente hacia la valla. Pero Yegor los ve venir.

Dejo los prismáticos y salgo corriendo.

Mis botas golpean el mármol mientras atravieso la casa y salgo por la entrada trasera. La distancia al perímetro parece kilómetros. Mi corazón late con fuerza, la adrenalina inundando mi cuerpo.

Veo a Mariya delante, aún de pie cerca de la verja. No se ha movido, ni hacia él ni en dirección contraria. Simplemente está ahí, mirando a su padre.

Yegor me ve en cuanto salgo de la línea de árboles. Sus ojos se abren y echa a correr, desapareciendo en el bosque antes de que mis guardias puedan alcanzarlo.

—¡Mierda! —grito, pero es demasiado tarde. Se ha ido.

Mariya se gira al oír mi voz. Sus ojos grises se clavan en los míos, y veo el momento exacto en que la confusión se convierte en furia.

Llego hasta ella, respirando con dificultad, y le agarro los hombros. —¿Estás bien? ¿Te ha dicho algo?

Ella aparta mis manos, el rostro enrojecido por la ira. —¿Qué coño has hecho?

—¿Qué?

—¡Lo has ahuyentado! —Su voz se eleva, aguda y acusadora—. Estaba justo ahí, Andrey. Justo ahí, y has enviado a los guardias tras él como si fuera un criminal.

47

MARIYA

La finca se siente diferente ahora. Más silenciosa. Como si el aire mismo hubiera dejado por fin de contener la respiración.

Estoy de pie junto a la ventana del estudio de Andrey, observando cómo la luz matutina se extiende por los terrenos mientras él trabaja en su escritorio detrás de mí. El sonido de su pluma raspando el papel es constante y familiar, anclándome en este momento de paz inesperada.

Han pasado semanas desde que alguien intentó secuestrarme. Semanas desde que las otras familias hicieron su último y desesperado intento por tomar el control. Y Bogdan se ha ido.

Hubo un pequeño funeral. Privado, principalmente por Sophia. Necesitaba cerrar ese capítulo, necesitaba despedirse del padre al que había amado a pesar de todo en lo que se había convertido. Me quedé a su lado mientras lloraba, sosteniendo su mano mientras bajaban el ataúd a la tierra. Andrey también estaba allí, en silencio y observando, su presencia un recordatorio de que incluso en la muerte, las acciones de Bogdan tenían consecuencias que nos afectaban a todos.

Eso fue el final. Sin gran ceremonia, sin reconocimiento público. Solo un entierro discreto y la comprensión de que seguíamos adelante.

Me aparto de la ventana y dejo que mi mirada se pose en Andrey. Está concentrado en el documento que está revisando, sus ojos azules afilados por la concentración. La luz matutina ilumina la línea fuerte de su mandíbula y la amplitud de sus hombros bajo la camisa ajustada. Incluso haciendo algo tan mundano como el papeleo, irradia poder y control.

Mi mente regresa a unas semanas atrás, a la mañana en que salí a correr y vi a mi padre. Por un momento, pensé que lo estaba imaginando. El hombre parecía mayor, más avejentado. Pero sus ojos eran los mismos, cálidos y familiares, llenos de ese amor que no se desvanece incluso cuando todo lo demás lo hace.

Dejé de correr y caminé hacia él lentamente, con el corazón latiendo tan fuerte que apenas podía respirar. Él se quedó quieto al verme, su expresión cambiando de cautelosa a aliviada en un abrir y cerrar de ojos.

—Mariya —dijo en voz baja, y solo escuchar mi nombre en su voz hizo que mi garganta se cerrara por la emoción.

No tuvimos mucho tiempo. Quizá cinco minutos antes de que el equipo de seguridad de Andrey me alcanzara. Pero en esos cinco minutos, mi padre me dijo que me amaba. Que estaba orgulloso de la mujer en la que me había convertido, y que todo esto terminaría pronto, una vez que Andrey y yo descifráramos las pistas que había dejado.

—Tienes que hacer esto —me dijo, apretándome las manos con fuerza—. Sobre todo Andrey. Necesita entender que no tuve nada que ver con la masacre. Necesita saber por qué testifiqué contra ciertas familias.

Entonces apareció Andrey, su presencia cortando el momento como una espada. Mi padre se apartó de inmediato, desapareciendo entre

los árboles antes de que los hombres de Andrey pudieran alcanzarlo.

Me había enfurecido. Andrey había enviado hombres para seguirme, para localizar a mi padre y capturarlo. Discutimos sobre eso más tarde, mi ira chocando contra su lógica fría hasta que finalmente prometió que no le harían daño a Yegor si lo encontraban.

—Solo quiero respuestas —dijo Andrey, con la voz tensa por la frustración—. Quiero saber la verdad.

Le creí. Todavía lo hago. Pero estoy dividida entre querer que mi padre esté a salvo y querer que esté aquí conmigo, protegido por los mismos hombres que una vez lo persiguieron.

La voz de Andrey me devuelve al presente. —Vuelves a pensar en él.

No es una pregunta. Ahora me conoce demasiado bien, puede leer los cambios en mi expresión incluso cuando intento ocultarlos.

—Sí —admito en voz baja—. Solo desearía saber que está bien.

Andrey deja la pluma y se recuesta en la silla, sus ojos oscuros estudiándome. —Lo encontraremos eventualmente. Y cuando lo hagamos, obtendremos las respuestas que necesitamos.

—¿Y luego qué?

—Luego decidimos qué viene después. —Su tono es cuidadoso, medido.

Me acerco al escritorio, deslizando los dedos por la madera pulida. —¿De verdad vamos hoy a la propiedad de Bogdan?

—Sí —dice Andrey, cerrando la distancia entre nosotros. Su mano encuentra mi cintura, atrayéndome hacia él—. La llave dorada debería abrir algo ahí. Con suerte, otra pista.

Inclino la cabeza hacia atrás para encontrarme con su mirada. —¿Y si no lo hace?

—Seguimos buscando —responde, deslizando su pulgar sobre mi cadera en un gesto posesivo y reconfortante—. Estamos cerca, Mariya. Lo siento.

Espero que tenga razón. Espero que esta pesadilla esté a punto de terminar y que por fin podamos avanzar sin el peso del pasado aplastándonos.

Una hora después, viajamos en la parte trasera del SUV con Matvey al volante. La ciudad da paso al campo, los árboles bordean la carretera mientras nos dirigimos hacia la finca de Bogdan. Ahora que él ha muerto, no hay guardias en la propiedad, nadie que nos impida entrar.

El edificio que buscamos se alza en medio del terreno, medio oculto por la vegetación descuidada. Es antiguo, con muros de piedra desgastados por el tiempo y el abandono. Andrey saca la llave dorada de su bolsillo al acercarnos, el metal reflejando la luz del sol.

—Aquí es —dice en voz baja.

Respiro hondo mientras él introduce la llave en la cerradura. El mecanismo gira con un clic pesado, y la puerta se abre con un chirrido de bisagras oxidadas. Un aire viciado sale al encuentro, haciéndome toser y taparme la nariz.

—Joder —murmura Matvey detrás de nosotros.

El interior está oscuro, iluminado solo por la luz que se filtra por las grietas de los muros. Cuando mis ojos se adaptan, comprendo lo que tenemos ante nosotros.

Una cripta.

Ataúdes alineados contra las paredes, algunos sobre plataformas de piedra, otros sellados en nichos. El aire es denso por el polvo y la decadencia, y el silencio resulta opresivo, como si los muertos nos observaran perturbando su descanso.

Andrey avanza primero, su linterna cortando la oscuridad. —Empecemos a buscar. Cualquier cosa que pueda ser una pista.

Lo sigo adentrándonos en la cripta, mis botas resonando contra el suelo de piedra. El primer ataúd que abro contiene un esqueleto, los huesos amarillentos por el tiempo. No hay forma de identificar quién fue. Ni placa con nombre, ni efectos personales. Solo restos que llevan aquí tanto tiempo que se han vuelto anónimos.

El segundo ataúd es igual. Y el tercero.

Me acerco a los nichos, abriendo con cuidado los compartimentos sellados. Algunos están vacíos, simples huecos tallados en la piedra. Otros contienen papeles viejos que se deshacen al tocarlos o joyas tan deterioradas que son irreconocibles.

—Mariya.

La voz de Andrey suena tensa. Me giro y lo encuentro frente a uno de los nichos, su expresión oscurecida por la furia.

—¿Qué ocurre?

Se aparta para que pueda ver el contenido. Joyas e iconos, dispuestos con cuidado dentro del compartimento. Las piezas son ornamentadas, caras, claramente valiosas. Pero no es su valor monetario lo que hace que Andrey apriete la mandíbula.

—Esto pertenecía a mi familia —dice en voz baja—. Las reliquias que llevo buscando. Yegor sabía dónde estaban todo este tiempo.

Miro los objetos con el estómago revuelto. Bogdan las tuvo todo este tiempo. Le robó a la familia de Andrey y escondió las pruebas aquí, en esta cripta donde nadie pensaría en buscar.

—Andrey…

—¡He encontrado algo! —la voz de Matvey resuena desde el rincón más alejado de la cripta.

Nos acercamos rápidamente. Está junto a uno de los ataúdes más grandes, su linterna apuntando al suelo debajo de él. Hay una junta en la piedra, apenas visible si no la buscas.

Una trampilla.

Andrey y Matvey colaboran para apartar el ataúd, revelando la puerta por completo. Las bisagras están viejas pero funcionan, y cuando Andrey la abre, una escalera desciende hacia la oscuridad inferior.

—Quédate cerca —dice Andrey, tomándome de la mano.

Bajamos uno a uno, el aire volviéndose más frío con cada paso. Al llegar abajo, Matvey ilumina el espacio con su linterna.

Lo que encontramos me corta la respiración.

Una fosa común. Al menos diez cuerpos, quizá más, dispuestos en un hoyo poco profundo excavado en la tierra. Los restos son antiguos, esqueléticos, pero hay algo deliberado en su disposición. Esto no fue un vertedero casual. Fue intencionado.

—Joder —murmura Andrey a mi lado.

Me acerco, mis ojos adaptándose a la tenue luz. Entonces lo veo.

Un pequeño podio junto a la fosa, tallado en la misma piedra que los muros. Sobre él descansa una placa, el metal deslustrado pero aún legible.

Nombres grabados en la superficie. Diez, escritos con cuidado.

Andrey avanza, su linterna iluminando la placa. Observo cómo su expresión cambia al leer, el color desapareciendo rápidamente de su rostro.

—No —dice en voz baja. Luego más alto, más furioso—. No. Joder. No.

48

ANDREY

La biblioteca parece más pequeña que hace una semana, las paredes se ciernen sobre mí mientras observo la mesa cubierta de pruebas que podrían matarnos a todos. Los documentos están esparcidos sobre la superficie pulida de madera como piezas de un rompecabezas mortal. La impresión ampliada de los nombres de la fosa común ocupa el centro, rodeada de fotografías del pergamino, el dibujo del pilar y páginas de notas escritas por mí.

Mariya está sentada frente a mí, sus ojos verdes fijos en los mismos papeles que llevo estudiando siete días seguidos. Matvey se apoya en la estantería a mi izquierda, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho, su expresión inescrutable. Sophia ocupa la silla cerca de la ventana, su pelo negro captando la luz de la tarde mientras revisa las notas de traducción que compilamos.

No he dormido bien en días. Cada vez que cierro los ojos, veo conexiones formándose, patrones emergiendo de lo que inicialmente parecían pistas aleatorias que Yegor dejó atrás. El viejo cabrón era brillante y paranoico, ocultando información con tanto cuidado que nos ha llevado todo este tiempo descifrarla.

Y ahora que entiendo lo que estamos viendo, desearía no hacerlo.

Mi mirada vuelve a posarse en Mariya. Lleva unos vaqueros de maternidad ajustados y un jersey oscuro que abraza amorosamente su vientre redondeado, con el pelo recogido en una coleta práctica. Hay tensión en sus hombros, visible en su postura. Lleva más de una semana esperando noticias de su padre, el silencio se alarga con cada día que pasa.

Necesito contarles lo que he descubierto. La información es demasiado peligrosa para guardármela, aunque parte de mí quiera protegerlos. Especialmente a Mariya. Pero ella merece la verdad, y necesitamos decidir juntos qué coño hacemos con ella.

—Mariya —digo en voz baja, rompiendo el silencio que se ha instalado en la habitación—. ¿Has sabido algo de tu padre?

Ella levanta la vista y atrapo un destello de preocupación en sus ojos antes de que lo disimule. —No. Nada.

Ya sabía la respuesta. Si Yegor hubiera contactado, lo habría notado inmediatamente. Pero necesitaba oírselo confirmar, necesitaba ver su reacción. El hecho de que siga en silencio me retuerce las entrañas con inquietud.

—Vale —me levanto y me muevo alrededor de la mesa, apoyando una mano en el borde mientras los miro a cada uno por turno—. Necesito enseñaros algo. A todos.

Matvey se endereza, su atención se agudiza. Sophia deja los papeles que estaba leyendo y se gira hacia mí completamente. Mariya aprieta los puños sobre la mesa, preparándose.

Acerca la fotografía del pergamino y la coloco junto a la imagen ampliada del dibujo del pilar. Luego añado la impresión de los nombres de la cripta, colocándolos para que todos puedan verlos claramente.

—He estado repasando mis recuerdos —comienzo, con la voz firme a pesar de la adrenalina que recorre mis venas—. Cruzando

referencias de lo que Yegor nos dejó con eventos del pasado. Todo esto empezó hace unos doce años.

La respiración de Mariya se acelera ligeramente. Ella conoce esta cronología. Todos la conocemos. Fue cuando el mundo de la Bratva se fracturó de formas que aún resuenan hoy.

—Hubo una ruptura —continúo, señalando la lista de nombres—. Entre las familias en Rusia y las que operaban en América. Algunas de las familias americanas querían separarse de la madre patria. Querían autonomía, sus propias estructuras de poder y liberarse de las viejas reglas.

—Las familias en Rusia se negaron —dice Matvey en voz baja. Conoce esta historia tan bien como yo.

—Exacto —golpeo ligeramente la impresión—. Las familias rusas llevaban generaciones en el poder. No iban a renunciar al control solo porque unos advenedizos al otro lado del océano quisieran independencia.

Sophia se inclina hacia adelante, sus ojos azules penetrantes. —¿Y qué pasó?

—Una masacre —la palabra sabe amarga—. Hasta ahora, nadie sabía realmente qué la provocó. La versión oficial era que fue una disputa territorial que se descontroló. Pero las pistas de Yegor llevaron a la prueba.

Saco otro documento, uno que he mantenido separado hasta este momento. Es una lista que compilé basándome en la información codificada oculta en el pergamino y el dibujo del pilar.

—Fueron varias de las familias de la Bratva americana —digo, con la mandíbula apretada—. Sus Pakhan querían más poder, y estaban dispuestos a matar por ello. Orquestaron la masacre para eliminar a las familias rusas más fuertes que se les oponían.

El rostro de Mariya palidece. —Los nombres en la placa de la cripta.

—Sí —miro a los ojos—. Esos son los asesinados. Familias enteras fueron exterminadas en ataques coordinados en múltiples ciudades. Hombres, mujeres y cualquiera que se interpusiera.

La habitación queda en silencio excepto por el leve sonido del tráfico más allá de los muros de la finca. Observo cómo la información se asienta sobre ellos, veo el momento en que comprenden la magnitud de lo que estamos viendo.

—Mi padre descubrió esto —dice Mariya, con la voz tensa—. Por eso testificó.

—Descubrió parte —me muevo hacia la fotografía del pergamino y señalo los números escritos junto a cada ubicación de las casas seguras—. Pero hay más. Mirad estos números.

Todos se inclinan para ver mejor. Los números parecen aleatorios a primera vista, simples coordenadas o códigos de referencia. Pero he pasado días descifrándolos y comparándolos con el dibujo del pilar hasta que emergió el patrón.

Saco la imagen ampliada de los pilares en el campo de hierba y la coloco junto al pergamino. —Estos números corresponden a los pilares. Y cada pilar tiene un nombre escrito en código.

Los ojos de Sophia se abren de par en par. —Políticos.

—Poderosos. Señalo la lista decodificada que he compilado. —Senadores, congresistas y jueces. Personas con influencia sobre la aplicación de la ley, la seguridad fronteriza y las investigaciones federales. Todos ellos bajo el control de la Bratva.

Matvey maldice por lo bajo, llevándose la mano a la nuca. —Joder.

—Cuando lo juntas todo —continúo, con voz firme—, las ubicaciones de las casas seguras, los políticos bajo control de la Bratva y la lista de los muertos en la cripta, queda claro lo profundo que llegó este complot. No se trataba solo de eliminar a familias rivales. Se trataba

de consolidar el poder tanto en el ámbito criminal como en el político.

Mariya se levanta abruptamente, arrastrando la silla contra el suelo. Se dirige a la ventana, abrazándose a sí misma. Quiero acercarme a ella, abrazarla y decirle que todo va a estar bien. Pero no puedo mentirle así.

—Mi padre testificó contra *algunas* de esas familias —dice en voz baja, mirando hacia los jardines—. Pero no contra todas.

—No. Me acerco para estar junto a ella, lo suficiente como para percibir el leve aroma de su champú. —Todavía hay otros al mando hoy. Familias que fueron parte del complot original. Familias que se beneficiaron de la masacre y del vacío de poder que creó.

Ella se vuelve hacia mí, y veo el miedo en sus ojos oscuros. —Por eso ocultó toda esta información. Por eso esparció las pistas en lugar de mantenerlas juntas.

—No podía arriesgarse a que cayera en manos equivocadas. Alargo la mano y aparto una mecha suelta de su pelo, dejando mis dedos descansar contra su mejilla. —Si las familias contra las que testificó hubieran encontrado esta evidencia, la habrían usado para destruirlo a él y a todos los relacionados con él.

—Y si las familias contra las que no testificó la hubieran encontrado —añade Matvey desde el otro lado de la habitación—, lo habrían matado para mantener su implicación en secreto.

Sophia se levanta y se acerca a la mesa, recorriendo con los dedos el borde de la fotografía del pergamino. —Así que Yegor creó un rompecabezas que solo alguien de su confianza podría resolver. Alguien que lo conociera lo suficiente como para entender las pistas.

—Alguien como Mariya —digo en voz baja.

La mano de Mariya encuentra la mía, entrelazando nuestros dedos en un gesto que me ancla. —Quería que supiera la verdad. Pero

también quería asegurarse de que pudiera protegerme con ella.

La acerco más a mí, colocando mi otra mano en su cadera. La curva de su cintura encaja perfectamente en mi palma, y siento la tensión que irradia su cuerpo. —Lo consiguió. Ahora lo tenemos todo. Las ubicaciones, los nombres y la prueba de lo que ocurrió hace doce años y de quiénes todavía se benefician de ello hoy.

—Lo que nos lleva a la verdadera pregunta —dice Matvey, su voz cortando el momento—: ¿Qué cojones hacemos con esta información?

Me giro hacia él, manteniendo a Mariya pegada a mi lado. —Eso es lo que tenemos que decidir.

Sophia se acerca más a la mesa, con expresión seria. —Si exponemos esto, estaremos declarando la guerra a algunas de las familias más poderosas de la Bratva en Estados Unidos. Familias con conexiones políticas que llegan a los niveles más altos del gobierno.

—Y si no lo exponemos —dice Mariya, con voz más firme ahora—, estamos sentados sobre una bomba que puede explotar en cualquier momento. Las familias implicadas acabarán dándose cuenta de que mi padre dejó pruebas atrás. Si no lo han hecho ya, y vendrán a buscarlas.

—Ya están buscando —señalo—. Probablemente por eso Yegor guardó silencio. Sabe que se están acercando.

Matvey se aparta de la estantería y se acerca a la mesa, sus ojos oscuros escaneando los documentos esparcidos sobre la superficie. —Podríamos usar esto como palanca. Amenazar con exponer todo a menos que se retiren.

—Eso solo funciona si creen que realmente lo haremos —replica Sophia—. Y si piensan que estamos mintiendo, simplemente nos matarán y se llevarán las pruebas.

Miro a Mariya, viendo mi propio conflicto reflejado en sus ojos. Podríamos destruir familias poderosas con esta información. Podríamos hacer justicia por las personas asesinadas hace doce años. Pero también podríamos ponernos objetivos en la espalda que nunca desaparecerían.

—Hay otra opción —digo lentamente, mientras la idea se forma mientras hablo—. Podríamos usar esto para construir alianzas. Acercarnos a las familias que fueron víctimas de la masacre, las que perdieron personas en la cripta. Mostrarles que tenemos pruebas de quiénes fueron los responsables.

Los ojos de Mariya se abren de par en par. —Volverlas contra las familias que lo orquestaron.

—Exactamente. Suelto su mano y me muevo de nuevo hacia la mesa, mi mente recorriendo posibilidades. —No exponemos todo públicamente. Lo usamos estratégicamente, creando divisiones entre las familias implicadas. Que se destrocen entre ellas mientras nosotros nos mantenemos protegidos.

—Eso es jodidamente peligroso —dice Matvey, pero hay respeto en su voz—. Un movimiento en falso y estamos en la línea de fuego.

—Todo lo relacionado con esto es peligroso. Lo miro a los ojos. —Pero no hacer nada es igual de mortífero. Si no más. En el momento en que estas familias se den cuenta de que Yegor dejó pruebas atrás, irán tras cualquiera conectado con él. Eso incluye a Mariya.

Las palabras cuelgan en el aire, cargadas de implicaciones. Observo el rostro de Mariya, viendo el momento en que acepta la verdad. No hay una opción segura aquí. Solo queda elegir qué riesgo estamos dispuestos a correr.

Sophia se acerca para estar junto a Matvey. —Necesitamos tiempo para pensarlo bien. Para planificar con cuidado antes de hacer ningún movimiento.

—De acuerdo. Miro a cada uno de ellos por turnos. —Pero también necesitamos estar listos para actuar rápido si la situación cambia. Si Yegor se pone en contacto, o si tenemos noticias de que las familias están actuando contra nosotros.

Mariya vuelve a la mesa, sus dedos recorriendo la lista de nombres de la cripta. —Mi padre arriesgó todo para recopilar esta información. Para preservar la verdad sobre lo que ocurrió.

—Y ahora tenemos que decidir qué hacer con ella —digo en voz baja.

49

MARIYA

Gimo mientras me incorporo del sofá en el despacho de Andrey, apoyándome en el brazo del mueble para levantarme. Siete meses de embarazo y siento que he olvidado cómo funciona mi propio cuerpo. Todo es torpe ahora. Rígido. Mi centro de gravedad se ha desplazado tanto hacia adelante que más que caminar, me balanceo, y salir de las sillas requiere planificación estratégica.

—¿Estás bien? —Andrey levanta la vista de los documentos esparcidos sobre su escritorio, sus ojos azules siguiendo mis movimientos con esa intensidad protectora a la que ya me he acostumbrado.

—Bien —me estiro la espalda, intentando aliviar el dolor constante que se ha instalado en mi zona lumbar—. Solo estoy harta de sentirme como una ballena varada.

Sus labios esbozan una pequeña sonrisa. —Eres hermosa.

—Eres parcial.

—Eso no lo hace menos cierto.

Me acerco a la ventana que da a los jardines de la finca, con la mano apoyada en la curva de mi vientre. El bebé da una patada, un aleteo de movimiento que todavía me pilla por sorpresa a veces. Pero ahora ya me he adaptado más o menos a una rutina.

Cada mañana, me reúno con Andrey para desayunar abajo. Él siempre se levanta antes que yo, normalmente ya vestido y revisando informes cuando yo entro arrastrando los pies al comedor. Comemos juntos, hablamos de cosas sin importancia, y durante esos breves momentos, parece que somos una pareja normal esperando su primer hijo.

Más tarde, voy a su despacho para comprobar si hay noticias de mi padre. Dos veces por semana, Andrey me lleva al cementerio donde está enterrada mi tía, y comprobamos la lápida en busca de mensajes. Mi padre no ha dejado nada todavía. Ni notas. Ni señales de que siquiera esté vivo. El silencio es peor que las malas noticias, porque al menos las malas noticias serían una respuesta.

Por las tardes, Sophia y yo quedamos. Compramos cosas para el bebé, tomamos té en el jardín o simplemente hablamos de todo menos de la peligrosa información que todos guardamos.

Las noches son mis favoritas. Cuando Andrey no tiene negocios, pasamos tiempo juntos en nuestro dormitorio. Vemos películas, hablamos del bebé o simplemente existimos en el mismo espacio sin necesidad de llenar el silencio. Es pacífico de una manera que nunca esperé que fuera mi vida.

—¿Alguna novedad? —pregunto, volviéndome desde la ventana.

Andrey deja el papel que está leyendo y se recuesta en la silla. —Nada concreto. Las familias con las que hemos contactado están siendo cautelosas. Nadie quiere moverse hasta que estemos seguros de en quién podemos confiar.

Asiento, entendiendo la delicada posición en la que nos encontramos. La información que tenemos sobre la conspiración

para controlar la Bratva podría destruir familias enteras si cae en las manos equivocadas. Pero también podría salvar vidas si la usamos correctamente.

—¿Cuántas familias han aceptado reunirse? —Me muevo de vuelta hacia el sofá, bajándome con cuidado sobre los cojines.

—Siete hasta ahora. Quizá ocho si Dmitri deja de ser paranoico el tiempo suficiente para comprometerse. —Andrey se levanta y se acerca al carrito bar cerca de la estantería, sirviéndose una medida de vodka—. Es suficiente para empezar a construir una coalición.

—¿Y los otros? ¿Los que están trabajando con quien sea que está detrás de esto?

Su mandíbula se tensa. —Nos ocuparemos de ellos cuando llegue el momento.

La violencia en su voz ya no me asusta. He aprendido que el mundo de Andrey funciona bajo reglas diferentes. La lealtad lo es todo. La traición es imperdonable. Y a veces, la única manera de proteger lo que amas es destruir lo que lo amenaza.

—Ven aquí —digo suavemente.

Él me mira, sus ojos azules calentándose ligeramente. Luego deja su vaso y se sienta a mi lado en el sofá. Me muevo, girándome para que mi espalda quede hacia él, y él entiende inmediatamente lo que necesito.

Sus manos se posan en mis hombros, sus fuertes dedos presionando los nudos de tensión allí presentes. Gimo ante la presión, dejando caer la cabeza hacia adelante mientras él trabaja los músculos tensos.

—¿Mejor? —Su voz es baja, íntima.

—Mucho mejor. —Cierro los ojos, dejando que la sensación me invada—. Eres demasiado bueno en esto.

—Estoy motivado. —Sus pulgares presionan a lo largo de mi columna, descendiendo—. Mujer feliz, vida feliz.

Sonrío a pesar de mí misma. El masaje continúa, sus manos moviéndose con facilidad practicada por mis hombros, bajando por mi espalda y a lo largo de mis costados. Se siente tan bien que estoy medio dormida cuando termina, mi cuerpo relajado y cálido.

—Gracias —murmuro.

—Cuando quieras. —Presiona un beso en la parte superior de mi cabeza, luego se ajusta para que yo quede recostada contra su pecho. Sus brazos me rodean, sus manos descansando sobre mi vientre extendido.

Permanecemos así un rato, en silencio y a gusto. Entonces Andrey habla, con cuidado en su voz.

—Tengo que irme una semana.

Me pongo tensa al instante, girando la cabeza para mirarle. —¿Qué? ¿Cuándo?

—En unos días. —Su expresión es seria, apologética—. Las familias con las que he estado en contacto, las que no forman parte de la conspiración, vamos a reunirnos. Para planear los siguientes pasos.

El estómago se me hace un nudo. —¿Dónde?

—No puedo decírtelo. Todavía no. —Su mano aprieta mi cadera—. Es más seguro que no conozcas los detalles.

—Quiero ir contigo.

—No.

La palabra es seca, definitiva. Me giro en sus brazos, enfrentándome a él por completo. —Andrey…

—Ninguna esposa o novia va a ir —dice con firmeza—. Mantendremos esta reunión lo más discreta posible. Cuantas menos

personas sepan de ella, mejor. No podemos arriesgarnos a llamar la atención.

Quiero discutir, exigir que me lleve con él. Pero sé que tiene razón. Una reunión de líderes de la Bratva ya es lo suficientemente peligrosa sin añadir mujeres embarazadas a la ecuación.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunto en su lugar.

—Una semana. Quizá menos si todo sale bien. —Su mano acaricia mi rostro, el pulgar rozando mi pómulo—. Matvey se quedará aquí. Se asegurará de que tú y Sofía estéis a salvo.

—No necesito niñera.

—Necesitas protección. —Su voz se endurece levemente—. Hay gente que usaría contra ti para llegar a mí, Mariya. No voy a arriesgarme a eso.

Sé que está pensando en la conspiración, en las familias que quieren controlar la Bratva y no dudarían en hacer daño a cualquiera que se interponga. La idea me eriza la piel.

—Vale —digo en voz baja—. Pero más te vale volver en una pieza.

—Lo haré. —Se inclina y me besa, lento y profundo, como si intentara memorizar mi sabor. Al separarse, sus ojos azules son intensos—. Te lo prometo.

Más tarde, ya en nuestro dormitorio, vemos una película. Estoy acomodada entre las piernas abiertas de Andrey, con la espalda apoyada en su pecho mientras sus manos hacen magia de nuevo en mis hombros. La tensión de antes ha vuelto, anidando en mis músculos como si ahora viviera allí.

—Estás tensa —murmura contra mi oído.

—Siempre estoy tensa. —Inclino la cabeza hacia un lado, dándole mejor acceso a mi cuello—. Viene con el territorio.

Sus labios rozan mi garganta, enviando calor a través de mí a pesar de mi agotamiento. —Puedo ayudarte con eso.

—Ya me estás ayudando. —Cierro los ojos, concentrándome en el tacto de sus manos sobre mi piel—. Esto es perfecto.

La película suena de fondo, alguna de acción que Andrey ha escogido y a la que apenas presto atención. Mi mente no deja de divagar hacia la reunión a la que se va, hacia el peligro al que se enfrentará. Sé que puede defenderse solo. He visto de lo que es capaz. Pero eso no evita que el miedo se filtre.

—Deja de pensar tan alto —dice Andrey, con sus manos bajando para masajear mi espalda baja.

—No estoy pensando alto.

—Sí lo haces. Puedo sentirlo. —Sus dedos presionan un punto especialmente tenso y gimo—. Estás preocupada por la reunión.

—Por supuesto que estoy preocupada. —Me muevo un poco, intentando aliviar la presión en mi vejiga. El bebé ha decidido que mis órganos internos son un buen saco de boxeo—. Vas a entrar en una habitación llena de líderes de la Bratva que pueden o no ser de fiar. ¿Cómo no voy a preocuparme?

—Confía en que sé lo que hago. —Su voz es calmada y segura—. He sobrevivido hasta ahora, Mariya. No pienso dejar de hacerlo.

Quiero creerle. Quiero confiar en que todo saldrá bien. Pero he aprendido que nada en este mundo está garantizado.

—Prométeme que tendrás cuidado —digo en voz baja.

—Te lo prometo. —Me gira en sus brazos para quedar frente a frente, su mirada seria—. Volveré a ti. A los dos. —Su mano se posa en mi vientre, cálida y posesiva—. Nada va a impedirlo.

Me inclino y le beso, vertiendo en él todo mi miedo, amor y desesperación. Responde de inmediato, enredando una mano en mi

pelo mientras profundiza el beso. Por un momento, todo lo demás se desvanece. La conspiración, el peligro, la incertidumbre. Solo somos nosotros, juntos, y eso basta.

Cuando al fin nos separamos, estoy sin aliento y ruborizada. Los ojos de Andrey están oscuros por el deseo, pero no presiona por más. Simplemente me abraza, sus brazos fuertes y firmes a mi alrededor.

—Te quiero —susurro.

—Yo también te quiero. —Me besa la frente—. Más que a nada.

Volvemos a nuestra posición anterior, mi espalda contra su pecho mientras la película sigue reproduciéndose. Sus manos retoman el masaje, deshaciendo los nudos de mis hombros con determinación paciente. Estoy medio dormida cuando habla de nuevo, su voz cortando el silencio cómodo.

—Recibí noticias hoy.

Me incorporo al instante, con el corazón acelerado. —¿Sobre qué?

Sus manos se detienen en mis hombros. —Podríamos tener una pista sobre tu padre.

50

ANDREY

Estoy junto a la ventana de la casa segura, observando cómo la lluvia resbala por el cristal mientras mi teléfono vibra con otro mensaje cifrado. El tercer punto de encuentro en tantos días. Estamos siendo cuidadosos, incluso paranoicos, pero eso es lo que nos mantiene vivos en este negocio.

Detrás de mí, el sustituto de Matvey esta semana, un capitán llamado Viktor, revisa su arma por centésima vez. Es competente pero nervioso, lo cual me saca de quicio. Necesito gente a mi alrededor que pueda manejar la presión sin desmoronarse.

—Jefe —dice en voz baja—. El coche está listo.

Asiento con la cabeza y cojo mi chaqueta, mi mente ya tres pasos por delante. Esta reunión es con la familia Volkov, una de las siete que han accedido a oponerse a la conspiración. Su Pakhan, Dmitri, es cauteloso hasta el punto de la paranoia, pero tiene buenas razones. Su padre fue uno de los hombres asesinados en la masacre hace doce años.

El trayecto dura cuarenta minutos por carreteras secundarias y zonas industriales. Cambiamos de vehículo dos veces, una precaución que parece excesiva hasta que recuerdo lo que estamos

planeando. Si se filtra algo sobre estas reuniones antes de que estemos preparados, estamos muertos.

El almacén donde nos reunimos está abandonado, o al menos así lo parece desde fuera. Dentro, otros seis Pakhans esperan con sus equipos de seguridad colocados estratégicamente por el espacio. Reconozco a la mayoría. Hombres con los que he hecho negocios a lo largo de los años, algunos a los que respeto, otros a los que tolero.

Dmitri Volkov está de pie cerca de una mesa improvisada en el centro del almacén, sus ojos grises afilados mientras siguen mi aproximación. Tiene cincuenta y tantos años, construido como un tanque, con cicatrices que cuentan historias de un pasado violento.

—Andrey —dice con voz áspera—. Llegas tarde.

—Tráfico —respondo mientras me acerco a la mesa donde hay desplegado un mapa de la ciudad marcado con ubicaciones y nombres—. Empecemos. No tenemos mucho tiempo.

Los otros Pakhans se agrupan alrededor, sus expresiones van desde la determinación hasta el escepticismo. Saco copias de los documentos que Yegor dejó atrás, la prueba de la conspiración que ha controlado a la Bratva durante décadas.

—Estas son las familias implicadas —digo, señalando la lista de nombres—. Las que orquestaron la masacre y han estado consolidando el poder desde entonces.

Uno de los Pakhans más jóvenes, un hombre llamado Alexei, se inclina hacia adelante. —¿Cómo sabemos que esta información es precisa?

—Porque Yegor Pushkin lo arriesgó todo para reunirla —respondo, manteniendo su mirada sin pestañear—. Y porque algunos de vosotros perdisteis a familiares en esa masacre. Sabéis que algo no cuadraba en cómo sucedió.

Dmitri aprieta la mandíbula. —Mi padre murió esa noche. Nos dijeron que fue una represalia, una guerra que se les fue de las manos. Pero nunca me convenció.

—Eso es porque no fue una represalia —digo, golpeando los documentos—. Fue planeado. Coordinado. Y los hombres que lo hicieron siguen en el poder hoy.

El silencio llena la sala, solo roto por el sonido de la lluvia golpeando el techo de metal. Observo cómo la información se asienta sobre ellos, veo el momento en que aceptan lo que les estoy diciendo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunta otro Pakhan.

Los siguientes veinte minutos los dedico a exponer la estrategia. Atacaremos a las familias de la conspiración simultáneamente, golpeando sus operaciones y cortando sus recursos. Tiene que ser rápido y brutal, sin darles tiempo a reagruparse o pedir refuerzos.

—Esto va a ser sangriento —comenta Dmitri en voz baja.

—Sí —admito sin edulcorarlo—. Pero si no actuamos, acabarán descubriendo que tenemos esta información. Y entonces vendrán por todos nosotros.

La reunión termina tras treinta minutos, y todos desaparecen bajo la lluvia tan rápido como llegaron. Nunca nos reunimos más de media hora para reducir las posibilidades de que las familias equivadas descubran que estamos juntándonos. Vuelvo al todoterreno con Viktor, mi mente ya enfocada en la próxima reunión programada para mañana.

La semana pasa en un torbellino de reuniones secretas y planificación meticulosa. Nunca nos vemos en el mismo lugar dos veces y nunca nos quedamos más de lo necesario. Cada Pakhan aporta nueva información, nuevas conexiones con la conspiración que hacen que la red sea aún más compleja.

Para la tercera reunión, hemos identificado a doce familias involucradas en la masacre original. Algunas siguen siendo poderosas, otras han perdido influencia con los años. Pero todas están conectadas, todas forman parte de la misma red que ha estado manipulando a la Bratva desde las sombras.

—Necesitamos actuar pronto —dice uno de los Pakhan durante nuestra quinta reunión—. Cuanto más esperemos, más posibilidades hay de que alguien descubra lo que estamos planeando.

—De acuerdo. —Miro alrededor de la mesa, a los rostros de los hombres que se han comprometido con esta lucha—. Atacaremos en dos semanas. Eso nos da tiempo para posicionar a nuestra gente y prepararnos para las consecuencias.

Dmitri asiente lentamente. —Entonces vamos a la guerra.

La reunión final tiene lugar al séptimo día, en un sótano bajo un restaurante cerrado por reformas. Los siete Pakhan están presentes, junto con sus consejeros más leales. El ambiente es tenso, cargado con la certeza de que estamos a punto de desencadenar algo que no podrá deshacerse.

Extiendo la versión final del plan, detallando qué familias atacará cada uno. La coordinación debe ser perfecta. Si una sola familia recibe una advertencia, alertarán a las demás y perderemos nuestra ventaja.

—¿Preguntas? —pregunto al terminar la explicación.

Silencio. Entonces Alexei habla. —¿Y Pushkin? ¿Dónde encaja él en esto?

—No encaja. —La mentira sale con facilidad—. Nos dio la información que necesitábamos. Eso es suficiente.

No es del todo cierto. Yegor sigue ahí fuera, escondiéndose de las mismas familias contra las que vamos a luchar. Pero no puedo contarles la pista que recibí sobre su paradero. No puedo

arriesgarme a que Mariya se entere antes de que yo pueda verificarlo.

La reunión termina con apretones de manos y promesas de lealtad. Estaremos unidos o caeremos juntos. Ya no hay término medio.

De vuelta en el hotel, me quito la chaqueta y me sirvo una copa. El vodka quema al bajar, pero alivia la tensión acumulada durante la semana. Mi teléfono está sobre el escritorio, en silencio. No he llamado a Mariya desde que me fui, manteniendo la comunicación al mínimo para evitar cualquier posibilidad de ser rastreado.

La echo de menos. Echo de menos cómo encaja contra mi pecho al dormir, el sonido de su voz, la sensación de su vientre redondo bajo mi mano. Pronto, esto habrá terminado y podremos centrarnos en tener un bebé, en ser una familia.

Termino mi copa y me dirijo a la ducha, dejando que el agua caliente elimine el estrés del día. El plan es sólido. Tenemos números, recursos y el elemento sorpresa. Si todo sale según lo planeado, debilitaremos a las familias conspiradoras antes de que sepan qué les golpeó.

Pero llevo suficiente tiempo en esto para saber que nada sale nunca completamente según lo planeado. Habrá bajas. Traiciones. Complicaciones inesperadas que nos obliguen a improvisar.

Si no sale según el plan, será aún más sangriento de lo que estamos preparados.

El pensamiento pesa en mi pecho mientras cierro el agua y tomo una toalla. Mañana por la mañana, volveré a casa. Abrazaré a Mariya, sentiré cómo patea nuestro bebé y fingiré durante unas horas que somos una pareja normal esperando su primer hijo.

Después, comenzaré a prepararme para la guerra.

Me seco y me envuelvo la toalla alrededor de la cintura, pasándome la mano por el pelo mojado. La habitación del hotel está en silencio,

solo el sonido de la lluvia contra las ventanas y el lejano rumor del tráfico.

Estoy alargando la mano hacia el teléfono cuando noto que algo no está bien.

La silla junto al escritorio se ha movido. Solo un poco, pero suficiente para que lo note. Mi mano va directamente al arma que guardo en la mesilla, mi cuerpo se tensa mientras escudriño la habitación.

Entonces lo veo.

Yegor Pushkin está sentado en la silla junto al escritorio, con las manos cruzadas tranquilamente sobre su regazo. Es mayor de lo que recordaba, su cabello ahora más gris que rubio, pero sus ojos azules están vivos y alerta. Viste ropa civil, nada que llame la atención, y no lleva ningún arma a la vista.

Pero el hecho de que haya entrado en mi habitación sin activar ninguna alarma me dice todo lo que necesito saber sobre lo peligroso que sigue siendo.

—Hola, Andrey —dice en voz baja.

51

MARIYA

La biblioteca está en silencio, solo roto por el crepitar suave de la chimenea y el ocasional pasar de una página. Estoy acurrucada en el sofá de cuero cerca de la ventana, con un libro apoyado en mi vientre redondeado mientras la luz de la tarde se filtra a través del cristal. El bebé da patadas de vez en cuando, pequeños aleteos de movimiento que todavía me hacen sonreír a pesar de lo habituales que se han vuelto.

He leído el mismo párrafo tres veces ya, mi mente demasiado distraída para concentrarse en las palabras. Andrey lleva una semana fuera, y aunque me envió un mensaje esta mañana diciendo que estaba de camino a casa, no puedo quitarme de encima la ansiedad que ha sido mi compañera constante desde que se fue.

El sonido de la puerta principal al abrirse hace que mi pulso se acelere. Dejo el libro a un lado y me incorporo del sofá, apoyando una mano en el reposabrazos para levantarme. Ponerme de pie es complicado a los siete meses de embarazo, con el centro de gravedad completamente alterado por el peso de mi vientre.

Los pasos resuenan por el pasillo, familiares y firmes. Las botas de Andrey contra el suelo de mármol, el sonido que llevo toda la

semana esperando escuchar.

Me dirijo hacia la entrada de la biblioteca, con una sonrisa que ya se dibuja en mis labios. Cuando aparece en el umbral, el alivio me inunda con tanta intensidad que me oprime el pecho. Está aquí. Está a salvo. Está en casa.

—Has vuelto —digo, con la voz ligeramente quebrada.

Sus ojos azules encuentran los míos al instante, cálidos e intensos, de esa manera que todavía hace que me revolotee el estómago. —He vuelto.

Empiezo a avanzar hacia él, lista para lanzarme a sus brazos a pesar de mi torpe caminar. Pero entonces veo movimiento detrás de él.

Otro hombre aparece en el umbral, y se me corta la respiración.

Conozco ese rostro. Conozco la línea de su mandíbula, la postura de sus hombros, el modo en que sus ojos azules se arrugan en las comisuras cuando me mira. He soñado con volver a verlo durante nueve años, he imaginado este momento tantas veces que, por un segundo, creo que estoy alucinando.

—¿Papá? —La palabra sale apenas en un susurro.

Yegor Pushkin está en mi biblioteca, más mayor y más curtido de lo que recuerdo, pero inconfundiblemente mi padre. Su pelo rubio oscuro tiene ahora más canas, y hay nuevas arrugas alrededor de sus ojos y boca. Pero cuando me sonríe, es la misma sonrisa que recuerdo de mi infancia.

—Mariya —dice en voz baja, con la voz ronca por la emoción.

No puedo moverme. No puedo respirar. No puedo hacer nada excepto mirarlo fijamente, como si fuera a desaparecer si parpadeo. Durante tanto tiempo, me he preguntado si estaría vivo o muerto mientras construía una vida sin él, cargando con el peso de sus secretos. Verlo fuera de la propiedad cuando salía a correr parece de otra vida, y a veces me pregunto si me lo habré imaginado todo.

Pero está realmente aquí, de pie frente a mí y sonriéndome.

Mis piernas recuerdan por fin cómo funcionar, y salvo la distancia que nos separa en tres torpes pasos. Él viene a mi encuentro, rodeándome con sus brazos con cuidado, pendiente de mi vientre. Aprieto el rostro contra su pecho, inhalando el aroma familiar de su colonia mezclado con algo más terrenal, y las lágrimas que he estado conteniendo durante años por fin se desbordan.

—Pensé que no volvería a verte nunca —sollozo contra su camisa.

Su mano acaricia mi pelo, el gesto tan familiar que me duele el pecho. —Lo siento, dorogaya. Lo siento mucho.

Permanecemos así varios minutos, abrazados mientras yo lloro. Andrey pasa a nuestro lado en silencio, dándonos espacio, y lo oigo hablar en tono bajo con alguien en el pasillo. Probablemente Matvey.

Cuando por fin me separo, mi padre me toma el rostro entre sus manos, con los pulgares enjugando mis lágrimas. —Déjame mirarte. —Su mirada desciende a mi vientre, y su expresión se suaviza. —Estás embarazada.

—De siete meses. —Coloco mi mano sobre la suya, que descansa en mi mejilla.

Sus ojos se llenan de lágrimas, y nunca antes había visto llorar a mi padre. Ni cuando murió mi madre, nunca. Pero ahora las lágrimas le corren por el rostro curtido mientras mira mi vientre.

—Un nieto —susurra.

Andrey se aclara la garganta al otro lado de la habitación. —Deberíamos sentarnos. Hay mucho que hablar.

Mi padre asiente y me suelta a regañadientes. Me enjugo las lágrimas, intentando serenarme mientras nos dirigimos a la gran mesa donde todavía está desplegada toda la evidencia. Matvey aparece en el umbral, su enorme figura llenando la entrada mientras observa la escena con su habitual expresión inescrutable.

Nos sentamos alrededor de la mesa, mi padre y yo a un lado, Andrey y Matvey al otro. Se siente surrealista estar aquí los cuatro como si fuéramos a tener una reunión familiar normal en lugar de discutir sobre conspiraciones y asesinatos.

La mirada de mi padre recorre los documentos, las fotografías y los mensajes descifrados. —Lo descubriste —dice en voz baja—. Sabía que lo harías tarde o temprano.

—Nos tomó bastante tiempo —dice Andrey, con un tono neutro pero con los ojos afilados—. ¿Por qué no nos cuentas qué pasó realmente? Desde el principio.

Yegor se recuesta en su silla, con las manos entrelazadas sobre la mesa. —Me enteré de lo que las familias estaban planeando unos cinco años antes de la masacre. Bogdan Belyaev, de entre toda la gente, fue quien me contactó en Rusia.

El nombre hace que se me encoja el estómago. El padre de Sophia. El hombre que repudió a su propia hija.

—Quería tantear mi reacción —continúa mi padre—. Ver si estaría interesado en unirme a su plan para consolidar el poder. Seguí el juego y actué como si me interesara solo para obtener información. Aunque no tenía idea de que estaban planeando algo tan brutal como la masacre. Pensé que solo hablaban de maniobras políticas, quizás algunas eliminaciones estratégicas.

La mandíbula de Andrey se tensa. —Pero no era así.

—No. —La expresión de mi padre se oscurece—. Cuando me di cuenta de lo que realmente planeaban, supe que tenía que hacer algo. Pero no podía acudir a los líderes de la Bratva porque no sabía quién estaba involucrado y quién no. Así que fui al FBI.

—Te convertiste en un informante —dice Matvey, con voz plana.

—Sí. —Mi padre no se inmuta ante la acusación en el tono de Matvey—. Empecé a recopilar pruebas y a documentar todo lo que

podía encontrar. Las casas seguras, las conexiones políticas, las redes financieras. Lo escondí todo en los iconos porque sabía que si las familias descubrían lo que estaba haciendo, me matarían y destruirían las pruebas.

Extiendo la mano sobre la mesa y tomo la suya. —Por eso testificaste. No porque fueras un traidor, sino porque intentabas detenerlos.

—Testifiqué contra las familias de las que tenía pruebas sólidas —confirma—. Pero había otras involucradas que no pude demostrar. Familias con conexiones tan profundas que exponerlas me habría costado la vida antes de poder llegar a un tribunal.

Andrey se inclina hacia adelante, con sus ojos azules intensos. —¿Y las reliquias? ¿Los iconos de mi familia?

Mi padre sostiene su mirada sin pestañear. —Nunca los robé. Fue Bogdan. Los tomó durante la masacre y los escondió en esa cripta, probablemente planeando venderlos después. Me enteré más tarde, cuando recopilaba pruebas, pero no pude recuperarlos sin exponerme.

—Así que dejaste pistas —digo en voz baja—. Guiándonos hacia la verdad.

—Dejé pistas que os llevaban a todo. —Su mano aprieta la mía—. La masacre, la conspiración, las familias involucradas y, sí, la ubicación de las reliquias robadas. Sabía que si algo me pasaba, necesitarías esa información para protegerte.

La habitación queda en silencio, solo roto por el crepitar de la chimenea. Miro a mi padre, viéndolo ahora de otra manera. No como el hombre que me abandonó, sino como alguien que lo sacrificó todo para exponer la verdad.

—¿Por qué no contactaste conmigo antes? —La pregunta sale más baja de lo que pretendo—. Nueve años, papá. Nueve años de silencio.

Su expresión se desmorona. —Porque me estaban vigilando. Esperando a que contactara contigo para poder encontrarte. No podía arriesgarme, Mariya. No hasta que supiera que estabas a salvo.

—Ahora está a salvo —dice Andrey con firmeza—. Es mi esposa. Quien la toque, tendrá que vérselas conmigo.

La mirada de mi padre se dirige a Andrey, evaluándolo. —La amas.

—Sí.

La certeza simple en la voz de Andrey calienta mi pecho a pesar de todo. Mi padre lo estudia durante un largo momento y luego asiente lentamente.

—Bien. Se lo merece.

Esa noche, cenamos en el comedor formal. La mesa está puesta con porcelana fina y copas de cristal, el tipo de comida que parece celebratoria a pesar del peso de todo lo que hemos discutido. Sophia se une a nosotros, con una expresión cautelosa al notar la presencia de mi padre.

No puedo dejar de mirarlo. Cada vez que aparto la vista, tengo que volver a mirarlo, solo para confirmar que realmente está aquí. Que esto no es un sueño del que despertaré.

Hablamos de cosas más seguras durante la cena. Del bebé, principalmente. Mi padre quiere saberlo todo. Cuándo nacerá, si ya hemos elegido un nombre y cómo es la habitación del bebé. Su entusiasmo es contagioso, y me sorprendo sonriendo más de lo que lo he hecho en semanas.

—Quiero ser parte de su vida —dice en voz baja, mirando mi vientre —. Una vez que todo se resuelva, quiero estar presente. Un abuelo de verdad.

—Lo serás —le prometo, cubriendo su mano con la mía sobre la mesa.

Andrey deja su copa de vino, con expresión seria. —Todo se resolverá en dos días. El plan está en marcha.

52

ANDREY

El almacén huele a óxido y agua salada, un aroma que se mezcla con la adrenalina que recorre mis venas mientras compruebo mi arma por tercera vez. A mi alrededor, mis hombres se mueven con eficiencia entrenada, tomando posiciones tras cajas de transporte y pilares de soporte. El espacio es enorme, vacío excepto por los esqueletos oxidados de maquinaria antigua y las sombras que se alargan sobre el suelo de hormigón.

Esto es todo. Después de meses de planificación, semanas de cuidadosa coordinación y años buscando la verdad, por fin vamos a terminar con esto.

Miro a Matvey, que está situado cerca de la entrada del muelle de carga con tres de nuestros mejores tiradores. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos y asiente una vez. Listo. La cicatriz en su mejilla capta la tenue luz que se filtra por las ventanas rotas de arriba, y me recuerda todas las batallas que hemos librado juntos. Esta será la más sangrienta hasta ahora.

Dmitri Volkov está a mi izquierda, sus ojos grises duros mientras inspecciona el almacén. Su padre murió en la masacre, y puedo ver

la anticipación en la postura de sus hombros. Ha estado esperando este momento más que ninguno de nosotros.

—Vienen —informa uno de mis exploradores por el auricular—. Seis vehículos. Unos treinta hombres en total.

Treinta contra nuestros cuarenta y cinco. Los números están a nuestro favor, pero no nos enfrentamos a aficionados. Son los pakhans y sus soldados más leales, hombres que han sobrevivido décadas en este negocio gracias a la violencia y la astucia.

Me muevo hacia el centro del almacén, donde hemos colocado el cebo. Una mesa con documentos esparcidos, el tipo de papeles que probarían la conspiración si fueran reales. Por supuesto, no lo son, solo falsificaciones convincentes diseñadas para atraer a las familias aquí. Pero ellos no lo saben.

El sonido de motores corta el silencio. Señalo a mis hombres que mantengan sus posiciones, que esperen hasta que todos estén dentro antes de activar la trampa. Mi dedo descansa sobre el guardamonte del arma, mi cuerpo tenso y listo.

El primer vehículo se detiene fuera, luego otro. Las puertas se cierran de golpe, las voces flotan en el aire inmóvil. Cuento los pasos, siguiendo su aproximación. Son cautelosos, pero no lo suficiente. La avaricia vuelve estúpidos a los hombres, y la promesa de encontrar a Yegor Pushkin los ha cegado ante la obvia trampa.

La puerta del almacén se desliza abierta con un chirrido de metal contra metal.

Entran lentamente, armas en mano, sus ojos escudriñando el espacio. Reconozco a la mayoría. Hombres con los que he hecho negocios a lo largo de los años, con los que he compartido tragos y a los que he fingido respetar. Verlos ahora, sabiendo lo que hicieron, hace que el odio arda en mi pecho.

El Pakhan principal, un cabrón de hombros anchos llamado Roman, ve la mesa y se dirige hacia ella. Sus hombres se dispersan,

cubriendo las entradas y revisando las sombras. Son buenos, lo reconozco. Pero no lo suficiente.

Roman llega a la mesa y coge uno de los documentos, sus ojos escaneando el texto. Observo cómo su expresión cambia de sospecha a satisfacción. Cree que ha ganado, cree que ha encontrado la evidencia que le permitirá eliminar a cualquiera que conozca la verdad.

Salgo de detrás de la caja de transporte con el arma levantada.

—¿Buscas algo?

Roman levanta la cabeza bruscamente, sus ojos se abren al verme. Luego ve a Dmitri. Luego a los otros Pakhans que se han estado ocultando en las sombras, todos emergiendo a la vez con nuestras armas apuntando a sus hombres.

—Andrey —la voz de Roman es tensa, controlada—. Esto es un error.

—El único error fue pensar que saldríais impunes —me acerco más, mi dedo deslizándose hacia el gatillo—. Hace años, tú y tus amigos orquestasteis una masacre. Matasteis a familias enteras para consolidar el poder. ¿De verdad creísteis que nadie lo descubriría?

Aprieta la mandíbula. —No tenéis pruebas.

—Tenemos todas las pruebas que necesitamos —la voz de Dmitri corta el almacén, afilada por la furia—. Yegor Pushkin lo documentó todo. Cada nombre, cada ubicación, cada político que comprasteis. Sabemos lo que hicisteis.

El almacén estalla.

Los hombres de Roman disparan primero, las balas desgarrando el aire mientras se lanzan a cubrirse. Mis hombres responden al fuego de inmediato, el sonido ensordecedor en el espacio cerrado. Me refugio tras un pilar de hormigón, mi arma escupiendo fuego mientras apunto al objetivo más cercano.

Un hombre cae, la sangre brotando de su pecho. Luego otro. El almacén se llena de humo y el acre olor a pólvora, haciéndome lagrimear mientras sigo los movimientos en el caos.

La voz de Matvey resuena en mi auricular. —La entrada este está asegurada. Están acorralados.

Bien. Ese era el plan. Que creyeran que tenían rutas de escape, para luego cortarlas una a una hasta que no quedara adónde huir.

Me muevo de cobertura en cobertura, mi cuerpo actuando por instinto y entrenamiento. Un hombre aparece a mi izquierda, su arma girando hacia mí. Disparo dos veces, al centro del cuerpo, y cae. La violencia es brutal y eficiente, exactamente lo que esta situación requiere.

Al otro lado del almacén, veo a Dmitri peleando cuerpo a cuerpo con uno de los capitanes de Roman. Están igualados, intercambiando golpes que derribarían a hombres menos fuertes. Pero Dmitri tiene la ira de su parte, el recuerdo del asesinato de su padre impulsando cada puñetazo.

Una bala pasa silbando junto a mi cabeza, tan cerca que siento el desplazamiento del aire. Me giro y devuelvo el disparo, alcanzando al tirador en el hombro. Cae gritando, y uno de mis hombres lo remata con un disparo en la cabeza.

La pelea se prolonga, minutos que parecen horas mientras eliminamos sistemáticamente a las fuerzas de Roman. Son buenos luchadores, debo admitirlo. Pero nosotros tenemos la superioridad numérica, la posición y, lo más importante, la verdad de nuestra parte.

Veo a Roman intentando escapar hacia el muelle de carga. Ni en broma. Corro tras él, mis botas golpeando el hormigón mientras acorto la distancia. Él me oye venir y se gira, levantando su arma.

Soy más rápido. Mi disparo lo alcanza en la pierna y cae con fuerza. Estoy sobre él en segundos, mi bota presionando su pecho mientras

apunto mi arma a su cabeza.

—Esto es por todos los que mataste —digo en voz baja.

Y luego aprieto el gatillo.

Los disparos comienzan a cesar cuando los hombres de Roman se dan cuenta de que están perdiendo. Algunos intentan rendirse, manos en alto, armas tiradas. Pero no habrá prisioneros hoy. Esto no es sobre justicia o misericordia. Es sobre eliminar una amenaza que ha existido durante demasiado tiempo.

Dmitri aparece a mi lado, con sangre corriendo por un corte sobre su ojo. —¿Y los demás?

—Muertos o muriendo. Recorro el almacén con la mirada, contando cuerpos. —Los acabamos a todos.

Un dolor agudo atraviesa mi brazo izquierdo, y miro hacia abajo para ver la sangre empapando mi manga. Uno de los hombres de Roman debió alcanzarme con un cuchillo durante el caos. La herida no es profunda, solo un corte largo en el bíceps que arde como el infierno.

—¡Jefe! —grita uno de mis hombres. —¡Matvey está herido!

Mierda. Me muevo rápidamente hacia donde Matvey está sentado contra un cajón, con la mano presionando su muslo. La sangre se filtra entre sus dedos, oscura y constante. Su cara está pálida, pero su expresión es tranquila y controlada.

—¿Qué tan grave? —me agacho a su lado, ya quitándome el cinturón para usarlo como torniquete.

—De lado a lado. —Su voz es tensa por el dolor. —Sobreviviré.

Enrollo el cinturón alrededor de su muslo, apretándolo lo suficiente como para frenar el sangrado. —Más te vale. Mariya me matará si dejo que te pase algo.

Logra una débil sonrisa. —No podemos permitir eso.

A nuestro alrededor, mis hombres revisan los cuerpos, asegurándose de que no haya supervivientes. El suelo del almacén está resbaladizo de sangre, el aire denso con humo y el olor metálico de la muerte. Es brutal, feo y necesario.

Dmitri se mueve entre la carnicería, su expresión sombría mientras confirma cada muerte. Cuando llega al cuerpo de Roman, escupe sobre él. —Eso es por mi padre, pedazo de mierda.

Me levanto, con el brazo palpitante pero funcional. Necesitamos movernos rápido ahora. Limpiar la escena, deshacernos de los cuerpos y asegurarnos de que no haya pruebas que nos vinculen a lo que sucedió aquí. Los otros Pakhan que nos ayudaron ya están coordinando con sus hombres, todos trabajando con eficiencia practicada.

Esta no es nuestra primera limpieza. No será la última. Pero es la más importante.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Lo saco con la mano buena y veo un mensaje de uno de los exploradores que colocamos alrededor del perímetro. *Todo limpio. No hay testigos.*

La alivio me inunda. Lo hicimos. De verdad lo hicimos.

Las familias responsables de la masacre están muertas. La conspiración que ha controlado la Bratva durante doce años está rota. Y Mariya está a salvo.

Ese último pensamiento me oprime el pecho. Necesito llegar a casa con ella, necesito ver su rostro y sentir su cuerpo contra el mío. Necesito saber que esto realmente ha terminado y que finalmente podemos seguir adelante.

—Llevad a Matvey al médico —le ordeno a uno de mis capitanes. —El resto, empezad la limpieza. Quiero este lugar impecable.

Se mueven de inmediato, sin hacer preguntas. Ese es el tipo de lealtad que he construido a lo largo de los años, el tipo que hace

posibles operaciones como esta.

Camino por el almacén una última vez, inspeccionando los daños. Hay cuerpos por todas partes, sangre acumulándose en el hormigón, y el olor acre de la pólvora todavía flota en el aire. Es una masacre, igual que la que comenzó todo esto.

Pero esta vez, es justicia.

Dmitri aparece a mi lado, limpiándose la sangre de la cara con la manga. —Está hecho.

—Sí. —Lo miro, viendo el mismo agotamiento y alivio que siento reflejado en sus ojos grises. —Está hecho.

Nos damos la mano, un gesto que lleva más peso que las palabras. Hemos vengado a nuestras familias, protegido nuestros futuros y eliminado una amenaza que nos ha perseguido durante décadas.

La guerra finalmente ha terminado.

Me dirijo a mi SUV, con el brazo todavía sangrando, pero el dolor es distante comparado con la satisfacción que se asienta en mi pecho. Matvey ya está siendo cargado en otro vehículo, con la pierna vendada y su color mejor que hace unos minutos.

El viaje de regreso a la finca se siente surreal. La ciudad pasa por mis ventanas, normal y ajena a lo que acaba de suceder. Personas continuando con sus vidas, completamente inconscientes de que una guerra acaba de terminar en un almacén junto a los muelles.

Cuando cruzo las puertas, el sol ya se está poniendo, proyectando largas sombras sobre los terrenos. Aparco y entro, con el cuerpo adolorido y la ropa manchada de sangre y humo.

Mariya está esperando en el recibidor, sus ojos verdes abriéndose de par en par cuando me ve. —Andrey.

Me acerco a ella y la abrazo con cuidado por mi brazo herido. Encaja perfectamente contra mí, su barriga redondeada presionando mi

estómago, y por primera vez en meses, me permito relajarme.

—Se acabó —murmuro contra su cabello. —Finalmente se acabó.

EPÍLOGO

MARIYA

El cementerio está tranquilo esta mañana, con la luz del sol filtrándose entre los viejos robles y proyectando sombras moteadas sobre las lápidas desgastadas. Camino lentamente junto a Andrey, con una mano apoyada en mi enorme vientre mientras su brazo sostiene mi espalda baja. Nueve meses de embarazo y siento que llevo una bola de bolos decidida a convertir cada paso en una aventura.

—¿Estás bien? —pregunta Andrey, sus ojos azules siguiendo mis movimientos con esa intensidad protectora que solo ha empeorado a medida que se acerca la fecha del parto.

—Bien. —Hago una pausa para recuperar el aliento, presionando la mano contra la zona lumbar—. Solo estoy deseando que este bebé salga ya.

Sus labios esbozan una pequeña sonrisa. —Cualquier día de estos.

—Eso dijiste la semana pasada.

—Y tenía razón. Cualquier día significa que podría ser hoy, mañana o la semana que viene.

Le lanzo una mirada fulminante, pero sin verdadera ira. Los últimos meses han sido sorprendentemente tranquilos. Tras la batalla en el almacén que puso fin a la conspiración, el mundo de la Bratva se sumió en una calma tensa. Las familias que sobrevivieron están demasiado ocupadas consolidando su poder y protegiendo sus territorios como para preocuparse por nosotros. Y con mi padre finalmente a salvo y viviendo en una casa de invitados en los terrenos de la finca, he podido disfrutar del resto del embarazo sin tener que mirar constantemente por encima del hombro.

Ha sido agradable. Muy agradable. Casi normal, si ignoras a los guardias armados patrullando el perímetro y el hecho de que mi marido es un Pakhan.

Llegamos a la sección del cementerio donde están enterradas la madre y la hermana de Andrey. Las lápidas son sencillas pero elegantes, de granito gris con sus nombres y fechas grabados en cirílico. Hay flores frescas en los jarrones, prueba de que Andrey visita regularmente incluso cuando no estoy con él.

Se detiene frente a las tumbas, su expresión volviéndose más suave. Más vulnerable. He aprendido que este es el único lugar donde Andrey baja completamente la guardia, donde el peso de ser un Pakhan desaparece y es simplemente un hombre que llora a la familia que perdió.

—Mamá, Ekaterina —dice en voz baja, su voz áspera por la emoción —, quiero que conozcáis a alguien.

Se vuelve hacia mí, su mano encontrando la mía y entrelazando nuestros dedos. El gesto es tierno, íntimo, y me hace doler el corazón de lo mucho que amo a este hombre.

—Esta es Mariya —continúa, mirando de nuevo las lápidas—. Mi esposa. La mujer que lo cambió todo.

Me siento incómoda hablando con lápidas, como si estuviera actuando para una audiencia invisible. Pero la mano de Andrey

aprieta la mía, anclándome, y me obligo a hablar.

—Hola —digo, con la voz apenas un susurro—. He oído mucho sobre vosotras. Andrey habla de vosotras todo el tiempo.

Es cierto. Por las noches, cuando estamos acostados y el mundo parece tranquilo y seguro, Andrey me cuenta historias sobre su madre y su hermana. Cómo su madre le preparaba su sopa favorita cuando estaba enfermo. Cómo Ekaterina le robaba los libros y los escondía solo para fastidiarlo. Los recuerdos son agridulces, llenos de amor y pérdida en igual medida.

—Ojalá hubierais podido conocerla —dice Andrey, su pulgar acariciando mis nudillos—. A mamá le habrías encantado. Siempre decía que necesitaba a alguien que no aguantara mis tonterías.

A pesar de la solemnidad del momento, sonrío. —Parece muy inteligente.

—Lo era. —Su voz se quiebra ligeramente—. Y Ekaterina habría estado muy emocionada con el bebé. Siempre quiso ser tía.

El bebé da una patada fuerte contra mis costillas, como si respondiera al comentario. Hago una mueca y presiono la mano sobre el lugar, intentando aliviar la molestia.

—¿Estás bien? —La atención de Andrey cambia inmediatamente, su mano libre uniéndose a la mía sobre mi vientre.

—Sí, es solo que… —Me detengo a mitad de frase cuando un dolor agudo atraviesa mi espalda baja. Es diferente a los dolores habituales que he estado experimentando. Más intenso. Más fuerte.

Entonces lo siento. Un chorro cálido de líquido que corre por mis piernas, empapando mis vaqueros de maternidad.

—Oh, no —susurro.

Los ojos de Andrey se abren como platos al mirar hacia abajo y ver el charco que se forma a mis pies. —¿Es que…?

—Se me ha roto la bolsa. —Las palabras salen calmadas, pero por dentro estoy entrando en pánico. Esto está pasando. Ahora mismo. En un cementerio—. Tenemos que ir al hospital.

No pierde tiempo haciendo preguntas. Su brazo rodea mi cintura, soportando la mayor parte de mi peso mientras me guía de vuelta hacia el coche. —¿Puedes caminar?

—Creo que sí. —Otra contracción me golpea, más fuerte esta vez, y tengo que parar y respirar hondo—. Vale, quizá no.

Sin dudarlo, Andrey me levanta en brazos, acunándome contra su pecho como si no pesara nada. Quiero protestar y decirle que peso demasiado y que se hará daño, pero otra contracción me arranca el aliento.

—Aguanta —dice, con la voz tensa por una urgencia contenida.

Me lleva hasta el todoterreno y me acomoda con cuidado en el asiento del copiloto, con las manos ligeramente temblorosas mientras me abrocha el cinturón. Luego se pone al volante, el motor rugiendo al arrancar mientras salimos a toda velocidad del aparcamiento del cementerio.

—Llama al hospital —ordena, con los nudillos blancos por la fuerza con que sujeta el volante—. Diles que vamos para allá.

Busco a tientas el móvil, con las manos temblorosas mientras marco. Las contracciones son más frecuentes ahora, cada una más intensa que la anterior. Para cuando llegamos al hospital, estoy agarrando la manilla de la puerta con tanta fuerza que me duelen los nudillos.

Las siguientes horas pasan en un borrón de dolor y agotamiento. Andrey se queda conmigo todo el tiempo, su mano apretando la mía mientras grito, maldigo y le amenazo con matarlo por hacerme esto. Lo aguanta todo sin quejarse, sin apartar sus ojos azules de mi rostro.

—Lo estás haciendo genial —murmura, apartándome el pelo empapado de sudor de la frente—. Eres tan fuerte. Jodidamente hermosa.

—Te odio —jadeo entre contracciones.

—Lo sé. —Me besa la sien—. Ódiame todo lo que quieras. Solo sigue respirando.

La doctora aparece entre mis piernas, con expresión concentrada. —Vale, Mariya. En la próxima contracción, necesito que empujes.

Lo hago. Dios, empujo con todas mis fuerzas, mi cuerpo tenso por el esfuerzo. La mano de Andrey está aplastada entre las mías, pero no se queja, solo sigue susurrando palabras de aliento, diciéndome lo fuerte que soy, lo orgulloso que está.

Y entonces, tras lo que parece una eternidad, lo oigo.

Un llanto, agudo y furioso, el sonido más hermoso que he escuchado jamás.

—Es una niña —anuncia la doctora, alzando un pequeño bulto que se retuerce, cubierto de sangre y vérnix.

Las lágrimas me corren por la cara cuando me la colocan en el pecho. Es perfecta. Absolutamente perfecta. Deditos diminutos, un mechón de pelo oscuro, y cuando abre los ojos, son del mismo azul que los de su padre.

—Hola, cariño —susurro, con la voz quebrada—. Hola, preciosa.

Andrey se inclina sobre nosotras, con la mano temblorosa al tocar la cabeza de nuestra hija. Cuando lo miro, veo lágrimas corriéndole por la cara. Nunca lo había visto llorar antes. Ni una sola vez en todo el tiempo que lo conozco.

—Es perfecta —murmura—. Las dos sois perfectas.

Se la llevan un momento para limpiarla y hacerle todas las pruebas necesarias. Cuando la traen de vuelta, envuelta en una manta rosa

suave, Andrey la sostiene por primera vez. Parece igual de aterrorizado que maravillado, sus grandes manos acunando su pequeño cuerpo con infinito cuidado.

—Tenemos que elegir un nombre —digo, con el agotamiento apoderándose de mí.

—Estaba pensando... —empieza Andrey, pero lo interrumpe un golpe en la puerta.

Mi padre entra, sus ojos azules brillantes por las lágrimas contenidas. —¿Puedo conocer a mi nieta?

—Por supuesto. —Le hago un gesto para que se acerque, sonriendo a pesar del cansancio.

Se acerca a la cama, su mirada fija en la bebé en brazos de Andrey. —Es preciosa. Se parece justo a ti cuando naciste, Mariya.

—Estamos intentando decidir un nombre —dice Andrey en voz baja.

Mi padre se queda callado un momento, pensativo. Luego habla, con voz suave. —¿Qué tal si le ponéis el nombre de tu madre y tu hermana? El nombre de pila de tu madre, el segundo nombre de tu hermana.

Andrey se queda muy quieto, con los ojos abiertos de par en par. —Elena Ekaterina.

Los nombres flotan en el aire, hermosos y llenos de significado. Miro a nuestra hija, a su carita diminuta y rasgos perfectos, y sé de inmediato que es lo correcto.

—Elena Ekaterina Melnikov —digo suavemente—. Es perfecto.

Mi padre sonríe, luego se inclina para besarme en la frente. —Os dejo descansar. Enhorabuena a los dos.

Sale en silencio, cerrando la puerta tras de sí. La habitación queda en silencio, solo roto por el suave respirar de Elena y el constante pitido de los monitores.

Andrey se sube con cuidado a la cama del hospital a mi lado, pendiente de todos los cables y tubos. Se acomoda contra las almohadas y me atrae hacia su pecho, con nuestra hija acunada entre los dos. Sus brazos nos envuelven a ambas, protectores y posesivos.

—Os quiero —murmura contra mi pelo—. A las dos. Más que a nada en el mundo.

Levanto la cabeza para mirarlo, viendo la verdad de sus palabras escrita en su rostro. —Yo también te quiero.

Nunca pensé que podría ser tan feliz. Nunca imaginé que el hombre que me secuestró se convertiría en el amor de mi vida. Nunca soñé que volvería a ver a mi padre, o que estaríamos a salvo de la violencia de la Bratva.

Pero aquí estoy. Con un marido al que quiero más de lo que creía posible. Con un padre que pensé que había perdido para siempre. Con una hija preciosa durmiendo plácidamente en mis brazos. Y con la certeza de que, por fin, estamos realmente a salvo.

La vida no puede ser mejor que esto.

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Los Pecados de la Bratva

La Viuda del Jefe Bratva || La Secretaria del Jefe Bratva || Atrapada con el Jefe Bratva || El Jefe Bratva Olvidado || El Secreto Peligroso del Pakhan

Imperio del Pecado

El Peón del Diablo

Doce Días de Sangre y Pecado

Doce Días de Venganza || Doce Pecados de Navidad

Las Crónicas de los Vetrov

Atada a la Bratva || El Juramento del Sicario || Riendas Salvajes || Apuesta de Pecado || Imperio Robado

Pecados del Imperio O'Rourke

La Cautiva del Jefe || La Redención del Ejecutor || El Precio del Diablo || La Salvación del Guerrero || El Desafío del Heredero

Relaciones Festivas de Medianoche

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario || Christmas with the Baby Daddy (SPANISH Edition)

Arreglos ejecutivos

La Falsa Prometida del Jefe Millonario || Una Segunda Oportunidad para el Papi || Una Noche con Mi Jefe Multimillonario

Libros independientes

Encuentros Picantes en la Oficina || Nunca Te Olvidaré
